

biólos el Gran Capitan con su escuadron como convenia. Finalmente, los de España por todas partes cargaron de tal suerte, que los contrarios fueron desbaratados y puestos en huida. Siguiéronlos los vencedores hiriendo y matando hasta meter los franceses por sus reales, que tenian seis millas distantes y fueron con el mismo impetu entrados y ganadas las tiendas con la cena que aparejada hallaron, y era bien menester para los que aquel día tanto trabajaron y tenian tanta falta de vituallas. El despojo y riquezas que se hallaron fué grande. Dióse ésta batalla; de las mas nombradas que jamás hubo en Italia, un viérnes, á 28 de abril. Murió en ella á la primera arremetida el duque de Nemurs, general, cuyo cuerpo mandó el Gran Capitan sepultar con toda solemnidad en Barleta en la iglesia de San Francisco. Murieron otros el señor de Chandeá, el conde de Morcon y casi todos los capitanes de los suizos. Los príncipes de Salerno y Melfi y marqués de Lochito salieron heridos. Perdieron toda la artillería y casi todas las banderas. Muy mayor fuera el daño si la noche que sobrevino y cerró con su escuridad no impidiera la matanza. Reposaron los vencedores aquella noche, el día si-

guiente se entregó Cirinola, y todos los que en el pueblo tenian de guarnicion se rindieron á merced. Lo mismo hicieron trecientos que de los vencidos se recogieron al castillo. Canosa asimismo alzó banderas por España. Los que en esta batalla se señalaron fueron los españoles, ca los alemanes, fuera de la rociada que dieron á los hombres de armas franceses, no pusieron las manos en lo demás. Entre todos ganaron grande honra, de los italianos el duque de Termens, de los españoles don Diego de Mendoza, de quien dijo el Gran Capitan que aquel día obró como nieto de sus abuelos. Mandaron enterrar los muertos. Hallóse que de la parte de Francia murieron tres mil y setecientos, y de los españoles no faltaron sino nueve en la pelea, y ninguno persona de cuenta. Verdad es que en el camino muchos de los del campo español murieron de sed, y aun mil y quinientos no se pudieron sacar del agua que hallaron en ciertos pozos, ni fueron de provecho alguno aquel día; por lo cual la batalla fué muy dudosa, y la victoria por el mismo caso mas alegre y mas señalada y de mayor gloria para los vencedores.

LIBRO VIGÉSIMOCTAVO.

CAPITULO PRIMERO.

Que la ciudad de Nápoles se rindió al Gran Capitan.

DESPUES que los españoles ganaron la batalla de la Cirinola, casi todo lo demás de aquel reino se les allanó con facilidad. El Gran Capitan no se descuidaba con la victoria como el que sabia muy bien que la grande prosperidad hace á los hombres aliojar, por donde suele ser vispera de algun desastre; y que es menester ayudarse cuando sopla el viento favorable, sin perdonar á diligencia ni á trabajo hasta tanto que la empresa comenzada se lleve al cabo; tanto mas, que un dia despues que ganó aquella victoria le llegaron cartas de la batalla que los suyos vencieron junto á Semenara y de la prision del señor de Aubeni. No llegaron estas nuevas antes á causa que don Fernando de Andrada no se tenia por sujeto al Gran Capitan por haber sucedido en aquel cargo á Luis Portocarrero, de que él se sintió tanto, que envió á pedir licencia para volverse á España. El rey Católico mandó á don Fernando desistiese de aquella pretension, y al Gran Capitan le diese una compañía de hombres de armas para que ayudase en lo que restaba. Con la nueva destas dos victorias y con enviar diversos barones á sus tierras para que allanasen lo que restaba alzado, muy en breve se redujeron la Capitinata y Basilicata casi todas; y aun en el Principado muchos barones y pueblos se declararon por España. De los que escaparon de la batalla, la mayor parte se retiró la vuelta de Campaña con intento de fortificar-

se en Gaeta, ciudad de sitio inexpugnable, ca todo lo demás lo daban por perdido. Siguiólos Pedro de Paz con algun número de caballos. Con ocasion de su ida por aquella comarca, Capua alzó banderas por España, y aun gente de aquella ciudad ayudó á seguir los franceses, de los cuales antes que entrasen en Gaeta mataron y prendieron hasta cincuenta hombres de armas que alcanzaron. El marqués de Lochito luego que llegó á su casa, aunque maltratado de la pelea, con su mujer y la hacienda que pudo recoger se partió la via de Roma para el cardenal de Sena, su tío, hermano de su madre. Otros se redujeron á otras partes, en especial monsieur de Alegre y el príncipe de Salerno se recogieron á Melfi, de donde el dia siguiente se partieron la via de Nápoles. El conde de Montela al pasar estos señores por su estado les mató y prendió mas de doscientos caballos de quinientos que llevaban. Luis de Arsi se fortificó en Venosa, conñado en el castillo que tenia muy bueno. Acudió luego el Gran Capitan con su campo; hizo sus estancias en la Leonesa, que está cerca de aquellos dos pueblos, Melfi y Venosa. Allí se movieron tratos con el príncipe de Melfi para que se rindiese, como lo hizo á condicion que le dejasen residir en otra villa de su estado, hasta entender si el rey Católico le recebia en su servicio con las condiciones que tenian tratadas, magüer que de su ingenio se pudo presumir tenia tambien puestos los ojos en lo que pararía el partido de Francia. Fabricio Colona y los condes del Pópulo y Montorio fueron enviados al Abruzzo

para dar calor á los que en aquella provincia se declaraban por España y para atlanar lo restante; al almirante Vilamarin se envió orden que con sus galeras y los demás bajeles que pudiese juntar partiese con toda presteza la vuelta de Nápoles, para do el Gran Capitan se pensaba encaminar, y con este intento fué con su gente á Benevento, y de allí pasó á Gaudelo. Desde este pueblo escribió una carta muy comedida á la ciudad de Nápoles, en que ofrecia á aquellos ciudadanos todo buen tratamiento y cortesía, y les rogaba no diesen lugar para que su gente entrase en su territorio de guerra y hiciese algunos daños. Salieron á tratar con él el conde de Matera y los síndicos de aquella ciudad. Hicieron sus capitulaciones, y con tanto ofrecieron de entregarse. A la sazón monsieur de Vanes, hijo del señor de Labrit, avisado del destrozo de los franceses, pidió licencia al duque Valentin, ca le servia en la guerra que continuaba contra los Ursinos, para acudir al reino de Nápoles. Dióselo el Duque, y con docientos caballos y alguna gente de á pié que pudo recoger se fué á juntar con el campo de los franceses, los cuales con la gente que de la Pulla y Calabria y del Abruzzo se les allegó formaron cierta manera de campo, y se alojaron junto al Garellano. Por esta causa se pusieron á las espaldas en Capua y en Sesa de los españoles hasta cuatrocientos de á caballo. Al presente acordó el General enviar toda la demás gente para el mismo efecto de hacer rostro á los enemigos y asegurarse por aquella parte y quedarse solo con mil soldados, que le parecia bastaban para el cerco de los castillos de Nápoles. Los soldados españoles, con el deseo que tenían de verse en Nápoles, la noche antes se desmandaron á pedir la paga que decian les prometiera el Gran Capitan de hacelles en Nápoles. Mostrábanse tan alterados, que por excusar mayores inconvenientes fué forzado el General de llevar consigo la infantería española, y se contentó con enviar á Sesa los hombres de armas y caballos ligeros y los alemanes con orden que le aguardasen allí, que muy en breve seria con ellos, ca no pensaba detenerse en aquella ciudad. La entrada del Gran Capitan en Nápoles fué á 16 de mayo con tan grande aplauso y triunfo como si entrara el mismo Rey. Llevaba delante la infantería y las banderas de España. Los barones y caballeros de la ciudad le salieron al encuentro. Todo el pueblo, que es muy grande, derramado por aquellos campos con admiracion miraban aquel valeroso Capitan, que tantas veces venció y domó sus enemigos. Acordábanse de las hazaias pasadas y proezas suyas en tiempo y favor de sus reyes don Fernando y don Fadrique, y comparábanlas con las victorias que de presente dejaba ganadas. Parecíanles un hombre venido del cielo y superior á los demás. Lleváronle por los sejos como se acostumbraba llevar á los reyes cuando se coronaban, por las calles ricamente entapizadas, el suelo sembrado y cubierto de flores y verduras; los perfumes se sentian por todas partes, todo daba muestra de contento y alegría. Los mas aficionados á Francia eran los que en todo género de cortesía mas se señalaban y mas alegres rostros mostraban con intento de cubrir por aquella manera las faltas pasadas. La ciudad de Nápoles, que dió nombre

á aquel reino, es una de las mas principales, ricas y populosas de Italia. Su asiento á la ribera del mar Mediterráneo y á la ladera de un collado que poco á poco se levanta entre poniente y septentrion. Las calles son muy largas y tiradas á cordel, sembradas de edificios magníficos á causa que todos los señores de aquel reino, que son en gran número, tienen por costumbre de pasar en aquella ciudad la mayor parte del año; y para esto edifican palacios muy costosos como á porfia y competencia. Los mas nombrados son el del príncipe de Salerno y el del duque de Gravina. Convidales á esto la templanza grande del aire, la fertilidad de los campos y los jardines maravillosos y frescos que tiene por todas partes; así, no hay ciudad en que vivan de ordinario tantos señores titulados. Está la ciudad dividida en cinco sejos, que son como otras tantas casas de ayuntamiento, en que la nobleza y los señores de cada cuartel se juntan á tratar de lo que toca al bien de la ciudad, de su gobierno y provision. Los templos, monasterios y hospitales muchos y muy insignes, especialmente el hospital de la Anunciata, cada un año de limosnas que se recogen gasta en obras pias mas de cincuenta mil ducados. Los muros son muy fuertes y bien torreados, con cuatro castillos que tiene muy principales. El primero es Castelnovo, muy grande y que parece inexpugnable, puesto á la marina cerca del muelle grande que sirve de puerto. El segundo la puerta Capuana, que está á la parte de septentrion, y antiguamente fué una fuerza muy señalada; al presente está dedicada para las audiencias y tribunales reales. El castillo del Ovo en el mar sobre un peñol pequeño, pero inaccesible. El de Santelmo se ve en lo mas alto de la ciudad, que la sojuzga, y de años á esta parte está muy fortificado. Destas cuatro fuerzas, las dos se tenían á la sazón por los franceses, es á saber, Castelnovo, do tenían de guarnicion quinientos soldados, y Castel del Ovo. Luego que el Gran Capitan se apeó en su posada; fué con Juan Claver y otros caballeros á reconocer aquellos castillos y dar orden en el cerco que se puso luego sobre Castelnovo. Batíanle con grande ánimo y minábanle. Los de dentro se defendian muy bien. Llegó Vilamarin con su armada siete dias despues que el Gran Capitan entró en Nápoles. Surgió cerca de nuestra Señora de Pié de Gruta. Esto era en sazón que en Roma, postrero de mayo, creó el Papa nueve cardenales, los cinco del reino de Valencia. Apretaron los españoles á los cercados por tierra y por mar; y en fin, despues de muchos combates, se entró en el castillo por fuerza, y fué dado á saco á los 12 de junio. El primero al entralle Juan Pelaez de Berrio, natural de Jaen, y gentil-hombre del Gran Capitan. Los que mucho se señalaron en el combate fueron los capitanes Pedro Navarro, excelente en minar cualquier fuerza, y Nuño de Ocampo, al cual en remuneracion se dió la tenencia de aquel castillo. Entre los otros prisioneros se halló en aquel castillo Hugo Roger, conde de Pallas, que por mas de cuarenta años fué rebelde al rey Católico y al rey don Juan, su padre. Enviáronle al castillo de Játiva, prision en que feneció sus dias. Venian algunas naves francesas y ginovesas de Gaeta en favor de los cercados; pero llegaron tarde, dado que duró aquel cerco mas de

tres semanas. Túvose aviso que la armada francesa venia, que era de seis carracas y otras naves gruesas y cinco galeras, sin otros bajeles menores. Vilamarin, por no ser bastante á resistir, se retiró al puerto de Iscla. Allí estuvo cercado de la armada contraria. Defendióse empero muy bien, de suerte que muy poco daño recibió. Hallóse presente el marqués del Vasto, que acudió muy bien á la defensa de la isla y de la armada. Restaba el Castel del Ovo; no pudo esperar el Gran Capitan que se tomase. Dejó el cuidado principal de combatlle á Pedro Navarro y Nuño de Ocampo. Ellos con ciertas barcas cubiertas de cuero se arrimaron para mirar el peñasco por la parte que mira á Picifalcon. Con esto y con la batería que dieron al castillo mataron la mayor parte de los que le defendían; solos veinte que quedaron vivos al fin se rindieron á condicion de salvarles las vidas. Dióse la tenencia á Lope Lopez de Arriaran que se halló con los demás en el cerco, y se señaló en él de muy esforzado. Con esto la ciudad de Nápoles se aseguró y quedó libre de todo recelo, al mismo tiempo que Fabricio Colona con ayuda de ochocientos soldados que le vinieron de Roma, enviados por el embajador Francisco de Rojas, entró por fuerza la ciudad del Aguila, cabeza del Abruzo; con que se allanó lo mas de aquella provincia. Fracaso de Sausseverino, y Jerónimo Galloso, cabeza de los angevinos en aquella ciudad, se escaparon y recogieron á las tieras de la Iglesia.

CAPITULO II.

Del cerco de Gaeta.

Partió el Gran Capitan de Nápoles á los 18 de junio la vuelta de San German con intento de hacer rostro á los franceses que alojaban con su campo de la otra parte del rio Garellano, llamado antiguamente Liris, y de allanar algunos lugares de aquella comarca que todavía se tenían por Francia. Pasó por Aversa y por Capua á instancia de aquellas ciudades que le deseaban ver y mostrar la aficion que tenían á España. Entre tanto que se detenía en esto, por su orden se adelantaron Diego García de Paredes y Cristóbal Zamudio con mil y quinientos soldados para combatir á San German. Rindiéronse aquella ciudad y su castillo brevemente, si bien en Monte Casino, que está muy cerca, se hallaba Pedro de Médicis con golpe de gente francesa. Mas desconfiado de poderse allí defender, se partió arrebatadamente; y docientos soldados que dejó en aquel monasterio se concertaron con los de España y le rindieron. Por otra parte, el Gran Capitan rindió á Roca Guillerma, que era plaza muy fuerte, y á Trageto, que está sobre el Garellano, y otros lugares por aquella comarca. En particular se rindieron Castellon y Mola, pueblos que caen muy cerca de Gaeta, y se tiene que el uno de los dos sea el Formiano de Ciceron. Hecho esto, el Gran Capitan pasó adelante con su campo, que le asentó en el burgo de Gaeta, 1.º de julio. Es aquella ciudad muy fuerte por estar rodeada de mar casi por todas partes; solo por tierra tiene una entrada muy estrecha y áspera, y sobre la ciudad el monte de Orlando, de subida asimismo muy agria, en que los franceses tenían

asentada mucha artillería, de suerte que no se podía llegar cerca. Tenian dentro cuatro mil y quinientos hombres de guerra, los mil y quinientos de á caballo, recogidos allí de diversas partes. Sobre todo eran señores del mar por la armada francesa, que era superior á la de España; así, no se podía impedir el socorro ni las vituallas, dado que Vilamarin acudió allí con sus galeras, y el Gran Capitan hizo traer la artillería que dejó en Nápoles, para combatir el monte, de donde los suyos recebian notable daño por tener sus estancias á tiro de cañon y estar descubierta gran parte del campo español y sojuzgada del monte. Fueron muchos los que mató el artillería, y entre los demás gente de cuenta, en particular murió don Hugo de Cardona, caballero de grandes partes. Los de dentro padecian falta de mantenimientos, y mas de harina, por no tener con qué moler el trigo. Llególes socorro, á 6 de agosto, de vituallas, y mil y quinientos hombres en dos carracas y cuatro galcones y algunas galeras, en que iba el marqués de Saluces, nombrado por visorey en lugar del duque de Nemurs. El mismo día que llegó este socorro, Rubastein, coronel de los alemanes, que tiraba sueldo de España, fué muerto de un tiro de falconete. Por todo esto, el día siguiente el Gran Capitan retiró su campo á Castellon, que es lugar sano y está cerca, y no podian ser ofendidos del artillería enemiga. En tantos días no se hizo de parte de España cosa de consideracion á causa que ni se pudo acometer la ciudad, si bien la artillería derribó buena parte de la muralla, que fortificaron muy bien los de dentro, ni los cercados salieron á escaramuzar. Solo el mismo día que se retiró nuestro campo salieron de Gaeta dos mil y quinientos soldados á dar en la retaguardia de los alemanes; dejáronlos que se cebasen hasta sacallos á lugar mas descubierta y tenellos mas léjos de la ciudad. Entonces revolviéron sobre ellos tan furiosamente quatrocientos españoles, que los hicieron volver luego las espaldas sin parar hasta metellos por las puertas de Gaeta, con muerte de hasta docientos, que á la vuelta despojaron muy de espacio. A la sazón que esto pasaba en Gaeta, por la una parte y por la otra se hacian todos los apercebimientos posibles; el rey de Francia procuró que el señor de la Tramulla fuese en favor de Gaeta con seiscientas lanzas francesas y ocho mil suizos, sin otros cuatro mil franceses que eran llegados por mar á Lierna y Telamon y Puerto Hércules. Hacíase esta masa de gente en Parma; acudieron allí el duque de Ferrara y marqués de Mantua y otros personajes italianos. El chanciller de Francia y el baillío de Mians, que se halló en la batalla de la Cirinola, de Gaeta fueron á Roma para solicitar que el campo francés se apresurase. Pretendíase que el marqués de Mantua fuese junto con el de la Tramulla por general de aquella gente, y si bien al principio se excusó, por persuasion y diligencia que usó Lorenzo Suarez, que estaba en Venecia, y solicitaba que aquella señoría se declarase por España, en fin, como se supo que el de la Tramulla por enfermedad que le sobrevino no podía ir, se encargó de servir al rey de Francia. Por el contrario, el rey Católico envió á Nápoles seis galeras con dineros y gente, y por su general á don Ramon de Cardona. Con su venida, la armada de

España aun no igualaba á la de Francia, que llegaba entre naves y galeras y otros bajeles á treinta velas; por otra parte, el Gran Capitan procuraba con todas sus fuerzas traer los Ursinos al servicio del rey Católico, plática que se movió primero por el conde de Pitiaco, que era el mas principal de aquella casa y ofrecia de servir con cuatrocientas lanzas; lo cual se concluyó, y fué por capitan de los Ursinos Bartolomé de Albiaco, caudillo que los años adelante se señaló grandemente en las guerras de Italia, y en las cosas prósperas y adversas que por él pasaron, dió muestra de valor. Tratábase asimismo que el César rompiese la guerra por Lombardia; para facilitar le ofrecian cantidad de dineros, y juntamente se procuraba que el Papa se declarase por España, ca en este tiempo se mostraba neutral; negociacion que la traian muy adelante, si se podia tener alguna confianza del ingenio del duque Valentin. Desbaratólo la muerte del Papa, que le sobrevino á los 18 de agosto de veneno con que el duque Valentin pensaba matar algunos cardenales en el jardín del cardenal Adriano Corneto, donde cierto dia cenaron y conforme al tiempo se escanció asaz. Fué así, que por yerro los ministros trocaron los frascos, y del vino que tenían inficionado, dieron á beber al Papa y al Duque y al dicho Cardenal. El Duque, luego que se sintió herido, ayudado de algunos remedios y por su edad escapó. En particular dicen que le metieron dentro del vientre de una mula recién muerta, aunque la enfermedad le duro muchos dias. El Papa y Cardenal, como viejos, no tuvieron vigor para resistir á la ponzoña. Tal fué el fin del pontífice Alejandro, que poco antes espantaba al mundo y aun le escandalizaba. Muchas cosas se dijeron y escribieron de su vida, si con verdad ó por odio, no me sabria determinar, bien entiendo que todo no fué levantado ni todo verdad. Con su muerte nuevas esperanzas y pretensiones se tramaron, y muchos acudieron para sucedelle en aquel alto lugar, que hacian mas fundamento en la negociacion que en las letras y santidad. Sucedió esto en el mismo tiempo que el rey don Fadrique se vió en Macon con el de Francia, do se le dieron grandes esperanzas de volvelle su reino, y las mismas pláticas se movian por parte de España; palabras que todas salieron al cabo vanas. Secretario del rey don Fadrique y compañero en el destierro fué Actio Sincero Sanazario, insigne poeta deste tiempo. Este y Joviano Pontano, que fué asimismo secretario de los reyes pasados de Nápoles, escribieron con la pasion muchos males y vituperios del papa Alejandro. El rey de Francia hizo muchos favores á Sanazario, y por su intercesion se le restituyeron los bienes que por seguir á su señor en el destierro dejó perdidos; y alcanzó finalmente licencia de volver al reino de Nápoles.

CAPITULO III.

Del cerco que los franceses pusieron sobre Salsas.

Grandes recelos se tenian que la guerra no se emprendiese en España por la mucha gente que de Francia acudia á las partes de Narbona. Con este cuidado el rey Católico fué á Barcelona para desde mas cerca proveer en todo lo necesario; y para la defensa alistaba to-

da la gente que podia, y aun nombró por general de Ruisellon á don Fadrique de Toledo, duque de Alba. No faltaba quien aconsejase al Rey que ganase por la mano y con sus huestes hiciese la guerra en Francia. La poca satisfaccion que de los reyes y reina de Navarra se tenia todavía continuaba á causa que toda aquella casa era muy francesa, tanto, que el señor de Vanes, hermano de aquel Rey, seguia con su gente el partido de Francia en el reino de Nápoles, y su padre el señor de Labrit de nuevo fué nombrado por gobernador de la Guiena, que era habelle por aquella parte frontero de España. Demás desto, el señor de Lusa con gente que tenia junta pretendia entrar en el valle de Anso, que es parte de Aragon, para combatir el castillo de Verdun; lo cual no podia hacer si no le daban entrada por el val de Roncal, que pertenece á Navarra. Pretendian aquellos reyes descargarse de todo lo que se les oponia; y para quitar aquella mala satisfaccion, enviaron, como queda apuntado, á su hija la infanta doña Madalena para que se criase en compañía de la reina doña Isabel. Bien que esta prenda no era ya de tanta consideracion, por cuanto este mismo año les nació hijo varon, que se llamó Enrique, y les sucedió adelante en aquellos estados. Por esta mala satisfaccion proveyó la reina Católica desde Madrid, do residia, que el condestable de Castilla y duque de Najara con sus vasallos y quinientos caballos que de nuevo les envió se acercasen á las fronteras de aquel reino, dado que don Juan de Ribera, que de tiempo pasado tenian allí puesto, no se descuidaba, antes ponía en orden todo lo necesario; ca todos tenian por cierto que la guerra se emprenderia por estas partes. Así fué que el rey de Francia determinó de juntar todas las fuerzas de su reino y con ellas hacer todo el mal y daño que pudiese por la parte de Ruisellon, que pensaba hallar desaperebido para resistir á un ejército tan grande, que llegaba á veinte mil combatientes entre la gente de ordenanza y de la tierra, bien que toda la fuerza consistía en diez mil infantes y mil caballos. El general de toda esta gente monsieur de Rius, mariscal de Bretaña, luego que le tuvo junto, en fin de agosto asentó su campo en los confines de Ruisellon en un lugar que se llama Palma. Detuviéronse algunos dias en aquel alojamiento. Desde allí tomaron la via de Salsas, la infantería por la sierra y los caballos por lo llano; dejaban guardados los pasos porque los nuestros no les atajasen las vituallas que les venian de Francia. Con este orden se pusieron sobre el castillo de Salsas, sábado, á 16 dias de setiembre. Era ya el duque de Alba llegado á Perpiñan; tenia mil jinetes y quinientos hombres de armas y seis mil peones; y otro dia despues que llegó don Sancho de Castilla, que era antes general de aquella frontera, se fué á meter dentro de Salsas. Salieron los del Duque por su orden á reconocer el campo del enemigo y dalles algun rebato y alarma. El mismo Duque con su gente salió de Perpiñan y se fué á poner en Ribasaltas sobre Salsas y sobre el campo francés. No podia allí ser ofendido por la fragura del lugar, y estaba alerta para no perder qualquiera ocasion que se ofreciese de dañar al enemigo ó dar socorro á los cercados hasta llegar á presentar la batalla al enemigo, que fué arriscarse demasiado por tener

mucho menos gente, si los franceses la aceptaran; verdad es que el lugar en que el Duque se puso era muy aventajado. A la sazón que los franceses se pusieron sobre el castillo de Salsas y hacían todas sus diligencias para ganar aquella plaza, los cardenales en Roma se cerraron en su conclave para elegir sucesor en lugar del papa Alejandro. Muchos eran los que pretendían y la negociación andaba muy clara. El cardenal de Ruan se adelantaba mucho, así por causa del campo francés, que marchaba la vuelta de Roma, como porque de Francia trajo en su compañía para ayudarse dellos á los cardenales de Aragon y Ascanio Esforcia, que hizo con este intento poner del todo en libertad. El cardenal de San Pedro Julian de la Rovere se le oponía, dado que en lo demás era muy francés; quería empero mas para sí el pontificado que para otro. Asimismo al cardenal don Bernardino de Carvajal daba la mano el Gran Capitan; y para este efecto hizo que el cardenal Juan de Colona, que se hallaba en Sicilia por la persecucion del papa Alejandro contra aquella su casa, viniese al conclave. Y juntamente despachó con gente desde Castellon á Próspero Colona y don Diego de Mendoza con voz que no permitiesen que por la parte de Francia se hiciese alguna fuerza á los cardenales. Ninguno destes pretendiosos, ni el cardenal de Nápoles que asimismo estuvo adelante, pudo salir con el pontificado, si bien detuvieron la eleccion por espacio de treinta y cinco dias. Concertaron los cardenales entre sí que cualquiera que saliese papa dentro de dos años fuese obligado de juntar concilio general para reparar los daños, y despues se celebrase cada tres años perpetuamente. Juraron esta concordia todos los cardenales. Hecho esto, se conformó la mayor parte del colegio en nombrar por pontífice al cardenal de Sena Francisco Picolomino, que tenía muy buena fama de persona reformada. Hizose la eleccion á los 22 de setiembre; llamóse Pio III en memoria de su tío el papa Pio II, hermano que fué de su madre. Tuvo gran deseo de reformar la Iglesia, y en particular la ciudad de Roma y la curia. Con este intento en una congregacion que juntó antes de coronarse declaró su buena intencion, además que para juntar concilio no quería esperar los dos años, sino dar priesa desde luego para que con toda brevedad se hiciese. Sus santos intentos atajó su poca salud y la muerte que le sobrevino muy en breve á cabo de veinte y seis dias despues de su eleccion. Á los demás dió contento la eleccion deste Pontífice, y les pareció muy acertada para reparar los daños pasados, en particular al rey Católico; otros sentian de otra manera, y entre ellos el Gran Capitan, que se recelaba por lo que tocaba al marqués de Lochito, su sobrino, no se pudiese de la parte de Francia, con que las cosas de España en el reino de Nápoles empeorasen. En este conclave tuvo poca parte el duque Valentin á causa de su indisposicion, que le trabajó muchos dias; y aun los señores de Romaña y barones de Roma que tenía despojados, con tan buena ocasion hicieron sus diligencias para recobrar sus estados, y salieron con ello. Los venecianos asimismo se apoderaron de algunas de aquellas plazas, de suerte que en pocos dias no quedó por el Duque en la Romaña sino solos los castillos de Forli y

de Arimino ó poco mas; que lo mal adquirido de ordinario se pierde tan presto y mas que se gana.

CAPITULO IV.

Que se alzó el cerco de Salsas.

Hacían los franceses sus minas, y con la artillería batían los muros del castillo de Salsas con tanta furia, que derribaron una parte de la torre maestra y de un baluarte que no tenían aun acabado. Cegaron las cavas, con que tuvieron lugar de llegar á picar el muro. Grande era el aprieto en que los de dentro estaban; acordaron desamparar aquel baluarte, pero en ciertas bóvedas que tenían debajo pusieron algunos barriles de pólvora con que le volaron á tiempo que le vieron mas lleno de franceses, que fué causa que murieron mas de cuatrocientos dellos, parte quemados, parte á manos de los que salieron á dar en ellos. Acudían al duque de Alba cada dia nuevos soldados, con que llegó á tener cuatrocientos hombres de armas, mil y quinientos jinetes y hasta diez mil infantes. Con esta gente un viérnes, 13 de octubre, llegó á ponerse junto al real de los franceses y estuvo allí hasta puesta del sol. No quisieron los contrarios dejar su fuerte ni salir á dar la batalla. Por ende nuestra artillería descargó sobre ellos y les hizo algun daño. En esta sazón el Rey acudió á Girona para recoger la gente que le venía de Castilla, no menos en número que los que tenía en Perpiñan y mejor armados que ellos. Publicaba que quería acometer á los franceses dentro de su fuerte si no querian salir á la batalla. Tenía asimismo apercebida en aquellas marinas una armada para acudir á lo de Ruisellon, y por su general Estopiñan, que aun no era llegado por falta de tiempo. Como las fuerzas del Rey acudían á aquella parte, diez y nueve fustas de moros tuvieron lugar de hacer daño en las costas de Valencia y de Granada. Encontró con ellas Martin Hernandez Galindo, general por mar de la costa de Granada; pelearon cerca de Cartagena, los moros quedaron vencidos y las fustas tomadas ó echadas á fondo. El Rey, alegre con esta nueva, partió de Girona con su gente, llegó á Perpiñan un juéves, 19 de octubre. Allí vistó el aprieto en que los cercados se hallaban, acordó abreviar y que parte de su ejército se pusiese por las espaldas de los contrarios á la parte de Francia, resuelto con la demás gente de combatillos por la otra banda. Para que esto mejor se hiciese, el mismo dia que llegó hizo combatir un castillo de madera que los franceses tenían levantado en el agua para impedir á los contrarios el paso porque no les atajasen las vituallas que de Francia les venían. La pérdida de aquel castillo, la llegada y resolucion del Rey puso gran espanto en los franceses, tanto, que aquella noche sin ruido y sin que los del Rey lo pudiesen entender sacaron su artillería al camino de Narbona, y el dia siguiente levantaron su campo, dejando parte de sus municiones y bagaje; y dado que bajaron á lo llano y dieron muestra de querer la batalla, mas luego revolvieron la vuelta de Narbona. Acometieron la retaguardia los jinetes de Aragon y gente de á caballo de Cataluña. Diéronles tal carga, que les fué forzado desamparar parte de la artillería, de las muni-

ciones y tiendas que llevaban. Acudió el Rey con todo su campo. Los franceses llevaban ventaja y se daban priesa, y la acogida, que tenían cerca; así, no les pudo dar alcance, si bien se metió dentro de Francia, donde los nuestros ganaron á Leocata y otros lugares de aquella comarca. Esto era en sazón que la infanta doña Isabel nació en Lisboa á los 24 días de octubre, que fué emperatriz adelante y reina de España. Pocos días despues vinieron embajadores de Francia, por cuyo medio se concertaron treguas por espacio de cinco meses entre los dos reyes y sus reinos, fuera de lo que tocaba al reino de Nápoles; con esto se dejaron las armas. Quedó por general de aquella frontera don Bernardo de Rojas, marqués de Denia, y en su compañía mil hombres de armas, dos mil jinetes y tres mil peones. Por alcaide de Salsas don Dimas de Requesens. Hecho esto, el Rey dió la vuelta á Barcelona. Dende despachó á Francia por sus embajadores á Miguel Juan Gralla y Antonio Agustín por estar así tratado, y juntamente para que procurasen tomar algun asiento en las cosas del reino de Nápoles, que tenían puesto en mucho cuidado al rey Católico por el socorro que iba de franceses y sobre todo por las nuevas que le vinieron de la muerte del papa Pio III, y de la eleccion del cardenal de San Pedro en pontífice, que fué á 1.º de noviembre, y se llamó en su pontificado Julio II. Era ginovés de nacion, de afición muy francés, y de ingenio bullicioso; temíase no fuese parte para revolver á Italia. Tuvo gran parte en esta eleccion el duque Valentin; por la mala voluntad que tenia al cardenal don Bernardino Carvajal y entender que tenia parte en los votos, procuró con los que eran hechura del papa Alejandro, que sacasen por papa al que salió. Esto era en sazón que el Archiduque partió de Saboya para ir á verse con su padre que le persuadió no insistiese en llevar adelante la paz que se concertó en Francia. Ofrecia otrosí, si el rey Católico le proveía de dinero, de hacer la guerra por la parte de Lombardia; empresa sobre que le hacian instancia don Juan Manuel y Gutierre Gomez de Fuensalida, embajadores del rey Católico en Alemania. El rey Católico no se aseguraba de la condicion del César ni de su constancia; y hacia mas fundamento en su dinero para todo lo que sucediese que en el socorro que por aquella parte le podia venir. Con esto sin concluir nada se pasaba el tiempo en demandas y respuestas. En la princesa doña Juana se veian grandes muestras de tener ya turbado el juicio, que fué una de las cosas que en medio de tanta prosperidad dió mayor pena á sus padres, y con razon. ¡Cuán pobre de contento es esta vida! Daba grande priesa que se quieria ir á su marido. Entreteníala su madre con buenas razones por no ser el tiempo á propósito. Llegó tan adelante, que un día se quiso salir á pié de la Mota de Medina, do la entretenian. No tuvieron otro remedio sino alzar el puente. Ella, visto que no podia salir, se quedó en la barrera; y en una cocina allí junto dormía y comía sin tener respeto al frio ni al sereno, que era grande. Ni fueron parte don Juan de Fonseca, obispo de Córdoba, que se halló en su compañía, ni el arzobispo de Toledo, que para este efecto sobrevino, para que volviese á su aposento hasta tanto que vino la Reina,

que estaba doliente en Segovia. Desde allí al fin por contentalla y aplacalla mandó aprestar una armada en Laredo para llevalla luego que el tiempo abriese á Flándes, do ya era llegado su marido el Archiduque á cabo de tantos meses que en Francia y en Saboya se entretuvo.

CAPITULO V.

De las rotas que dieron los de España á los franceses junto al Garellano.

El campo francés que estaba en Italia marchaba la vuelta del reino muy despacio. Pasó por Florencia y por Sena sin hallar impedimento alguno. Llevaba por general al marqués de Mantua. El de la Tramulla por estar doliente de cuartanas se quedó atrás, si bien seguía á los demás con parte de la gente. Apretóle la indisposicion, y no pasó adelante de Roma, en la cual ciudad no acogieron el campo francés, solo dieron lugar que pasase el Tiber por el puente Molle, que está á dos millas de Roma. El Gran Capitan se hallaba en gran cuidado cómo podria continuar el cerco de Gaeta y atajar el paso á aquella gente que le venia de socorro. Acudióle muy á tiempo el embajador Francisco de Rojas con dos mil soldados que pudo recoger en Roma entre españoles, alemanes é italianos, y cien caballos ligeros, y puso en orden otros docientos alemanes y quinientos italianos para enviallos en pos de los primeros. Iba con esta gente don Hugo de Moncada, que dejó una conducta de cien hombres de armas que tenia del duque Valentin, con deseo de servir á su Rey y acudir en aquel aprieto. Fué este socorro muy á tiempo por cuanto el cerco de Salsas impedia que de España no pudiese acudir alguna ayuda de gente ni de dineros. El Gran Capitan, luego que supo que los enemigos eran pasados de Roma y que llegaban á los confines del reino, arrancó con todo su campo de Castellón en busca dellos. Llegó el primer día á ponerse en la ribera del Garellano. Dejó allí á Pedro de Paz con buen golpe de gente para guarda de cierto paso, y él fué adelante camino de San German. Llegó en sazón que el campo francés alojaba en Pontecorvo, lugar de la Iglesia, distante de allí solas seis millas. Era fama que en él se contaban hasta mil almetes, dos mil caballos ligeros y nueve mil infantes, la mayor parte italianos. Tenian treinta y seis piezas de artillería, las diez y seis gruesas, las demás girifaltes y falconetes. Adelantóse con parte de la gente Pedro Navarro para combatir el castillo de Monte Casino, que todavía se tenia por los franceses. Tomóse por fuerza de armas, que fué gran bafa para los franceses por estar á vista de su campo y no se atrever á socorrerle. Publicóse que el de Mantua se jactaba que deseaba verse en campo con aquella canalla ó marranalla. El Gran Capitan con su hueste se puso á una milla de Mantua y á su vista. Envióle desde allí á requerir con la batalla, pues tanto mostraba desealla. El respondió que en el Garellano se verian, que él pasaría á su pesar. Este famoso rio tiene su nacimiento en el Abrúzo, y pasa por entre San German y las tieras de la Iglesia muy recogido. Lleva tanta agua, que apenas se puede vadear. No tenia por allí otra puente sino la de Pontecorvo. Hace con su corriente grandes

revueltas y muchas, por donde con estar Gaeta desta parte del rio como se va á Roma, para socorrerla por camino mas breve era menester pasalle por dos veces. Acudió desde Gaeta el señor de Alegre con hasta tres mil hombres para juntarse con el campo francés. Daba él priesa que pasasen el rio y viniesen á las manos, sin quedar escarmentado de la batalla de la Cirinola, como queda apuntado. Pasó pues el campo de los franceses el rio por el vado de Ceprano un domingo mediado octubre. El primer lugar que encontraron de los que se tenían por España, pasado el rio, era Rocaseca. Estaban en él de guarnicion los capitanes Cristóbal Villalva, Pizarro y Zamudio con mil y docientos soldados. Con esta gente dieron en la avanguardia de los franceses que venian mal ordenados, y mataron y prendieron mas de trecientos dellos. Acudieron los franceses á combatir aquella plaza. Los de dentro mostraban tanto ánimo, que, no contentos con defender el lugar, salieron á pelear con los franceses, y aun dellos mataron sobre docientos, y á los demás hicieron retirar dentro de sus reparos. Otro día les entraron tres mil hombres de socorro con Próspero Colona y Pedro Navarro. Por otra parte marchaba el Gran Capitan con todo su campo para acudir á los cercados. Los enemigos, si bien hicieron ademan de querer volver al combate, por miedo de perder la artillería si les sucediese algun desman y por ser el tiempo muy lluvioso, alzado su campo, volvieron á alojarse de la otra parte del rio. Desde á dos dias segunda vez pasaron el rio, y fueron á asentar su campo en Aquino, que está seis millas de San German, donde era vuelto con su gente el Gran Capitan. La tempestad de agua era tan grande, que impidió que se viniese á las manos. Retrajéronse los franceses hácia Pontecorvo. El Gran Capitan por atajalles el paso del rio, que pretendian ponelle de por medio, caminó en su seguimiento hasta de la otra parte de Aquino, do les tornó á presentar la batalla. Ellos se cerraron en un sitio asaz fuerte con la artillería, y los de España fueron forzados á dar la vuelta á San German. Los franceses tornaron á pasar el Garellano en sazón que entrado noviembre se concertaron los Ursinos con los coloneses en Roma en servicio del rey Católico por medio de los embajadores de España y de Venecia, ca á los venecianos desplacia la prosperidad de Francia, y no querian tener por vecino príncipe tan poderoso. Obligáronse los Ursinos de servir con quinientos hombres de armas á tal que el rey Católico les acudiese con sesenta mil ducados por año. Por su parte Bartolomé de Albiano, principal entre los Ursinos y que se halló en toda esta faccion del Garellano, ofrecia de servir en aquella guerra con tres mil de á caballo y de á pié. Fabricio Colona con golpe de gente española que le dieron combatió y tomó por fuerza á Roca de Vandra con grande afrenta del campo francés que lo veia, y no pudo socorrer á los cercados; antes rio abajo se fué á poner diez y ocho millas de San German, y doce no mas de Gaeta, con intento de pasar el rio por una puente de piedra que allí hay. Pedro de Paz, puesto para guardar aquel paso con mil y docientos infantes y algunos jinetes, con su gente y con otros docientos jinetes que llegaron de socorro peleó tres dias y tres noches con los franceses sin que le pudiesen

ganar la puente. En esto llegó el Gran Capitan con todo el campo, y con su llegada hizo pegar fuego á una parte de la puente, que era de madera, y asentó su real junto á su entrada. Aquí hobo gran desórden en la gente de España, que por ser el tiempo tan recio y no estar los soldados pagados, se desmandaban en robar por los poblados y caminos; demás que muchos, así de los hombres de armas como de la infantería, desamparaban las banderas, y aun los mas principales capitanes eran de parecer que el campo se retirase. Un día llegó el negocio á tanto rompimiento, que un soldado sobre el caso puso la pica en los pechos al Gran Capitan; pero él llevaba todo esto con grande esfuerzo y corazon. Juntó el dinero que pudo, con que socorrió á cada soldado con cada dos ducados; y á los capitanes que le instaban en una junta con grande porfia que se retirase, respondió: « Yo sé muy bien lo que al servicio del Rey importa esta jornada, y estoy determinado á ganar antes un paso, aunque sea para mi sepultura, que volver atrás, aunque fuese para vivir cien años. Aquí se ha de rematar esta contienda como fuere la voluntad de Dios y como pluguiere á su majestad; nadie pretenda otra cosa. » Los coloneses fueron los que hicieron mas instancia que el campo se retirase. Sospechóse y díjose que por inteligencias secretas que traian con los franceses, de que resultaron disgustos y enemistades formadas. Todavía se fué mucha gente del campo español y quedó muy menguado, con que los franceses tuvieron lugar de echar sin ser sentidos una puente bien trabada sobre ciertas galeras y barcos, por la cual hasta mil y quinientos franceses pasaron los primeros, y por estar los de España descuidados y tomalles de sobresalto, les ganaron un reparo como fuerte. Dieron alarma en el campo, que era todo de pocos caballos y como cinco mil infantes. Subió el Gran Capitan en un caballo, y puesta en órden su gente, se apeó, y con una alabarda fué el primero que comenzó á pelear con los contrarios, que ya eran pasados hasta el número de cinco mil, y continuaban á pasar con muy buen órden, y la artillería francesa que tenían plantada de la otra parte del rio no cesaba de jugar contra los nuestros. Sin embargo, fué tanto el denuedo de la infantería española y su coraje y cargaron tan furiosamente sobre los contrarios, que les forzaron á dar las espaldas y recogerse á la puente. Con la priesa del pasar quedaron muertos y ahogados mas de mil y cuatrocientos hombres. Llegó el Gran Capitan sin miedo de la artillería hasta la entrada de la puente, y aun algunas de sus banderas y compañías á vuelta de los franceses pasaron de la otra parte del rio. Al retirarse recibieron algun daño de la artillería enemiga, en que murieron algunos hombres de cuenta, á otros hirieron; en particular el capitán Zamudio quedó mal herido de un tiro. Sobre todos es de alabar el ánimo del alférez Hernando de Hilescas, que perdida de un tiro la mano derecha, tomó con la izquierda el estandarte, y llevada de otro tiro tambien la izquierda, se abrazó con los brazos dél, sin moverse de un lugar hasta tanto que los franceses fueron echados. Varon digno de inmortal renombre y de las mercedes que su Rey le hizo grandes á instancia y por informacion del Gran Capitan. Esta rota desanimó mu-

CAPITULO VI.

Que la ciudad de Gaeta se rindió.

cho á los franceses, tanto, que no se tenian por seguros con tener el rio de por medio. Guardaban con cuidado la puente, no para pasar ellos, sino porque los contrarios no pasasen de la otra parte de ellos alojaban. Demás desto, por diferencias que resultaron entre el marqués de Mantua y el señor de Alegre, el Marqués se resolvió de dejar el campo y oficio de general y volver atrás con color que no podia sufrir la arrogancia de los franceses, que allegaban á desmandarse en palabras y llamalle *bougre*, nombre de injuria muy grave entre los franceses, si ya no fué capa, que no quiso aventurarse por ver el juego mal parado. En su lugar hasta tanto que su Rey fuese avisado y proveyese como fuese su voluntad, nombraron los capitanes por general al marqués de Saluces, que era venido á esta empresa en favor de Francia con cargo de visorey. Tras esto el Gran Capitan, si bien tenia menos gente que los contrarios, se resolvió de pasar el rio y dalles la batalla. Para ejecutarlo mandó labrar una puente y echalla siete millas mas arriba de la que tenian los franceses sobre ciertas barcas y carros. Dió cuidado de hacer esto á Bartolomé de Albiano. Luego que la puente estuvo en orden, salió de Sesa en que alojaba, y un juéves, 28 de diciembre, pasó con dos mil peones españoles y mil y quinientos alemanes. Dejó otrosí orden á don Diego de Mendoza y don Fernando de Andrada que recogiesen aquella noche la caballería que tenian alojada por aquella comarca, y con ella al amanecer estuviesen con él. Luego que los de España pasaron el rio, los franceses se retiraron de sus estancias y tomaron una loma de una sierra. Rindiéronse Suy y Castellforte, que se tenian en aquella ribera del rio por los franceses. Quedóse aquella noche nuestra gente en el campo delante de Monforte, y el dia siguiente fué el rio abajo con intento de dar la batalla. Los franceses con parte del artillería enviaron á Pedro de Médicis para que en unas barcas la llevase á Gaeta. Llegó á la boca del rio, quiso pasar adelante puesto que el mar andaba alto; porfia perjudicial, hundióse las barcas con la artillería; y él mesmo se ahogó. La demás gente un hora antes del dia, desamparado el puente y la artillería gruesa, las tiendas y parte del fardaje, se apresuraron por meterse en Mola, que está junto á Gaeta. Supo el Gran Capitan el camino é intento que llevaban; envió delante á Próspero Colona con los caballos ligeros para que los detuviesen hasta tanto que llegase la infantería. Luego que llegó al puente de Mola, se trabó la pelea, que no fué muy larga. En breve espacio los contrarios fueron rotos y se pusieron en huida. Siguiéron los vencedores el alcance, y ejecutáronle hasta las puertas de Mola y de Gaeta, donde parte de los vencidos se recogió. Muchos quedaron muertos en todo el camino; perdieron treinta y dos piezas de artillería; tomáronles mil y quinientos caballos. Una parte de los franceses que echaron por la via de Fundi y otros que por allí alojaban fueron muertos y presos de los villanos de la tierra, que salieron contra ellos y les atajaron los pasos de suerte, que fueron muy pocos los que dellos se salvaron. Señaláronse mucho de valerosos en estos encuentros y toda esta jornada Bartolomé de Albiano y don Hugo de Moncada.

Quisiera el Gran Capitan aprovecharse de la turbacion y miedo de los franceses para subir con su gente, que iba en el alcance, en el monte Orlando que está sobre Gaeta y la sojuzga. El dia fué tan áspero por lo mucho que llovia, y los soldados venian tan fatigados del camino y de la hambre por no haber comido la noche pasada ni todo aquel dia, que parece solo el herir y matar los sustentaba, que le fué forzoso desistir por entonces de aquel intento y volver con su campo á Castellon, do antes alojaba. Tenian los franceses acordado de fortificarse en Mola con la artillería menuda que les quedaba, por temor no les acometiesen ante todas cosas en aquel lugar. Pero el Gran Capitan luego que tuvo la gente refrescada y descansada, revolvió sobre Gaeta, que era lo mas principal, por aprovecharse del miedo y desmayo que tenian los contrarios. El combate fué aun mas fácil de lo que se pensaba, ca por la batería que la artillería hizo los meses pasados se halló tan poca resistencia, que sin dificultad les gauaron el monte, y los que le guardaban apenas se pudieron recoger á la ciudad. Con esto acabaron de perder lo que les quedaba de la jornada pasada. Tomáronles otros mil caballos y dos cañones que hicieron todo el daño á los nuestros en el primer cerco. Lo que mas es, perdieron de todo punto el ánimo, en especial cuando vieron que los de España pasaron sus alojamientos junto á los adarves de la ciudad sin que les pudiesen ir á la mano. Salieron luego á rendirse cincuenta hombres de armas de Lombardia, cuyo capitan era el conde de la Mirandula. Tras esto, aquella misma noche acudieron de la ciudad tres personajes á tratar de parte del marqués de Saluces de algun concierto. Pidieron en primer lugar que los prisioneros se rescatasen por dineros. Respondió el Gran Capitan que no se podia hacer. Pasaron adelante con la plática; vinieron á ofrecer que por los prisioneros franceses é italianos serian contentos de entregar la ciudad y castillo de Gaeta y la Roca de Mondragon, plaza asentada en las ruinas de la antigua Sinuesa, demás de dar libertad á los prisioneros españoles é italianos que tenian de nuestra parte. El Gran Capitan oyó de buena gana esta oferta. Todavía no venia en soltar los prisioneros italianos, especial al marqués de Bitonto, Mateo de Acuaviva y Alonso de Sanseverino, primo del príncipe de Bisignano, cuyas culpas y destealtad eran mas notables, y pretendia reservar al rey Católico el conocimiento de su causa. Anduvieron demandas y respuestas, y los franceses en lo que tocaba á los prisioneros italianos aflojaron. Al fin á 1.º de enero del año de nuestra salvacion de 1504 fueron de acuerdo que el señor de Aubeni con los demás franceses se pusiesen en libertad. Quanto á los italianos, que no se pudiese hacer justicia de ninguno dellos, ni el rey Católico determinase sus causas antes que el de Francia tuviese lugar de enviar á España embajador sobre el caso para interceder por ellos. Con esto se permitió á los soldados que se fuesen con sus bagajes y armas. A los naturales de Gaeta que quedasen con sus haciendas, y que á todas las

demás ciudades de aquel bando no fuese en algun tiempo imputado ni parase perjuicio el haber seguido el partido de Francia. Tomado este asiento, á la hora se comenzaron á embarcar á toda prisa los que querian ir por mar. Teodoro Trivulcio salió luego con la gente italiana y francesa que pretendia ir por tierra. Hecho esto, miércoles, á 3 de enero, se hizo la entrega de la ciudad y castillo de Gaeta, y los prisioneros de nuestra parte se pusieron en libertad. El cargo del castillo y gobierno de aquella ciudad se encomendó á Luis de Herrera, premio muy debido á sus servicios. La tenencia de Taranto que él tenia se dió á Pero Hernandez de Nicuesa. Dos dias despues de la entrega llegó allí monsieur de Aubeni y hasta mil y docientos prisioneros franceses. El de Aubeni se embarcó luego, los demás con salvoconducto se encaminaron por tierra. Los mas murieron por el camino; el mismo marqués de Saluces falleció en Génova. El señor de la Paliza, uno de los prisioneros franceses no entró en esta cuenta por estar ya puesto en libertad á trueque de don Antonio de Cardona, hermano de don Hugo, que prendieron los franceses los meses pasados. Fué don Antonio muy buen caballero, y sirvieron él y sus hermanos muy bien. Por esto el rey Católico le hizo merced de la Padula, que era del conde de Capacho, con título de marqués. Algunos fueron de parecer que el Gran Capitan no se debiera apresurar tanto en el asiento que tomó, y que no fué buen consejo por una ciudad poner en libertad tan gran número de prisioneros, y entre ellos personas de mucha calidad. A la verdad ¿quién podrá contentar á todos, enfrenar los juicios y lenguas de tantos? Decian que con paciencia, pues era señor del campo, pudiera sujetar aquella plaza y las demás, y no ponerse al riesgo de que tales capitanes podian ser ocasion si la guerra se renovase. A esto el Gran Capitan respondia que de pólvora y balas se gastaria mas de lo que importaba aquel peligro. Que era mas conveniente cerrar aquella llaga presente que recelar las que el de Aubeni y los otros prisioneros podrian hacer con sus lanzas; que perro muerto no ladra, y huido no hace mal; que de ser muertos, ó idos, no podian los prisioneros escapar. En fin, los grandes caudillos tienen sus razones que les hacen fuerza, y nadie sabe dónde les áprieta el calzado. Las razones principales que se puede entender le movieron eran: la primera la falta de dinero para pagar y socorrer á los soldados, y de bastimentos para sustentellos; recelábase por esta causa de alguna nueva borrasca, y deseaba concluir y asegurar su partido; la segunda que el Papa era muy francés, y en Civitavecchia tenia armadas dos naves para enviar á los cercados municiones y bastimentos, fuera de otras dos caracas que estaban á la cola en Aguasmuertas para lo mismo. Sobre todo se sabia que daba todo favor á los angevinos, y que tenia enviado el marqués del Final á Francia con intento de casar el hijo del duque de Lorena con una hija suya, y procuraba por el derecho que pretendia tomase la conquista del reino, y para ello le ofrecia de ayudalle hasta echar los españoles de todo él y aun para cobrar á Sicilia. Cuando este casamiento no se concertase, remontaba en su fantasia de casar el Prefecto, su sobrino, con hija del rey don Fadrique,

con oferta de ayudalle para recobrar el reino. La posterior consideracion y mas grave fué que se tuvo por cierto se concluiria la plática tantas veces movida entre los dos reyes de la restitution del rey don Fadrique, que el Papa apretaba con todas sus fuerzas; nueva que para las cosas de aquel reino hizo increíble daño, en los aficionados á la parte de España se encogian y aun se retiraban como los que pensaban tener en breve otro dueño; y los aversos se desenfrenaban en palabras y aun en obras. Sobre todo que los pagamentos se detenia á causa que las comunidades y oficiales querian reservar aquel dinero para el rey don Fadrique, si allí volviese; así, la falta y necesidad apretaba de cada dia mas. Por esto, concluido lo de Gaeta, con deseo de acabar antes que hobiese alguna novedad que desbaratase todo lo hecho, luego despachó al duque de Terras del marqués de Bitonto. A Bartolomé de Albiano contra Luis de Arsi, que todavia se hacia fuerte en Venosa. Contra el conde de Conversano fueron el conde de Matera y Pedro de Paz. Sitiaron dentro de Laurino al conde de Capacho, Gil Nieto y Pedro Navarro, que le dieron licencia para que con su mujer, hijas y ropa comun de su casa se fuese á Trana, que se tenia por venecianos; pero que dejase los ganados, artilleria y municiones. En Calabria Gomez de Solís despojó al principe de Rosano de su estado. Solo le quedaba Sanseverina y la ciudad de Rosano, sobre la cual estaba la gente de España, y en ella le tenian cercado. Pretendia otrosí el Gran Capitan acometer el estado que el Prefecto tenia en el reino. Previno él este daño, ca luego se vino á reducir, é hizo alzar las banderas de España en todos sus lugares. Recibióle el Gran Capitan en su gracia, si bien entendia cuán francés era y que venia á la obediencia mas forzado que de grado; en que no se tuvo respecto á sus deméritos, sino á ganar ó entretener al Papa, su tio, para que no hiciese algun daño. La ciudad de Rosano al fin se rindió á partido por los naturales, donde fué preso el Principe con otros muchos barones. Sanseverina hizo poco despues lo mismo. A Conversano tomó Pedro de Paz por combate. Con esto toda la Calabria quedó llana; para gobernalla nombraron en lugar del conde de Ayelo, poco á propósito por su vejez, á don Hugo de Moncada.

CAPITULO VII.

De las treguas que se asentaron entre España y Francia.

Dado que hobo asiento á las cosas de Gaeta y dejado órden que aquella ciudad por excusar el gasto de guardalla, que fuera mucho, se poblase de españoles, el Gran Capitan se fué sin dilacion á Nápoles, donde le recibieron con tan pública alegría y fiesta como si fuera su rey natural muy amado y que entrara victorioso. Allí hizo llamamiento general de los barones del reino y universidades, porque muchos, aunque dieron obediencia al Rey, no prestaron los homenajes. A los que sirvieron bien en aquella guerra daba las gracias y los gratificaba; en particular á Bartolomé de Albiano señaló en el principado de Bisignano ocho mil ducados de renta, y entre sus deudos repartió otros dos mil y

docientos conforme á los méritos de cada cual. Estos favores que hacia á los Ursinos escocian á los colonenses grandemente, tanto, que entraron en algunos disgustos. Mas enemigos engendra la envidia que la injuria. Pasó esto tan adelante, que Próspero Colona se determinó ir á España para dar allí sus quejas y hacer mudar el gobierno. Fabricio desde Roma envió á pedir al Gran Capitan licencia para servir á la señoría de Florencia. El la dió, porque no se la tomase y fuese mayor el rompimiento. Tratóse muy de veras de poner en órden lo que tocaba á la buena ejecucion de la justicia, negocio muy necesario, porque las revueltas, enemistades y roturas del tiempo pasado dieran ocasion á que se hiciesen muchos agravios y grandes. Procuraba con agrado de los pueblos que el Rey fuese servido con alguna suma de dineros para ayuda á los grandes gastos pasados y presentes, y pagar la gente que pretendia conservar y entretener y la repartia por los lugares en que cuidaba darian menos molestia. Algunas compañías de españoles que sabia era gente muy perdida y de poco provecho y costaban mucho envió en dos naves á España con algun dinero que les dió y las vituallas necesarias; que fué descargar aquel reino, como cuerpo enfermo, de malos humores. Juntamente con esto entendia en reparar los daños de la guerra, igualar los muros, fortificar los castillos, en especial los de Nápoles, en que puso gran cuidado, y el de Gaeta. A Capua fortificaba de tales reparos y baluartes, que se tenia por mas fuerte que si la ciñeran de muros; todo á propósito de estar apercebido si los enemigos de nuevo acometiesen alguna novedad en aquel reino, en que tenia tanta autoridad, que todo lo hallaba fácil, y salia con todo lo que intentaba; y aun en toda Italia ganara tanta reputacion, que á porfia las ciudades della se le ofrecian para pasarse al servicio de España, en especial Génova, en conformidad de las dos parcialidades de adornos y fregosos queria concertarse con España, y con dos mil soldados que les enviase ofrecian levantarse contra Francia. Julian de Médicis, hermano de Pedro de Médicis el que se ahogó en el Garellano, ofrecia por ser restituído en Florencia, de donde andaba forajido, de servir cada un año entre él y los suyos con cien mil ducados. La comunidad de Pisa por defenderse de florentines, con quien traian guerra, ofrecia darse por vasallos ó meterse debajo de la proteccion del rey Católico, como él mas quisiese. Lo mismo pretendia la ciudad de Arezo en Toscana por salir de sujecion de florentines; y aun por este tiempo el señor de Pomblin se puso y fué recebido en la proteccion de España; ciudad, aunque pequeña, importante, llave y escala para la defensa del reino. Finalmente Pandolfo de Petrucis, por sí y por Sena, su ciudad, y Pablo Ballon, por sí y por Perusa, movieron los mismos tratos. Hasta de Milan se le ofrecieron seiscientos ciudadanos della de ayudar y servir, si quisiese conquistar aquel estado y hacer guerra en Lombardia. Pero todas estas pláticas se atajaron con la tregua que los embajadores Gralla y Antonio Augustino asentaron en Francia por espacio de tres años, en que se comprendia el reino de Nápoles. Juróla el rey Católico en la Mejorada, do estaba por fin de enero.

Asentóse, entre otras cosas, que la dicha tregua se pregonase en Nápoles á los 25 de febrero; no se hizo empero á causa que el Gran Capitan quiso se notificase primero á los que quedaban rebeldes. El príncipe de Rosano no la quiso aceptar; antes porque el comendador Solís, sabido el asiento, aflojó en el cerco de Rosano, él se fué con su gente á poner sobre Cherintia, en que hizo daños y robos. Luis de Arsi, sin embargo que aceptó la tregua, robó los ganados de Andria y Barleta y tomó los prisioneros que pudo. Pretendian los nuestros que conforme á las capitulaciones de la tregua se podia tomar emienda de los barones que de nuevo hiciesen algun exceso; así, apretaron al uno y al otro y tomaron á Venosa con su castillo con facilidad á causa que Luis de Arsi les dejó poco recado cuando pocos dias antes determinó retirarse á Trani y de allí por mar á Francia; lo cual hizo con sus soldados, banderas tendidas y á son de sus cajas y pífanos para muestra de braveza. Quedaban con esto por Francia solos seis pueblos en aquel reino, todos apartados de la marina. El rey de Francia pretendia que todo lo que tomaron los españoles despues del dia señalado para pregonar la tregua se debía volver como lugares mal ganados, y sospechaba que la dilacion del pregon se hiciera con malicia, y que no era razon les valiesse; en conclusion, se tenia por cosa cierta que en todas maneras no guardaria la tregua, y que solo pretendia entretener á los contrarios para tomallos desapercibidos. Todo se podia muy bien presumir á causa que al mismo tiempo que se tomó aquel concierto nombró por su general en Italia á Juan Jacobo Trivulcio, persona que ninguna cosa menos deseaba que la concordia. Esperábase cinco mil suizos y quinientas lanzas que traian de Francia el de Aubeni y el de Alegre. El marqués de Mantua y el duque de Ferrara alistaban toda la gente italiana que podian. El Gran Capitan en esta sazón se hallaba muy aquejado de una dolencia que le puso á punto de muerte. Con esto y con la nueva que se tornó á divulgar de la restitution del rey don Fadrique, y aun se decia que el Papa pretendia viniese por general del campo francés, se dió ocasion á largos discursos en materia de estado y revoluciones; y brotaron no pocos disgustos que muchos tenian contra el Gran Capitan en sus pechos cubiertos, particularmente los colonenses se dejaron decir palabras y razones descompuestas; pero todo se sosegó ó reprimió con la mejoría que tuvo el Gran Capitan, con que atendió luego á hacer todas las provisiones que pudo y le parecieron necesarias para la guerra, que á juicio de todos muy brava amenazaba á aquel reino, donde, y por toda Italia y España se padeció grande hambre; y á 5 de abril, que fué viénes Santo, hobo en Castilla y Andalucía grandes temblores de tierra, que hicieron notable estrago en los edificios; la mayor fuerza destos daños cargó en algunos pueblos que están ribera de Guadalquivir. De Lisboa partió para la India con una gruesa armada Lope Suarez Alvarenga para llevar adelante aquella navegacion y trato. Este mismo año el rey Católico hizo su mayordomo mayor á don Bernardo de Sandoval y Rojas, marqués de Denia, en lugar de don Enrique, tio que era del mismo Rey, y suegro del Marqués, donde

por cuanto diversas veces se hace mención de los señores desta casa, será bien poner en este lugar su descendencia, cuyo principio tomaremos, no desde los tiempos muy antiguos, sino desde algunos años y no pocos antes deste en que vamos. Fernan Gutierrez de Sandoval, que dicen fué comendador mayor de Castilla, casó con doña Inés de Rojas, hermana de don Sancho de Rojas, arzobispo de Toledo. Deste matrimonio nació don Diego Gomez de Sandoval, primer conde de Castro y adelantado mayor de Castilla, caballero muy conocido por su valor y tambien por sus desgracias. Casó con doña Beatriz de Avellaneda; sus hijos don Fernando, don Diego, don Pedro, don Juan, doña María, doña Inés. Don Fernando, el mayor de sus hermanos y la cepa de su casa, casó con doña Juana Manrique, de la casa de los condes de Treviño, de do vienen los duques de Najara. Deste matrimonio nació don Diego Gomez de Sandoval, á quien el rey don Fernando dió título de marqués de Denia, estado que ya antes poseian sus antepasados. Casó con doña Catalina de Mendoza, de la casa de Tendilla y de Mondéjar; sus hijos don Bernardo, el que se dijo fué mayordomo del dicho rey don Fernando, en que sirvió hasta la muerte del mismo Rey, y aun adelante lo fué en Tordesillas de la reina doña Juana. Sus hermanas doña Elvira y doña Madalena. Casó el dicho don Bernardo con doña Francisca Enriquez; sus hijos don Luis, don Enrique, don Diego, don Fernando, y seis hijas. Demás destes tuvo fuera de matrimonio en una vizcaina, natural de Fuente-Rabia, donde algun tiempo residió el dicho Marqués, á don Cristóbal de Rojas y Sandoval, que por sus partes fué y murió arzobispo de Sevilla. Hijo de don Luis, hijo mayor del marqués don Bernardo, fué don Francisco, conde de Lerma, que murió en vida de su padre; pero dejó á don Francisco Gomez de Sandoval, hoy duque de Lerma y cardenal de Roma, de quien se hablará en otro lugar. Don Fernando, el menor de los hijos del dicho Marqués, tuvo muy noble generacion, muchos hijos; entre los demás á don Bernardo de Rojas y Sandoval, cardenal y arzobispo benemérito de Toledo. Débele mucho su iglesia y su dignidad por la restitucion que le hizo del adelantamiento de Cazorla á cabo de tantos años.

CAPITULO VIII.

Que el duque Valentin fué preso y enviado á España.

Tenian los venecianos diversas ciudades de la Romaña, de que se apoderaron luego que murió el papa Alejandro, y aspiraban á las demás. El duque Valentin, como quier que se viese desamparado del favor de la Sede Apostólica y no tuviese bastantes fuerzas para resistir á venecianos, contrató con el papa Julio que le entregaria las fuerzas que se tenian por él. Hizose el asiento, y con este intento enviaron de comun acuerdo á Pedro de Oviedo, cubiculario que era del Papa, y que fuera ministro del Duque, con los contraseños para que aquellas fuerzas se le entregasen. El Duque era muy vario. Arrepintióse luego de lo concertado, y con trato doble escribió al alcaide que tenia en Cesena, que se llamaba Diego de Quiñones, que prendiese á Oviedo

y le ahorcase. Hizolo así. El Papa tuvo esto por gran desacato, como lo era. Mandó detener al Duque en palacio hasta que con efecto se entregasen aquellas fuerzas, en especial las de Cesena, Forli y Bertinoro. Movióse de nuevo aquella plática, y el Papa ofreció de poner en libertad la persona del Duque luego que aquellas plazas se entregasen á sus nuncios. Entre tanto que esto se cumplia, acordaron estuviere detenido en Ostia en poder del cardenal don Bernardino de Carvajal. El mismo Duque pidió que así se hiciese, ca no se aseguraba en otra parte ni poder por los muchos y poderosos enemigos que tenia, que eran los principales Guido de Montefeltro, duque de Urbino, y el Prefecto, sobrino del Papa. Concertóse que el Papa, entregadas las fuerzas, le diese dos galeras para pasarse á Francia, y caso que no se entregasen, la persona del Duque se restituyese en poder del Papa. El Gran Capitan, luego que supo estos conciertos, envió á Ostia á Lezcano para que tratase con el Cardenal y le advirtiese que sería de grande importancia si pudiese persuadir al Duque se fuese á Nápoles, por excusar que aquel tizon no pasase á otra parte, de do hiciese mas daño, que á la verdad el duque Valentin tenia mejor que nadie entendidos y calados los humores de Italia; era temido de todos, y muy estimado de la gente de guerra, en especial de los mas atrevidos y arriscados. Ofreció el Cardenal de hacer sus diligencias. Con tanto Lezcano le entregó un salvoconducto que traia para el efecto del Gran Capitan. En este medio Cesena y Bertinoro se entregaron sin dificultad. El alcaide de Forli, que se llamaba Gonzalo de Mirafuentes, y era de nacion navarro, no quiso entregar aquel castillo si no le contaban quince mil ducados. El Duque, por verse libre, especial que supo trataban sus enemigos de matarle, libró en Venecia aquella suma de dineros. Con tanto, el Cardenal le puso en su libertad, y él á su persuasion, dejado el camino de Francia, se fué á Nápoles y se puso en poder del Gran Capitan. Recibióle él muy bien y regalóle. Sin embargo, como era bullicioso y inquieto y tenia tanto crédito con la gente de guerra, luego que llegó á Nápoles, trató de enviar gente y dinero para defender el castillo de Forli, que aun no estaba entregado. Tramaba otrosí en un mismo tiempo por diversos caminos de apoderarse de Pomblin y de Perosa y aun de Pisa, dado que estaba en la proteccion del rey Católico, y de Nápoles para su defensa se le enviaria gente de á pié y de á caballo. Comenzó asimismo á sonsacar las compañías de alemanes y españoles que residian en el reino de Nápoles, con muchas ventajas que les ofrecia. Supo el Gran Capitan estas tramas; hizo las prevenciones necesarias para que no fuesen adelante y atajar aquel mal. El Duque mandó poner caballos en sus parajes para salirse del reino por la posta muy arrepentido de aquella resolucion que tomó de ir á Nápoles, principalmente cuando supo que dos dias despues de su partida de Ostia llegó á Roma el marqués del Final con orden que traia de atralle al servicio del rey de Francia, y para esto ofrecelle partidos muy honrosos y aventajados. Para atajar todos estos deseos, que podian acarrear nuevos daños, el Gran Capitan mandó detener la persona del Duque en

Castelnuovo, do estuvo á buen recaudo algun tiempo, si bien el Papa pretendia que se volviese á poner en la prision de Ostia ó en su poder, con color que el castillo de Forli no se entregaba como quedó concertado. Pero el Gran Capitan obró tanto, que para contentar al Papa alcanzó del Duque con buenas palabras que con efecto hiciese entregar aquella fuerza. Para ejecutallo enviaron un camarero del Duque, llamado Artes, y don Juan de Cardona, enderezados al embajador Francisco de Rojas para que siguiesen su órden. Finalmente, aquella fuerza, bien que con alguna dilacion, se entregó al Papa. Poco tiempo adelante el Gran Capitan acordó que don Antonio de Cardona y Lezcano llevasen al duque Valentin á España por quitarse de cuidado, y excusar las novedades que por su ocasion se pudieran intentar en Italia. De la prision del Duque y de envialle á España se dijeron muchas cosas; los mas cargaban la fe y palabra del Gran Capitan, y aun el rey Católico al principio estuvo muy dudoso, y le pesó que se hoviese empeñado en negocio semejante. Los daños que pudieran resultar, si el Duque estuviera en libertad, fueran notables; por esto mas quiso el Gran Capitan, como tan prudente que era, tener cuenta con lo que convenia para el bien comun, sin hacelle agravio, que con su fama ni con lo que las gentes podian imaginar ni decir. Resolucion que los grandes príncipes deben tener en sus pechos muy asentada, obrar lo que conviene y es justo, sin mirar mucho á la fama y qué dirán. Mucho sintió el rey de Francia la prision del Duque por la falta que hacia en sus cosas; y luego que le avisaron de su ida á España, dijo: De aquí adelante la palabra de españoles y la fe cartaginesa podrán correr á las parejas, pues son del todo semejables. Tratabase en esta sazón por el rey y reina de Navarra con una solemne embajada que sobre ello enviaron á Castilla que Enrique de Labrit, su hijo, príncipe de Viana, casase con doña Isabel, hija segunda del Archiduque. Los Reyes Católicos dieron oídos al principio de buena gana á esta demanda; y parecia medio conveniente para asegurarse de aquella parte de Navarra que tanto cuidado les daba; tanto mas, que poco despues falleció en Medina del Campo doña Madalena, infanta de Navarra, puesta como en rehenes de las alianzas que los años pasados concertaron entre sí los reyes de Castilla y los de Navarra. Don Juan Manuel, embajador del rey Católico acerca del Emperador, por mandado del Archiduque y por su órden vino á Flándes. Adelante tuvo con aquel Príncipe gran cabida, y de presente se ordenó que todos los negocios de España se le comunicasen; acuerdo que dió mas contento al Emperador, que pensaba por su medio componer algunas diferencias que con su hijo tenia, que al rey Católico, que pretendia viniese don Carlos, su nieto, á España por muchas razones y convenientes que para ello representaba. El César y su hijo entretenian su venida por el deseo que tenian que se efectuase el casamiento con Claudia, hija del Francés, de antes tan tratado, por parecelles este camino el mejor para componer todas las diferencias que entre España, Francia y Borgoña andaban. Demás que el rey de Francia ofrecia que los estados de Orlens, Bretaña, Milan y Bor-

goña los jurarian como legítimos sucesores; y para seguridad de todo ofrecia las prendas que pareciesen necesarias. La Reina, madre de la novia, mas se inclinaba á que casase con Francisco Valoes, duque de Angulema, que sucedia en aquel reino; y ningun medio bastaba para asegurar bastantemente que hoviese de permitir, hecho rey, se desmembrasen de aquella corona tantos y tales estados, si no era que desde luego se entregasen en poder de los desposados, de que no se podia tratar.

CAPITULO IX.

Que los poderes del Gran Capitan se reformaron.

En medio de tanta prosperidad y honra como el Gran Capitan tenia ganada, no le faltaron sus azares y borrascas, por ser cosa natural que tras la bonanza se siga la tempestad, y muy ordinario que los particulares armen lazos de calumnias y de envidia á los que les van delante, y que los príncipes paguen con ingratitud los servicios de los hombres valerosos, especial cuando son tan grandes que apenas se pueden bastantemente recompensar. Miralos como deudas pesadas, y huelgan de hallar ocasion para alzarse con la paga. No era posible satisfacer á todos los que en aquella guerra sirvieron, especialmente que cada cual se adelanta y engaña en estimar sus cosas y servicios mas de lo que son. Estos formaron grandes quejas contra el Gran Capitan, y por ellas acudieron al rey Católico, quien con sus personas, quién por memoriales que enviaron á España, que hallaron mas entrada de la que fuera por ventura razon. Los capítulos que le pusieron fueron muchos, los mas notables eran: lo primero que ayudó al cardenal Julian de la Rovere para que saliese con el pontificado, por lo menos que tuvo noticia que se trataba por cartas que se tomaron y por una firma en blanco que el dicho Cardenal le envió con grandes promesas de acudir al servicio del rey Católico, y en particular del interese de su persona, que le prometia muy grande si salia con su pretension. La verdad en esto era que él pretendió saliese papa el cardenal don Bernardino de Carvajal, y el embajador Francisco de Rojas el de Nápoles, que era no menos francés que el de la Rovere, porque le prometió, segun se dijo, de dalle el capelo. Como no salió el uno ni el otro, sino el que menos era á propósito para las cosas de España, tuvieron ocasion los maliciosos de cargar al que por ventura no tuvo parte alguna en aquella eleccion. El segundo cargo era que la gente de guerra hacia muchos desafueros y que no eran castigados, por donde la nacion española era muy aborrecida en aquel reino, de que se podia temer algun desman. Respondia el Gran Capitan: Qué él no podia alabar aquella gente de religiosos, pues los mas eran tales; que por sus delitos no los podian sufrir en España; y les fué forzado desembarazalla; todavia que la principal causa de sus desórdenes era no tenellos pagados, y que antes era maravilla cómo en tantos trabajos, hambre y desnudez estuvieron tan obedientes, en particular en el Garellano y sobre Gaeta, sazón en que llegaron á deberseles catorce pagas, sin que ningun motin se levantas; sin embargo, que si hacian algun desafuero eran casti-

gados, sin permitir algun insulto que no llevase su pago; que acudir á todo en tiempo de guerra era imposible, y mas enfrenar las lenguas de tanta diversidad de gentes. Cargábanle en tercer lugar que se tenia poca cuenta con la hacienda del Rey, y que por poco recado se desperdiciaban y robaban grandes sumas de dineros, pues ni las rentas reales, que eran muy gruesas en aquel reino, ni las confiscaciones, que eran muchas y grandes, y todas aplicadas para los gastos de la guerra, no bastaban para pagar á la gente; sobre todo, le cargaban que no se hallaba cuenta del dinero que se le remitió de España. Mas esta culpa era de Francisco Sanchez, despensero mayor del Rey, y de otros oficiales en cuyo poder entraba el dinero y por cuya mano se gastaba. Las rentas reales de Nápoles en limpio no pasaban de cuatrocientos y cincuenta mil ducados, y en solas las pagas de la gente se gastaron en un año pasados de ochocientos mil ducados. De las confiscaciones y mercedes que forzosamente se hicieron á tanta gente principal como sirvió en aquella guerra. De que resultaba otro cargo con el Gran Capitan, y el mayor de todos y que mas se sentia, es á saber, que repartia pueblos y estados y tenencias como si en efecto fuera dueño de todo; que enviaba al Papa suplicas para proveer las iglesias á quien le parecia; cosas que todas pertenecian al Príncipe, y no al que tenia su lugar. Por otra parte, decian no ejecutaba las mercedes que el Rey hacia, como á Juan Claver, que no le dejaba tomar posesion del estado de Alonso de Sanseverino, de que el Rey le hizo gracia. Lo mismo en otros órdenes particulares que se le enviaban no los obedecia ni ejecutaba. Que si las cosas no daban lugar á ello, por lo menos debiera dar cuenta y razon de las causas y motivos que para suspenderlos tenia. La verdad era que en esto pudo tener algun descuido el Gran Capitan, y como su buen pecho y mucha lealtad le aseguraba, por ventura se extendió mas de lo que la malicia de los tiempos sufría y la condicion de los príncipes, que quieren se cumpla enteramente su voluntad y que se les dé cuenta de todo; en fin, no hay hombre que no tenga faltas. Estos capítulos encarecieron mucho los coloneses, y en particular Próspero Colona, que se partió para España con intento de quejarse al Rey de los agravios que pretendia recibió y alcanzar que se mudase el gobierno por razones que representaba para que se enviase otro en lugar del Gran Capitan. Lo que mas sentia era que Bartolomé de Albiano tuviese mejor conducta que él ni su primo Fabricio Colona y que se le hiciesen mas ventajas. El Gran Capitan en esto aconsejaba al Rey que enviase contento á Próspero cuando volviese, mas que fuese sin agravio de los Ursinos, por lo mucho que importaba conservar en su servicio aquellas dos casas. En suma, las quejas contra el Gran Capitan menudeaban. Pasaron tan adelante, que el Rey se determinó envialle un caballero, criado de la Reina, llamado Alonso Deza, para avisalle de todos estos cargos que le hacian, encargalle y mandalle que en adelante se proveyese que la hacienda real fuese bien administrada, la gente de guerra reprimida, que mandaba sacar en buena parte para servirse della en la guerra de Africa que pensaba hacer. La ejecucion

de la justicia queria se redujese á los términos que solia tener, y que Juan Bautista Espinelo no usase del oficio de conservador por ser aquel nombre muy odiado en aquel reino. Finalmente, que se abstuviese de entremetarse en otras cosas sino en aquellas que tocaban al cargo de virey. Esto postrero sintió mucho el Gran Capitan, que al que conquistó aquel reino con tanta reputacion y gloria de España redujesen á las reformaciones y ordenanzas ordinarias y que atasen las manos al que con tanta fatiga les ganó victorias tan señaladas. Agravióse otrosí grandemente que la tenencia de Castelnuovo, que él tenia dada á Nuño de Ocampo, se mandase dar á Luis Pejo sin dalle parte dello, que fué novedad y disfavor notable. Tratábase en Francia de mudar la tregua en paces. Tornóse otrosí á mover plática de la restitucion del rey don Fadrique, á que mas se inclinaba el rey Católico; pero á tal que el duque de Calabria casase con su sobrina doña Juana, la reina de Nápoles. El Francés queria que si este medio de la restitucion se tomaba, el Duque casase con Germana de Fox, su sobrina, dado que le parecia mejor se volviese á lo del matrimonio de don Carlos, hijo del Archiduque, con Claudia, su hija. Sobre todo hacia mucha fuerza en que los españoles saliesen de Nápoles y el reino se pudiese en tercería y en poder del Archiduque. En estos tratados se gastaron algunos meses. El de Francia queria dejar aquellas diferencias en manos del Papa. El rey Católico venia en que con el Papa juntasen el colegio de los cardenales. En fin, en ningun medio se conformaban, ¿mas cómo podian? La mayor dificultad que se ofrecia para tomar cualquiera destos medios era la restitucion que se habia de hacer á los angevinos, el rey de Francia por escritura pública que otorgó á los príncipes de Salerno, Bisiñano y Melfi, cuando vencidos y despojados vinieron á su corte, se obligó que no se harian paces con España en ningun tiempo sin que primero les fuesen vuletos sus estados. Anduvieron demandas y respuestas. Por conclusion, como quier que no se hacia nada en aquello, y por otra parte llegó nueva que Pisa tenia alzadas banderas por España, indignado el rey de Francia desto, mandó despedir de su corte á los embajadores Gralla y Antonio Augustin. Visitaron ellos á la Reina y al Legado; otro dia con el rey don Fadrique pasaron muchas razones en que le aseguraron de la buena voluntad que el rey Católico tenia á sus cosas; que por lo que pasaba podia entender quién era la causa y por quién quedaba que no volviese á su reino. Hecho esto, se salieron de aquella corte á los 26 de agosto camino de España.

CAPITULO X.

De una liga que se hizo contra venecianos.

Una de las principales causas por que de Francia fueron despedidos los embajadores del rey Católico era porque no impidiesen la concordia que se tratada muy de veras de asentar entre el César y el Archiduque, su hijo, con el rey de Francia. Del cual intento fué bastante indicio que pocos dias despues de su partida se juntaron en Bles los embajadores de los dos príncipes padre y hijo, y á los 22 de setiembre concertaron en su

nombre con el rey de Francia una liga, que ellos llamaron verdadera y indisoluble amistad de amigo de amigo, y enemigo de enemigo. Las capitulaciones principales eran que el César no intentase ni emprendiese cosa alguna en el ducado de Milan ni en los estados de los señores de Italia confederados de Francia, antes que les perdonase todos los excesos que contra el imperio tenían cometidos despues que el rey Cárlos pasó las Alpes hasta aquel día; pero que si de allí adelante hiciesen lo que no debian, pudiesen ser castigados sin que el rey de Francia los defendiese. Que la investidura de Milan se diese dentro de tres meses al rey de Francia para sí y para sus sucesores, con cargo que por ella pagase al César docientos mil francos. Que el de Francia no tomaria con España algun asiento sobre el reino de Nápoles si no fuese con voluntad y consentimiento del César; y que caso que no quisiese el rey Católico concordarse, el César acudiría y daría ayuda al rey de Francia para recobrarle. Que á los hijos de Ludovico Esforcia, postrero duque de Milan, se diesen tierras y rentas en Francia cada y cuando que allá fuesen á residir. Item, que se volviesen sus bienes á los desterrados de aquel ducado, y el Rey los recibiese en su gracia. Señalaron cuatro meses para que el rey Católico pudiese entrar en esta amistad, con tal que renunciase desde luego en su nieto don Cárlos el reino de Nápoles con las condiciones tratadas otras veces, y que dentro de tres meses cada cual de las partes señalase sus confederados para que se comprehendiesen en esta alianza. Fué cosa de maravilla y aun de mala sonada que ni el César ni el Archiduque nombraron al rey Católico entre los suyos; que dió ocasion á muchos de hablar y al Rey de desabrimento. Esta confederacion se trató y concluyó muy en público. De secreto el mismo día se asentó otra nueva liga de los tres príncipes susodichos y del Papa. La voz era para juntar las fuerzas contra las del Turco en defensa de la religion cristiana; el intento verdadero se enderezaba contra la señoría de Venecia para que cada cual de las partes recobrase con ayuda de los demás lo que venecianos les tenían ocupado injustamente, á lo que decian. La Sede Apostólica pretendia á Ravena, Servia, Faenza, Arimino, Cesena y otros lugares de Imola, de la mayor parte de los cuales se apoderaron venecianos despues de la muerte del papa Alejandro y prision del duque Valentin. El César queria recobrar á Rovereto, Verona, Padua, Vicencia, Treviso y el Friuli, ciudades que pertenecian al imperio y casa de Austria. Del ducado de Milan tenían usurpadas á Bresa, Crema, Bergamo, Cremona y Geradada con todos sus territorios, en que el de Francia debia ser restituído. Grande borrasca y torbellino se armaba contra aquella nobilísima señoría. Muchos juzgaban que se les empleaba muy bien cualquiera desman por la atencion que siempre tenían á solo engrandecer y ensanchar su señoría. Avisóles Lorenzo Suarez de Figueroa destas tramas con intencion que se ligasen con España por lo que tocaba á las cosas del reino. El enemigo era poderoso, y el rey Católico se hallaba muy gastado, por cuyos libros se averiguó que hasta los 13 de octubre tenia remitidos para la guerra de levante en este segundo viaje pasados de

trecientos y treinta y un cuentos. Pero ellos ni acababan de creer lo de la liga ni de resolverse; antes conforme á su costumbre pretendian conservarse neutrales y estar á la mira para como los negocios se encaminasen seguir el partido que mejor les estuviere; mas ¿hay quien no lo haga así? Y aun en el mismo tiempo trataron muy de veras con el soldán de Egipto de impedir á los portugueses la navegacion de la India por el mar Océano y el trato de la especería, de que su república recibia perjuicio notable por quitárseles en gran parte el trato de Alejandria, en que consistia buena parte de sus riquezas. Para esto enviaron de secreto al Cairo un embajador y maestros que fundiesen artillería y labrasen navíos á nuestro modo; demás desto gran copia de metal para que todo se encaminase al rey de Calicut, donde es el mayor mercado de la especería de todo el oriente, y que con aquella ayuda echasen los portugueses de aquellos mares. Trataron otrosí con el rey Católico que en estas diferencias se interpusiese con los portugueses y los acordase; pero como era negocio de tanto interes, no se podia hallar camino para concordarse; así, con acuerdo del mismo Lorenzo Suarez, su embajador en Venecia, disimuló, y no quiso interponer su autoridad entre venecianos y portugueses; resolucion muy acertada y prudente.

CAPITULO XI.

Que el rey don Fadrique y la reina doña Isabel fallecieron.

Poco contento tenían los mas de los príncipes de suso nombrados, que tal es la condicion desta vida. El César pobre y poco avenido con su hijo. La Princesa, mujer del Archiduque, no tenia el juicio cabal. A la reina doña Isabel apretaba cierta enfermedad fea, prolija y incurable que tuvo á lo postrero de su vida, de que se decia acabaria muy en breve. Con su muerte se temian daños y revoluciones, por lo menos mudanza en el gobierno. El rey de Francia ¿qué reposo podia tener viéndose despojado de un reino tan principal que por tan suyo tenia? El rey don Fadrique no cesaba de revolver en su pensamiento trazas para volver á su casa y corona; de que resultó como quier que todos le faltasen y le entretuviesen con buenas esperanzas solamente, que, mal pecado, cargó sobre él tan mal humor, que enfermó de cuartanas y con ellas, de Bies, despues de partidos los embajadores del rey Católico, volvió á Turs, su residencia mas ordinaria. Afiligátese pobre y de todos desamparado y en poder de sus mortales enemigos. Entendia que era imposible concordarse los dos reyes de Francia y el Católico, y que en lo de su restitution no procedian con flaqueza; antes por mostrar voluntad de lo que no pensaban hacer y por este modo engañar al mundo y entretenerle á él, ponía cada cual de las partes condiciones que sabian muy bien no se aceptarían por la otra parte; que todo era burlarse de su mala suerte y traelle al retortero. Lo que mas sentia era que en su hijo el duque de Calabria no se veía aquel valor y maña y virtudes que eran necesarias para salir del aprieto en que estaban; y persuadíase que, muerto él, se acomodaria con el estado presente sin trabajarse mucho para pasar mas adelante.

te. Sobre el cual sugeto á los postreros dias de su vida le escribió una carta larga y discreta, llena de avisos para que se supiese gobernar conforme al estado presente y aspirase con valor á mas, sin envilecerse con los deleites ni acobardarse por las dificultades que se representaban. Encomiéndale que se muestre animoso y liberal y ejercite su cuerpo en obras militares y de caballería. Por estas razones se ve que á este Príncipe ni le faltó cordura ni ánimo; su desastrada suerte le redujo á aquellos términos, que como acontece á los desgraciados, le siguió, tanto que una noche se quemaron las casas en que posaba con tanta furia, que apenas él, su mujer y hijos se pudieron salvar desnudos. Este accidente le agravó la enfermedad, de que falleció en aquella ciudad á los 9 de noviembre. Dejó de su primera mujer una hija que tenia casada en Francia; de la segunda cinco hijos, es á saber, doña Isabel, doña Julia, don Alonso y don César, y el mayor don Fernando, duque de Calabria, que á la sazón que llegó la nueva de la muerte de su padre estaba en Medina del Campo, do la corte se hallaba. Mandó el Rey á Próspero Colona que de su parte se la llevase y le consolase, bien que el mismo Rey se hallaba muy congojado por la dolencia de la Reina, que la traía muy al cabo. Daba ella mucha priesa para que el Archiduque y su mujer viniesen á España con toda brevedad; y Gutierre Gomez de Fuen-salida, embajador en Flándes, hacia sobre ello grande instancia. Excusóse el Archiduque con la guerra que le hacía el duque de Gueldres. La verdad era que no gustaba de venir, y mostraba tener en poco la sucesion de tan grandes estados. Agravóse la enfermedad, y falleció la Reina en aquella villa á los 26 de noviembre. Su muerte fué tan llorada y endehada quanto su vida lo merecia, y su valor y prudencia y las demás virtudes tan aventajadas, que la menor de sus alabanzas es haber sido la mas excelente y valerosa princesa que el mundo tuvo, no solo en sus tiempos, sino muchos siglos antes. Mandóse enterrar en Granada. Allí, porque la capilla Real no la tenían labrada como se pretendia hacer, su cuerpo se depositó en el Alhambra. Mandó que en su entierro y por su muerte nadie se vistiese de jerga como se acostumbraba; y desde aquel tiempo se desusó aquel luto tan extraño. En su testamento revocó algunas donaciones que en perjuicio de la corona real se hicieron mas por fuerza que de grado al principio de su reinado. Item, declaró que la donacion que se hizo á don Andrés de Cabrera y á su mujer del marquesado de Moya procedió de su voluntad por los servicios muy señalados que le hicieron. Nombró por su heredera á su hija la princesa doña Juana, y con ella al Archiduque, su marido. Pero por su poca salud y ausencia, en conformidad de lo que por Cortes dos años antes le suplicaron sus vasallos, mandó y ordenó que si la Princesa, su hija, por su ausencia ó por otro respeto no pudiese ó no quisiese entender en el gobierno de sus reinos, en tal caso el rey don Fernando tuviese la administracion dellos por su hija la Princesa hasta tanto que su nieto el infante don Carlos fuese de veinte años cumplidos. Demás desto, mandó que ultra de la administracion de los maestrazgos que tenia por concesion de la Sede Apostólica, el rey don Fernando lle-

vase la mitad de los proventos que resultasen de las las y tierra firme que tenían descubierta, sin otros diez cuentos que le mandó cada un año, situados en las alcabalas de los maestrazgos. Nombró por testamentarios al Rey y al arzobispo de Toledo y á don Diego de Deza, obispo de Palencia, Antonio de Fouseca y Juan Velazquez, sus contadores mayores, y á su secretario Juan Lopez de Lezarraga. No faltaron personas señaladas que no embargante esta disposicion de la Reina, aconsejaban al Rey se tuviese por legítimo sucesor de aquellos reinos, pues descendía por línea de varones de la casa real de Castilla; que este era camino mas derecho y mas firme que la via de la administracion. Que los pueblos le amaban mucho, y con quitar algunas gravezas y premáticas odiosas á la gente, ninguno de aquella corona le faltaria. El Rey, sin embargo, en este punto estuvo tan sobre sí, que con estar ofendido de su yerno en muchas maneras, y la Princesa tan impedida y tener el camino muy llano para apoderarse de todo, el mismo dia que falleció la Reina salió á la tarde, y en un cadabalso que se armó en la plaza de aquella villa mandó alzar los pendones reales por doña Juana, su hija, como reina propietaria de Castilla, y por el rey don Filipe como su marido; alzó los estandartes el duque de Alba don Fadrique de Toledo. En las demás ciudades y villas en que se acostumbra alzar los pendones solo se nombraba la reina doña Juana, sin hacer memoria de su marido; lo mismo en los pregones y provisiones que por todo el reino se hacian, todo con fundamento que el Archiduque les debía primero jurar sus privilegios y leyes; señaladamente querian asegurar que en los consejos y audiencias y gobiernos y tenencias no se sirviese de extranjeros sino de naturales, como tambien la reina doña Isabel lo dejó expresado en su testamento. En este mes y en el siguiente de diciembre y aun mas adelante cargaron tanto las aguas, que los sembrados se perdieron, y se padeció grande hambre, así bien el año siguiente como el presente se padecia.

CAPITULO XII.

De las diferencias que hobo sobre el gobierno de Castilla.

La muerte de la reina doña Isabel dió ocasion de disgustos y diferencias. El rey don Fernando, conforme á la cláusula del testamento de la Reina, pretendia mantenerse en el gobierno de Castilla, atento que la impotencia y enfermedad de la reina doña Juana, su hija, era muy notoria, hasta tenella en Flándes recogida. Para salir con este intento usó de dos medios: el uno fué escribir al rey archiduque, su yerno, y avisalle que no se le permitiria entrar en Castilla sin su mujer; que los del reino descaban conocer por las obras si era falso el impedimento que se decia ó si daba lugar para poder gobernar y reinar; el otro fué que convocó Cortes del reino para la ciudad de Toro. Allí, á los 11 de enero del año 1505, Garci Laso de la Vega, comendador mayor de Leon, que presidia en las Cortes, y los procuradores vieron la cláusula del testamento de la reina doña Isabel, que tocaba á la sucesion en aquellos sus reinos y á la administracion dellos; y conforme á

ella, de comun consentimiento, juraron por reyes á doña Juana como á reina propietaria de Castilla y heredera legitima de su madre, y al rey Archiduque como á su marido, y al rey Católico como administrador dellos. Pocos dias adelante se declaró por las mismas Cortes el impedimento notorio de la reina doña Juana; por tanto, suplicaron al rey Católico que, conforme á lo dispuesto en el dicho testamento, se encargase del gobierno de aquellos reinos y no los desamparase. En conformidad desto, despacharon sus mensajeros á Flándes con cartas en que avisaban de todo lo hecho, su data á los 11 de febrero. Sin embargo, se levantaron grandes contradicciones sobre la administracion. Los grandes, conforme á la condicion del ingenio humano, deseaban mudanza en el gobierno, y en particular por estar á la sazón desabridos con el rey Católico, quién por lugares que les quitara de que el rey don Enrique les hiciera merced, quién por no haber salido con lo que pretendian, y todos porque los enfrenaba, y con administrar igualmente justicia impedía que no pudiesen agraviar á los pequeños. El que entre todos mas se adelantó y señaló fué don Pedro Manrique, duque de Najara, que con sus deudos y aliados hacia en palabras y en obras toda la contradiccion que podia. Despues dél se mostró mucho don Diego Lopez Pacheco, marqués de Villena, por tenerse por agraviado á causa de los pueblos de aquel marquesado que le quitaron los años pasados, y á rio vuelto se prometía los recobraría. Los demás grandes casi todos eran del mismo parecer, si bien contemporizaban y no se declaraban tanto; solo el duque de Alba don Fadrique de Toledo estuvo siempre de parte del rey Católico. El nuevo Rey otrosí y los del su consejo formaban agravio y quejas contra el gobierno del rey Católico. Decían que á qué habia de venir á Castilla el Rey ó á qué propósito se lo llamaban; pues llamalle rey y no tener reino, ó venir al reino de que se llamaba rey y no mandar en él como rey, ¿qué sería sino burla y juego de niños? Á los unos y á los otros incitaba y encendía don Juan Manuel, caballero, aunque pequeño de cuerpo, muy vivo, de grande ingenio y dichos muy agudos. Pretendió el rey Católico apartalle del rey Archiduque por prevenir este daño; mandóle primero volviése á Alemaña para servir su oficio de embajador acerca del César. El rey Archiduque no quiso venir en ello ni lo consintió, antes hizo en adelante mas caso dél y le dió parte de todas sus cosas sin encubrielle alguna de sus puridades. Despues, visto que este medio no salia, procuró el rey Católico ganalle con grandes ofrecimientos que hizo á doña Catalina de Castilla, su mujer, señora de muy gran punto. Prometía para él y para sus hijos grandes ventajas. Todo no prestó ni fué de provecho, ca él, como sagaz, mas caso hacia de la privanza de un príncipe mozo y dadivoso que de las promesas de un viejo astuto y limitado. No pararon estas altercaciones en esto, antes llegaron á Italia, tanto que el rey Católico comenzó á tener grandes recelos del Gran Capitan; temia no se inclinase á la parte de su yerno y del César, por donde el reino de Nápoles se pusiese en balanzas. Atizaba estas sospechas Próspero Colona, sin embargo que para sí y para sus sobrinos

alcanzó con su venida á España todo lo que pretendia, en particular que la conducta de Bartolomé de Albierno, que era de cuatrocientas lanzas, se reformase á docientas. Demás desto, mandó el rey Católico que para guarda del reino de Nápoles quedasen mil y doscientos hombres de armas y seiscientos jinetes y tres mil infantes españoles; y se enviase á España otros dos mil y se despidiesen los alemanes, todo á propósito de excusar gastos y enflaquecer las fuerzas de aquel reino, que no le pudiesen con ellas empecer si las cosas viniesen á rompimiento. Formóse otrosí consejo particular en corte de Castilla para la provision de las cosas de gobierno y de justicia de aquel reino. En él intervenian micer Tomás Malferit, que presidia en el consejo de Aragon, el licenciado Luis Zapata, Luis Sanchez, tesorero general, Juan Bautista Espinelo y por secretario Miguel Perez de Almazan. De Navarra enviaron aquellos reyes á Ladron de Mauleon para tratar se renovasen las alianzas que tenian concertadas y se confirmasen con el matrimonio del príncipe de Viana con hija del rey Archiduque. Hacian otrosí instancia por la libertad del duque Valentin, preso en la Mota de Medina, que procuraban asimismo gran número de cardenales, como hechuras que eran del papa Alejandro. El Rey fué contento que las alianzas con Navarra se renovasen, y dió intencion del casamiento que se pedía; quanto á la persona del Duque, respondió que por entonces no habia lugar, dado que en su pecho vacilaba mucho, y por la desconfianza que tenia concebida del Gran Capitan pensaba á las veces de servirse del Duque para las cosas de Italia. Los ánimos sospechosos se suelen remontar á medios extraños. Solo queria seguridad que le serviría y acudiría. Plática que se llevó tan adelante, que Alonso de Este, duque de Ferrara, su cuñado, ca su padre falleció por este tiempo, se ofrecia á la seguridad. De Portugal el rey don Manuel envió al obispo de Portu don Diego de Sousa y á Diego Pacheco para dar la obediencia al pontífice Julio. Junto con esto, despues que los años pasados envió á la India diversas armadas para el trato de la especería, acordó de enviar uno con nombre y autoridad de gobernador á quien todos obedeciesen, y él con su valor adelantase lo comenzado. Nombró para este cargo á Francisco de Almeida, y mandó aprestar una gruesa armada en que fuese. No carecia este negocio, demás de ser la navegacion tan larga, de grandes dificultades; una era la contradiccion que venecianos hacian, como queda dicho; otra que el soldan de Babilonia, sea á instancia de aquella señoría, sea de su voluntad, tomó aquel negocio por propio. Despachó al guardian de Jerusalem, que se llamaba Mauro, para este efecto con cartas enderezadas al sumo Pontífice, en que daba grandes quejas contra el rey Católico por lo que tocaba á la conquista del reino de Granada y á la conversion de los moros, que decia se hizo por fuerza, y contra el rey de Portugal á causa que con sus navegaciones quitaba á los suyos el trato de la India y le tomaba á él sus naves. Rogábale se interpusiese para que esto no pasase adelante; donde no, amenazaba de destruir el santo sepulcro y dar la muerte á todos los cristianos que moraban en sus reinos. Movieron estas amenazas al

Papa: el mismo religioso con sus cartas y con las del Soldan envió á España para que los reyes, á quien esto tocaba, le avisasen de su parecer y de lo que sería bien responder al Soldan. Lo que el rey Católico respondió no se sabe; como las quejas contra él eran viejas, debió disimular. El rey de Portugal contra quien esta embajada se enderezaba principalmente, escribió al Papa con el mismo religioso una carta deste tenor: «Recebi la de vuestra Santidad con la copia de la del Soldan, y vi las quejas que forma contra el Rey, mi señor, y contra mí, que son alabanzas mas verdaderamente que baldones, porque ¿qué mayor gloria puede ser á un príncipe cristiano que ser aborrecido su nombre de la morisma? Las amenazas que añade se enderezan á hacernos desistir del intento que tenemos de ensalzar el nombre de Cristo. Yo no tengo que responder por el Rey, mi señor; él mismo responderá por sí como se puede esperar de su mucha prudencia. De mí sé decir con verdad que quisiera haber dado ocasion al Soldan de mucho mayores quejas; y aseguro que mi principal intento cuando hice abrir el viaje de la India fué echar por tierra y asolar la casa de Meca, donde está el sepulcro de Mahoma; lo cual espero con la gracia de Dios que algun dia se pondrá en efecto. Entonces se podrá el Soldan quejar de veras, y no ahora que los daños son tan pequeños. Lo que amenaza de dar la muerte á los cristianos y destruir el santo sepulcro, no le tengo por tan inconsiderado que se quiera privar de las rentas tan gruesas que le pagan los cristianos, ni por tan temerario que quiera irritar contra sí todo el cristianismo y forzarlos á que se junten para vengar semejantes injurias. Por esto yo suplico á vuestra Santidad ponga su pensamiento en unir los príncipes cristianos para que con sus fuerzas desahagan aquella malvada secta y su memoria, cosa que algunos príncipes suplicaron al papa Alejandro, y por ventura Dios, Padre santo, reserva esta gloria para vuestro tiempo. Lo que será bien responder al Soldan, será vuestra prudencia junto con ese sacro colegio; que no es razon yo interponga en esto mi juicio. Lo que deseo y pretendo hacer con el ayuda divina, sin tener cuenta con amenazas ni espantos, me pareció declarar en estos pocos renglones.»

CAPITULO XIII.

Los disgustos entre el rey Católico y su yerno fueron adelante.

En estas cortes de Toro se publicaron las leyes de Toro que quedaron ordenadas desde antes que la reina doña Isabel falleciese. Despidiéronse las Cortes, y sin embargo se detuvo el rey Católico en aquella ciudad hasta fin del mes de abril con intento de enterarse, como de tan cerca, si acudiría bien á sus cosas el rey don Manuel, y si recibiría bien lo de su gobierno. Los grandes por la mala voluntad que le tenían divulgaron que traía tratos de casarse con doña Juana, hija del rey don Enrique, para seguir su derecho, que tanto antes contradijo, y por este camino en despecho de los nuevos reyes, sus hijos, no solo mantenerse en el gobierno de Castilla, sino en el título de rey que antes tenía. No se puede pensar cuánto se enconaron los áni-

mos de muchos con estas hablillas. Las revueltas dan siempre ocasion que se digan, y aun se crean falsamente muchas patrañas, cual parece fué esta. Averiguase que su vicechanciller Alonso, de la caballería, pretendia fundar y aun persuadille que dejase el nombre de gobernador y tomase el nombre de administrador y usufructuario, como de derecho lo son los padres de los bienes de sus hijos que heredan de sus madres antes de ser emancipados, y aun despues han parte en el usufructo. Que la reina doña Juana no era emancipada, y cuando lo fuera, se podia tener en la misma cuenta de menor edad, fuese por su indisposicion ó por tenella su marido oprimida y sin libertad. Junto con esto que se debia llamar rey de Castilla, así por el título de usufructuario como porque fué marido de la inclita reina doña Isabel. Alegaba á este propósito el ejemplo del rey don Juan, su padre, que despues de muerta su primera mujer se continuó á llamar y fué verdadero rey de Navarra, si bien quedaron hijos del primer matrimonio y el reino era de la madre. Decia que título de gobernador era flaco y movable; que para bien gobernar era necesario llamarse rey; que don Enrique, conde de Trastamara, hasta que se llamó rey tuvo muy poca parte en el reino y muy pocos le siguieron. Los grandes de Castilla y los del concejo del rey Archiduque iban por camino muy diferente; pretendian que la administracion del reino le pertenecia como á marido de la reina propietaria, y que esto no se lo podian quitar. Decian que no era razon viniesen los nuevos reyes para no gobernar, sino ser gobernados; y que no era conveniente ni podrian sufrir que dos gobernasen, ni sería posible concertarlos. Que el rey Católico acertaria mucho en comedirse con tiempo y hacer de grado lo que sería forzoso; es á saber, retirarse á su reino de Aragon y desde allí ayudar á sus hijos en lo que él pudiese y ellos quisiesen. En lo que tocaba á los reinos de Nápoles y Granada tampoco se concordaban los pareceres; el rey Católico pretendia tener parte en el de Granada como bienes adquiridos durante el matrimonio y ser suyo el de Nápoles por el derecho que la casa de Aragon tenia á aquella corona; y sentia mucho que su yerno en los asientos que tomaba con Francia dispusiese dél como si fuera cosa suya, sin dar parte al que pretendia ser el todo. Por el mismo caso se recelaba del Gran Capitan, que era castellano, especial que fué requerido por un secretario del César, que fué á Nápoles para saber su intencion en caso de rompimiento; y el Papa le hizo preguntar caso que se ligase con el César y rey de Francia contra el rey Católico á quien pensaba acudir. Respondió al César y á sus ofertas con palabras generales, al Papa muy resolutamente que no debía su Santidad saber quien eran los suyos, y la obligacion que tenían al Rey, su señor, y á no hacer vileza ni cosa que no debiesen. Partió el rey Católico de Toro, y por Arévalo pasó á Segovia. Desde allí envió á Flándes á don Juan de Fonseca, que ya era obispo de Palencia, para que hiciese compañía á la Reina, su hija; y á Lope de Conchillos, deudo del secretario Miguel Perez de Almazan, para que le sirviese de secretario. Asimismo de parte del César y de su hijo vinieron por embajadores al rey Ca-

tórico Andrea del Burgo Cremones y Filiberto, señor de Vere, que tenía mucha cabida con el rey Archiduque y mucha noticia de las cosas de Castilla. Con este comunicó sus quejas el rey Católico, y pretendió de nuevo apartar á don Juan Manuel del Archiduque; pero él no obedeció, antes se envió á despedir del servicio del rey Católico; que eran nuevos desabrimientos, además que el Archiduque mandó echar en prisión á Lope de Conchillos, en que le tuvo mucho tiempo muy apretado. La causa fué que la Reina le mandó escribiese al Rey, su padre, que era su voluntad tuviese el gobierno de sus reinos conforme á lo que su madre dejó ordenado. Esta carta vino á poder del Archiduque, de que recibió mucho enojo. Mandó prender al secretario, y ordenó que ninguno de sus criados españoles la pudiesen hablar. La Reina, su mujer, tomó tanta pena destas cosas, que se alteró en gran manera, por do su indisposición se le aumentó tanto, que fué necesario recogerla. No se descuidaba el Gran Capitan en lo que tocaba á Italia, antes con mil soldados españoles, de los que por órden del rey Católico se mandaban despedir, envió á Nuño de Ocampo para la defensa de Pomblin y de Pisa. Cercaron los florentines á Pisa; Nuño de Ocampo con los suyos se fué desde Pomblin á meter dentro della; con que los florentines se enfrenaron de manera, que les convino alzar el cerco que tenían muy apretado sobre aquella ciudad, y no pudieron tomarla, como sin duda, á faltalle este socorro, lo hicieran. Instaban los colonosenses se reformase la conducta de Bartolomé de Albiano. El Gran Capitan lo entretenía por conocer el valor y condicion de aquel caballero. Despues por entender que tenía sus inteligencias con el Papa en deservicio de España y que pretendía hacer guerra á los florentines en favor de los Médicis, se hizo la reformation, lo cual luego que vino á su noticia, trató de apoderarse de Pomblin; mas por estar dentro Nuño de Ocampo, pretendió entrarse en Pisa con color de defendella. Tuvieron aviso desto por una parte el Gran Capitan, por otra los florentines. El Gran Capitan le envió á mandar no pasase mas adelante, so pena de perder la conducta y estado que tenía del rey Católico. Los florentines debajo la conducta de Hércules Bentivolla se pusieron en cierto paso junto á la torre de San Vicenté, cinco millas distante de Campilla, pueblo del estado de Pomblin. Allí le desbarataron é hirieron; y en Nápoles, porque no obedeció, se mandó ejecutar la pena incurrida; que todo fué ocasion de declararse y seguir diferente partido. No se podía presumir otra cosa de su natural, en demasia bullicioso é inquieto. La gente de guerra española, que se debía despedir conforme á lo mandado por el Rey, puesto que se dió voz que la enviaban á la conquista de los gelves, se amotinó de manera, que puso al Gran Capitan en mucho cuidado; mas él usó de tal maña, que los apaciguó y envió á España conforme al órden que tenía.

CAPITULO XIV.

De diversas confederaciones que se hicieron con el rey de Francia.

Desenaba el rey Archiduque que la concordia que el año pasado se asentó en Bles con el rey de Francia la

confirmase el César, su padre; para esto concertó de verse con él en Hagenau, ciudad del imperio. Acudieron allí el César y el rey Archiduque, que llevó consigo al cardenal de Ruan Jorge de Amboesa, que era por quien en todas las cosas se gobernaba el de Francia con poderes bastantes que llevaba de su señor. Acordóse que se diese la investidura de Milan, como pusieron, al rey de Francia para sí y sus hijos varones; y á falta dellos para Claudia y Carlos de Austria, su esposo. Púsose por condicion que si por culpa del rey de Francia no se efectuase aquel matrimonio, cayese del derecho que pretendia á aquel ducado, y recayese en los de Austria. Declaróse otrosí que la investidura que se le daba era sin perjuicio del derecho de tercero. En esto segundo hicieron fundamento los hijos de Ludovico Esforcia para ser restituidos en aquel estado. Por la primera condicion pretendió el dicho príncipe don Carlos, ya que era emperador, que despues de la muerte de los Esforcias se podia quedar con aquel ducado; verdad es que en tal caso se mandaban volver al rey de Francia los docientos mil francos que dió por la investidura. Hizo el juramento y homenaje de fidelidad en nombre de su Rey el cardenal de Ruan por ser aquel estado feudo del imperio. Del reino de Nápoles no se trató cosa nueva en estas vistas; mas en confirmar, como lo acordaron, que el matrimonio del príncipe don Carlos y Claudia se efectuase, se entendia le debian llevar por dote, segun que entre los tres lo tenían acordado. Sintió mucho el rey Católico todas estas tramadas, que claramente se enderezaban contra él. Quejóse gravemente de los malos consejeros que su yerno tenía, y que sin dalle parte se concluyesen cosas tan grandes. Lo que mas era que saneaban los derechos de Francia en lo de Milan sin que se saneasen los suyos, así en lo de Borgoña como en lo que tocaba al reino de Nápoles. Revolvió en su pensamiento la forma que podria tener para ganar de su parte al rey de Francia, y por este medio prevenirse para todo lo que le podria suceder. Parecióle que el mejor camino de todos seria casar en Francia con Germana de Fox, que era sobrina de aquel Rey, hija de su hermana. Envio para tratar esto á fray Juan de Enguerra, de la órden de San Bernardo, é inquisidor en Cataluña. Gustó mucho el Francés deste casamiento, tanto, que por contemplacion dél renunciaba el derecho que tenía al reino de Nápoles en su sobrina y en sus hijos varones y hembras, junto con el título de rey de Nápoles y Jerusalem. Por el contrario, el rey Católico vino en que, caso que no tuviesen hijos, aquel reino volviese al rey de Francia y á sus herederos. Demás que se obligó de pagalle por los gastos de la guerra quinientos mil ducados en término de diez años por pagas iguales. Item, que á los barones angevinos se volverian sus estados, cosa muy dificultosa. Y los prisioneros que tenía en su poder el Gran Capitan se pondrian en libertad, nombradamente el príncipe de Rosano y marqués de Bitonto; solo se exceptuaron el duque Valentín y el conde de Pallas. Con esto el rey de Francia se obligaba de asistir al rey Católico contra el César y su hijo, caso que intentasen á removellos de la gobernacion de Castilla. El Guiciardino dice que se concertó asimismo ayudaria el rey Católico á Gaston de Fox, su cuñado, á

conquistar el reino de Navarra, á que pretendia tener derecho. Item, que el de Francia enviaria á España la viuda reina de Nápoles con sus hijos, y si no quisiese venir, la despediria de su reino. Los unos conciertos y los otros se hicieron este verano y estío; y desde Segovia, á los 25 de agosto, se enviaron á Francia para concluir don Juan de Silva, conde de Cifuentes, micer Tomás Malferit y el mismo fray Juan de Enguerra, que llevaron las provisiones para libertar á los prisioneros de Nápoles, y seguridad para que los desterrados pudiesen ir á sus casas. En particular se trató de casar á Roberto de Sauserverino, príncipe de Salerno, cabeza de los forajidos de Nápoles, con doña Marina de Aragon, hija de don Alonso de Aragon, duque de Villahermosa y conde de Ribagorza, y hermana de don Alonso, duque de Villahermosa, y de don Juan, conde de Ribagorza; trazas que dieron mucho contento al rey de Francia, tanto, que procuró impedir que el rey Archiduque no viniese á España, y se lo envió á requerir con un su secretario que hasta que las diferencias que tenia con su suegro se determinasen no se pudiese en camino. Para necesitalle á ello trató con el duque de Güeldres que con mas gente hiciese la guerra en Flándes. Este asiento por una parte causó gran turbacion en el reino de Nápoles, y los barones que poseian las tierras de los forajidos se apellidaron para defenderse unos á otros, en particular Próspero Colona, que se salió del reino, y llegó á ofrecer al Papa que si el rey de Francia le renunciase el derecho que pretendia á aquel reino, él y los suyos se le conquistarian; por otra alteró de nuevo á los grandes de Castilla, tanto mas, que se publicaba que la reina Católica para dejar al rey Católico por gobernador de sus reinos, le tomó primero juramento que no se casaria; y procuraron estorbar al conde de Cifuentes que no fuese con aquella embajada, so pena que le tendrian por mal castellano. Algunos cargaban al Gran Capitan de que no se declarase por el rey Archiduque, pues por aquel matrimonio del rey Católico con doña Germana se quitaba la sucesion del reino de Nápoles al príncipe don Carlos, ora tuviesen hijos, ora no. El rey Archiduque asimismo sintió mucho que le quitasen del todo lo de Nápoles, y le pusiesen en condicion la corona de Aragon, si el Rey, su suegro, tuviese hijo varon. El rey Católico por prevenir desgustos despachó á Flándes al protonotario don Pedro de Ayala, que fué antes embajador en Inglaterra, para que juntamente con Gutierrez Gomez de Fuensalida, su embajador ordinario, avisasen al Rey, su yerno, de aquellas paces y conciertos é hiciesen de su parte instancia que Lope de Conchillos fuese puesto en libertad, ca le tenian en Villahorda muy apretado. Hicieron ellos lo que les fuera mandado; y el rey Archiduque en lo que tocaba al matrimonio, dijo con palabras generales que se holgaba dél; que el Rey, su señor, era libre, y se podia casar donde mas gusto le diese; en lo de Lope de Conchillos dió por respuesta que era su criado y tenia acostamiento de su casa; que por sus deméritos le tenia preso y no le pensaba dar libertad. Venecianos en todas estas tramas se estaban á la mira sin echar de ver la borrasca que se les armaba; verdad es que se concertaron con el Papa de manera que se quedaron en la Romaña con lo de

Faenza y Arimino, y le restituyeron lo que tenian de los condados de Imola y de Cesena. Con esto tomaban en su proteccion al duque de Urbino y al prefecto de Roma, sobrino del Papa, á quien el Duque tenia adoptado, y para que le sucediese en aquel estado, le casó con hija del marqués de Mantua, su cuñado. Al Gran Capitan se envió aviso de las paces que el rey Católico hizo con el rey de Francia, con órden se viniese luego á España para dar asiento en cosas que pedian la presencia de su persona; y de secreto tuvo al arzobispo de Zaragoza nombrado para el gobierno de Nápoles. El Gran Capitan mostró holgar de las paces, y las hizo pregonar y regocijar en Nápoles. Cuanto á su vida, respondió que estaba presto y que muy en breve se partiria; mas ya el tiempo, ya las cosas no dieron á ello por entonces lugar. Por esto las sospechas que se tenían dél se aumentaban, menudeaban los chismes, y cada cual tomaba ocasion de pensar y decir lo que le parecia, dado que él envió á su secretario Juan Lopez de Vergara á dar razon de sí y de todo lo que pasaba.

CAPITULO XV.

Que Mazalquivir se ganó en Africa de moros.

No se apartaba del lado del rey Católico el arzobispo de Toledo, antes en todas estas diferencias le acudía siempre con grande lealtad, y fué gran parte para que muchos reprimiesen sus malas voluntades. Era este Prelado de gran corazon y pensamientos mas altos que segun el bajo estado en que se crió. Persuadia al Rey y hacia grande instancia aun en vida de la Reina que acababa la guerra de Nápoles, la hiciese en Berbería contra los moros. Llegó el negocio tan adelante, que el Rey dió órden como buena parte de los soldados españoles que tenian en Nápoles para acometer esta empresa volviesen á España, y así se hizo. Por otra parte, el conde de Tendilla se ofrecia con cuarenta cuentos de maravedís que el Rey le consignase, de dar conquistada á Oran y su puerto de Mazalquivir y otras villas comarcanas; que si de aquel dinero sobrase algo, se volviese al Rey, y si faltase, lo supliria él de su casa. Este asiento, que estuvo muy adelante, se desbarató con la muerte de la Reina; mas porque del todo no cesase este intento, y los soldados de Nápoles no estuviesen ociosos, el Arzobispo prestó al Rey once cuentos para ayuda al gasto. Con esto en las costas del Andalucía se aprestó una armada, primero con intencion de ganar por trato que se traia un pueblo de Berbería, que se llama Tedeliz, y está sobre el mar entre Bugia y Argel; despues por entender que no era lugar importante ni plaza que se debiese sustentar, acordaron acometer á Mazalquivir, que quiere decir en arábigo puerto grande, nombre que tenia antiguamente, y así le llama Ptolemeo *Portus magnus*. Está muy cerca de Oran contrapuesto á la ciudad de Almería, bien que algo mas á levante. Luego que la armada estuvo á punto, en que iban seis galeras y gran número de carabelas y otros bajeles que llevaban hasta cinco mil hombres, don Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles, caballero de mucho valor, que estaba nombrado por general de aquella empresa, de la playa de Málaga se hizo

á la vela un viernes, á 29 de agosto. Llevaba cargo de las cosas del mar don Ramon de Cardona. Tuvieron tiempo contrario, y fuéles forzoso entretenerse en el puerto de Almería. Desde allí, alzadas las velas, se partieron, y á 11 de setiembre con toda la armada surgieron en aquel puerto de Mazalquivir. Tenia en la punta el puerto un baluarte con mucha artillería y sus traveses y torreonnes, debajo de la cual entraron los nuestros. Acudieron ciento y cincuenta caballos y tres mil peones para estorbar que no saltasen en tierra. El desembarcadero era malo, y el dia muy tempestuoso. Todas estas dificultades venció el grande esfuerzo de los cristianos. El primero que saltó en tierra fué Pero Lopez Zagal, un muy valiente soldado. Pelearon con los moros, hicieronlos retirar á Orán, y quedaron solos cuatrocientos soldados en la fuerza de Mazalquivir. Combatiéronlos, y en el primer combate fué muerto de un tiro de artillería el alcaide de aquel castillo con otros muchos, y les descabalaron los mejores tiros que tenían asestados. Desanimados con esto los moros, se rindieron al tercero dia á partido, y se alzaron en aquella fuerza las banderas de España. Túvose á gran ventura lo uno el detenerse la armada, ca con la nueva que era salida de Málaga, cargó gran morisma por aquellas partes; pero á cabo de ocho dias por faltalles provision y entender que nuestra armada iba á otra parte, se derramó aquella gente; lo otro que el mismo dia que el castillo se rindió, por la sierra acudió gran muchedumbre de moros para dar socorro á los cercados, que hicieran mucho daño si no llegaran tan tarde. Estos se juntaron con los de Orán, y salieron al campo con intencion, á lo que parecía, de venir á las manos. No se atrevieron empeño, dado que el alcaide de los Donceles sacó su hueste en órden para dallas la batalla. Solo hobo algunas escaramuzas con los nuestros, que salian con escolta á hacer agua ó leña, de que padecian falta. Dióse la tenencia de aquella fortaleza con cargo de capitan general de la conquista de Berbería al alcaide de los Donceles. Con tanto, don Ramon de Cardona con su armada dió la vuelta á Málaga á 24 del dicho mes. Los que quedaron en guarda de aquel puerto trataron con los de Orán y tomaron con ellos su asiento, en que concertaron treguas para poder contratar unos con otros, cosa que á los moros les venia muy bien para no perder la contratacion de levante, que se les comunicaba por medio de las galeazas venecianas que traian á aquel puerto y por todas las costas de Africa, España, Francia, Flándes y Dinamarca la especería de que en Alejandría cargaban. Grande fué la reputacion que con esta empresa ganó el rey Católico, pues, no contento con lo que en Italia hizo, volvía su pensamiento á la conquista de Africa y al ensalzamiento del nombre cristiano. Verdad es que los maliciosos se persuadian que debajo aquel color juntaba sus fuerzas, no contra los infieles, sino para resistir al Rey, su yerno, si pretendiese venir á Castilla y quitalle el gobierno. El arzobispo de Toledo con tan buen principio se animó mucho para ayudar á llevar adelante aquella santa empresa y gastar en ella buena parte de sus rentas, hasta revolver en su pensamiento de pasar en persona á Africa para dar mayor calor á aquella conquista, como lo hizo poco adelante. Mediado este

mes, parió en Bruselas la reina doña Juana una hija, que llamó doña María. Para visitalla envió el rey Católico un caballero de su casa, que se decia Carlos de Alagon, con órden de avisar algunas cosas al rey don Filipe, enderezadas á que entendiese cuánto mejor le estaba la concordia que venir á rompimiento. El rey don Manuel se retiró á Almerin por huir la peste que por este mismo tiempo comenzó á picar en Lisboa, do con su corte residia. En Castilla otrosí la chancillería de Ciudad-Real se pasó este año á Granada, y por su presidente fué nombrado el obispo de Astorga.

CAPITULO XVI.

De la concordia que se asentó entre los reyes suegro y yerno.

Entretúvose el rey Católico en Segovia y en el bosque de Balsain algunos meses hasta tanto que á los 20 de octubre partió de allí para Salamanca. Allí mandó pregonar las paces que tenia asentadas con Francia, que en Castilla comunmente no fueron tan bien recibidas como en Aragon. Lo mismo que á los unos daba pesadumbre, es á saber, que los reinos se dividiesen, á los otros era causa de grande contento, que deseaban tener rey propio y natural. Así van las cosas. Todo se enderezaba á enfrenar las demasías del rey Archiduque y hacelle resistencia, si llegasen á rompimiento, por cuanto en esta sazón desde Bruselas mandaba apercebir los grandes de Castilla para que le acudiesen, en especial el marqués de Villena, duque de Najara, Garcí Laso de la Vega, duque de Medina Sidonia, conde de Ureña; y aun el almirante y condestable de Castilla, sin embargo del deudo que tenían con el rey Católico, andaban en balanzas. Don Juan Manuel con sus cartas atizaba este fuego, puesto que siempre daba á entender que deseaba y procuraba la concordia, y que sería fácil concertar las diferencias; si el rey Católico se pudiese en lo que era razon y se contentase con lo suyo y dejar á sus hijos desembarazado el reino y el gobierno, todas las cosas se encaminarian bien; donde no, perdería lo que tenia en Castilla, y aun pondria en condicion lo de Aragon. Que la venida del rey Archiduque sería muy cierta y muy en breve, quier fuese con voluntad de su suegro, quier sin ella. En conformidad desto aprestaban una armada en Gelanda, en que tenían ya juntas sesenta naves; y si bien el rey de Francia por dos veces envió á requerir al rey Archiduque no emprendiese aquel viaje antes de concertarse con su suegro, á 8 de noviembre partió de Bruselas junto con la Reina para ir á Gelanda. Dilatóse la embarcacion, y todo iba despacio; así se tuvo entendido que se pretendia se declarasen primero los que habian de dar favor á su venida y entrada en Castilla; cuya cabeza, que era el marqués de Villena, como en esta sazón entrase en Toledo, se tuvo por cierto llevaba poderes del rey don Filipe para apoderarse de aquella ciudad; de que el pueblo se alteró, y los Silvas, que eran muy aficionados al servicio del rey Católico, se juntaron con el corregidor don Pedro de Castilla para hacelle resistencia; mas el Marqués acordó de partirse sin intentar novedad alguna. Fuera de los Silvas y el duque de Alba y el arzobispo de Toledo, los que mas se señalaban por

el rey Católico eran don Bernardo de Rojas, marqués de Denia, don Gutierre Lopez, comendador mayor de Calatrava, Antonio de Fonseca y Hernando de Vega, que eran muy aceptos al Rey y de su Consejo. Estos eran de parecer que se debía impedir en todas maneras la entrada del nuevo Rey, si intentase de venir á Castilla antes de componer y asentar aquellas diferencias. El rey Católico se resolvía en esto, dado que se le hacía muy de mal usar de fuerza y tomar las armas contra sus hijos, y no se aseguraba que los pueblos llevarían bien que se usase de aquel término contra sus reyes naturales. Todavía al mismo tiempo que las cosas estaban para romper, el rey Archiduque se inclinó á que se diese algun corte en aquellos negocios, y para ello envió poderes bastantes á sus embajadores. Conforme á esto, en 24 de noviembre se asentó en Salamanca concordia y amistad entre los dos reyes con las capitulaciones siguientes: que todos tres los dos reyes y la Reina juntamente gobernasen; y con las firmas de todos tres y en sus nombres se despachasen las provisiones y cartas reales, y al refrendallas se dijese: Por mandado de sus altezas; lo mismo se guardase en los pregones. Que luego que los reyes don Filipe y doña Juana llegasen á estos reinos, fuesen jurados por reyes y por gobernador el rey Católico, y don Carlos por príncipe y sucesor en los reinos de Castilla, de Leon y de Granada. Item, que las rentas y servicios de los dichos reinos, pagados los gastos ordinarios y extraordinarios, se dividiesen en dos partes iguales, la una parte al rey Católico, y la otra para sus hijos. Lo mismo ordenaron se hiciese en los oficios, que se proveyesen por mitad; capítulo que extendían asimismo á las encomiendas de las tres órdenes, dado que la administracion dellas sin contradiccion pertenecía al rey Católico. Con estas condiciones se concluyó esta confederacion. Para cumplimiento de lo capitulado nombraron por conservadores al Papa y al César y á los reyes de Inglaterra y Portugal. Declaróse demás desto que si la Reina no quiesiese entender en el gobierno, las provisiones se expidiesen en nombre de los tres y con las firmas de los dos reyes; y en caso de ausencia de cualquiera de los dos, los negocios se despachasen con la firma sola del uno. Enviaron á Flándes una copia de estas capitulaciones, que descontentaron al rey Archiduque y á los suyos; mas sin embargo, la concordia se aceptó y juró, ca el favor del rey de Francia era gran torcedor para los de Flándes, además que tenían por cierto que con su llegada á España todo se haría como fuese su gusto. Con esto soltaron al secretario Lope de Conchillos, que hasta entonces tuvieron en muy esquiva prision. Pregonóse esta confederacion en Salamanca á los 6 de enero, principio del año 1506, y dos dias adelante se hicieron á la vela desde Gelandá los nuevos reyes. El tiempo no era á propósito para meterse en el mar; cargó tan gran tormenta, que algunas naves se perdieron, y con las demás les fué forzoso tomar un puerto en Inglaterra, que se llama Weymouth. Con aquella ocasion se vieron los reyes don Filipe y el de Inglaterra en Windsor, do hicieron sus alianzas, y se concertó que Margarita de Austria, viuda del duque de Saboya, casase con el Inglés, y con María, hija del

mismo, don Carlos de Austria; casamientos que despues no se efectuaron. Entregó el Archiduque al Inglés el duque de Suffolck, que le tenía en su poder, y él se había fiado de su palabra; extraña resolución. En esto y en fiestas que se hicieron se detuvieron hasta por todo el mes siguiente que volvieron al puerto de Flamma para embarcarse. El rey Católico, luego que tuvo aviso de la tormenta que sobrevino á sus hijos en el mar, mandó recoger las mejores naves en las marinas de España para enviárselas, y por general á don Carlos Enriquez de Cisneros, que por este mismo tiempo, junto con su mujer doña Ana de Sandoval, fundó el mayorazgo que hoy poseen los de su casa en Portogalete, los bienes en el arciprestazgo de San Roman, merindad de Saldaña, su hijo mayor Filipe Enriquez de Cisneros. Al tiempo que la concordia se asentó en Salamanca, escribió el rey Católico á don Juan Manuel que procurase con el rey Archiduque se olvidasen las cosquillas pasadas, y se reconciliasen las voluntades, como era razon y el estrecho deudo lo pedia. La respuesta que hizo á esta carta será bien poner aquí para que se conozca la libertad y viveza deste caballero: «Recebi la de vuestra alteza, y cumpliré lo que en ella me manda, que es procurar cuanto en mí fuere que los disgustos se olviden, y la concordia asentada vaya adelante; pues no se puede negar sino que de tal escuela como la de vuestra alteza, y tales discípulos como los reyes, todos esos reinos recibirán mucho bien. Lo cual Dios y mi conciencia son buenos testigos he siempre procurado con todas mis fuerzas, si bien algunos, y por ventura vuestra alteza, por el mal tratamiento que se me ha hecho, podrá haber juzgado diversamente; pero no se pueden enfrenar las lenguas ni los juicios, ni yo pretendo por este oficio algun galardón. Bastárame que mis servicios y fatigas pasadas no estuviesen puestos en olvido de la manera que están; que me parece por mi vejez y por la poca cuenta que dello se tiene que vuestra alteza no quiere pagar en este mundo sino en oraciones para cuando esté en el otro. La cual paga yo no pretendo, pues muchas veces he oido decir que un príncipe puede llevar sus ministros al infierno, y nunca que algun rey, aunque sea tan cristianísimo como el de Francia, haya sacado algun privado suyo del purgatorio. Yo por esto no dejaré de hacer lo que debo ni de suplicar á vuestra alteza para que la concordia sea mas firme que en lo que della queda por declarar use de la bondad y prudencia que suele en todas sus cosas.»

CAPITULO XVII.

Que el rey Católico se casó segunda vez.

Envío el rey Católico sus embajadores para dar aviso á los príncipes que se nombraron por conservadores de la concordia que asentó con el Rey, su yerno; en particular hizo recurso al rey de Portugal don Manuel para entender lo que tendria en él si todavía no se guardase lo capitulado. Respondió por palabras generales y secamente por tener trabada estrecha amistad con el rey don Filipe; para cuyo recebimiento, que so entendia desembarcária en el Andalucía y pensaba ha-

ria escala en alguno de sus puertos, se apercebíó con grande cuidado, y hacia labrar mucha plata, ora fuese para festejalle, ora para se la presentar, dado que la peste le tenia puesto en cuidado, que cundia por su reino y picaba en Santaren. Por esto de Almerin do estaba se fué á Abrantes, pueblo asentado en un altozano, y que goza de aires limpios. Allí parió la Reina, á 3 de marzo, al infante don Luis, príncipe que fué de gran valor, señalada virtud y piedad, especialmente á lo postrero de su vida, que no fué larga. Verdad es que en su mocedad de una mujer baja tuvo un hijo bastardo por nombre don Antonio; que fué prior de Ocrato, famoso asaz á causa que por la muerte de su tío el Rey y cardenal don Enrique los años adelante se llamó rey de Portugal, y fué á su patria ocasion de grandes males. Bautizaron el Infante al octavo dia de su nacimiento; los padrinos el duque de Berganza y el conde de Abrantes, la madrina la duquesa de Berganza la vieja. Esta alegría se agó con un alboroto que se levantó en Lisboa muy grande por uua causa ligera. En la iglesia de Santo Domingo estaba un crucifijo que sobre la llaga del costado tenia puesto un viril. Los que oian cierto dia allí misa pensaron que el resplandor del vidrio era milagro. Contradijolo uno de los que allí se hallaron, nuevamente convertido del judaismo, con palabras algo libres. El pueblo, como suele en semejantes ocasiones, furioso y indignado que tal hombre hablase de aquella manera, echaron mano dél, y sacado de la iglesia, le mataron y quemaron en una hoguera que allí hicieron. Acudióles un fraile de aquel monasterio, que hizo al pueblo un razonamiento en que los animó á vengar las injurias que los judíos hicieron y hacían á Cristo; que fué añadir leña al fuego y acuciar á los que estaban furiosos para que llevasen adelante su locura. Apellidáronse unos á otros, arremeten á las casas de los conversos, llevaban una cruz delante dos frailes de aquella órden como estandarte. La furia fué tal, que en tres dias que duró el alboroto dieron la muerte á pasadas de dos mil personas de aquella nacion; y aun á vueltas por yerro ó por enemistades fueron muertos algunos cristianos viejos. Acudieron flamencos y alemanes de las naves que surgian en el puerto á participar del saco que en las casas se hacia. Tuvo el Rey aviso deste desórden: envió á Diego de Almeida y á Diego Lopez para que hiciesen pesquisa sobre el caso. Los dos frailes caudillos de los demás fueron muertos y quemados, y sin ellos justiciados otros muchos. Los extranjeros, alzadas velas, escaparon con la presa que llevaban muy gruesa. Por esta manera se alteró y sosegó aquella nobilísima ciudad; que tan fáciles son los remedios como ligeras las causas de alborotos semejantes. En Castilla por una parte se esperaba por horas la venida de los nuevos reyes, por otra se festejaban las bodas del rey Católico y de doña Germana. Fueron desde Salamanca á Fuente-Rabia á recibir y acompañar á la novia el arzobispo de Zaragoza y otras nobles dueñas y caballeros. El Rey y con él las reinas de Nápoles madre y hija y el duque de Calabria, sin otros muchos señores, fueron otrosí á Valladolid, y dende á Dueñas. Allí á los 18 de marzo se hicieron las velaciones. Era la Reina sobrina del rey

Católico, nieta de su hermana doña Leonor, reina que fué de Navarra. Dispensó el Papa, aunque con dificultad por la contradiccion que el César y su hijo hicieron. Venian en compañía de la Reina Luis de Amboesa, obispo de Albi, Hector Piñatelo y Pedro de Santandrea por embajadores de Francia. Venian asimismo los príncipes de Salerno y Melfi y otros muchos barones angevinos con deseo de tomar asiento en sus cosas. Con todo este acompañamiento luego otro dia despues que las bodas se hicieron, dieron los reyes la vuelta para Valladolid. El Rey en aquella villa hizo solemne juramento en presencia de gran número de prelados y de señores, y se obligó por sí y por sus sucesores de cumplir y guardar todo lo contenido en los capítulos de la paz y concordia que tenia asentada con Francia. Algunos dias despues los barones angevinos por sí y en nombre de los ausentes hicieron pleito homenaje al Rey y Reina como á verdaderos y legitimos reyes de Nápoles. Acabadas las fiestas, el Rey se partió para Búrgos con intento de recibir á los nuevos reyes, que pensó aportarían á Laredo ó á alguno de los puertos de aquella costa. Iban en su compañía los arzobispos de Toledo y Sevilla, el duque de Alba, Condestable y Almirante, y el conde de Cifuentes, todos dispuestos, á lo que mostraban, á procurar que lo que la reina doña Isabel dejó establecido acerca del gobierno de aquellos reinos se guardase. Era el rey Católico llegado á Torquemada, cuando le vino aviso que los reyes, sus hijos, desembarcaron en la Coruña, que fué á los 28 de abril. La causa de llegar tan tarde fué que en Inglaterra se detuvieron mucho, primero en las vistas con aquel Rey y fiestas, despues en esperar tiempo en el puerto de Flamua, en que estuvieron detenidos muchos dias. Desembarcaron en la Coruña, por estar el rey don Filipe persuadido que le convenia entrar en Castilla lo mas léjos que pudiese de donde el Rey, su suegro, se hallase, con intento de saber en su ausencia lo que en los grandes y pueblos tendria, para acomodarse y acomodar las cosas segun la disposicion que hallase y la manera que le acudiesen; ca resuelto venia de no pasar por las capitulaciones de la concordia hecha en Salamanca, si no fuese á mas no poder. Esto le aconsejaba don Juan Manuel, y por lo mucho que con él podia se lo persuadió; y aun pretendió con este intento llevarle á desembarcar al Andalucía, y lo hiciera, si el tiempo diera lugar. Por este tiempo Gonzalo Mariño de Ribera, alcaide y capitán de Melilla por el duque de Medina Sidonia, por trato se apoderó de la villa de Cazaza, que está situada en el reino de Fez con un buen puerto á cinco leguas de Melilla; la cual villa, como era razon, quedó en poder del mismo duque de Medina.

CAPITULO XVIII.

Que el rey Católico procuró verse con el rey Archiduque.

La venida del rey don Filipe, que debiera ser causa de contento y sosiego universal, pudiera reducir las cosas á total rompimiento, si la prudencia y sufrimiento del rey Católico no supliera las faltas y apagara este fuego de desabrimientos que se emprendia por todas partes. Los humores y trazas de los dos re-

yes eran diferentes, y aun de todo punto contrarios. Luego que llegó el rey don Filipe, envió á requerir á los condes de Benavente y Lemos y otros señores de Galicia, y á los grandes de Castilla para que se declarasen por sus servidores y parciales; lo cual ¿qué otra cosa era sino comenzar á sembrar disensiones y alborotos en lugar de paz? Como vió que esta primera diligencia le sucedía á su propósito, y que comenzaban con gran voluntad á declararse por él muchos, lo segundo que hizo fué declararse que no estaría por la concordia que se asentó en Salamanca. Comenzó otrosí á desfavorecer á los criados del Rey, su suegro, en tanto grado, que un dia habló á don Pedro de Ayala, y le avisó que advirtiese que si bien disimuló lo que en Flándes y Inglaterra trató en deservicio sayo, que de allí adelante no lo sufriría; que pues era su vasallo, mirase cómo se gobernaba. A los alcaldes y alguaciles de corte que por orden del rey Católico vinieron á la Coruña á servir sus oficios, como era razon, despidió, y no se quiso servir dellos por imaginar que su suegro le quería poner en su casa y corte oficiales de su mano. Venia muy advertido de no sufrir tutor alguno ni padrastró como decia don Juan Manuel. Los suyos publicaban grandes quejas contra el rey Católico, y la mas grave era sobre el casamiento con la reina doña Germana y las condiciones dél, en que decian hizo grave daño á sus hijos y nietos por desmembrar el reino de Nápoles; en que parece tenian alguna razon, por lo menos apariencia della, si su mal término no pusiera en necesidad al rey Católico de valerse por aquel camino del rey de Francia y sacar un clavo con otro. Por el contrario, luego que el rey Católico tuvo aviso de la venida de sus hijos, envió á don Ramon de Cardona y á Hernando de Vega á visitallos de su parte, y él mismo dió la vuelta camino de Leon para ir en persona á verse con ellos, si bien reparó en Astorga hasta saber su voluntad. Al marqués de Villena, que era llegado á Bárjos con grande acompañamiento, y al duque de Nájara, que juntaba sus deudos y mucha gente para ir en son de guerra á la Coruña, avisó dejasen aquel camino, y fuesen con su acompañamiento ordinario; que semejantes asonadas y juntas siempre fueron prohibidas, y al presente no eran necesarias, pues todos iban de paz. Con su yerno hizo instancia por medio de don Pedro de Ayala para que despidiese dos mil alemanes que traía en su compañía; recelábase que aquella novedad no fuese ocasion de que los naturales se ofendiesen y escandalizasen. Por otra parte, envió á su secretario Almazan para que se juntase con don Ramon y Hernando de Vega, don Pedro de Ayala y Gutierre Gomez de Fuensalida, sus embajadores, para concertar las vistas con sus hijos, que deseaba él mucho abreviar, y los del rey don Filipe las dilataban cuanto podian. Tratóse que se viesen en Sarria primero, despues en Ponferrada; ningun lugar empero contentaba á los que las aborrecian, ni á don Juan Manuel, que todo lo meneaba, y se recelaba mucho que si los dos reyes se viesen, por ser el uno muy sagaz, y el otro muy fácil, además del deudo y sangre y respeto de padre que suele allanar grandes dificultades, muy fácilmente se concertarian, que era lo que sobre todo aborrecia y desviaba, tanto, que un dia

dijo á don Pedro de Ayala que el rey Católico se desengañase de tres cosas, sobre que al parecer armaba grande edificio: la primera, que en las vistas no se trataria de negocio alguno; la segunda, que serian en el campo, y no con igual acompañamiento, antes con grande ventaja de gente de parte del Rey, su hijo; la tercera, que el rey Católico no hiciese fundamento en el favor de la Reina, su hija, porque no se daría á ello lugar, y se hallaria burlado. Tornaron de nuevo á acometer á don Juan Manuel con grandes ofrecimientos para él y para sus hijos; su brio era tan grande, que no fué de efecto alguno. Era esto en sazón que en Valladolid por el mes de mayo falleció Cristóbal Colon, almirante de las Indias, primer descubridor del Nuevo Mundo. Por otra parte el marqués de Villena y conde de Benavente y el duque de Nájara eran llegados á la Coruña, y cada dia se juntaba mas gente y venian mas señores, como el duque de Béjar, los marqueses de Astorga y de Aguilar y Garci Laso de la Vega, y últimamente el duque del Infantado, con que á los parciales del rey don Filipe crecia mas el ánimo para pretender aventajar su partido. El rey Católico se detuvo en Astorga hasta los 15 de mayo. Desde allí se partió para el Ravanal con intento de irse á Santiago y que allí fuesen las vistas. Algunos de su Consejo eran de parecer que no se apresurase, porque con la tardanza, como suele acontecer en las trazas mal encaminadas, se descubriria la hilaza, y resultarian tales desabrimientos de los grandes entre sí y con los privados de aquel Príncipe, por su grande ambicion y deseo que cada cual llevaba de gobernar todo, que el nuevo Rey se veria presto en tales dificultades y aprietos, que le harian entender mal su grado la necesidad que tenia de ser ayudado y aconsejado de su suegro. En este estado se hallaban las cosas de Castilla, que fuera de rompimiento no podia ser peor. Los potentados de Italia y las otras naciones estaban á la mira de lo que resultaria de la venida del rey don Filipe; parecia á todos que por lo menos el rey Católico, que era tan temido, desta hecha quedaria descompuesto y sin fuerzas. Moviales mucho á pensar esto, entre otras cosas, ver que el Gran Capitan, contra el orden de su Rey se entretenia en Nápoles, y no acababa de arrancar, y por su gran valor y prudencia pensaban que no carecia esto de algun grande misterio; mas el Gran Capitan, advertido destas sospechas, envió delante sus caballos y recámara y juntamente á Pedro Navarro para que le descargase con el rey Católico y le diese informacion de todo y las causas verdaderas por que se detenía, que era dejar en orden los presidios y contentar la gente de guerra, que andaba alborotada por falta de dinero. Por el contrario, Juan Bautista Espinelo se partió juntamente para España para dar quejas contra el Gran Capitan y poner dolencia en todo lo que hacia, intento que era fácil por tener cabida y crédito con el rey Católico. La calumnia á las veces tiene mas fuerza que la verdad, á lo menos sus primeros encuentros son muy bravos. Así las cosas se pusieron en términos, que el rey Católico se resolvió en todas maneras de sacar de Nápoles al Gran Capitan. El negocio llegó tan adelante, que tuvo nombrado y despachado á su hijo el arzobispo de Zaragoza

para que con toda brevedad fuese á tomar el cargo de aquel reino. Por otra parte con Juan Lopez de Vergara, secretario del Gran Capitan, le envió una cédula en que le prometia debajo de juramento y de su real palabra de darle luego que llegase á España el maestrazgo de Santiago. Parecia á muchos que para engañalle; porque, por el contrario, dió órden á Pedro Navarro, á quien diera el condado de Olivito, y de quien hacia mucha confianza, que fuese en compañía del Arzobispo y con su buena traza y valor le prendiese dentro de Castelnuovo; extraña resolucion, que desbarató Dios porque no se descompusiese por este modo un caballero que era la honra de España. La causa de mudar parecer y templarse fué una carta que á la sazón llegó del Gran Capitan en que con muy discretas razones, y sobre todo con la verdad, que al cabo tiene gran fuerza para convencer, aseguró al Rey y le juró como cristiano y hizo pleito homenaje como caballero de guardalle toda lealtad, y en cualquiera ocurrencia acudille y tener en su nombre aquel reino. Sin embargo, prometia que seria muy presto en España, con que sosegó por entonces esta nueva borrasca, de que podian resultar grandes males.

CAPITULO XIX.

Que el rey Católico mandó juntar gente para poner á su hija en libertad.

Apenas los grandes y señores llegaron á la Coruña, cuando entre ellos mismos nacieron competencias y repuntas, y con los flamencos envidias y poca conformidad. El marqués de Villena se adelantaba á los demás, y como mayordomo mayor, cuando el rey don Filipe oia misa, se ponía junto á la cortina de la una parte, y de la otra monsieur de Vere, como mayordomo mayor por Flándes. En las vistas de los reyes no se concordaban; los castellanos pretendian impedillas porque los reyes no se concertasen; los flamencos, como gente mas sin doblez, juzgaban que seria bien se viesen sin dar lugar á tantos misterios. El que mas en esto se señalaba y insistia era el señor de Vere, bien que los maliciosos entendian que lo hacia por la envidia que tenia á don Juan Manuel y á su privanza con aquel Príncipe, dado que él daba mas muestras de descontento en esta sazón que de privanza, y con la ida de tantos grandes andaba como turbado y deslumbrado, y parecia temer no le echase alguno el pié adelante y le hiciese caer. En lo que todos se concordaban era en dar quejas del rey Católico; quién tenia por cosa grave que quisiese llevar la mitad de las rentas reales, y no trajese á particion lo que rentaban los maestrazgos; quién encarecia que ¿cómo se podian sufrir tres reyes en Castilla? Y aun don Juan Manuel mostraba una escritura otorgada en Francia en que el rey Católico se intitulaba rey de Castilla; quién extrañaba que las fortalezas y guardas se tuviesen en nombre del rey Católico, sin que el rey don Filipe en mucho tiempo pudiese proveer ninguna de aquellas plazas, y que él mismo continuase á proveer corregidores en diversas ciudades. Sobre todo extrañaban que hacia levas de gente con voz de poner en libertad la Reina, su hija, ca por su indisposicion la te-

nian muy retirada sin dar lugar que persona alguna la viese, el cual cargo era verdadero, que el rey Católico con este color despachó sus cartas á diversas partes para apercebirse de gente en caso que llegasen á rompimiento; y aun el duque de Alba tenia levantado golpe de gente en el reino de Leon para acudir al rey Católico; que solo entre todos los grandes se tuvo siempre por él, si bien veia el peligro que sus cosas corrian por esta causa, y que todos desamparaban al rey Católico; hasta el mismo Condestable, que era su yerno, y el Almirante, que era su primo, acordaron que les estaba mejor acudir al rey don Filipe y hacelle compañía. No se contentó el rey Católico con intentar de hacer juntas de gentes en Castilla, sino que despachó un caballero aragonés, por nombre Jaime Albion, para dar cuenta de todo lo que pasaba al rey de Francia y le pedir que por medio del duque de Güeldres y obispo de Lieja diese á su yerno guerra en Flándes, para con este torcedor hacer se humanase mas en lo que tocaba á Castilla y á las diferencias que con él tenia. Sin embargo de todo esto, se continuaba la plática de las vistas. La resolucion se dilataba. El rey don Filipe se determinó de salir de la Coruña la via de Santiago. Las compañías de los alemanes marchaban delante con su artillería tan en órden como si entraran por tierra de enemigos y de conquista. Aquel mismo dia, que fué á los 28 de mayo, partieron el rey Católico y la Reina para Betanzos. Estaba don Alonso de Fonseca, arzobispo de Santiago, declarado de parte del rey Católico tanto como el que mas; por esta causa los del rey Archiduque no vinieron en que allí fuesen las vistas, ni se quisieron detener allí mucho, antes tomaron la via de Orense, que era torcer el camino, y el rey Católico reparó en Villafranca. Entonces el rey don Filipe envió á decir al Rey, su suegro, que si le enviase al arzobispo de Toledo con poderes, esperaba se asentarian bien y á gusto los negocios. Hizose así, y el Arzobispo trabajó lo que pudo para concordar las diferencias; pero poco se hacia por la contradiccion que halló en los grandes, á quien pesaba que aquellos príncipes se concertasen. El rey Católico de Villafranca se pasó á la Bañeza, y de allí á la Matilla en sazón que muchos de los prelados y de los caballeros que iban con él le dejaron, inducidos por los grandes que se mostraban muy declarados contra él. Esta soledad y desamparo hizo que el rey Católico perdiese la esperanza de poder resistir, si las diferencias llegaban á rompimiento; así, procuró por cualquier manera concertarse con su yerno. Con este intento le escribió una carta en que le pedia que sin dar lugar á mas pláticas y malicias tuviese por bien que se viesen. Lo que respondió fué dar grandes quejas, como de que juntaba el rey Católico gente contra él, y ponía mala voz en sus cosas con decir que traia presa á la Reina, y que ponía estorbo en el ejercicio del oficio de la Inquisicion y favorecia á los deudos de los que ella tenia presos; todo á propósito de hacelle malquistó con los pueblos y con sus vasallos. El punto de la dificultad de las vistas consistia en que los del rey don Filipe querian saber el pecho del rey Católico en lo que tocaba á la concordia, y si vendria en que se alterasen algunos capítulos de la de Salamanca y cuáles; en fin,

que todo esto estuviese asentado antes de las vistas. El rey Católico iba en esto muy recatado sin descubrir su pecho á nadie antes de verse con su yerno.

CAPITULO XX.

De las vistas que hobo entre los reyes suegro y yerno.

Trataban el arzobispo de Toledo por una parte, y por la otra monsieur de Vila y don Juan Manuel, y conferían entre sí por comision de sus principes de conformallos y tomar algun asiento en las diferencias que tenían. Las intenciones eran muy diversas, y así no se acababan de concertar. El Arzobispo procedía con sinceridad y verdad como lo pedía su dignidad y la buena fama de su vida; los otros con cautela pretendían hacer la concordia muy á ventaja de su amo, por lo menos entretener el tiempo; que, segun eran muchos los que acudían al nuevo Rey, tenían por cierto que el rey Católico se vería en breve tan solo, que le sería forzoso dejar el reino desembarazado y retirarse á su tierra. Llegó el Arzobispo por la poca confianza que tenía de concluir cosa alguna á aconsejar al rey Católico se retirase al reino de Toledo; ofrecía le mandaría allí entregar todos sus lugares y castillos; que segun la distancia y tiempo que sería menester para llegar allá y el sobrado vicio de aquellas gentes, que conforme á su costumbre escanciaban muy largo, el calor y falta de otros mantenimientos sería causa que recibiesen mucho daño; y aunque no fuese sino el de la enemistad, que cada día se descubría mas entre castellanos y flamencos, haría mucho efecto; en fin, que el tiempo y dilacion suelen adobar muchos daños. El rey Católico no venía en esto, y aun sospechaba no quisiese el Arzobispo como los demás faltalle y acomodarse con el tiempo; que esto aventuran á ganar los que tercián en semejantes negocios. Resolvióse de verse en todas maneras con su yerno, que en este tiempo era llegado á Verín; dende envió á don Diego de Guovara al rey Católico, que esperaba en Rionegro, para rogalle sobreseyese en su ida por cuanto esto era lo que convenia para los negocios. Mas no dejó el rey Católico persuadirse, antes persistía en lo que tenía determinado. Decía que su yerno no se podía agraviar de que le fuese á ver, pues iba desarmado, y él venía á punto de guerra. Vista esta resolucíon, desde Nellasa, do era llegado el rey don Filipe, determinaron monsieur de Vila y don Juan Manuel de ir á verse con el rey Católico y concertar el día y lugar para las vistas, pues no se podían excusar. Para seguridad de don Juan fué enviado el duque de Alba al rey don Filipe, si biera la voz era que iba para ayudar á dar buena conclusíon y corte en los negocios. Pasáronse en el entre tanto los reyes don Filipe á la puebla de Sanabria y el Católico á Asturianos, que están distantes poco mas de dos leguas. Venidos don Juan y monsieur de Vila á Asturianos, el Rey les habló dulce y amorosamente sin dar queja alguna ni muestra de sentimiento. En lo de la concordia y particulares della respondió de manera que se entendió no quedaría por él que no se concluyese muy á gusto de su yerno. Acordaron que las vistas fuesen otro día en un robleal que está entre la puebla de Sanabria y Asturianos, cerca de

una alquería que se llama Remesal. Partieron los reyes de sus posadas segun que dejaron acordado, bien que con muy diferente acompañamiento; el rey Católico con los suyos, que eran hasta docientos, en traje de paz y en mulas y desarmados; el rey don Filipe á punto de guerra. A la parte de la Puebla quedaban en ordenanza hasta dos mil picas, sin la gente de la tierra y buen golpe de gente de á caballo de los que fueron en compañía de los grandes. Pasaron delante hasta mil alemanes como para reconocer el campo. Despues desto seguían los cortesanos del rey don Filipe, y él á la postre en un caballo y con armas secretas. A su mano derecha venía el arzobispo de Toledo, y á la siniestra don Juan Manuel. Antes que él llegase, el rey Católico se puso en un alto para ver los que pasaban. Llegaron los grandes y señores á besalle la mano, que él recogía de muy buena gracia. Echó los brazos al conde de Benavente; sintió que iba armado, díjole riendo: Conde, ¿cómo habeis engordado tanto? El respondió: Señor, el tiempo lo causa. A Garci Laso dijo: García, ¿y tú tambien? El respondió: Señor, por Dios así venimos todos. En esto llegó el rey don Filipe, que, aunque con semblante de algun sentimiento, hizo muestra de querer echarse del caballo y besar la mano á su suegro; él le previno y abrazó y besó con muestra de mucho amor y la boca llena de risa. Para hablarse se entraron en una ermita que allí estaba, y en su compañía el arzobispo de Toledo y don Juan Manuel. El Arzobispo con la resolucíon que solía tener dijo á don Juan: «No es buen comedimiento que los particulares se hallen presentes á la habla de sus principes: vamos de aquí entrambos.» Don Juan no osó replicar. Como estuviesen junto á la puerta, díjole el Arzobispo que se saliese, que él quería servir de portero. Con esto cerró la puerta, y asentóse en un poyo que allí halló. Los reyes despues de las palabras ordinarias de cumplimiento, entraron en materia. Tomó la mano el rey Católico como era razon, y habló en esta sustancia: «Si yo mirara solo mi contento y sosiego, y no lo que era mas pro y cumplidero, no me hobiera puesto á la afrenta y desvíos que he pasado; pero el amor, y mas de padre, es muy sufrido, y pasa por todo á trueque que sus hijos sean mejorados. Lo que yo y la Reina, mi mujer, pretendimos, ella en encargarme el gobierno destos reinos, y yo en conformarme á tiempo con su voluntad, no fué deseo de hacienda, que, Dios loado, no tengo falta de ella ni de desautorizar á nadie. Porque ¿qué se podía interesar en hacer mal á nuestros hijos? Vuestra edad y la poca experiencia que teneis de los humores desta gente nos hizo temer no os engañasen y usasen mal de vuestra noble condicíon para acrecentarse y enriquecer á costa destos reinos y vuestra á los suyos; de que resultasen disensíones y revueltas semejables á las que por la facilidad de los reyes se levantaron los años pasados. Mas pues esta nuestra voluntad no se recibe como fuera razon, lo que yo siempre pretendí hacer encaminadas las cosas muy fácilmente alzaré desde luego la mano del gobierno, ca mas estimo la paz que todo lo al; que no falta á qué acudir, cosas no menos forzosas y que piden nuestra presencia. Solo os quiero advertir y amonestar que desde luego pareis mientes

quiénes son de los que debeis hacer confianza. Que si esto no mirais con tiempo, sin duda os veréis, lo que yo no querria, en aprietos y pobreza muy grandes. Este Arzobispo he hallado siempre hombre de buen celo y bien intencionado y de valor; déj y de otros semejantes os podeis servir seguramente. Y advertid que no es oro todo lo que lo parece, ni virtud todo lo que se muestra y vende por tal.» El rey don Filipe respondió en pocas palabras como venia enseñado de sus privados. Mostró estimar los consejos que le daba el Rey, su suegro; y con tanto se despidieron, sin que en dos horas que estuvieron solos, ni el rey Católico hiciese mención de su hija por excusar desabrimientos, ni el rey don Filipe le ofreciese que la viesse; sequedad extraña, que dió mucho que maravillarse, y aun que murmurar; y fué ocasion que se despidieron y volvieron á los pueblos de que salieron mas disgustados que antes. Fueron estas vistas un sábado á 20 del mes de junio deste año en que vamos.

CAPITULO XXI.

Que los reyes se vieron segunda vez en Renedo.

Prosiguieron los reyes su camino á tres y cuatro leguas el uno del otro. Llegó el rey don Filipe á Benavente la víspera de San Juan; el rey Católico por su camino apartado no dejaba de solicitar que el tratado de la concordia se continuase y concluyese. Concordaron los comisarios en que el rey Católico desembarazase el gobierno á su yerno, y se fuese á Aragon con retencion de los maestrazgos y que se cumpliesen los demás legados que le hizo la reina doña Isabel. Con esto hacian federacion entre sí de amigo de amigo, y enemigo de enemigo sin alguna excepcion. Juró esta concordia el rey Católico en Villafafila, donde estuvo á los 27 de junio, presentes el arzobispo de Toledo, don Juan Manuel, el de Vila, y luego otro dia la juró el Rey, su yerno, en Benavente. Asiento para él muy aventajado, tanto mas, que de secreto hicieron y firmaron una escritura en que se declaraba la impotencia de la Reina para gobernar, que era lo mismo que alzarse el Rey, su marido, con todo y quedar él solo con el gobierno sin competidor. Hizo sus protestaciones el rey Católico de secreto, presentes Tomás Mafferit y Juan Cabrero y su secretario Mignel Perez de Almazan, declarando que venia forzado en aquel concierto por estar en poder de su yerno sin armas, y él rodeado de gente de guerra y no poder hacer otra cosa. Hecho esto, se partió para Tordesillas. Desde allí despachó sus cartas y las publicó, su data 1.º de julio, en que daba cuenta de su recta intencion, y que siempre la tuvo de dejar á sus hijos el gobierno luego que llegasen á Castilla; que en conformidad y para muestra desta su voluntad, se salia destos reinos para tener cuenta con los que á su cargo estaban y por su ausencia padecian. Envió el rey don Filipe á avisar antes que partiese de Tordesillas diversas cosas que pasaron entre él y la Reina en Benavente, y á suplicalle mandase como padre poner en ello remedio. A esta embajada, por ser materia tan peligrosa y tener entendido que el rey don Filipe la pretendia encerrar, no quiso responder en particular cosa alguna mas de

remitirse á su virtud y conciencia; que si él era padre, él era su marido, y ella madre de sus hijos, y por todos respetos tenia por muy cierto escogeria lo mejor y mas honesto, lo cual le rogaba afectuosamente. De Tordesillas se pasó el rey Católico á una aldea junto de Valladolid, que se llama Tudela, y el rey don Filipe se fué á Mucientes. Procuraba por el camino atraer los grandes á su opinion, y sacaba dellos firmas para encerrar á la Reina. Envió á pedir al Almirante hiciese lo mismo, respondióle que si su alteza mandaba firmase aquel papel, le dejase ver la causa con que se justificaba aquella resolucion, y para esto le diese lugar de ver y hablar á la Reina. Respondió que decia muy bien, y así fueron el Almirante y el conde de Benavente á la fortaleza de Mucientes, do tenían á la Reina. Halláronla en una sala muy oscura, vestida de negro, y un capirote en la cabeza que le cubria casi el rostro, y debia ser el chapeiron que se usa en Francia; á la puerta de la sala Garci Laso, y dentro con ella el arzobispo de Toledo. Levantóse al Almirante, y hízole la cortesía que le hiciera su madre, salvo que se quedó en pié. Preguntóle que si venia de donde su padre estaba y cómo lo dejó. Respondió que otro dia antes se partió de Tudela, y que le dejó muy bueno y de partida para sus reinos de Aragon. Dijo que Dios le guardase y que holgara mucho de velle. Pasó el Almirante algunas pláticas con la Reina, y nunca respondió cosa que fuese desconcertada. El rey don Filipe instaba que luego se encerrase. El Almirante le dijo que mirase lo que hacia, que ir sin la Reina á Valladolid seria cosa de grande inconveniente y seria mal contado. Que la gente estaba alterada y á la mira, y los grandes tendrian ocasion de alborotar el reino con voz de poner en libertad á su Reina. Que su parecer era no la apartase de sí; y pues el principal mal eran celos, encerralla seria aumentar la enfermedad y pasion. Comunicó el Rey con los de su Consejo; salió decretado que la llevasen á Valladolid. Pero antes que esto se hiciese, acordaron que los dos reyes se viesen segunda vez en Renedo, que es una aldea á legua y media de Tudela, y dos y media de Mucientes. Avisó el rey Católico á su yerno que por no dar que decir procurase que estas vistas fuesen con mas muestras de amor que las pasadas, pues á todos venia á cuento para la reputacion se entendiese quedaban muy conformes. A 5 del mes de julio, despues de comer, partieron los reyes para Renedo. Llegó primero el rey Católico, apeóse en la iglesia, y allí esperó á su yerno. Las muestras de amor fueron muy grandes. Estuvieron dentro de una capilla por espacio de hora y media. Avisó el rey Católico á su yerno mas en particular de lo que debia hacer y de lo que se debia guardar para gobernar sin tropiezo aquellos reinos. Por fin de la plática llamaron al arzobispo de Toledo, y en su presencia se dijeron palabras de grande benevolencia. Con esto se despidieron, y el rey Católico sin tratar de negocios algunos ni aun de ver á su hija, se partió de Renedo y continuó su camino de Aragon. Suplicóle el duque de Alba le dejase acompañalle hasta Nápoles, donde pensaba ir en breve; mas aunque hizo mucha instancia, no lo consintió, antes le dijo recibiria mas servicio se quedase en Castilla para acudir á sus cosas como sobrestante de los á

quien las dejaba encomendadas, que eran don Gutierre Lopez de Padilla, comendador mayor de Calatrava, y Hernando de Vega, que quedaban con cargo de presidir en el consejo de las órdenes, y Luis Ferrer, que dejó por su embajador; á todos los cuales mandó obedeciesen al Duque como á su misma persona. Esta salida del rey Católico, que pareció á todo el mundo muy afrentosa, llevó él con la grandeza de ánimo que solia las demás cosas. A los grandes que vinieron á despedirse recibió con muy buena gracia sin dar muestra de algun sentimiento. Si alguno le hablaba de la ingratitud que mostraron á quien debian lo que eran, respondia que antes de todos ellos tenia recibidos muchos servicios, y que los tenia muy presentes en su memoria para gratificarles en lo que pudiese. Finalmente, su partida fué como si dentro de pocos dias pensara volver. A la verdad, conocida la condicion del Príncipe y los humores de la gente, claramente se dejaba entender que las cosas de Castilla no durarian muchos dias en un ser, y que en breve sentirian el daño, y aun clamarian por el gobierno del que tantos años con su valor los mantuvo en paz y justicia.

CAPITULO XXII.

De las novedades que sucedieron en Castilla.

Apenas el rey don Fernando volvió las espaldas, cuando en Castilla se vieron grandes novedades. Por donde los naturales comenzaron á entender cuánta falta hacia el gobierno pasado, ca es de grande importancia para todo una buena cabeza. Tenia el rey don Filipe convocadas Cortes para Valladolid. Intentó de nuevo llevar adelante su traza, que era encerrar á la Reina con color de su enfermedad y que no queria entender en el gobierno. Los grandes tenia él negociados y venian en ello, y aun el arzobispo de Toledo pretendia que se la entregasen, y buscaba votos para salir con ello. Solo el almirante de Castilla de los que allí se hallaban fué el primero que lo contradijo, y no quiso dar consentimiento á tan grande novedad. Habló con los procuradores de Cortes; díjoles que no viniesen en cosa tan fea, que era grande deslealtad tratallo. Ellos le ofrecieron que lo harian así y seguirian su consejo, si algun grande les asistiese. Entonces el Almirante les hizo pleito homenaje de estar con ellos á todo lo que sucediese por aquella querrela. Con esto lo contradijeron la mayor parte, y solo juraron lo que en las Cortes de Toro, es á saber, á doña Juana por reina propietaria de aquellos reinos, y por rey al Archiduque como á su legitimo marido, y por príncipe y sucesor en aquella corona despues de los dias de su madre á don Carlos, su hijo. Sirvió el reino en aquellas Cortes con cien cuentos, pagados en dos años, para la guerra de los moros, si bien la derrama desta suma se tuvo por muy grave á causa de la hambre que se padecia en Castilla muy grande, tanto, que de Sicilia se proveia España de trigo, la Mancha y reino de Toledo por el puerto de Cartagena, y por Málaga el Andalucía, cosa inaudita. Otra novedad fué que los del Consejo comenzaron á entremeterse en los negocios de la Inquisicion como si fueran profanos. Daban oidos en particular á los que se

querellaban del inquisidor de Córdoba, llamado Diego Rodriguez Lucero, el cual y los demás oficiales pretendian se debian remover de los officios. Favorecian á los presos el conde de Cabra y marqués de Priego. Llegaron los del pueblo á tomar las armas. Prendieron al fiscal y á un notario de la Inquisicion, y aun entraron en el alcázar, do residian los inquisidores. Quejábanse asimismo del inquisidor mayor, que era el arzobispo de Sevilla don Diego de Deza y de los del consejo de la grande Inquisicion, que eran el doctor Rodrigo de Mercado, el maestro Azpeitia, el licenciado Hernando de Montemayor, el licenciado Juan Tavera, que adelante fué cardenal y arzobispo de Toledo, y el licenciado Sosa, todas personas muy aprobadas, y en esta sazón residian en Toro, donde tenian presos buen número de judaizantes, personas ricas y principales. Otra novedad fué que de una vez se removieron todos los corregidores de las ciudades y los alcaides de las fortalezas hasta los generales de las fronteras, en que hobo tres daños notables: el uno, que se proveyeron en las tenencias y officios muchos flamencos; el segundo, que como eran tantas las provisiones, no se pudieron hacer las diligencias para poner personas idóneas en los gobiernos; solo el favor de los cortesanos y grandes era bastante para poner cada cual sus criados, allegados y deudos sin mirar otras partes y el dinero con que hacian feria y mercado de los officios, en particular los flamencos, que pensaban por esta via medrar; el tercero daño fué que los depuestos se tuvieron por agraviados les quitasen sin algun demérito el premio dado por sus servicios, que era cantera de enemigos y quejosos. La indignacion destos y la poca habilidad de los nuevos oficiales y ministros, sobre todo la fama de que andaban en venta los officios y judicaturas, y el mal tratamiento de la Reina fué ocasion que los pueblos se alborotasen en gran parte y aun comenzasen á apellidarse para poner remedio en aquellos daños presentes, y prevenir otros mayores que se esperaban. Casi todos echaban ya de ver la falta que el rey Católico les hacia, y piaban por él con tanto despecho, que si volviera á Castilla, se entendia le acudiera la mayor parte della y casi todos. Con esto comenzaban á tener en poco al nuevo Rey, tanto, que pretendió hacer presidente del consejo real á Garcí Laso, y despues nombralle por ayo del infante don Fernando, y los grandes no consintieron lo uno ni lo otro, y don Juan Manuel hacia officio de presidente hasta tanto que aquella plaza se proveyese. En la Andalucía se juntaron el duque de Medina Sidonia, el conde de Ureña, el marqués de Priego y conde de Cabra. Entendióse que pretendian tratar de que la Reina se pudiese en libertad. Todos eran nublados que amenazaban grande tempestad. Partieron el Rey y Reina por el mes de agosto de Valladolid para Segovia por causa que los marqués y marquesa de Moya no querian, como les era mandado, entregar la tenencia de aquel alcázar á don Juan Manuel; pero como supieron la determinacion del Rey y que se juntaba gente de guerra para ir contra ellos, obedecieron á aquel mandato; y el Rey antes de llegar á aquella ciudad con este aviso dió la vuelta á Tudela de Duero con intento de pasar á Búrgos, y de allí á Victoria, porque se pu-

blícaba que gente francesa venía para acometer aquella frontera. Para asegurarse por la parte de Navarra hizo el rey don Filipe dos cosas: la una, que en lugar de don Juan de Ribera nombró por general de aquella frontera al duque de Najara; la otra, que hizo confederacion con aquellos reyes muy estrecha por los reinos de Castilla y de Leon, sin hacer mención del Rey, su suegro, ni del reino de Aragon; que fué traza muy notable, y en que contravenía á la concordia que se asentó con el Rey, su suegro, en Villafañila, y aun á todo el buen respeto que debe el hijo á su padre.

CAPITULO XXIII.

De la muerte del rey don Filipe

Salíó el rey Católico de Castilla por Montagudo, y entró en Aragon por Hariza la via de Zaragoza, donde primero la Reina y despues el Rey fueron recibidos con grande alegría como de gente que esperaba por medio de aquel matrimonio tener su rey propio y ser gobernados con la moderacion é igualdad que pedian sus leyes y lo usaron los reyes pasados. Antes que saliese de Castilla y desde el camino hizo diversas veces instancia con el Rey, su yerno, le entregase al duque Valentin como prisionero suyo para tenelle á buen recado en algun castillo de Aragon ó llevalle consigo á Nápoles por ser de tanta importancia para las cosas de Italia, do pensaba pasar en breve, y con este intento se aprestaba en Barcelona una armada. El rey don Filipe se inclinaba á entregársele; mas los de su Consejo fueron de parecer que se debía primero averiguar cuyo prisionero era, pues fué preso y enviado á España por el Gran Capitan y en vida de la reina doña Isabel. Este parecer se siguió, que fué otro nuevo disfavor y muy notable desvío. Crecian las sospechas que se tenían contra el Gran Capitan. Daba ocasion á los maliciosos ver que se detenía tanto y nunca acababa de arrancar. Quién decía que esperaba la venida del César, que se quería embarcar en el golfo de Venecia con ocho mil alemanes para apoderarse de aquel reino; quién le cargaba que traía secretas inteligencias con el rey de Francia por medio del cardenal de Ruan; quién con el Papa por medio del cardenal de Pavia, y que deliberaba de aceptar el cargo de general de la Iglesia que le ofrecían para echar de Boloña á Juan de Bentivolla, que tenía tiranizada aquella ciudad. No faltaba quien dijese que trataba de emparentar con Próspero Colona y casar una hija suya con el hijo de Próspero con intento de favorecerse de los coloneses para se conservar. Cada cual se persuadía que quería todo lo que podia, midiendo por ventura por su corazon el ajeno. Envió el Gran Capitan á España á Nuño Ocampo por la posta para descargarse y certificar al Rey de su venida; pero como lo que decía era tanto y por tantas partes, no se aseguraba con esto, antes determinó partir para allá con toda brevedad. Nombró por virey de Aragon al arzobispo de Zaragoza, y de Cataluña al duque de Calabria, dado que le quitó los criados italianos que tenía, y algunos dellos mandó que fuesen en su compañía á Nápoles, y aun procuró con el rey de Francia le enviase la Reina, madre del Duque, con sus hijos. Ella no quiso venir en manera al-

guna; antes se fué á un lugar del marquesado de Mantua, acompañada de Luis de Gonzaga, su sobrino, hijo de Antonia de Baucio, su hermana, con acostamiento de diez mil ducados que le ofreció el rey de Francia cada un año. Envió el rey Católico á Carlos de Alagon á Nápoles para avisar de su ida, con órden de asegurar en particular á los coloneses que no serian agraviados y que se tendria mucha cuenta con sus servicios. Hecho esto, desde Barcelona se hizo á la vela á los 4 de setiembre; en su compañía la reina doña Germana y las dos reinas de Nápoles, madre é hija, demás de un gran número de caballeros castellanos y aragoneses que le hicieron compañía en aquel viaje. La armada era muy gruesa, en que iban las galeras de Cataluña, y por su general don Ramon de Cardona; y las de Sicilia, cuyo capitan era Tristan Dolz, fuera de otras muchas naos. Las galeras de Nápoles quedaron en aquel reino de respeto para que el Gran Capitan se embarcase en ellas y viniese en busca del Rey. Así lo hizo, que á los 7 del mismo mes salió de Nápoles por tierra, por ser el tiempo contrario para salir las galeras. Detúvose en Gaeta hasta los 20 de aquel mes; traía en su compañía al duque de Termens y muchos caballeros italianos y españoles, y por prisioneros al príncipe de Rosano, al marqués de Bitonto, á Alonso de Sanseverino y Fabricio de Jesualdo, sin otros que dejó enfermos en Nápoles. En este mismo tiempo el rey don Filipe, luego que llegó á Búrgos y se aposentó en las casas del Condestable, lo primero que hizo fué mandar salir de palacio á doña Juana de Aragon, mujer del Condestable, á fin que la Reina, su hermana, no tuviese con quien comunicar sus cuitas. Comenzaron asimismo á hacer proceso contra el duque de Alba, y se mandó al Almirante que para asegurar al Rey le entregase una de sus fortalezas, porque se comenzó á tener de él alguna desconfianza. El, comunicado el negocio con el marqués de Villena, duque de Najara y conde de Benavente, se excusaba de hacello. Amenazaban las cosas alguna gran mudanza, y parece se enderezaban á disensiones y revueltas, cuando al rey don Filipe le sobrevino una fiebre pestilencial, que le acabó en pocos dias. Algunos tuvieron sospecha que le dieron yerbas; sus mismos médicos, y entre ellos Ludovico Marliano, milanés, que despues fué obispo de Tuy, averiguaron la verdadera causa, que fué ejercicio demasiado. Estuvo la Reina siempre con él en su dolencia, y aun despues de muerto no se quería apartar de su cuerpo, dado que los grandes se lo suplicaron, y que demás de su ordinaria indisposicion quedaba preñada. Falleció á los 23 de setiembre, una hora despues de medio dia, en edad de veinte y ocho años. Mandóse enterrar en Granada. Depositáronle en Miraflores, monasterio de cartujos cerca de Búrgos. Tal fué el fin que tuvo aquel Príncipe en el mismo principio de su reinado, sin poder gozar de la gloria que se pudiera esperar de su buen natural, ¿Qué le prestó su nobleza? Qué su edad y gentileza, que fué grande? Qué las riquezas y poder, en que ningun príncipe cristiano se le igualaba? Qué la casa real y tanto número de cortesanos? Todo lo acabó la muerte cruel arrebatada y fuera de sazón. Soia la virtud no falta, que tiene muy cierto su galardón y muy hondos sus cimientos. ¡Mara-

viloso Dios en sus juicios ¡ Grande inconstancia y variedad de las cosas humanas y de toda su prosperidad! ¿Qué de esperanzas mal fundadas cayeron por tierra y se acabaron? ¿Qué de trazas comenzaron de nuevo? Fué de estatura mediana, rostro blanco y colorado, poca barba, bello, ojos medianos, cabello largo, toda la composición de su cuerpo muy honesto y muy amable; el ánimo muy generoso; la condicion fácil, falta notable,

y de que sus privados usaban mal; enemigo de negocios, aficionado á deportes, muy sujeto al parecer de los que tenia en su casa y á su lado. En el mes de agosto se vió un cometa, por espacio de ocho dias, que revolvia con su llama entre poniente y mediodía. Entendióse despues del desastre que amenazaba á la cabeza deste Príncipe y que pronosticaba se seguiria con su muerte en sus reinos alguna gran revolucion y mudanza.

LIBRO VIGÉSIMONONO.

CAPITULO PRIMERO.

Que el rey Católico supo la muerte del rey don Filipe.

Con la muerte del rey don Filipe las cosas del reino y los ánimos de los principales y del pueblo grandemente se alteraron. Repentina mudanza, confusion y peligro, uno de los mayores en que jamás Castilla se vió. ¿Quién pudiera creer ni pensar que un gobierno fundado con tantas fuerzas y por tan largo discurso de tiempo, continuado en paz y justicia, en que ninguna nacion en el mundo se le aventajaba, en un instante de tiempo se hallase en términos de desbaratarse de todo punto y trocarse en una tiranía y revuelta miserable? Inconstancia grande de las bienandanzas de los mortales y muestra clara de nuestra fragilidad. Lo que en muchos años se gana, en una hora se pierde; y la nave cuanto es mayor y mas fuerte, tanto corre mas peligro si le falta el gobernalte, como le sucedió al presente á este reino. Los grandes desconformes, y aun en gran parte descontentos; porque ¿quién pudiera satisfacer á la ambicion y hartar la codicia de tantos? Gran parte de las tenencias y de los cargos del reino en poder de flamenos en recompensa de sus servicios y de haber desamparado su patria; estos buscaban todas las maneras y caminos que podian para allegar dineros, aunque fuese con gemido y agravio manifesto de la gente vulgar; y como no pensaban arraigar en España largo tiempo, con deseo de enriquecer todo lo ponian en venta, y de todo procuraban sacar interés. Los pueblos, ofendidos con esto y por persuasion y á ejemplo de los grandes, comenzaban á dividirse en parcialidades; los mas suspiraban por el gobierno pasado, y aun se quejaban del rey Católico que hobiese dejado á los que le desampararon y ellos mismos pusieron en necesidad de salirse afrentosamente del reino. Todos estos desabrimientos y pasiones enfrenaba la presencia y autoridad de su Rey, aunque mozo; mayormente que no podian quejarse sino de sí mismos que entregaron el gobierno al que menos convenia, y quitaron la vara al que tantos años los gobernara, honrara y acrecentara con grandes reinos y estados que ganó. Muerto el rey don Filipe, luego comenzaron á brotar las pasiones, sin que se ha-

llase quien les fuese á la mano ni quien pusiese remedio á los males que amenazaban. La Reina, á quien esto mas que á nadie tocaba por ser señora legitima, impedida por su indisposicion. Su hijo el príncipe don Cárlos era niño y criado fuera de España. Si entraba en lugar de su madre, era forzoso que los que por él gobernasen fuesen extrangeros, en gran perjuicio del reino y de los naturales. De dos abuelos que tenia, el Emperador lójos, y de su gobierno se podia temer con razon el mismo inconveniente de ser Castilla gobernada por los que ninguna noticia de sus cosas ni de sus humores alcanzaban. Restaba solo al rey don Fernando, de cuya prudencia y valor, aun los que le desamaban, no dudaban; pero hallábase fuera de España y grandemente desgustado por los malos tratamientos pasados; sobre todo que los que fueron desto causa, por su mala conciencia se recelaban que si volviese sus demasias serian castigadas, y conforme á la costumbre de los hombres, tomado el mando, querria satisfacerse de los que le maltrataron. Este era el mayor recelo que tenian, y por esta causa remontaban su pensamiento algunos á cosas y medios extraños, tanto, que el dia antes que muriere el rey don Filipe, por entender que no podia vivir, hubo gran alboroto y escándalo entre los grandes, que amenazaba guerra civil y sangrienta. Por prevenir estos inconvenientes se juntaron el Condestable y Almirante y duque del Infantado, que luego se declararon por el rey Católico, con el duque de Najara y marqués de Villena, cabezas del bando contrario en la posada del arzobispo de Toledo, y conferido el negocio, fueron de acuerdo que para todas las diferencias nombrasen por jueces al mismo Arzobispo con otros seis que escogieron de la una parcialidad y de la otra, y que todos pasasen por lo que ellos ordenasen. Con esto, 1.º de octubre, capitularon una concordia y la hicieron jurar á los grandes, que durase por todo el mes de diciembre, fin deste año, en que, entre otras cosas, mandaban que ninguno hiciese levas de gente; que las personas, tierras y castillos de los unos estarian seguros que no recibirian daño de los otros; item, que ninguno se apoderaria de la Reina, que quedó en Búrgos, ni del infante don Fernando, que á la sazón se criaba en Simancas. Su ayó era Pero Nuñez de

Guzmán, clavero de Calatrava; él, por prevenir lo que podía acontecer y porque aun antes que el Rey falleciese, don Diego de Guevara y Filipe Ala con cartas que traían del Rey, á lo que se entendió fingidas, quisieron sacar al Infante de poder de su ayo, acudió al presidente y oidores de Valladolid; ellos fueron á Simancas, y trajeron al niño á aquella villa, y allí le pusieron á tener recado en el colegio de San Gregorio que fundó don Alonso de Búrgos, obispo de Palencia, de la orden de Santo Domingo; diligencia con que se atajaron intentos no bien encaminados. El mismo día que se ordenó y capituló la concordia entre los grandes en Búrgos, el rey Católico aportó al puerto de Génova. La navegacion fué larga por ser el tiempo contrario, que le forzó á tocar en Palamós y Portuvendres y en Tolon, desde donde siguió despacio la via de Saona y de Génova. Antes que el rey Católico llegase á aquella ciudad, se juntó con él el Gran Capitan, que venia en busca suya con las galeras de Nápoles. Acogióle el Rey muy graciosamente; y con gran contentamiento acabó de desengañarse y entender que todo lo que se habia dicho y sospechado de la lealtad de aquel caballero era invencion y falso. Dijo en público y en secreto grandes alabanzas de su persona; que no era razon que la fama de un tan valeroso capitan quedase injustamente manchada. La gente, particularmente los italianos, no acababan de creer ni persuadirse que persona tan prudente y que podía tomar partidos tan aventajados se pusiese en manos y en poder de un Rey tan sagaz y en remunerar servicios limitado. Hizo aquella ciudad muchos regalos al Rey, dado que no quiso saltar en tierra; solo avisó á los ancianos que le vinieron á visitar sosesasen la ciudad, que andaba muy alborotada y para mudar el gobierno; apercibiéndoles que en cualquiera ocurrencia acudiria con todas sus fuerzas á su hermano el rey de Francia. Esto fué de tanto efecto, que los que estaban para tomar las armas y para rebelarse se enfrenaron por entonces con temor de la armada de España, si bien poco despues se alborotaron de manera, que forzaron al rey de Francia á volver á Italia para sosesallos. De Génova siguió su viaje, y por continuar los vientos contrarios le fué forzado detenerse en Portofi; en aquel puerto, á los 5 del mes de octubre, le llegó la nueva de la muerte del rey don Filipe, su yerno. Escribíale el arzobispo de Toledo y todos sus servidores sus cartas en que le hacian instancia que, olvidados todos los desgustos pasados, diese la vuelta á Castilla, en que le ofrecian lo hallaria todo tan llano como en Aragon; que no diese lugar para que con la dilacion las cosas se empeorasen y se pusiesen en término que despues no tuviesen remedio. Lo mismo le suplicaba don Alvaro Osorio, que iba en su compañía con cargo de embajador del rey don Filipe; pero fué tan grande su corazon, que sin embargo destes ruegos y del peligro que mejor que nadie conocia corrian las cosas de Castilla, y que volver al gobierno de Castilla era todo lo que podía desear, determinó pasar adelante en su viaje. Escribió á los prelados, grandes y ciudades el sentimiento que tenía de la muerte del Rey, su hijo, y que los encargaba continuasen en la lealtad que aquellos reinos siempre guardaron á la corona real y obedeciesen á la Reina como eran obliga-

dos; que él no les podía faltar, y dejado órden en las cosas de Nápoles, daría la vuelta en breve, resuelto de abrazar y hacer mercedes á todos como era razon y sus servicios lo merecian.

CAPITULO II.

Que el rey Católico entró en Nápoles.

Partió el rey Católico de Portofi, y si bien el tiempo no era favorable, llegó con toda su armada á surgir en el puerto de Gaeta. Allí en Puzol se entretuvo algunos dias para dar lugar á los de Nápoles, que nunca se persuadieron llegar allí, especialmente despues que se supo la muerte del rey don Filipe, que aprestasen el recibimiento, que pretendian fuese con toda la magnificencia posible. De Puzol se pasó á Castel del Ovo. Allí, á 1.º de noviembre, aderezadas todas las cosas necesarias, salieron del muelle de Nápoles veinte galeras y muy en órden llegaron do el Rey los atendía, que se entró en la capitana. Dispararon primero la artillería las galeras, despues los castillos de la ciudad y naves que en el puerto se hallaban. Hecha esta salva, las galeras se acostaron al muelle. El Rey y la Reina desembarcaron en una puente de madera que tenían para esto hecha. Salieron á recibirlos el Gran Capitan y toda la nobleza de aquel reino. Llegaron al arco en que se remataba la puente, hasta donde el Gran Capitan llevó de la mano á la Reina; y el Rey juró allí los privilegios de aquella ciudad. Hecho esto, subieron á caballo debajo de un paño que llevaban los electos del pueblo. El Rey iba en un caballo blanco con una ropa de terciopelo carmesí; la Reina en una hacanea con cota de brocado y un capote sembrado de lazos verdes. El estandarte real llevaba Fabricio Colona, que le dió el Rey de su mano, y le nombró por su alferez mayor; en su compañía los reyes de armas. Seguiose el Gran Capitan con ropa de raso carmesí aferrada en brocado, y á su mano derecha Próspero Colona. Tras ellos los demás grandes y embajadores. Los que mas alegría dieron á todos fueron los prisioneros, que ya iban puestos en libertad. Cerraban todo este acompañamiento muy lucido y grande los cardenales de Borgia y de Sorrento, que se seguian despues del pulio. Con este órden los llevaron por las calles principales y por los sejos, do los aguardaban los caballeros y damas de Nápoles, paradas muy ricamente con música de voces y instrumentos y toda muestra de alegría. Llegaron á la iglesia mayor, en que la clerecía y órdenes los recibieron en procesion. En Castelnuovo, do fueron á parar, les salieron al encuentro las dos reinas de Nápoles y la reina de Hungría. Otro día el Rey salió por toda la ciudad acompañado de todos los grandes y barones, y por mas honrar al Gran Capitan, se apeó en su posada. Luego se comenzó á dar asiento en las cosas y tratar de restituir sus estados á los barones, segun que lo tenían acordado. Celebróse parlamento general. Dióse órden que jurasen al Rey y á su hija la reina doña Juana y á sus sucesores, sin hacer mencion de la reina doña Germana; que fué notable resolucion y contra lo capitulado con Francia. El color que se tomó fué que la Reina se hallaba indispueta y que ya en Valladolid la juraron

por reina de Nápoles. En este comedio Castilla se abra-
saba en disensiones y parcialidades de secreto, puesto
que en lo público todos se enfrenaban; y no era mara-
villa por estar el reino sin cabeza. La Reina ni podia ni
queria atender al gobierno; las provisiones del Consejo
real no eran obedecidas sino de quien queria. Algunos
para nombrar gobernadores eran de parecer que se
juntasen Cortes del reino. En esto hacian gran funda-
mento el arzobispo de Toledo, el Condestable y Almi-
rante; acudieron á la Reina, pero no pudieron acabar
con ella firmase las provisiones convocatorias que lle-
vaban los de su Consejo ordenadas. Acordaron tomar
testimonio desto, y que los del Consejo las convocasen
para Búrgos, como lo hicieron. No venian en esto, en
especial el duque de Alba, aunque no se hallaba en la
corte, decia que solo el Rey podia juntar Cortes. Por
esto dado que acudieron algunos procuradores al llama-
do del Consejo, en fin no se hizo nada. Todo esta-
ba suspenso y lleno de confusion; los pareceres de
los grandes eran muy diferentes y contrarios; los mas
venian en que el rey Católico debia tener el gobierno;
los principales eran el arzobispo de Toledo, el Condes-
table, el Almirante y los duques de Alburquerque y de
Béjar. Entre estos, los unos no querian que se encarga-
se del gobierno si no venia en persona; otros juzgaban
que podia gobernar en ausencia. Con esto se conforma-
ba el arzobispo de Toledo, tauto, que procuraba le
enviase poderes tan bastantes para todo como cuando
le envié á concertar las diferencias que tenia con el rey
don Filipe; y aun por otra parte trató con la Reina que
ella se los diese. El duque de Najara y don Alonso Tel-
lez, hermano del de Villena, y don Juan Manuel juz-
gaban que la reina doña Juana por su impotencia se de-
bia tener por muerta; y para que esto se declarase
pretendian se debian juntar las Cortes. Con esto suce-
dia su hijo el príncipe don Carlos; mas tampoco estos
no concordaban en todo, ca el Duque pretendia le tra-
jesen á España para que en su nombre gobernasen los
que el reino señalase; don Alonso fundaba en derecho
que la gobernacion pertenecia al César como abuelo
paterno del príncipe don Carlos, y por consiguiente
tutor suyo, la cual opinion andaba mas valida que la
del Duque; y aun el mismo Emperador tuvo gran deseo
de tomar á su cargo el gobierno hasta dar intencion de
venir á España, pospuestas todas las otras cosas que
dél cargaban. No fallaban personas que querian llamar
para el gobierno al rey de Portugal y casar al infante
don Fernando con su hija doña Isabel con intento de
alzallos por reyes de Castilla, por estar hostigados del
gobierno de extranjeros. Quién acudia á los reyes de
Navarra, y querian se hiciese el matrimonio que pre-
tendian entre hija del rey don Filipe y el príncipe de
Viana para entregalles el reino y su gobierno; ¿con qué
título, con qué color? Mas se gobernaban por sus an-
tojos, y miraban mas sus intereses que la razon. Del
Arzobispo decian pretendia el capelo para sí, y para su
compañero fray Francisco Ruiz una iglesia. El duque
del infantado queria el obispado de Palencia para un
hijo suyo. El duque de Alburquerque que el alcázar de
Segovia se volviese al marqués de Moya: Al duque de
Najara pesaba que el Condestable tuviese tanta mano

con el rey Católico, y al de Villena que el duque de
Alba. El conde de Benavente queria le concediesen la
feria de su villa de Villalon, como se la concedió el rey
don Filipe, sin embargo que era en perjuicio de Me-
dina del Campo. Otros tenian otras pretensiones, pres-
tos de acudir á la parte de donde se les diese mas espe-
ranza dellas sin tener respeto al bien comun, si se apar-
taba de sus particulares. Para prevenir estos inconve-
nientes el arzobispo de Toledo y los deputados con él
para componer todas las diferencias acordaron que los
grandes jurasen que hasta tanto que se juntasen las
Cortes no llamarian algun príncipe ni se concerta-
rian con él en manera alguna; y aun el rey Católico
desde Nápoles escribió á los mas de los grandes, y les
prometié las mas de las cosas que pretendian, con de-
seo de ganallos y de seogallos en su servicio; en par-
ticular al marqués de Villena prometió daria á Villena
y Almansa, y al duque de Najara las alcabalas de la
merindad de Najara. Mas en el entre tanto la poca con-
formidad que los grandes que andaban en la corte entre
sí tenian dió ocasion á que por mal gobierno sucedie-
sen notables desórdenes. Uno fué que por el mismo
tiempo que en Nápoles se aprestaba la entrada del rey
Católico, el duque Valentin una noche se descolgó de
la Mota de Medina, en que le tenian preso, y aunque
fué sentido de los de dentro, no lo pudieron impedir.
Recogiése primero al estado del conde de Benavente,
con cuyo favor se libró; despues se fué á Navarra; caso
que pudiera ser de grande inconveniente, especial para
las cosas de Italia, donde tanta mano tenia. Otro desór-
den fué que el duque de Medina Sidonia don Juan de
Guzman envié á su hijo don Enrique con gente sobre
Gibraltar, plaza de que hiciera merced á su padre el rey
don Enrique, y los Reyes Católicos se la quitaron; en
lo cual pretendia estar agraviado, y queria por fuerza
restituirse en el señorío de aquella plaza. El alcaide
que estaba en el castillo por Garci Laso por una parte,
y por otra el conde de Tendilla desde Granada y otras
comunidades del Andalucía hicieron sus diligencias
para socorrer á los cercados; así el cerco se alzó, en
especial que el arzobispo de Sevilla prometió acabaria
con la Reina y con el Rey, su padre, estuviesen con el
Duque á justicia. Despues se juntaron estos personajes
en Tocina con los condes de Ureña y Cabra y marqués
de Priego, en que se concertaron entre sí y hicieron de
común acuerdo una escritura de concordia en que se
obligaron de acudir á lo que fuese servicio de su alteza
y pro del reino, obedecer las cartas que viniesen firmadas
de la Reina ó de su Consejo. Quanto á las Cortes
que tenian llamadas, protestaban que si lo que en aquel
ayuntamiento se determinase no fuese servicio de Dios
y de su alteza, pro y bien comun del reino, no se
tendrian por obligados á pasar por ello. Sucedió demás
desto que don Rodrigo de Mendoza, marqués de Cene-
te, pretendia casar con doña María de Fonseca. Le-
vantóse pleito sobre este matrimonio. En tanto que se
sentenciaba por el juez eclesiástico, los Reyes Católi-
cos depositaron aquella señora en diversas partes para
aseguralla de toda violencia. El Marqués con las revuel-
tas la sacó por fuerza de las Huelgas de Valladolid, don-
de últimamente la tenian puesta, que fué otro nuevo

desórden. En Toledo se levantó un grande alboroto por causa que el conde de Fuensalida tomó la vara de su alguacilazgo mayor para quitar del gobierno á don Pedro de Castilla, que pretendia no se debia tener por corregidor. Acudieron soldados que envió desde Ocaña Hernando de Vega; con esto y que los Silvas se arrimaron al Corregidor, el de Fuensalida desistió por entonces de su intento, y la ciudad se apaciguó. En Madrid se pusieron en arma los Zapatas y don Pero Laso de Castilla, servidores del rey Católico de una parte, y por otra Juan Arias con los del bando contrario. En Segovia se apoderaron de las puertas y iglesia mayor los marqueses de Moya, que pretendian recobrar el alcázar cuya tenencia les quitaron. Todo ardia en alborotos y disensiones, sin que nadie fuese parte para apagar el fuego.

CAPITULO III.

La reina doña Juana salió de Búrgos.

La indisposicion de la Reina era de suerte, que mas era impedimento que ayuda para remediar los daños. Tuvo la fiesta de Todos Santos en el monasterio de Miraflores, y oída la misa y sermon, despues de comer mandó abrir la sepultura en que yacia el cuerpo del Rey, su marido; entró dentro, y mandó al obispo de Búrgos abriese la caja en su presencia. Miró y tocó el cuerpo sin alguna señal de alteracion ni echar lágrima. Esto hecho, aquel mismo dia se volvió á la ciudad. Entendióse tenia recelo no le hobiesen llevado á Flándes la gente flamenca de su casa, que hacian instancia por ser pagados, y que para esto se vendiese alguna parte de la recámara del difunto con que se pudiesen volver á su tierra. Propusieron esto á la Reina; ninguna otra respuesta dió á su peticion tan justa, sino que ella tendria cuidado de rogar á Dios por su marido. Tratóse diversas veces de sacalla de Búrgos, donde estaba por una parte en poder del Condestable, en cuyas casas posaba, y tenia la ciudad toda de su mano; por otra don Juan Manuel tenia mucha mano en aquella ciudad por estar en su poder el alcázar; de la cual tenencia y de las de otros muchos castillos le hizo merced el rey don Filipe. Tomaban color para sacalla que la peste comenzaba á sentirse y picar en aquella ciudad; el marqués de Villena hacia instancia la llevasen á la su villa de Escalona. Su condicion no daba lugar á que le persuadiesen otra cosa mas de lo que se le ponía en la cabeza. Tenia en su compañía á doña Juana de Aragon, su hermana, que la hizo volver á palacio, luego que falleció el rey don Filipe, y á la marquesa de Denia, á la condesa de Salinas con su nuera doña María de Ulloa, con las cuales holgaba de hablar y se entretenía. Sentíase cargada con su preñez, salióse á la casa de la vega. De allí determinó partir de aquella ciudad y llevar consigo el cuerpo del Rey, su marido, á Torquemada, con voz que de allí le queria enviar á Granada. Con esta resolucion un dia antes que partiese de Búrgos, es á saber, á los 19 de diciembre, mandó á Juan Lopez de Lazarraga, su secretario, ordenase una provision en que revocaba todas las mercedes que el Rey, su marido, hizo despues de la muerte de la reina doña Isabel, cosa que á muchos tocaba, y tenia grandes inconvenientes. Como el secre-

tario se entretuviese, llamó á cuatro del Consejo para que hiciesen despachar aquella provision. A los mismos juntamente dió órden que quedasen en el Consejo los que lo eran en vida de los reyes, sus padres, y los demás se tuviesen por despedidos. Acudieron los procuradores del reino el mismo dia que se partió, que fué el luego siguiente. Dijéronle entre otras cosas, si fuese servida, enviarían dos dellos á suplicar al rey Católico viniese para ayudalla en el gobierno. Respondió que holgaria mucho con la venida del Rey, su señor, para su consolacion; y en lo del gobierno no dijo palabra; antes les mandó se fuesen á sus posadas, y no entendiesen en cosa alguna de las Cortes sin su mandado, que fué desbaratar aquellos ayuntamientos y atajar los inconvenientes que dellos, á juicio de muchos, podian resultar. Fué la Reina al monasterio de Miraflores un domingo, 20 de diciembre. A la tarde sacaron el cuerpo del Rey y pusieronle en unas andas. Acompañáronle los obispos de Jaen y Mondoñedo y el de Málaga, que era don Diego Ramirez de Villascusa. Poco despues salió la Reina, y en su compañía el marqués de Villena, y el embajador Luis Ferrer y el Condestable, que acudió luego con otros muchos. El camino era de noche y con hachas. Llegaron á media noche á Cavia. Desde allí fueron á Torquemada, do reparó la Reina. En Búrgos quedaron los del Consejo real, el arzobispo de Toledo, el Almirante y el duque de Najara. Espiraba el tiempo que en la concordia que capitularon los grandes en Búrgos se señaló. Sobre si se debía alargar hubo diferencias. El Condestable no venia en que se prorogase, por ser en perjuicio de la Reina. El Almirante queria que se hiciese la prorogacion, y deste parecer era el arzobispo de Toledo, que hacia asimismo mucha fuerza en que el Consejo real fuese favorecido y obedecido, pues no quedaba otro camino para entretener el gobierno hasta tanto que el rey Católico viniese. Otros grandes, por impedir su venida, trataban de casar á la Reina. El de Villena queria casalla con el duque de Calabria. Asimismo se puso en plática que la casasen con don Alonso de Aragon, hijo del infante don Enrique, que era el que quedaba solo de la casa real de Aragon y Castilla por línea legitima de varon. Llegó el negocio á que ofrecieron grande estado á doña María de Ulloa, que tenia mucha cabida con la Reina, si lo acabase con ella. La Reina no vino en ello, antes lo rechazó y echó muy lejos. No faltaba quien la quisiese casar con el rey de Inglaterra, el cual dado que era de edad, lo deseó grandemente. Divulgóse otrosí que el Rey, su padre, la pretendia casar con Gaston de Fox, su cuñado y sobrino, señor de Narbona, rumor que alteró á muchos, y fué causa que los servidores del rey Católico y su partido algun tanto enflaqueciese.

CAPITULO IV.

Que los barones angevinos fueron restituidos en sus estados.

Con la ida del rey Católico á Italia grandes humores se removieron. Acudieron á Nápoles embajadores de los mas príncipes y potentados de Italia. Tratóse por medio del rey de Francia de impedir al Emperador que no se apoderase del gobierno de Flándes; traza con que se

aseguraba que ni el príncipe don Carlos ni el Emperador podrían venir á España, el Príncipe por estar detenido en lo de Flándes, el Emperador por estar tan lejos. Por otra parte, el de Francia pretendió que con él y con el Papa se ligase el rey Católico para recobrar de venecianos lo que le tenían usurpado de sus estados. Daba el rey Católico oídos á esto por recobrar lo que poseían en aquel reino de Nápoles. Parecía empero era necesario asentar primero las cosas de Castilla y de su gobierno, y entre tanto conservarse en la buena amistad que tenía con aquella señoría. Para todo mucho ayudó la buena industria de Lorenzo Suarez, su embajador, que falloció los días pasados en Venecia con gran sentimiento de aquella señoría, como lo mostró en el enterramiento y exequias que le hicieron con aparato extraordinario. Quedó en aquel cargo su hijo Gonzalo Ruiz de Figueroa. Pretendía el Papa echar de Bolonia á Juan de Bentivolla que tenía tiranizada aquella ciudad. Y puesto que hacia principal fundamento para esto en la ayuda del rey de Francia, que le enviaba gente de á pié y de á caballo para esta empresa, y el mismo Papa fué á ello en persona, todavía se quiso valer de la sombra del rey Católico, que hizo avisar á Juan de Bentivolla que no podía faltar al Pontífice, antes pondría su persona y estados por la restitucion del patrimonio de la Iglesia. Entonces ofreció el tirano que recibiría al Papa en la ciudad con ciertas condiciones. Envió el Papa desde Imola, do estaba, al arzobispo de Maufredonia, y fué en su compañía el embajador Francisco de Rojas para tomar asiento con aquellos ciudadanos; con que el tirano se salió de la ciudad últimamente, y el pueblo prestó la obediencia al Pontífice y le entregó las fuerzas y castillos. Envió el rey Católico á Antonio de Acuña á dalle el parabien de aquella victoria y suceso. Juntamente pretendió confederarse en estrecha amistad con él mismo, con intento que le diese la investidura del reino para sí y para sus sucesores, sin embargo de la concordia que tenía asentada con Francia; que los reyes á ninguna cosa tienen respeto sino á lo que les viene á cuenta. Esto se trataba muy en secreto, si bien en fin deste año envió á Boloña, donde el Papa se hallaba, á fray Egidio de Viterbo, vicario general de la orden de San Agustín y excelente predicador, para ofrecelle sus fuerzas en defensa de su persona y dignidad y juntamente para hacer guerra á los turcos, en que él mucho deseaba emplearse, y en particular queria ayudar á despojar á los tiranos que tenían usurpadas algunas tierras de la Iglesia. En este mismo tiempo se trataba muy de veras que los barones angevinos fuesen restituidos en sus estados. Empresa era esta muy dificultosa por estar repartidos entre los que sirvieron en la conquista de aquel reino. La prudencia del Rey y su presencia fué bien necesaria para allanar las dificultades. Quitó á unos los pueblos que tenían, á los cuales recompensó en otros pueblos ó juros que les dió. Compró estados enteros á dinero. Todo esto no fuera bastante segun eran muchos los despojados, si no supliera con estados que sacó para este efecto de la corona real. Los principales que fueron restituidos eran los príncipes de Salerno, Bisignano y Melfi, el duque de Trageto, el duque de Atri, que se llamaba antes marqués de Bi-

tonto; los condes de Conza, Morcon y Monteleon, demás destes Alonso de Sanseverino. Compróse el ducado de Sesa, que se dió al Gran Capitan, recompensa muy debida á sus servicios; el principado de Teano, el condado de Cirinola y Montefoscolo y la baronía de Flumo, todo del duque de Gandía, que poseia muy grande estado en aquel reino. A muchos italianos y españoles se quitaron los pueblos que tenían en remuneracion de sus servicios. Entre estos fueron de los principales el embajador Francisco de Rojas, Pedro de Paz, Antonio de Leiva, Hernando de Alarcon, Gomez de Solís y Diego García de Paredes; todos llevaron de buena gana que su Príncipe, por quien pusieron á riesgo sus vidas tantas veces, en aquel aprieto los despojase de sus haciendas. Era mas fácil de llevar este daño, que por pretender los mas volverse á sus tierras, cualquiera recompensa en España anteponian á mayores riquezas en aquella tierra que ellos ponian á cuento de destierro, dado que á algunos ninguna recompensa se hizo; en particular los herederos y deudos del embajador Francisco de Rojas, condes al presente de Mora, pretenden que por la ciudad de Rapola que le dieran por sus servicios y otros pueblos en el principado de Melfi, y en esta ocasion se la quitaron, ninguna cosa se le dió en España ni en otra parte. El privilegio original tienen los dichos condes. Túvose muy particular cuenta de contentar y conservar los Colonese y Ursinos, casas las mas nobles y ricas de Roma. Junto con esto, se hizo gran fundamento en ganar á los Seneses y al señor de Pomblin, fuerzas de importancia para todo lo que pudiese suceder en las cosas de Italia. Llegaron á esta sazón á Nápoles el obispo de Lubiana y Lucas de Reinaldis, que enviaba el Emperador para tomar algun asiento con el rey Católico sobre el gobierno de Castilla. Estos, habida audiencia, dieron al Rey el parabien de su llegada á aquella ciudad y reino. Despues le pidieron diese algun corte sobre el gobierno de Castilla; que al Emperador, su señor, parecia seria buen medio quedasen con aquel cargo los que estaban diputados por gobernadores. Asimismo hicieron instancia que no se resituyesen los estados á los barones angevinos, por el gran daño que sería tener dentro de su casa tantos enemigos. Item, que el Rey procurase se efectuase el matrimonio concertado del príncipe don Carlos con Claudia, hija del rey de Francia; que para asentar todo esto seria bien que se viesen. Pretendia el César pasar á Italia; la voz era para coronarse; el intento principal resistir al rey de Francia, de quien avisaban queria ir á Roma para hacerse coronar emperador y dar el pontificado al cardenal de Ruan, sospechas de que se quejó gravemente el Emperador en una dieta del imperio que juntó en Constancia. Oidos los embajadores, el Rey, sin pedir tiempo, respondió luego que la Reina, su hija, era á quien tocaba el gobierno de Castilla; y caso que no quisiese ó no estuviese para gobernar, pertenecia á solo él como á su padre, y que lo mismo seria en caso que muriese; que hasta entonces ningunos gobernadores tenían nombrados en Castilla. A lo de los barones respondió que tenía prometido de volverles sus estados, y no podia faltar á su palabra; cuanto al casamiento del Príncipe, que el rey de Francia le envió á avisar de la

contradicción que su reino hacia, por llevar mal que lo de Milán y Bretaña se desmembrase de aquella corona, y que todos los estados le suplicaban la casaca con el duque de Angulema, á quien pertenecía la sucesión de aquel reino despues de sus días. A lo de las vistas respondió con palabras generales, que holgaria dellas cuando hobiese disposición para ello. Tuvieron segunda audiencia los embajadores, en que llegaron á ofrecer al rey Católico que el César le daría título de emperador de Italia, y renunciaría en él todos sus derechos que tenía sobre aquella provincia y le ayudaría á hacerse señor della. A esto dijo que no convenia disminuyese el Emperador su autoridad, que de Italia él no queria mas de lo que era suyo. Movieron despues desto la plática de ligarse los príncipes, Emperador, reyes de Francia y el Católico con el Papa contra venecianos. A esto dijo que como los demás se concertasen, no quedaria por él. Entonces envió el Rey al César por su embajador á don Jaime de Conchillos, obispo de Girachi, con cargo en lo público y órden de allanar á los flamencos para que admitiesen al Emperador á la gobernacion de aquellos estados, como á tutor del príncipe don Carlos, su nieto. Otro tenía en el corazon, como queda ya tocado.

CAPITULO V.

Que la reina doña Juana parió en Torquemada.

La reina doña Juana se hallaba en Torquemada, principio del año de 1507. Allí un juéves, á los 14 de enero, parió una hija, que llamó doña Catalina, y adelante fué reina de Portugal. Vióse en gran peligro por falta de partera, oficio que hobo de suplir doña María de Ulloa, su privada y camarera. Todos eran efectos de su indisposición ordinaria, que no daba lugar á medicinas ni á consejos. Hallábanse allí el arzobispo de Toledo, el Condestable y otros grandes. Los de su Consejo con su presidente el obispo de Jaen se quedaron en Búrgos. Deseaban los de su Consejo componer las diferencias que se continuaban entre los grandes y sosegar la llama de los alborotos que por todas partes se encendía; pero tenían sus provisiones y mandatos poca fuerza, de suerte que quien no queria obedecer se salia con ello; todo era violencias y males, miserable estado y avenida de escándalos y desórdenes. El alboroto de Córdoba contra los inquisidores iba adelante. El motivo principal era que los presos, por revolver el pleito, tenían encartada gran parte de la nobleza como cómplices en sus delitos. El pueblo atribuía esto á la malicia de los inquisidores. En Toledo los Silvas y Ayalas se pusieron en armas; los Ayalas en favor de un pesquisidor que venia nombrado por el Consejo con suspension de varas del corregidor y sus oficiales; los Silvas pretendian que el pesquisidor no entrase y que el corregidor quedase con su oficio. Eran gran parte para salir con todo lo que querian por tener en su poder las puertas y las puentes; mas prevalecieron los Ayalas porque los seguía el pueblo, y el corregidor don Pedro de Castilla fué echado de la ciudad, en que hobo sobre el caso muertos y heridos. A Madrid traian alborotado don Pero Laso de Castilla, que estaba por el rey Católico, y Juan Arias, cabeza del bando contrario. El corregidor de Cuenca

Filipe Vazquez de Acuña tenía oprimido el regimiento para que no obedeciesen á la Reina; Diego Hurtado de Mendoza le echó fuera de la ciudad, y se dió órden que el regimiento nombrase alcaldes ordinarios que gobernasen en nombre de la Reina. En Segovia el marqués de Moya tenía cercado el alcázar, y hizo salir de la ciudad todos los vecinos que no eran de su opinion, hasta quemar la iglesia de San Roman, en que algunos de sus contrarios se hicieran fuertes. La Reina no servia de otra cosa más de embarazar. Para prevenir que el fuego no pasase adelante en el Andalucía, se ligaron el marqués de Priego y conde de Cabra con el conde de Tendilla, capitan general de Granada, y el adelantado de Murcia, en servicio de la Reina y para conservar en justicia aquellas tierras hasta tanto que el rey Católico volviese. Vino el conde de Ureña á la corte. Pretendió interponer su autoridad para sosegar los grandes, dado que así bien él como los demás daba sus quejas y tenía sus pretensiones, que venian á parar todas en el alcaldía de Carmona, que le habian quitado; y en una encomienda que pedía para su hijo don Rodrigo. Los grandes, sin embargo, se armaban. El Almirante juntaba gente para apoderarse de Villada y Villavicencio, villas que decia le tenía usurpadas el duque de Alba. El duque de Najara andaba en la corte muy acompañado de gente de armas; y llegó á tanto su atrevimiento, que ocupó las posadas que en Villamediana se dieron á los del Consejo, que por esta causa se fueron á Palencia. Don Juan Manuel vino á Torquemada con sesenta lanzas. El marqués de Villena y el Condestable asimismo se apercebían de gente. El arzobispo de Toledo, vistos estos desórdenes, comenzó á traer gente de guarda, y juntó cien lanzas y treientos alabarderos, y dió órden como de su dinero se pagasen las compañías de las guardas ordinarias. Y aun por esta causa quiso jurasen obediencia á la Reina y á él mismo, todo á propósito de enfrenar la insolencia de los grandes por una parte, y por otra que el Consejo no despachase algunas provisiones poco á propósito para tiempos tan revueltos. Alteróse por esta causa el duque de Najara. Juntó mas gente para su seguridad. Las cosas llegaron á término, que una noche en Torquemada hobieran de venir á las manos los del Duque y los del Arzobispo. Para atajar estos daños se dió órden que en aquella villa solo quedase la gente de la Reina y del Arzobispo, con que el Duque se partió mal enojado. Antes que don Juan se saliese de Torquemada se juntaron con él en Griota el Almirante, el de Villena, el de Benavente y Andrea del Búrgo, embajador del Emperador; concertaron de impedir la venida del rey Católico, si primero no satisfacía á sus demandas y pretensiones. Despues se juntaron algunos dellos en Dueñas. Allí acordaron echar fama que el arzobispo de Toledo y Condestable tenían á la Reina presa; últimamente se fueron á Villalon con intento de juntar gente para socorrer el alcázar de Segovia que tenía apretado el marqués de Moya. El rey de Portugal tenía asimismo sus inteligencias con el marqués de Villena para impedir la venida del rey Católico y procurar que el Emperador trajese al Príncipe, y como su tutor tomase á su mano el gobierno. Vino por este tiempo de Roma don Antonio de Acuña, proveído del obis-

pado de Zamora. Cometióle el Rey como á deudo que era del marqués de Villena que le asegurase en su servicio, y le ofreciese le darian á Villena y Almansa, que tanto él deseaba. No bastó esta diligencia, ni fué de mayor efecto la que hizo don Alvaro Osorio con el duque de Najara y con don Juan Manuel, con los cuales se fué á ver para sosegallos y atraellos al servicio del rey Católico. De la provision del obispado de Zamora en la persona de don Antonio de Acuña se quejó el Condestable que fuese premiado el mayor enemigo que tenia, y á él no se hiciese merced alguna. Resultó asimismo otra nueva revuelta. Los del Consejo por haberse hecho aquella provision sin preceder suplicacion de la Reina ni del Rey, su padre, como era de costumbre, juzgaron que seria en gran perjuicio de la preeminencia real si se consintiese llevar adelante. Despacharon sus provisiones enderezadas al dean y cabildo de aquella iglesia para impedirle la posesion; y si la posesion fuese tomada, mandaban que no la dejasen continuar ni acudir con los frutos del obispado á don Antonio. Llegaron las provisiones á tiempo que don Antonio estaba en pacífica posesion. Despacharon al alcalde Ronquillo que hiciese ejecutar sus mandatos. Don Antonio, que sobrevino con gente una noche, le prendió dentro de su posada y llevó á la fortaleza de Formosel. Acudieron el corregidor de Salamanca para castigar aquel desórden y desacato, y el duque de Alba mandó juntar sus vasallos para lo mismo. Pero ninguna diligencia bastó para remover á don Antonio y que no quedase con su obispado. Todo el reino ardía en alborotos, tramas, quejas y pretensiones. Los mejores querian vender lo mas caro que pudiesen su lealtad y servicio, acomodar sus cosas; para sí, sus deudos y amigos sacar lo que mas pudiesen. El rey Católico, como quier que no pretendia traer la espada desnuda contra los que le ofendieron, así parecia cosa dura y afrentosa comprar con dádivas lo que de derecho se le debia, bien que desagrarar á los que injustamente parecian, á todos parecia muy conveniente. En esta sazón los del Consejo prorogaron las Cortes por espacio de cuatro meses; con que los procuradores del reino, que se entretenian en Búrgos, se volvieron á sus casas.

CAPITULO VI.

Que el duque Valentin fué muerto.

Las cosas de Castilla se hallaban en esta confusion, y por las fronteras de Navarra se comenzaron á mover algunas novedades. El rey don Juan con la ocasion de la ausencia del rey Católico, que lo tuvo siempre enfrenado, determinó tomar enmienda de los desacatos que su condestable el conde de Lerin le tenia hechos en muchas maneras por las espaldas que de Castilla le hacian. Para esto su intento vino muy á propósito la huida del duque Valentin, su cuñado. Luego que se acogió á su reino, le nombró por su capitán general, con cuya ayuda pretendia despojar de todo su estado al conde de Lerin y echalle de todo aquel reino como á notorio rebelde y enemigo de su corona. Juntó sus gentes, que eran docientos jinetes y ciento y cincuenta hombres de armas y hasta cinco mil infantes. Con este ejército, un

miércoles, á 10 de marzo, se puso sobre la fortaleza de Viana, cuya tenencia se habia dado al Condestable, y tenia dentro para su defensa á don Luis de Biamonte, su hijo, y yerno del duque de Najara. Otro dia despues que llegó esta gente á Viana, por ser la noche muy tempestuosa, tuvo comodidad el Condestable de acudir desde Mendavia, que era una su villa á tres leguas de allí, á favorecer y proveer á los cercados. Llegó en su compañía docientas lanzas, y dejó fuera de Mendavia en un barranco á la cubierta de un viso hasta seiscientos de á pié. Entró en la fortaleza y basteciolla lo mejor que pudo. A la mañana al dar la vuelta fueron sentidos. Salieron del campo del Rey hasta setenta lanzas en compañía del duque Valentin, que por la prisa iba mal armado. Seguía el Rey con la demás gente, aunque despacio y no muy en órden. El Duque, como era arriscado, acometió á los que se retiraban, mató y prendió hasta quince hombres. Adelantóse en seguimiento de un caballero hasta el lugar en que tenian la celada. Revolvieron otros cuatro caballeros sobre él; hirióle el uno con una lanza sobre el faldar, fué el golpe tal, que le arrancó del caballo. Acudieron los de la celada, y sin ser conocido, aunque peleó muy bien á pié con una lanza de dos hierros, al fin le mataron, y le despojaron en un momento hasta de la camisa. Con la muerte del Duque toda la demás gente se volvió con poca honra á sus estancias. El condestable de Mendavia por estar mas seguro se pasó á Lerin. Así acabó sus dias el que poco antes ponía espanto á toda Italia, y en cuya mano estaba la paz y la guerra de toda ella. Notóse mucho que muriese dentro de la diócesi de Pamplona, que fué el primer obispado que tuvo, y que su muerte fuese el mismo dia que tomó la posesion dél, es á saber, el dia de San Gregorio. Quedó sola una hija del Duque en poder de su madre y del rey de Navarra, su tío. Con todo esto el Rey estrechó mas el cerco de la fortaleza con su gente y la que de Castilla el Condestable le envió de socorro de á pié y de á caballo. Por el contrario, el duque de Najara se acercó á la frontera con gente para ir á socorrer al conde de Lerin; y aun el arzobispo de Zaragoza apercebia gente para ayudarle por ser tan servidor del rey Católico y su cuñado. Pero en fin la fortaleza de Viana se hobo de rendir, y el Rey con su gente, que fué á poner sobre Raga. Los del Consejo real de Castilla por sosegar aquellos movimientos enviaron al secretario Lope de Conchillos para requerir al rey de Navarra en nombre de la reina doña Juana no procediese por via de fuerza contra el conde de Lerin. Hacíase instancia que sobreseyese en aquella guerra por tiempo de tres meses, en el cual medio se podrían concertar quellas diferencias y vendria el rey Católico para concordallos. El rey de Navarra no venia en ello; la respuesta fué dar grandes quejas contra el conde de Lerin, que le tenia revuelto su reino; que no era razon fuesen favorecidas de ningun príncipe insolencias semejantes. Todavía se contentaba con que viniese en persona á pedir perdon de sus yerros y entregalle en su poder á Lerin, y sus hijos fuesen á serville en su corte, y hecho esto, el Conde se saliese de aquel reino. Tratábase desto, y el Rey continuaba en apoderarse del es-

tado del Conde. Rindióse Raga y todos los demás lugares que el Conde tenia; solo quedó en su poder Leñor, villa en que se hizo fuerte con sus hijos y aliados, plaza que, si bien con dificultad, tambien vino á poder del Rey. Por esto el Conde se fué á Castilla, y despues pasó á Aragon, sin que le quedase una almena en toda Navarra. No le hizo poco daño tener de su parte al duque de Najara, porque por el mismo caso el Condestable y los mas servidores del rey Católico se declararon por el Navarro, si bien para las turbaciones de Castilla fué á propósito ocuparse el Duque en aquella guerra de Navarra; tanto mas, que el rey Católico á la misma sazón ganó á su servicio al conde de Benavente con promesas que le hizo de una encomienda y docientas mil de juro, é intencion que dió de le otorgar la feria de Villalon. Aseguró otrosí al duque de Béjar con promettele otras cosas que él mismo deseaba. Así, el partido del rey Católico y de los que deseaban su venida andaba muy valido, y muy caido el de los contrarios. Morian en Torquemada de peste, mal que se embraveció este año muy extraordinariamente, y se derramó por toda España. Salióse la Reina á Hornillos, aldea muy pequeña, que está una legua de aquella villa, con determinacion de no salir de aquella comarca sino aguardar allí al Rey, su padre. Tenia mandado que volviesen á su Consejo los que estaban en él en vida de la Reina, su madre, y los nuevamente proveidos fuesen privados de aquel cargo. Con esto el obispo de Jaen se fué á su casa; los oidores nuevos, que eran Aguirre, Guerrero, Avila y don Alonso de Castilla, hicieron instancia para que se revocase aquel mandato; no se pudo acabar con la Reina por grandes diligencias que se hicieron y medios que para ello tomaron. Así, volvieron al Consejo los oidores antiguos Angulo, Vargas y Zapata. En Segovia se continuaba el cerco que tenia el marqués de Moya muy apretado sobre el alcázar; y dado que los de dentro se defendieron muy bien por espacio de seis meses, al fin con minas que se sacaron por diversas partes redujeron los de dentro á término, que le rindieron á los 15 de mayo. Ayudaron al Marqués en esta empresa el duque de Alburquerque, que fué allá en persona, y el Condestable, duque de Alba y Antonio de Fonseca con gentes que de socorro le enviaron.

CAPITULO VII.

Que el Emperador y rey Católico trataban de concertarse sobre el gobierno de Castilla.

Los embajadores del César que fueron á Nápoles hacian grande instancia sobre las vistas de los dos príncipes consuegros. Ofrecian que el Emperador vendria á Niza, ó que el rey Católico fuese á Roma, donde el César en breve pensaba venir á coronarse. Que en un dia se podrian mejor conformar por sus personas que en mucho tiempo por medio de terceros. El rey Católico daba diversas excusas para no venir á las vistas, la mas principal que los reinos de Castilla padecerian mucho daño con aquella tardanza, que forzosamente seria de algunos meses. Como se resolvió en esto, los embajadores le requirieron no volviese á Castilla sin que primero se concertasen todas las diferencias; que de otra ma-

nera el Emperador seria eso mismo forzado de ir allá, y los males que dello resultasen se imputarian y estarian á cuenta del que diese la causa. Pareció este término mas desafio que voluntad de concierto. Todavía se comenzó á tratar por los embajadores sobredichos de una parte, y de otra el Gran Capitan, el camarero y el secretario del rey Católico de los derechos que cada uno pretendia tener por su parte y de los medios que se representaban para conformarse. Muchas cosas se alegaron como en negocio tan grave. Los principales puntos en que el rey Católico se fundaba eran ser padre y por consiguiente tutor de la Reina, y su voluntad que siempre dió muestra de querer que su padre gobernase, y el testamento de la reina doña Isabel que así lo disponia. De parte del Emperador se oponia que en caso que la Reina estuviese impedida, sucedia el Príncipe, su nieto, en cuya tutela debia ser preferido el abuelo paterno. Que el rey Católico se casó segunda vez, por lo perdió la tutela, especialmente que prometió á la reina doña Isabel no lo haria, por lo menos era cierto que si entendiera se pretendia casar, no le dejara el gobierno. Lo tercero que los grandes, cuyo consentimiento se requeria, no venian en su gobernacion, y no era razon poner el reino en condicion de revolverse. Otras razones alegaron, mas estos eran los nervios fundamentales. Pasaron á tratar de medios. Los del Emperador decian que su señor holgaria se cometiese el gobierno á veinte y cuatro personas; dellas las diez y seis nombrase él, y las ocho el rey Católico, y que estos gobernasen en compañía del Rey. Y cuanto á las provisiones de oficios y beneficios, que de tres partes el Rey proveyese la una, y las dos los del gobierno; las rentas dividian en cuatro partes, las tres partes para la Reina, y la una para el Rey. Item, para asegurar la sucesion del príncipe don Carlos querian que todas las fortalezas del reino estuviesen en poder del Emperador. Todas eran demasias y exorbitancias á propósito de revolvello todo. Pedian otrosí que se enviasen á Flándes algunos hijos de grandes y personas principales de Castilla y Aragon para criarse con el Príncipe, y que se diese seguridad para los que siguieron la voz del rey don Filipe que no serian maltratados ni en algun tiempo les pararia perjuicio. Que la investidura de Nápoles se alcanzase de manera que no perjudicase á la sucesion del príncipe don Carlos. Condiciones tolerables eran algunas destas, pero pedian otras muchas, que no se debian conceder ni se pudieran asentar en muchos años. Por esto el rey Católico aprestaba su partida, si bien el Emperador de nuevo le envió á requerir con Bartolomé de Samper, que de Nápoles fué enviado á Alemania, sobreseyese hasta tanto que aquellas diferencias estuviesen asentadas. El Rey todavía continuaba en su propósito, y para despacharse envió sus embajadores á dar la obediencia al Papa, que fueron Bernardo Dezpuch, maestre de Montesa, Antonio Augustino y Jerónimo Vic, un caballero valenciano que iba para hacer oficio de embajador ordinario en aquella corte en lugar de Francisco de Rojas. Dióseles audiencia á los 30 de abril; hizo Antonio Augustino un muy elegante razonamiento, en que excusaba la dilacion que en dar aquella obediencia se tuvo por diversos impedimentos que no se pudieron evitar. Ofre-

ció la obediencia y todas las fuerzas del Rey en favor de aquella santa silla. Respondió el Papa con mucha alegría, y en señal de amor dió á los embajadores la rosa de oro que se bendice la noche de Navidad, para que de su parte la llevasen á su Rey. Juntamente convidaba al Gran Capitan para que fuese general de la Iglesia en la guerra que pensaba hacer á venecianos; el mismo cargo le ofrecia aquella señoría por entender que era tanto su valor, que llevaria consigo muy cierta la victoria á cualquier parte que se allegase. Los partidos que le hacian muy aventajados previno el Rey con tornar á promettele el maestrazgo de Santiago. Y porque no pareciesen palabras, dió comision á Antonio Augustino, cuando le envió á Roma, para que suplicase al Papa le pudiese resignar en su favor en manos de los arzobispos de Toledo y de Sevilla y el obispo de Palencia, para que con comision del Pontífice le colasen al Gran Capitan luego que llegase á Castilla; que no hacia desde luego la resignacion por inconvenientes que alegaba que podrian resultar en ausencia. El Papa venia bien en conferir al Gran Capitan aquella dignidad, pero no quiso dar la comision que se le pedia por no perjudicar á su autoridad. Con esto se dilató aquella resignacion, no sin gran sospecha que el Rey usó en esto de maña solo para sacar al Gran Capitan de Italia, que era duque de Sesa y de Terranova y gran condestable de Nápoles; grandes estados y mercedes en sí, pero muy pequeñas, si con sus méritos y servicios se comparan. Deseaba el Rey con gran cuidado reformar la capitulacion hecha en Francia sobre la sucesion del reino de Nápoles, que caso no fuviese hijos de la reina doña Germana, se devolvía á los reyes de Francia. Trataba de remediar este daño, y para esto de tomar por medio al cardenal de Ruan con promesa que le hacia de ayudalle para subir al pontificado, si allanaba esta dificultad, como á la verdad el mejor camino fuese alegar que pues el rey de Francia no cumplia el asiento que tenia tomado de casar su hija con el príncipe don Carlos, con que le quitaba la sucesion de Milan y de Bretaña, era razon que esto se recompensase con alzar aquel gravámen en lo de la sucesion de Nápoles, pues no era cosa tan grande ni tan cierta como lo que se le quitaba, ni aquella condicion servia sino de dejar pleito y debates á sus sucesores para adelante. El rey de Francia no daba oídos á nada desto, ca estaba desabrido por los homenajes que se hicieron en Nápoles en nombre de la reina doña Juana, sin hacer mencion de la reina doña Germana, como fuera razon, para conformarse con lo que tenían capitulado.

CAPITULO VIII.

Que el rey Católico partió de Nápoles.

Importaba mucho que el rey Católico abreviase en su venida para atajar inconvenientes y sosegar malos humores que cada dia por acá se levantaban, lo cual él no ignoraba; mas las cosas de Nápoles le detenian hasta dejallas bien asentadas. Hacia instancia con el Papa por medio de su embajador Jerónimo Vic le diese la investidura de Nápoles. Anduvieron sobre el caso demandas y respuestas. El Pontífice se resolvió de dársela con condicion que le recobrase con sus gentes las ciudades

de Faenza y Arimino, que tenían los venecianos usurpadas en la Romaña. No se podia hacer esto en poco tiempo, y las revueltas de Castilla no sufrían tanta dilacion. Resolvióse de abreviar su partida de cualquiera manera que fuese. Para prender mas al Gran Capitan otorgó un instrumento en que daba fe de la lealtad que siempre en su persona halló y de su mucho valor y servicios señalados; cuya copia se envió á todos los príncipes para que si alguno habia dél concebido ó sospechado otra cosa, quedase con tal testimonio desengañado. Era venido á Nápoles Juan de Lanuza, virey de Sicilia; á este caballero, por la mucha confianza que habia dél y sus buenas partes, determinó dejar por virey de Nápoles. Pero porque antes que el Rey se embarcase, él y su hijo Juan de Lanuza, que era justicia de Aragon, fallecieron, nombró por virey de Nápoles á su sobrino don Juan de Aragon, conde de Ribagorza, y á Sicilia envió á don Ramon de Cardona con cargo de teniente general. Para el consejo de estado de Nápoles nombró á Andrés Garrafa, conde de Santaseverina, y á Hector Pinatelo, conde de Monteleon, y á Juan Bautista Espinelo, al cual quitó entonces el cargo y nombre de conservador general por ser muy odioso en aquel reino. Dejó orden al Virey que conservase los Colonenses y Ursinos, y á Bartolomé de Albiano se restituyó su estado porque se redujo á la obediencia del Rey. Proveyóse que demás de la gente de guerra docientos gentiles hombres residiesen en la corte con nombre de Continos y acostamiento por año de cada ciento y cincuenta ducados. A los venecianos que se mostraban sospechosos de la voluntad del Rey, para asegurallos envió á Filipe Ferreras que hiciese con aquella señoría oficio de embajador. Proveido todo esto, el Rey se hizo á la vela un viernes, á los 4 de junio, con diez y seis galeras. Ocho dias antes partió la armada de las naos, y por su general el conde Pedro Navarro. El reino de Portugal florecia por este tiempo en todo género de prosperidad, y extendia su fama por todas las partes, merced de Dios, que les dió un rey tan señalado como el que mas en valor y prudencia y en noble generacion. Partió la Reina en Lisboa, á los 5 de junio, un hijo, que se llamó don Fernando. Las grandes esperanzas que daba su buen natural y aficion á las letras cortó la muerte arrebatada, que le sobrevino en la flor de su mocedad. Algunos grandes de Castilla, en especial el marqués de Villéna, pusieron los ojos en este Príncipe para que se encargase del gobierno de aquel reino, con intento de impedir por este modo la venida del rey Católico; mas él no quiso aventurar su sosiego por promesas de pocos y mal fundadas, si bien de secreto deseaba tener mano en las cosas de Castilla por casar sus hijos con los de la Reina, y por este medio tomar uno de dos caminos, ó como tutor en tal caso del príncipe don Carlos, su yerno, encargarse del dicho gobierno, que le venia muy á cuento para proseguir la navegacion de la India y la conquista de Africa con la ayuda que podia tener de Castilla, ó por lo menos obrar con el Emperador que tomase á su cargo lo que el derecho le daba. A esto mismo convidaba al César el rey de Navarra, y aun le ofrecia el paso por su tierra, que decia seria camino muy fácil, y esto por estar muy sentido del rey

Católico, y aun receloso que si volvía á su antiguo poder, no pararía hasta apoderarse de aquel reino. Es cosa cierta que á estos dos reyes pesaba de la prosperidad del rey Católico, y no querían tener vecino tan poderoso, conforme á la costumbre de todos los príncipes. La misma instancia hacían al Emperador los grandes sus aficionados y parciales, y él mismo estuvo muy determinado de ponerse en camino y pasar en España, como consta de una que escribió desde Constancia, do se tenía la dieta del imperio, deste tenor á don Juan Manuel: «Por otras cartas vos he hecho saber mi determinacion, que era de ir en persona á esos reinos y llevar conmigo al príncipe don Carlos, mi nieto; é si las cosas dellos no estuviesen en la pacificacion que convenia al servicio de la serenísima Reina, mi hija, daría tal orden que ella fuese servida é obedecida, é la sucesion del Príncipe asegurada. Pero despues he sido informado que ha habido algunas novedades, por lo qual me tengo de dar mas priesa para ir á esos reinos y llevar conmigo al Príncipe. E así yo partiré de aquí para Bravanto de hoy en catorce ó quince dias, é ya he mandado aderezar las cosas que para mi ida á esos reinos son necesarias. Entre tanto yo vos ruego y encargo que os junteis con nuestro embajador y con los otros servidores del Príncipe, como hasta aquí habeis hecho, y no se dé lugar á que se haga cosa contra la libertad de la Reina ni contra la sucesion del Príncipe; que idos allá, habiendo respeto al amor que el Rey, mi hijo, que haya santa gloria, os tenía, é á la voluntad que tenía de os hacer mercedes, é á vuestros servicios, se hará con vos lo que el Rey, mi hijo, deseaba hacer. De la mi ciudad imperial de Constancia, á 12 de junio de 1507.»

CAPITULO IX.

De las vistas del rey Católico con el rey de Francia.

Hallábase el rey de Francia en Italia, donde abajó los meses pasados con un grueso ejército para sosegar en su servicio los ginovoses, que con las armas pretendían recobrar su libertad y salir de la sujecion de Francia, en que pasaron tan adelante, que el año pasado el pueblo se alborotó contra los nobles. Abatieron las armas de Francia de todos los lugares en que estaban, y sacaron por Duque á un tintorero de seda, por nombre Paulo de Nove. Para sosegar estos movimientos el rey de Francia envió primero su gente; despues él mismo pasó á Italia. Tratábase con esta ocasion que á la vuelta del rey Católico para España los dos reyes se viesen. Pareció la ciudad de Saona lugar á propósito para esta habla. Detuviéronse las galeras en Gaeta y por las costas de Roma y de Toscana algunos dias por ser el tiempo contrario. Llegó el rey Católico á Génova á los 26 de junio. Allí le salió á recibir Gaston de Fox, señor de Narbona, su sobrino y cuñado, con cuatro galeras. Aguardaba ya el rey de Francia en Saona su llegada. Salió el rey Católico vigilia de San Pedro del puerto de Génova para ir allá. Fué grande el recibimiento que se le hizo. Salió el rey de Francia á la marina y despues de haberse recogido y abrazado con toda muestra de alegría los dos reyes, el Católico

á manderecha, el Francés á la izquierda, y en medio la Reina, fueron debajo del palio al castillo, do tenían hecho el aposento á los huéspedes. El de Francia por mas honrallos se pasó á las casas del Obispo. El dia de San Pedro oyeron misa juntos. Los cortesanos á porfía andaban muy lucidos; en especial los españoles con las riquezas de Nápoles iban en extremo arreados y bravos. Aquella noche cenó la Reina con el rey de Francia, su tío, y con el rey Católico dos cardenales, el de Santa Prajedis, que vino por legado del Papa á las vistas, y el de Ruan, legado de Francia. Otro dia cenaron los dos reyes y Reina juntos, y con ellos por cuarto el Gran Capitan, á instancia del rey de Francia, que le honró con todo género de favor, palabras y cortesía. Lo mismo hizo el rey Católico con el señor de Aubeni, tanto, que él entró en esperanza le mandaría restituir el condado de Venafra, que poseía al tiempo que se rompió la guerra. Grande resolucion fué la del rey Católico ponerse libremente en poder de su competidor y hacer dél tanta confianza, larga materia de discursos, especial para italianos. En estas vistas lo que principalmente se trató fué de tomar la empresa contra la señoría de Venecia, plática comenzada otras veces. Despedidas las vistas, continuó el rey Católico su viaje, que por ser los vientos contrarios, la navegacion fué larga. Llegó al puerto de Cadaques, en Cataluña, á los 11 de julio; y por huir la peste, de que se herian muchos por aquella comarca, no paró hasta llegar á la playa de Valencia, que fué á los 20 del mismo mes, dondè dias antes era aportado Pedro Navarro con los navíos. Fueron grandes las fiestas que en aquella ciudad hicieron á los reyes. La Reina entró debajo del palio por ser allí su primera entrada. Con la nueva de la venida del Rey lo de Castilla se allanó con facilidad; en particular el marqués de Villena de su voluntad se redujo y puso en las manos del Rey, con promesa que se le hizo de estar con él á justicia y hacelle razon en todo lo que pretendía estar agraviado. Y dado que esta reduccion la hizo mas forzado que de grado, todavía se estimó en mucho; y aun su primo el conde de Ureña obró y ayudó muy bien para que se redujese á mejor partido; en premio deste buen oficio y por aseguralle mas le dieron la tenencia del castillo de Carmona, que pretendia se le debia y era suya. Al duque de Medina Sidonia con el mismo intento por medio del Condestable se le dió intencion de hacelle recompensa por lo de Gibraltar en dinero y jueros. Para todo daba calor el arzobispo de Toledo, muy contento, demás de las mercedes recibidas, que el rey Católico le trajese impetrado del Papa el capelo, y el oficio de inquisidor general en los reinos de Castilla y Leon por cesion que hiciera de aquel cargo el arzobispo de Sevilla, como consta todo por una carta que le escribió el rey Católico poco antes de su partida de Nápoles, cuyo original se guarda en su colegio mayor de Alcalá de Henáres. Inquisidor general en la corona de Aragon era fray Juan de Enguerra, confesor del Rey. Con estos medios tan fáciles se sosegaron los ánimos de casi todos los grandes, y quedó tan llano lo de Castilla cuanto se podía desear. Una cosa dió mucho que murmurar á todo el reino y maravillarse. Esta fué

que impetró del Papa la iglesia de Santiago para don Alonso de Fonseca, mozo de pocas letras; y lo que era mas feo, por resignacion que en su favor hizo su mismo padre con título que se le dió á él de patriarca de Alejandria, negocio de muy mala sonada, que tal iglesia pasase de padre á hijo, especialmente bastardo, y novedad nunca oida. Verdad es que los servicios del padre fueron siempre muy grandes, y la revuelta de los tiempos, y que el mismo don Alonso, el mozo, acompañó al Rey en aquel viaje de Nápoles, pudieron excusar algun tanto este hecho, de que sin embargo toda la vida tuvo este Príncipe gran pesar. Mas ¿quién hay que no yerre en algo? ¿En algo digo, y no en muchas cosas? Restaba por allanar el duque de Najara y don Juan Manuel, y de nuevo el conde de Lemos, que los dias pasados se apoderó por fuerza en Galicia de la villa de Ponferrada, que era de la corona real, y de gran parte del marquesado de Villafranca; á lo cual todo, si bien pretendia tener derecho, era grande desacato proceder por via de hecho. Tratóse en Hornillos, do la Reina residia, de atajar este daño. Los del Consejo, el Arzobispo y otros grandes acordaron que el duque de Alba y conde de Benavente con gente fuesen contra el Conde. Hizose así, juntaron como dos mil lanzas y tres mil infantes para esto. El duque de Berganza dió muestra de querer acudir á socorrer al Conde, inducida por su hermano don Dionis, yerno del Conde, casado con su hija heredera; mas el rey de Portugal no dió lugar á ello. Trató empero con el arzobispo de Toledo que no se procediese por via de fuerza contra el Conde, sino que le diesen lugar para alegar de su derecho. En fin, el Conde se allanó, restituyó á Ponferrada y los lugares que tenia tomados del marquesado de Villafranca, porque con la nueva de la llegada del rey Católico á Valencia todos le desamparaban, y él mismo con el miedo, que es gran maestro, cayó en que iba por camino errado. Don Juan Manuel, caudillo de aquella su parcialidad, resuelto de partirse para Alemania y Flándes, do ya eran idos el de Vila y el de Vere y los demás flamencos, encomendaba el castillo de Búrgos al duque de Najara, y el de Jaen al conde de Cabra. Por este tiempo vino nueva al rey Católico que el alcaide de los Donceles, que residia en Mazalquivir, con cien caballos y tres mil infantes que llevó de España, los mas de los que vinieron de Nápoles, hizo una entrada muy larga en tierra de moros la via de Tremecen, y que al dar la vuelta con grande presa de ganados y cautivos no léjos de Orán fué roto por el rey de Tremecen, que salió en su seguimiento con grande morisma. Pelearon los nuestros muy bien, pero no pudieron contrastar á tanta muchedumbre; perdieron la presa toda, y las vidas los mas. El Alcaide con setenta de á caballo rompió por los enemigos, y se metió en Mazalquivir. De todos los demás solos cuatrocientos se salvaron por los piés, y otros tantos quedaron cautivos, que fué una pérdida muy grande. El Rey con la nueva desta rota envió desde Valencia algunas galeras y naos para socorrer á Mazalquivir, si fuese necesario. En Nápoles Diego García de Paredes dió en ser cosario por el mar, ejercicio soez. Lo mismo Diego de Aguayo y Melgarejo. Diego García pasó á

levantar, donde hizo grandes daños; los otros dos desde Iscla robaban lo que podian. Un valeroso soldado catalan, por nombre Michalot de Prats, que envió el Virey contra ellos, junto á Belveder, tierra del príncipe de Bisiñano, les tomó las fustas, y ellos se salvaron la tierra adentro. Apenas hizo esto el Michalot cuando por una sobrevienta muy brava se anegó con una carabela en que iba, sin poder ser socorrido, dado que estaba á vista de tierra, que fué un caso muy notable. Por este tiempo Alonso de Albuquerque, que fué el año pasado enviado en compañía de Tristan de Acuña á la India de Portugal para suceder en el cargo á Francisco de Almeida, antes de llegar á verse con él, sujetó la isla de Ormuz, una de las plazas mas importantes de aquellas partes, puesta á la boca del sino Pérsico, y aunque estéril y calurosa en extremo, sin agua, y tan pequeña que boja solas cuatro leguas, por la contratacion de levante á causa de dos puertos que tiene, muy rica y abundante en toda suerte de regalos y comodidades. En la costa de Africa á la parte del mar Océano los portugueses se apoderaron de Safin, ciudad grande y abundante, que fué otro tiempo del rey de Marruecos, y á la sazón tenia sus señores particulares.

CAPITULO X.

El rey Católico se vió con la Reina, su hija.

Quedó la reina doña Germana en Valencia con cargo de lugarteniente general, aunque en breve pasó á Castilla. El conde Pedro Navarro fué delante con la mayor parte de los soldados que venian en el armada la via de Almazan. Con tanto partió el Rey de aquella ciudad á los 11 de agosto. Salió al camino el arzobispo de Zaragoza, los duques de Medinaceli y de Albuquerque. Llegó á Montagudo, que es el primer pueblo de Castilla, un sábado, 21 de agosto. De allí pasó á Almazan y Aranda. Acudian por todo el camino á la hija grandes, prelados y señores para visitalle y hacello reverencia, los mas con deseo de recompensar con la presteza los deservicios pasados y con fingida alegría. La Reina estuvo hasta este tiempo en Hornillos con harta incomodidad sin querer salir de allí, dado que se quemó el techo de la iglesia; y fué necesario pasar el cuerpo del rey don Filipe, que en ella le tenian, á palacio. Pero con el aviso que tuvo de la venida del Rey, su padre, salió de aquel lugar, y fué á parar á Tórtoles, aldea que está no léjos de Aranda, de do se fué el Rey á Villavela, que está media legua de Tórtoles, do su hija le esperaba; y un sábado, 28 de agosto, oidas vísperas, fué á Tórtoles. Salieron al camino el Condestable y marqués de Villena con los otros grandes que asistian con la Reina; asimismo el arzobispo de Toledo y Nuncio apostólico con otros prelados. Llegó el Rey á su posada, en que le esperaba la Reina. El Rey se quitó el bonete, y la Reina el capirote que traia; echóse á los piés de su padre para besárselos, y él hincó la rodilla para levantalla. Despues que estuvieron un rato abrazados, entráronse en un aposento. Acabada la plática, la Reina se volvió á su palacio. Allí el otro dia la vió el Rey, y estuvieron juntos mas de dos horas. Entendióse por el semblante que mostró el Rey no la

halló tan falta como se pensaba, y que le encomendó todo el gobierno del reino. Vióse esto por el efecto, porque luego comenzó á dar órden en todo y proveer oficiales como le pareció. Estuvieron en aquel lugar siete días; los cuales pasados, se fueron á Santa María del Campo. Quisiera el Rey que en aquel lugar se diera el capelo al arzobispo de Toledo; la Reina no lo consintió, ca decía no era razon se hallase ella do se hiciesen alegrías y fiestas. Por esta causa se le dió en la iglesia de Mahamud; el pueblo era pequeño, la solemnidad fué grande. Intitulóse cardenal de España, dado que su título particular era de Santa Balbina. Hallábase en la corte en Santa María del Campo Andrea del Burgo, embajador por el César, hombre sagaz, atrevido y mañoso en tanto grado, que aun despues de la venida del rey Católico no cesaba de solicitar á muchos que se declarasen contra su gobierno. Mandóle el Rey despedir con color que llevase respuesta de lo que le fué encomendado. Envió en su compañía á Juan de Albion para que avisase al Emperador de su parte y de la Reina le pluguiese de enviar persona por embajador suyo, que tuviese buen fin y celo á la paz de aquellos reinos, que era lo que á todos convenia. Junto con esto trató de conformar entre sí al Condestable, Almirante y duque de Alba, y asegurarse dellos y de los otros grandes. Procuró otrosí sosegar las alteraciones del Andalucía, porque en Córdoba el marqués de Priego tomó las varas á los oficiales de don Diego Osorio, corregidor; en Ubeda los del bando de Molina desasosegaban la tierra con el favor que les diera el corregidor don Antonio Manrique, sobrino y parcial del duque de Najara; en Sevilla don Pedro Giron, hijo del conde de Ureña, por muerte del duque de Medina Sidonia don Juan, pretendia que no sucedia en aquel estado don Enrique, hijo del difunto, sino doña Mencía, su mujer. Dióse órden que los puertos de Vizcaya y de Galicia estuviesen muy seguros, y que de Galicia saliesen el conde de Lemos y don Hernando de Andrada, que tenían gran mano en aquella tierra. Lo mismo se hizo en los puertos de Cádiz, Gibraltar y Málaga; y aun para asegurarse de los moriscos les mandaron despoblar la tierra por espacio de dos leguas de la costa del mar del reino de Granada por cuanto se extiende desde Gibraltar hasta Almería, con intento que en aquella parte se heredasen y la poblasen cristianos viejos, dado que esto no se pudo ejecutar. Tenia en su poder don Juan Manuel las fortalezas de Búrgos, Jaen, Plasencia y Miravete; mandó el rey Católico que las rindiesen los alcaldes y se las entregasen. El de Búrgos, que se llamaba Francisco de Tamayo, dilataba la ejecucion y entreteníase con buenas palabras. Por esto el Rey acordó pasar adelante camino de Búrgos, y juntamente dió órden al conde Pedro Navarro que con la gente de guerra que traia y la artillería de Medina del Campo fuese á combatir aquella fortaleza. El Alcaide, sabida esta determinacion, sin esperar mas entregó la fuerza; lo mismo se hizo de las demás. Don Juan Manuel por la via de Navarra pasó en Francia con intento de irse á Alemania á valerse del Emperador. Restaba el duque de Najara; ¿con qué fuerzas, en cuya confianza, por qué medios pensaba sustentarse en Najara; do se hizo fuerte

y mandó juntar toda la gente que pudo? Estaba sin duda persuadido que el Emperador muy en breve seria en España con gente y traeria en su compañía al príncipe don Carlos. Por esta confianza, no solo no quiso jurar la cláusula del testamento de la reina doña Isabel tocante á la gobernacion de Castilla en las Cortes de Toro, sino de allí adelante no obedecia á los mandatos del Consejo real; y aun dió órden que en sus lugares no recibiesen los alcaldes de corte que iban á ejecutarlos. Hizo levas de gente en forma de alboroto, y aun se adelantó á publicar que tenia poderes del príncipe don Carlos, en cuya virtud se llamó virey, y como tal dió sus provisiones para que los corregidores ejerciesen la justicia en su nombre; señaladamente se hizo esto en Ubeda, en que era corregidor don Antonio Manrique, su sobrino. Para prevenir estos inconvenientes y otros mayores que podian resultar, partió el rey Católico de Santa María del Campo camino de Búrgos. Llegó á Arcos; desde allí envió, á los 23 de octubre, á Hernan, duque de Estrada, su maestresala, para que dijese al Duque de su parte le entregase sus fortalezas para asegurarse dél por aquel medio y para que no fuese necesario pasar á otros remedios mas ásperos. Excusóse el Duque de hacer lo que se le mandaba. El Rey, dejando á la Reina en Arcos, porque no queria ir á Búrgos, donde perdió su marido, pasó adelante con determinacion de proceder contra el Duque. Llegó el negocio á términos, que el conde Pedro Navarro tuvo órden de ir con su gente y la de las compañías de las guardas y artillería para ocupar todo el estado del Duque y prender su persona. Interpusiéronse los grandes, en particular el Condestable y duque de Alba que suplicaron al Rey templase aquel rigor; y el mismo Duque con este miedo se allanó á rendir las fortalezas de Navarrete, Treviño, Ocon, Rodecilla, Davahillo, Ribas y la tenencia de Valmaseda, castillo de la corona real que tenia en su poder. Todas se entregaron al duque de Alba y á las personas que él señaló por alcaldes para que las tuviesen en tercería. Con esto perdonó el Rey al Duque los yerros y enojos pasados, y aun no mucho despues hizo poco á poco entregar las fortalezas á don Antonio Manrique, conde de Treviño, hijo del Duque, con que se sosegaron aquellos nublados, que amenazaban alguna tempestad. Para mas obligar al duque de Alburquerque trató el Rey de casar á doña Juana de Aragon, hija del arzobispo de Zaragoza, con el hijo mayor del Duque, matrimonio que no se efectuó, y ella casó adelante con don Juan de Borgia, duque de Gandía.

CAPITULO XI.

De diversos matrimonios que se trataron.

Mostrábase el Emperador muy sentido contra el rey de Francia y el rey Católico. Quejábase del rey Católico que se apoderase del gobierno de Castilla tan absolutamente antes de concordarse con él. Decíase que para vengarse queria enviar como tres mil alemanes al reino de Nápoles para alterar los naturales y ayudar las inteligencias del cardenal de Aragon, que pretendia llevar á Nápoles al duque de Calabria, y para alzalle por Rey ayudarse de cualquiera que pudiese; y aun se tuvo

sospecha del Gran Capitan que ponía la mano en este negocio con intento de casar su hija mayor con el Duque, y que pretendía aceptar el cargo de capitán general de la Iglesia que le ofrecían con sesenta mil ducados de entretenimiento al año; pero estas eran sospechas; las demás, sea tramas, sea sospechas, salieron en vano á causa que el César se declaró en breve que quería romper la guerra por el ducado de Milan, y con todas sus fuerzas proseguía contra la señoría de Venecia; y el rey Católico puso mas diligencia en guardar al duque de Calabria que traía consigo en la corte. Juntamente para atajar inconvenientes mandó al conde de Ribagorza hiciese que el Cardenal se partiese de Nápoles para Roma. Del rey de Francia se tenía el César por agraviado por la ayuda que daba continuamente al duque de Güeldres, y la guerra que le dió por Borgoña al mismo tiempo que el rey Católico pasó en Italia; en que asimismo cargaba al rey Católico, y tuvo por muy sospechosas las vistas que los dos reyes tuvieron en Saona. Sobre todo sentía que el matrimonio entre el príncipe don Carlos y Claudia no se efectnase; antes por este mismo tiempo se trataba, y aun se concluyó que casase con el duque de Angulema, delfin de Francia, lo cual él procuró estorbar por medio del cardenal de Ruan. Para ello alegaba muchas razones. Hacía gran fundamento en la concordia que se asentó en Haguenau, donde se dió la investidura de Milan juntamente al Francés y al Archiduque en favor del matrimonio de sus hijos y para que ellos heredasen el estado; que si en lo del casamiento innovasen, la investidura quedaba por el mismo caso revocada. El rey Católico no mostraba hacer mucho caso deste matrimonio, á truco de asegurar la sucesión del reino de Nápoles en su nieto el príncipe don Carlos en recompensa de lo de Milan. Como el Francés no diese oídos á las quejas del Emperador, él volvió su pensamiento á casar el príncipe don Carlos con María, hija del rey de Inglaterra. Este tratado se llevó tan adelante, que quedó de todo punto concertado, hasta señalar el dote á la doncella de docientos y cincuenta mil escudos de oro, y el tiempo y lugar, cuándo y dónde se habían de celebrar las bodas. Sacóse por condicion que se pidiese el consentimiento al rey Católico y á la reina doña Juana; pero que todavía con él y sin él se hiciese. Deseaba el rey de Inglaterra que este matrimonio que le venia tan bien se efectuase; sin embargo, mucho mas atendía á ganar al rey Católico por el gran deseo que tenía de casar él mismo con la reina de Castilla, pretension por muchas razones muy fuera de camino y de orden. El rey Católico le entretenía con buenas esperanzas porque no se desbaratase el matrimonio que tenían concertado de su hija doña Catalina con el príncipe de Gales; mas el Inglés entretenía esto con maña con intento que aquella dilacion fuese como torcedor para que el suyo se efectuase, que era una maraña y una complicacion extraordinaria de humores, enfermedad muy comun de príncipes. La muerte, que muy en breve sobrevino al Inglés, cortó todas estas tramas. Muchos decían que el rey Católico pretendía casar á la reina doña Juana con su cuñado Gaston de Fox, y con sus fuerzas y las de su tío el rey de Francia ponelle

en posesion del reino de Navarra, á que pretendia tener derecho, como arriba queda tocado. Y por el mismo caso quería satisfacerse de los rey y reina de Navarra, que en todas las ocasiones mostraban la mala voluntad que le tenían, en que últimamente echaron el sello con despojar en su ausencia al conde de Lerin, sin tener respeto que era casado con su hermana y le tenía debajo de su amparo, tanto mas que no quisieron venir en lo que el Rey despues de su vuelta les rogaba, es á saber, que volviesen su estado al conde de Lerin con seguridad que estaria á justicia con ellos y pasaria por la pena en que fuese por los jueces condenado. Era ya llegado á la corte del Emperador don Juan Manuel; no alcanzó empero el lugar y crédito que antes tenía para en las cosas de Castilla; que á los caídos todos les faltan, y las desgracias comunmente van eslabonadas unas de otras. Como se vió desvalido, trató de tornarse á España. Para esto envió á pedir al rey Católico una de dos, ó que le volviese lo suyo y tratase como quien él era, ó que le diese licencia para irse con su mujer y hijos á Portugal; y donde no, que no podria dejar de hacer como desesperado las ofensas que pudiese. No se proveyó en lo que pedía, y quedó desterrado de Castilla, y aunque desfavorecido, con mas mano por su grande agudeza y maña de lo que fuera razon para sembrar entre aquellos príncipes disensiones y no dar lugar á que se concordasen, especial que se entendia del cardenal don Bernardino de Carvajal, legado á la sazón del Papa en la corte del Emperador, que él asimismo no terciaba bien en los negocios, sospecha fundada en la inquietud de su ingenio, y poca aficion que sus deudos en estas ocasiones mostraban al servicio y gobierno del rey Católico. Llegó esto á tanto, que el Rey trató con el Papa le removiese de aquella legacia y hiciese volver á la corte romana, como al fin lo alcanzó.

CAPITULO XII.

Tratóse que el príncipe don Carlos viniese á España.

Declaróse el Emperador que los aparejos que hacía se enderezaban no para emprender lo del reino de Nápoles, como se sospechaba y decia, sino para romper la guerra contra el rey de Francia por el estado de Milan, dado que por parte del rey Católico y del Papa se hacía instancia para que se asentase la paz entre aquellos príncipes, por lo menos se concertasen treguas; en que el Emperador no venia sino con partidos muy aventajados y que no se admitían. Para el gobierno de Flándes, que tenía á su cargo, dejó á la princesa Margarita, su hija. Púsose en camino para pasar en Italia por el mes de enero, principio del año que se contaba de nuestra salvacion de 1508, y por el mes de hebrero llegó á Trento. En aquella ciudad, hecha cierta ceremonia que suelen allí hacer los reyes de romanos cuando se van á coronar, se intituló electo emperador, ca hasta este tiempo solo se intitulaba rey de romanos. Llevaba por su general al marqués de Brandemburg. La gente que con él iba era tan poca, que poco efecto se podía della esperar. Así en muy breve se desbarató todo el campo. Comenzóse la guerra por el valle de Cadoro, que era de venecianos. El Emperador tuvo aviso que

cinco mil suizos pasaban al sueldo del rey de Francia. Para impedir esto dió la vuelta á Suevia, do se tenía dieta de la liga de Suevia, y sin hacer nada acudió luego á Lucemburg, porque sabia que el rey de Francia enviaba gente por aquella parte; vergonzosa variedad en príncipe tan grande, que era la causa de no acabar cosa alguna. Con su ida la mayor parte de los alemanes que quedaba en Cadoro se derramaron, y dos mil que restaban, fueron desbaratados y muertos por la gente de venecianos, que cargó un día sobre ellos antes del alba. De muy diferente manera encaminaba sus acciones el rey Católico; no obstante que estaba muy arraigado en la posesion del gobierno de Castilla, no se descuidaba, como el que sabia muy bien las mudanzas que suelen tener las cosas, además que muchos obstinados en su opinion antigua deseaban novedades. Entre estos se señalaban mucho los obispos el de Badajoz, que se llamaba don Alonso Manrique, hijo del maestre de Santiago don Rodrigo Manrique, y el de Catania, hermano de Pero Nuñez de Guzman, clavero de Calatrava, los cuales despues que se declararon por el rey don Filipe, nunca tuvieron aficion al rey Católico, conforme al refran: Despues que te erré, nunca bien te quise. Por el mismo caso no tenían esperanza de medrar en tanto que el gobierno no se mudase. El Papa á petición del Rey cometió al arzobispo de Toledo y obispo de Búrgos procediesen contra estos dos prelados. El de Badajoz se quiso huir á Flándes; prendiéndole cerca de Santander por orden del Rey Francisco de Lujan, corregidor de las cuatro villas de la costa en la merindad de Trasmiera. Estuvo algun tiempo detenido en la fortaleza de Atienza, despues fué remitido al arzobispo de Toledo conforme al orden del Papa. Hacia oficio de embajador por el rey Católico en Alemaña el obispo de Girachi don Jaime de Conchillos, y conforme al orden que tenia, hacia grande instancia con el Emperador que enviase al príncipe don Carlos á España para que se criase en ella y aprendiese las costumbres de aquella nacion, que era el verdadero camino para asegurar la sucesion en aquellos reinos tan grandes. Que en los dias del rey Católico no corría peligro; mas si Dios le llevase, ausente el Príncipe, nadie podia asegurar que los grandes no acudiesen al infante don Fernando que conocian, y que revuelto lo de España, no se perdiese lo de Italia. Prevenia el rey Católico con su grande seso los inconvenientes que despues resultaron por no conformarse con él en esto el Emperador, que nunca quiso dar lugar que el Príncipe viniese á España si no fuese que le diese á él parte en el gobierno y en las rentas del reino, con que pensaba remediar su pobreza y acudir á sus empresas, que eran muchas y sobrepujaban su posibilidad. Para esto, entre otras cosas, pretendió que mil y quinientos soldados, que por orden del rey Católico servian al de Francia, se pasasen á su servicio; pero el rey Católico envió á Alonso de Omedes para que sosegasen y no hiciesen alguna novedad. Obedecieron ellos no obstante que el marqués de Brandemburg los declaró por rebeldes como si fueran vasallos del Emperador. Todo esto se enderezaba á la pretension que tenia del gobierno de Castilla. Encóntráronse los negocios de nuevo por causa que el rey

Católico no quiso que Andrea del Burgo, que volvia con cargo de Embajador, entrase en España, desvió que el Emperador tomó muy mal. Por este mismo tiempo el rey de Portugal don Manuel con gran gloria de su nacion extendia su fama por todas las partes de levante; continuaba su navegacion con las armadas que cada año enviaba, y sus capitanes no cesaban de ganar cada dia nuevas victorias por aquellas partes tan distantes. Los reyes de Calicut y Cambaya eran los mayores contrarios que los portugueses tenían por aquellas tierras, y por consiguiente declarados enemigos del rey de Cochín y otros reyes pequeños que los acogian en sus puertos y contrataban con ellos.

CAPITULO XIII.

Que el rey Católico fué al Andalucía.

Los grandes del Andalucía mostraban estar sentidos del rey Católico por el poco caso que dellos hacia, con ser no menos poderosos en aquella provincia que los otros grandes en Castilla, á los cuales gratificó y hizo mercedes para asegurar su venida. Los que mas se señalaban en este sentimiento eran el marqués de Priego don Pero Fernandez de Córdoba y el conde de Cabra. Sucedió que por cierto ruido que en Córdoba se levantó, la justicia prendió á uno de los culpados. Acudieron ciertos criados del obispo don Juan de Aza, y con violencia y mano armada quitaron el preso á los oficiales reales. El rey Católico desde Búrgos, donde estaba, envió al licenciado Hernan Gomez de Herrera, alcalde de corte, con gente para hacer pesquisa y castigar aquella fuerza. Comenzó á hacer su oficio segun el orden que llevaba. El marqués de Priego le envió á decir que no pasase mas adelante, y que hasta tanto que el Rey fuese avisado, se saliese de la ciudad. El Alcalde no lo quiso hacer, antes de parte del Rey y conforme á la instruccion que llevaba, mandó al Marqués y á su hermano que desembarazasen y se saliesen de Córdoba. Tuvo esto el Marqués por grande injuria; juntó gente armada, comunicó el negocio con el ayuntamiento de la ciudad, resolvióse de poner mano en el Alcalde y envialle preso á su fortaleza de Montilla, bien que despues le soltó con mandamiento y debajo de condicion que no entrase en Córdoba. Este desacato, que sucedió á los 14 del mes de junio, sintió el Rey mucho, como era razon, por ser tiempo tan peligroso. Determinó ir en persona á tomar emienda dél. Salió de Búrgos por fin del mes de julio, pasó por Arcos, do la Reina vivía. Entonces sacó de su poder al infante don Fernando para llevarle en su compañía con color que convenia así para su salud, puesto que la Reina lo sintió mucho. Detúvose algunos dias en Valladolid. Allí dió orden para seguridad de la Reina que don Juan de Ribera, frontero de Navarra, se alojase con sus compañías cerca de Arcos, y que en cualquiera necesidad hiciese recurso al Condestable ó Almirante ó al duque de Alba, que quedaban por aquella comarca. Hizo llamamiento de gente para que le acompañasen, y publicó iba en persona á castigar aquel desacato, que era en ofensa de la justicia y podia perturbar la paz y sosiego del reino. En conformidad desto, en Sevilla el asistente don Iñigo de Velasco hizo pregonar que todos

los de sesenta años abajo y veinte arriba estuviesen apercebidos para cuando se les ordenase ir con el Rey ó con quien él mandase á castigar al Marqués. El Gran Capitan; luego que supo aquel caso, escribió al Marqués estas palabras precisas: «Sobrino, sobre el yerro pasado, lo que os puedo decir es que conviene que á la hora os vengais á poner en poder del Rey; y si así lo haceis, seréis castigado, y si no, os perderéis.» Determinaba el Marqués de hacer lo que su tío le aconsejaba. Los grandes procuraban de amansar la ira del Rey como negocio que á todos tocaba; y en particular el Gran Capitan se agraviaba que se hiciese tan fuerte demostracion contra el Marqués, que si erró, ya estaba arrepentido, y en señal desto se venia á poner en sus manos; que era razon perdonar la liviandad de un mozo por los servicios de su padro don Alonso de Aguilar, que murió por hacer el deber, ya que los suyos estuviesen olvidados. El Rey iba muy resuelto de no dar lugar á ruegos. El Marqués, sabida la resolucion del Rey y que no tenia otro remedio, al tiempo que llegaba á Toledo, se vino á poner en sus manos. Mandóle estuviere á cinco leguas de la corte y entregase sus fortalezas. Obedeció en todo lo que le fué mandado. Llegaron á Córdoba con el Rey mil lanzas y tres mil peones. Prendieron al Marqués; acusóle el fiscal de haber cometido el crimen de lesa majestad. El Marqués no quiso responder á la acusacion ni descargarse; solo suplicaba al Rey se acordase de los servicios que sus pasados hicieron á aquella corona. Sustancióse el proceso, y llegóse á sentencia. Algunos caballeros que hallaron mas culpados fueron condenados á muerte; otros del pueblo justiciados. Derribaron las casas de don Alonso de Carramo y las de Bernardino de Bocanegra, que se hallaron en la prision del Alcalde. Al Marqués sentenciaron en destierro perpetuo de la ciudad de Córdoba y toda su tierra, y del Andalucía quanto fuese la voluntad del Rey, en cuyo poder estuviesen sus fortalezas y castillos, fuera de la casa fuerte que tenia en Montilla, que mandaron allanar. Desta sentencia tan rigurosa se agravió el Gran Capitan; decia que todo lo que el Marqués tenia estaba fundado en la sangre de los muertos sin los méritos de los vivos. Mucho mas al descubierto el Condestable se mostraba sentido por muchas razones: las dos mas principales, que nunca á los grandes se puso acusacion, ni los del Consejo real castigaron sus delitos, y que pues á su persuasion el Marqués se puso en las manos del Rey, él mismo se tenia por castigado. Estuvo tan sentido deste caso, que se quiso salir del reino, y se temió no se apartase por esta causa del servicio del rey Católico, de que resultasen nuevos bullicios y males. De Córdoba envió el rey á don Enrique de Toledo y al licenciado Hernando Tello á dar la obediencia en nombre de la Reina, su hija, al Papa. Entonces se revocó la legacia al cardenal don Bernardino de Carvajal, de quien se tenia sospecha inclinaba á la parte del Emperador. En Nápoles, á 13 de setiembre, falleció la reina de Hungría en tanta pobreza, que el virey hobo de proveer cómo se le hiciesen las exequias. Enterróse en San Pedro Mártir de aquella ciudad, en que yace el cuerpo de su madre. Pasó el Rey á Sevilla; fué allí recibido con grande fiesta y aparato, arcos triunfales y

toda muestra de alegría. Llevaba en su compañía á la Reina, su mujer, y al infante don Fernando. El duque de Medina Sidonia don Enrique era de poca edad. Dejóle concertado su padre con doña María Giron, y por su tutor á don Pedro Giron, hermano de aquella señora y hijo mayor del conde de Ureña, y que tenia por mujer á doña Mencía, hermana de padre y madre del duque don Enrique. Era este caballero muy brioso y de gran punto. Tenia la tierra alborotada, y aun intentó do acudir con gente á la defensa del marqués de Priego. Para aplacar al Rey al tiempo que iba camino del Andalucía y se detuvo en Valladolid, su padre el Conde ofreció que se le entregarían las principales fuerzas de aquel estado del Duque, y el Condestable se obligó por el Duque, su sobrino, que se mantendria en su servicio. Con todo esto el Duque y don Pedro no acudieron á hacer la reverencia debida al Rey, antes se tenian en Medina Sidonia, y aunque fueron avisados, no vinieron sino con grande premia. Mandó el Rey privar á don Pedro de aquella tutoria y que saliese desterrado de Sevilla y de todo el estado de Medina Sidonia, y al Duque mandó entregase sus fortalezas. Huyéronse los dos una noche á Portugal agraviados deste mandato, especial que se entendia del Rey pretendia casar al Duque con hija del arzobispo de Zaragoza. Mandó el Rey á los alcaides entregasen todas las fortalezas. El de Niebla y el de Trigueros no quisieron obedecer; al alcalde Mercado, que fué á requerir que los diesen, cerraron las puertas de Niebla. Indignado el Rey, envió gente, que tomó la villa á escala vista, y la saqueó toda. Con este término tan riguroso todas las fortalezas y estados se allanaron, cuyo gobierno se cometió al arzobispo de Sevilla y á otros caballeros, y se dió orden á los del Consejo que procediesen contra don Pedro Giron. Deste rigor se agraviaron los grandes, en especial el Condestable, que escribió una carta muy sentida al Rey sobre el caso; pero él tenia determinado de allanar el orgullo de los grandes y amansar sus brios. Ayudaba el arzobispo de Toledo, que se quedó en Tordesillas, el cual dijo diversas veces al Rey que debia continuar aquel camino y hollalle bien, pues era el que convenia para asegurarlo y sosegar la tierra.

CAPITULO XIV.

De las cosas de Africa.

Detúvose el rey Católico todo el otoño en dar asiento en las cosas del Andalucía. Desde allí daba calor á la guerra que se hacia en Africa y enviaba ayuda á los portugueses, que estuvieron en aquellas partes muy apretados. Súpose que el reino de Fez andaba alborotado por disensiones que resultaron entre aquel rey Moro y dos hermanos suyos. Pareció buena ocasion para acometer alguna buena empresa en Africa. Juntóse una buena armada en el puerto de Málaga. Las fustas de Vélez de la Gomera hicieron á la sazón mucho daño por la costa de Granada, como lo tenian de costumbre. Salió el conde Pedro Navarro, general de nuestra armada, en su alcance. Ganóles algunas fustas; dió caza y corrió las demás hasta llegar á la isla que está en frente de Vélez, acogida ordinaria de cosarios. La forta-

leza de aquella isla, que llamaban el Peñon, guardaban doscientos moros. Estos, por entender que el Conde quería saltar en tierra y combatir á Vélez, por acudir á la defensa de la ciudad, desampararon la isla. Vista esta ocasion, el Conde se apoderó sin dificultad de aquel castillo, que sojuzga aquel puerto y toda la ciudad, de manera tal, que con la artillería se les hizo gran daño, tanto, que los moros por estar seguros se metian en las cuevas y soterraños. Fué esto en 23 del mes de julio. Túvose por muy importante la toma del Peñon, y dióse orden que se fortificase y pusiese en defensa con su guarnicion de soldados. Los portugueses hacian en la misma Africa la guerra por las costas del otro mar Océano. Ofrecia un moro, llamado Zeiam, primo del rey de Fez, que daria orden cómo tomasen á Azamor, ciudad muy nombrada en aquellas marinas. El rey don Manuel, confiado en que trataba verdad, juntó una armada en que iban cuatrocientos de á caballo y mas de dos mil infantes; nombró por general á don Juan de Meneses, por ser muy diestro en la guerra contra moros. Partió la armada de Lisboa á los 26 del mismo mes; hallaron las cosas muy al contrario de lo que pensaban, porque los de la ciudad, que eran muchos, se defendieron muy bien, y el moro Zeiam se concertó con ellos, con que los portugueses se vieron en punto de perderse, y sin hacer efecto se volvieron á embarcar. El tiempo era contrario, y la luna menguante, que fué causa de dar en seco algunos bajeles y una galera por ser la creciente pequeña. Con las demás naves aportaron al Estrecho. Este daño fué causa de un gran bien, y pareció providencia del cielo, porque el rey de Fez, quier fuese por satisfacerse deste atrevimiento de los portugueses, quier por ganar reputacion, con gran gente que juntó de á pié y de á caballo, se puso sobre la ciudad de Arzilla un jueves, á 19 de octubre. Tenia dentro por capitán á don Vasco Coutiño, conde de Borua. Defendióse el primer dia con mucho esfuerzo; mas el siguiente los moros aporillaron el muro y entraron la ciudad por fuerza. El Conde, puesto que peleó como bueno, fué herido de una saeta en un brazo. Por esto le fué forzoso retirarse con todos los que pudo á la fortaleza, que no estaba bien proveida. Combatieron el castillo y mináronle por todas partes. Túvose aviso deste aprieto en Tanager, donde se hallaba don Juan de Meneses, y en Sevilla do el rey Católico. Don Juan de Meneses acudió con su armada. Peleó dos dias con los enemigos, que halló ya apoderados de un baluarte del castillo; y echados de allí, socorrió á los cercados, que se hallaban en el último aprieto. El rey Católico dió orden al conde Pedro Navarro que desde Gibraltar, do tenia surta la armada, fuese á socorrer á Arzilla. Adelantóse Ramiro de Guzman, corregidor de Jerez, con una nave, en que llevaba trecientos peones y algunos caballeros de aquella ciudad. Entraron en el castillo don Juan de Meneses y Ramiro de Guzman. Con esto animados los de dentro, no solo se defendieron, sino salieron fuera y echaron los moros de las barreras y cavas. Asegurólo todo la llegada del conde Pedro Navarro, que fué á los 30 de octubre; con la artillería de galeras dió tanta priesa al campo enemigo, que tenia sus estancias á la marina, que forzó á los moros á desamparallas, y al rey de Fez, quemado el pueblo, retirarse

con su gente la via de Alcazarquivir. Fué esta defensa de Arzilla de grande importancia para la conservacion de las fuerzas de Africa. En Tanager estaba don Duarte de Meneses, que tenia aquella fuerza en nombre de su padre don Juan de Meneses, conde de Taroca, y don Rodrigo de Sosa en Alcázar, ambos con grande miedo de no poderse defender si Arzilla se perdia. El rey don Manuel, alegre con esta buena nueva, envió á Pedro Navarro en reconocimiento de su trabajo y valor seis mil cruzados; lo mismo al corregidor de Jerez. Ellos se excusaron de recibir estos presentes con decir que servian al rey Católico, y no querian otra gratificacion mas de la que de su liberalidad esperaban. Al rey Católico, dado que dió las gracias por el socorro que le envió en tan buena sazon y con tanta voluntad, todavía se mostró estar agraviado de la toma del Peñon, que decia era de su conquista como perteneciente al reino de Fez. El rey Católico se excusaba con que Vélez era reino de por sí, y que en mantener el Peñon por entonces no se sacaba otro provecho sino gasto y asegurar las costas de Granada; y todavía si se averiguase pertenecer al reino de Fez, se allanaba de entregalle aquella fuerza cada y cuando que pretendiese por aquella parte emprender la conquista de Africa. Por el mes de noviembre falleció el conde de Lerin en Aranda de Jarque, pueblo de Aragon, aunque cargado de años; la mayor ocasion de su muerte fué el poco favor que halló en el rey Católico. Quedó por su heredero don Luis de Biamonte, su hijo.

CAPITULO XV.

De la liga que se hizo en Cambray.

Partió el rey Católico de Sevilla en lo mas recio del invierno, y dió vuelta á Castilla por dos causas, la una que don Pedro, hermano de don Diego de Guevara, que estaba en Alemania en servicio del Emperador, viniendo de Alemaña para entrar en Castilla por la parte de Vizcaya en hábito de lacayo, fué preso en Pancorvo, y puesto á cuestion de tormento en Simancas, donde lo llevaron. Por cuya deposicion se entendió que muchos grandes de Castilla traian inteligencias con el Emperador, los mas señalados el Gran Capitan, el duque de Najara y el conde de Ureña; la segunda causa era que el duque del Infantado y otros grandes se confederaban contra su servicio, y lo que mas importaba, que el cardenal de España sabia aquellas prácticas y aun intervenia en ellas; pero de tal manera, que ni bien soplabá el fuego, ni bien le apagaba. Lo que causaba mas sospecha era ver al Gran Capitan y al Condestable muy confederados y unidos por tenerse ambos por agraviados y ser personas de gran punto y muy altos pensamientos. Ayudó mucho para con el duque del Infantado y toda aquella parentela, que era muy grande, la prudencia del conde de Tendilla, que les avisó del malo y peligroso camino que llevaban y cómo muchos se perdieron y muy pocos medraron de los que echaron por él. A los demás aplacó el rey Católico con su buena maña, ya con miedo, ya con regalos y buenas obras. En particular luego que llegó por Extremadura á Salamanca, se acabó de concertar con el marqués de Villena, ca en recompensa de Villena y de Almansa, de-

más de lo que valian de renta, le dió á Tolox y Monda en el reino de Granada, con que el Marqués mostró quedar muy contento. El Emperador trataba de concordar las diferencias que tenia con el rey de Francia; entendíase que su intento era apartalle de la amistad del rey Católico por confiar que por este camino se satisfaría mejor de los agravios que dél tenia recibidos, en particular por no querer admitir á Andrea del Burgo por embajador, y mucho mas por la prision de don Pedro de Guevara. Tenia tratado que la princesa Margarita, en nombre de su padre, y el cardenal de Ruan, en nombre del Papa y del rey de Francia, se viesen para asentar todas estas haciendas. Acordaron que la junta fuese en Cambray; acudieron asimismo Jaime de Albion, embajador por el rey Católico en Francia, y dado que la intencion era de concordarse el Emperador y rey de Francia, y excluir al rey Católico desta alianza, de parte del Papa se hizo grande instancia, y se acabó lo que diversas veces platicaron, que los tres príncipes se confederasen con él contra venecianos para efecto que cada cual de los confederados recobrase las tierras que aquella señoría les tenia usurpadas. Añadían que el que primero recobrase su parte ayudase á los demás á conquistar lo que les tocaba. Que el rey de Francia y el Emperador hiciesen la guerra personalmente. Para dar principio á esta guerra señalaron el primero día de abril del año siguiente. Ofrecia el Emperador de dar para entonces al Francés la investidura de Milan á condicion que le contase por ella cien mil escudos y que le ayudase á recobrar las tierras que los venecianos le tenían usurpadas, sin que por esto quedase el Emperador obligado á ayudalle para recobrar las que le pertenecian por el ducado de Milan. Item, para que las diferencias entre el César y el rey Católico no fuesen parte para impedir esta empresa, se acordó que desde luego se señalasen árbitros que las determinasen amigablemente despues que la guerra contra venecianos fuese concluida. Determinóse que convidasen al duque de Saboya para entrar en esta liga por la pretension que tenia al reino de Chipre, de que venecianos estaban apoderados. Lo mismo al duque de Ferrara y marqués de Mantua, que pretendian ser suyas algunas tierras de aquella señoría. Lo que es mas, que los reyes de Francia y el Católico, en cuyas manos los pisanos y florentines tenían puestas sus diferencias, entregaron la ciudad de Pisa en poder de sus enemigos los florentines con voz que convenia así para la paz de Italia; la verdad era que pretendian ayudarse de Florencia contra venecianos, y de cien mil ducados con que ofreció servir, si le adjudicasen aquella ciudad; que era vender por muy vil precio la libertad de aquella república que hizo dellos confianza: cosa vergonzosa y indigna de tan grandes príncipes, en que quedó mas cargado el rey Católico y su buen nombre, por tener á los pisanos debajo de su proteccion y amparo. Pero ¿quién hay que no yerre, y mas en materia de estado, donde se pervierten á veces todas las reglas de lealtad y buenos respetos? Asentóse esta concordia á los 10 dias de diciembre deste año; la princesa Margarita desde allí se partió para la Francia Conté á tomar posesion de algunos lugares que, conforme al asiento tomado y

capitulaciones dél, quedó el Francés de entregar á los duques de Borgoña. Falleció este mismo mes de diciembre en Nápoles Roberto de Sanseverino, príncipe de Salerno. Dejó un niño muy pequeño, que se llamó don Fernando, heredero de aquella casa, y del odio que siempre ella tuvo á la corona de Aragon, como se vió adelante, que fué causa de su perdicion. Su madre doña Marina de Aragon, hermana de don Alonso de Aragon, duque de Villahermosa, casó poco adelante con el señor de Pomblin con voluntad del rey Católico su tio, que confirmó y juró los capitulos de la concordia sobredicha en Valladolid al principio del año siguiente, en presencia del nuncio del Papa y de los embajadores del Emperador y de Francia.

CAPITULO XVI.

De la armada que el Soldan envió á la India de Portugal.

Grande era el deseo que el gran soldan del Cairo, llamado Campson, tenia de echar de toda la India los portugueses. Movíale á ello los reyes de Calicut y Cambaya, que ofrecian de ayudalle con sus fuerzas en aquella empresa, y aun los venecianos entraban á la parte, como queda apuntado. Lo que hacia mas al caso era el sentimiento que tenia de que divirtiesen los portugueses el trato de la especería, que solia venir á Alejandría con gran aprovechamiento de las rentas reales. Intentó de remediar este daño por via del Papa, y para esto envió al guardían de Jerusalem, llamado fray Mauro, como queda dicho. Visto que este medio no aprovechó, acordó de usar de fuerza. Aprestó una armada en el Suez, puerto del mar Bermejo, en que iban en seis galeras, un galeon y cuatro carracas ochocientos mamelucos. Así llamaban los soldados que eran hijos de cristianos, en los cuales consistian las fuerzas de aquel imperio. Nombró por general á Mirocem, caudillo de grande fama, persiano de nacion. Este salió con su armada de la boca del mar Rojo, y se engolfó en aquellos muy anchos mares de la India. Francisco de Almeida, gobernador de la India, enviara á su hijo Lorenzo de Almeida con ocho velas para asegurar aquellas costas y acompañar por alguna distancia las naves que de Cochín iban cargadas á Portugal. En este viaje quemó muchas naves de moros en diversos puertos, y últimamente estaba surto en el puerto de Chaul cuando llegó la nueva que la armada del Soldan venia en su busca, con la cual se juntó Meliquiazio, gobernador de Diu por el rey de Cambaya, con treinta y cuatro fustas. Los portugueses antes que descubriesen las fustas por ir tierra á tierra, vieron solas cinco naves. No hicieron diligencia alguna por entender eran de Alonso de Alburquerque que le aguardaban. Llegaron los enemigos, y entraron dentro del puerto parte de la armada. Bombardedronse aquel dia de lejos sin pasar adelante. Otro dia Lorenzo de Almeida acometió á la capitana de Mirocem, pero no la pudo aferrar por ser aguas menguantes y por los bajos en que el enemigo surgió. Recibian los suyos mucho daño por ser la nave contraria mas alta; él mismo fué malamente herido con dos saetas. Verdad es que Pelayo Sosa y Diego Perez, cada cual con su galera, acometieron á sendas de

los enemigos y las rindieron y tomaron. Con esto se acabó la pelea de aquel día. El siguiente entró Meliquiazio en el puerto, ca se quedó de fuera con sus fustas. Por su entrada acordaron los portugueses dejar el puerto y salirse al mar. Con esta determinacion, pasada la media noche, alzaron las velas; tuvieron aviso desto los contrarios, siguiéronlos á toda furia. Cargaron muchas galeras sobre la nave capitana, que iba la postrera. Maltratáronla con los tiros de manera, que hacia mucha agua y no se podia gobernar. El mayor daño fué que en cierto bajo encalló. Las demás galeras pretendian acorrella; mas las aguas bajaban con tanta furia, que no fué posible llegar. Los enemigos, por no atreverse á entrar dentro, desde léjos la cañoneaban. Resistian los pocos que quedaban con gran valor, cuando una bala hirió á Lorenzo de Almeida en el muslo, y otra desde á poco le dió en los pechos, que le hizo pedazos. Con esto la nave fué tomada, y en ella de cien personas que iban, las ochenta fueron muertas, y solos veinte quedaron presos. Los demás, perdida la capitana, se alargaron al mar, y desde el puerto de Cananor, en que se recogieron, enviaron á Cochín á avisar al Gobernador de aquel desastre tan grande, que llevó él con grande paciencia, tanto mas cuando entendió el valor que su hijo mostró en aquel trance, que pudiéndose salvar en un esquife, como se lo aconsejaban, no quiso desamparar su nave y sus soldados, sino morir como bueno en la demanda. Dióse esta batalla naval al fin deste año. El Gobernador acudió á Cananor; lo mismo hizo Alonso de Alburquerque, el cual luego que llegó, pretendia conforme al orden del Rey de tomar el cargo de gobernador. Francisco de Almeida se le queria dejar luego que la armada del Soldan fuese echada de la India, y no antes. Llegaron á palabras, y sobre el caso resultó que Francisco de Almeida envió á Alonso de Alburquerque preso á Cochín. Hecho esto, juntó la mayor armada que pudo, determinado de vengar la muerte de su hijo. Entró de camino en el puerto de Onor, donde quemó algunas naves del rey de Calicut; mas adelante en el puerto de Dabul tomó y saqueó la ciudad, y puso fuego á muchas naves que allí halló. Deste puerto salió á los 5 de enero, principio del año que se contaba 1509, la vuelta de Diu, ciudad y puerto que se contaba 1509, la vuelta de Diu, ciudad y puerto de Cambaya, do surgia la armada enemiga. Mirocem, avisado de la venida de Almeida, salió del puerto al mar para dar allí la batalla, pero de manera que se quedó entre bajíos por ser sus bajeles mas llanos que los nuestros, y por las espaldas la ciudad para ayudarse de su artillería. Tenia á la sazón tres carracas, tres galeones, seis galeras y cuatro naves de Cambaya, sin las fustas de Meliquiazio. Almeida llevaba por todas entre galeras, carabelas y naves diez y nueve velas, y en ellas mil y treientos portugueses y cuatrocientos malabares. Llegaron las dos armadas y acercáronse á tiro de cañón. No pudieron aquel día venir á las manos por falta de viento, que calmó, y por la noche, que sobrevino. El día siguiente volvieron á la pelea. Nuño Vasco Pereira iba delante para embestir con su nave á la capitana de Mirocem; tras él los otros capitanes por su orden. Quedó Almeida de respeto para impedir que las fustas no hiciesen en los suyos algun daño. Con esto orden se

trabó la pelea con grande ánimo. La victoria, que fué muy dudosa, en fin quedó por los portugueses. Murieron de los enemigos cuatro mil, y entre ellos, de los ochocientos mamelucos que iban en aquella armada, quedaron vivos solos veinte y dos. Echaron á fondo los nuestros tres naves gruesas, sin otro gran número de bajeles pequeños de los enemigos. Tomaron dos galeones, dos galeras y otras cuatro naves gruesas. Salváronse los capitanes Mirocem y Meliquiazio. De los nuestros murieron treinta y dos; los heridos llegaron á trecientos. Victoria señalada y que se puede comparar con cualquiera de las que en la India se ganaron. Con tanto Almeida se volvió á Cochín. Continuábase la diferencia entre él y Alonso de Alburquerque y los parciales de la una parte y de la otra. Los escándalos que desta competencia pudieran resultar atajó Fernando Coutiño, que este año de Lisboa en una armada de quince naos pasó á la India con orden de enviar á Almeida á Portugal y poner en el cargo de virey á Alonso de Alburquerque, segun que estaba ordenado. Hizolo así, y con tanto aquellas alteraciones se sosogaron. El rey Católico de Salamanca pasó á Valladolid y á Arcos, do halló la Reina, su hija, mal acomodada y con poca seguridad, por ser el lugar pequeño y el aposento tan malo, que el diciembre pasado adoleció de frio. Fué mucho de considerar el gran respeto que siempre tuvo á su padre, pues solo él pudo acabar que mudase lugar y vestido. Llevóla por el mes de febrero á Tordesillas, y en su compañía el cuerpo de su marido, que tomaron de la iglesia en que le tenían, y los años adelante por orden del emperador don Carlos, su hijo, le llevaron á sepultar á la capilla-real de Granada. La Reina pasó en aquella villa todos los dias de su vida, sin que jamás alojase su indisposicion ni quisiese en tiempo alguno poner la mano en el gobierno de sus reinos, que de derecho le pertenecia, y con que todos la convidaban.

CAPITULO XVII.

De la muerte del rey de Inglaterra.

Tal era el estado de la reina doña Juana, que mas se podia contar por muerta que por viva, mas por sierva en su traje y acciones que por reina. La suerte de sus dos hermanas era muy diferente. La reina de Portugal gozaba de mucho regalo y contento rodeada de hijos y abundante en riquezas y prosperidad, y aun este año en Eborá parió un hijo, que se llamó don Alonso, y fué Cardenal, pero falleció mozo. La princesa de Gales, que se hallaba en Inglaterra, ni viuda del todo ni casada, pasaba con grande ánimo muchos disfavores y malos tratamientos que se le hacian de ordinario por el Rey, su suegro, que pensaba por este camino pover en necesidad á su padre para que se efectuasen los casamientos suyos y de su hija, cuya conclusion él mucho deseaba: mal término y indigno de la grandeza real. Pasó la Princesa todos estos desvíos con gran valor como la que entre sus hermanas en presencia y costumbres mas semejava á la Reina, su madre. Atajó por entonces estos desgustos la muerte que sobrevino al rey de Inglaterra un sábado, á 21 de abril. Con esto poco adelante se concluyó y celebró el matrimonio que tenían concer-

espacio de ciento y cuarenta millas, y está en frente de Cartagena. Solía ser uno de los principales mercados de aquellas costas por el gran concurso de mercaderes de guineos y catalanes que acudían á aquella ciudad. La riqueza era tan grande, que de ordinario sustentaban armada de fustas y bergantines, con que hacían grandes daños en las costas de Andalucía. Llegaron los nuestros al puerto ya de noche; otro día al alba comenzaron á desembarcar; en esto y en ordepar la gente se gastaron muchas horas. Formaron cuatro escuadrones cuadrados de cada dos mil y quinientos hombres y los caballos por los lados. Entre tanto que esto se hacía, el Cardenal se entró en la iglesia de Mazalquivir. Al tiempo que los escuadrones estaban para acometer á los moros que acudieron á tomarles el paso para la ciudad é impedirles que no subiesen á la sierra, salió en una mula muy acompañado de clérigos y frailes, y por guion un fray Hernando, religioso de San Francisco, que llevaba delante la cruz, y ceñida su espada sobre el saco, como todos los demás que allí se hallaron por orden del Cardenal, que antes de acometer habló á los soldados desta manera: «Si yo pensara, soldados, que mis palabras fueran menester ó parte para animaros, hiciera que algunos de vuestros capitanes ejercitados en este oficio con sus razones muy concertadas encendiera vuestros corazones á pelear. Pero porque me persuado que cada cual de los que aquí estais entiende que esta empresa es de Dios, enderezada al bien de nuestra patria, por quien somos obligados á aventurar todo lo que tenemos y somos, me pareció de venir solo á alegrarme de vuestro denuedo y buen talante, y ser festigo de vuestro valor y esfuerzo. La braveza, soldados, que mostrastes en tantas guerras y victorias como tenéis ganadas, ¿será razon que la perdais contra los enemigos del nombre cristiano, digo contra los que nos han talado las costas de España, robado ganados y hacienda, cautivando mujeres, hijos y hermanos, que ora estén por esas mazmorras ahorrrojados, ora ocupados en otros feos y viles servicios, pasan una vida miserable, peor que la misma muerte? Las madres que nos vieron partir de España esperan por vuestro medio sus hijos, los hijos sus padres; todos prostrados por los templos no cesan de ofrecer á Dios y á los santos lágrimas y suspiros por vuestra salud, victoria y triunfo. ¿Será justo que las esperanzas y deseo de tantos queden burladas? No lo permita Dios, mis hermanos, ni sus santos. Yo mismo iré delante y plantaré aquella cruz, estandarte real de los cristianos, en medio de los escuadrones contrarios. ¿Quién será el que no siga á su prelado? Y cuando todo faltare, ¿dónde yo podré mejor derramar mi sangre y acabar la vida que en que-rella tan justa y tan santa?» Esto dijo. Cercáronle los soldados y capitanes, suplicáronle volvíese á rogar á Dios por ellos, que confiaban en su Majestad cumplirían todos muy enteramente con lo que era razon y su razonamiento les obligaba. Condescendió con sus ruegos, volvíese á Mazalquivir, y en una capilla de San Miguel continuó en lágrimas y gemidos todo el tiempo que los suyos pelearon. Eran ya las tres de la tarde. El Conde por quedar tan poco tiempo estuvo dudoso si dejaría la pelea para el día siguiente. Acudió al

M-II.

Cardenal. El fué de parecer que no dejase resfriar el ardor de los soldados. Luego dada la señal de acometer, comenzaron á subir la sierra; y dado que los moros, que se mostraban en lo alto en número de doce mil de á pié y á caballo, sin los que de cada hora se les allegaban, arrojaban piedras y todo género de armas, llegaron los nuestros á encumbrar. Adelantáronse algunos soldados de Guadalajara contra el orden que llevaban. Destos uno, por nombre Luis de Contreras, fué muerto, y los otros forzados á retirarse. Cortaron la cabeza al muerto, lleváronla á la ciudad, entregáronla á los mozos y gente soez, que la rodaban por las calles apellidando que era muerto el Alfaquí, que así llamaban al Cardenal. Vióla uno de los cautivos que otro tiempo estuvo en su casa, advirtió que le faltaba un ojo y que las facciones eran diferentes. Dijo: No es esta cabeza de nuestro Alfaquí por cierto, sino de algun soldado ordinario. Los de á caballo, que iban por la falda de la sierra, comenzaron á escaramuzar. Descargó la artillería, que hizo algun daño en los enemigos. Los peones llegaron á las manos con los contrarios, y poco á poco les ganaron parte de la sierra, que era muy agria, hasta llegar á unos caños de agua. Reparó allí la gente un poco. Pasaron la artillería á lo mas áspero de la sierra, con que y con las espadas echaron della los moros, y les hicieron volver las espaldas. Siguiéron los nuestros el alcance sin orden hasta pasar de la otra parte de la ciudad á causa que los moros hallaron cerradas las puertas. Acudió número de alárabes con el mezar de Oran, que era el gobernador. Mientras estos con los que pudieron recoger peleaban, parte de los nuestros intentó de escalar el muro. Acudieron los de dentro á la defensa. Los de las galeras que acometieron la ciudad por la parte del mar tuvieron con tanto lugar de apoderarse de algunas torres y de toda el alcazaba. Desta manera fué la ciudad entrada por los cristianos y puesta á saco. Los moros que peleaban en el campo, como vieron la ciudad tomada y las banderas de España tendidas por los muros, intentaron de entrar dentro. Salieron por las espaldas algunas compañías de soldados, con que los tomaron en medio y hicieron en ellos grande estrago. Murieron este día cuatro mil moros, y quedaron presos hasta cinco mil. Túvose en mucho esta victoria, y casi por milagrosa, lo uno por el poco orden que guardaron los cristianos, lo otro porque apenas la ciudad era tomada, cuando llegó el mezar de Tremecen con tanta gente de socorro, que fuera imposible ganalla. Atribuyóse el buen suceso comunmente á la fe y celo del Cardenal y á su oracion muy ferviente; el cual con grande alegría entró en aquella ciudad, y consagró la mezquita mayor con nombre de Santa Maria de la Victoria. Esto hecho, luego otro día con las galeras dió la vuelta á Cartagena. Dejó á Pedro Navarro encomendada aquella ciudad hasta tanto que el Rey proveyese de capitán. De Cartagena envió á avisar al Rey de aquella victoria, y él se partió para la su villa de Alcalá, donde entró dentro de quince dias despues que Oran se ganó, mas como religioso que como vencedor, sin permitir se le hiciese fiesta ó recibimiento alguno. Pretendia el Cardenal criar una dignidad en la iglesia de Toledo con nombre de abad de Oran, y dejar aquella ciudad sujeta

en lo espiritual al arzobispo de Toledo. Un obispo titular, que se llamaba el obispo auriense, pretendía que era la silla de su obispado. Respondía el Cardenal que Oran nunca fué cabeza de obispado; que Auria estaba mas oriental, y pertenecía á la provincia cartaginense en Africa. Que Oran y toda aquella comarca se comprendía en la provincia tingitana, que caía mas al poniente. Esto se siguió. Demás desto el rey Católico los meses adelante en un capítulo que tuvo en Valladolid á los caballeros de Santiago, ordenó que se pusiese en Oran convento de aquella órden para que allí fuesen los caballeros á tomar el hábito. Con este intento impetró del Papa que se le anejasen las rentas de los conventos de Villar de Venas y de San Martin, que son en las diócesis de Santiago y Oviedo. Resolución muy acertada, si se pusiera en ejecución; pero nunca faltan inconvenientes y impedimentos que no dan lugar á que los buenos intentos se lleven adelante, como tampoco se ejecutó que en Bugia y Tripol de Berbería, que ganó el año siguiente el conde Pedro Navarro de moros, se pusiesen otros dos conventos de Calatrava y Alcántara, segun que el mismo rey Católico lo tuvo determinado, y lo hiciera, si las guerras de Italia no lo estorbaran.

CAPITULO XIX.

De la guerra contra venecianos.

En la confederacion de Cambray quedó acordado y capitulado que los príncipes confederados comenzasen la guerra contra venecianos cada cual por su parte, y todos á lo mas tarde á 1.º de abril. Apercebía el rey Católico una armada en España, en que envió al coronel Zamudio con dos mil infantes, gente escogida, para que con los que tenía en el reino de Nápoles, se supliese el ejército hasta en número de cinco mil. Pero todo procedía despacio por la condicion del conde de Ribagorza, que se tenía por persona poco á propósito para aquella empresa y aun para el gobierno, y por cierto aviso que tuvo de que los barones de aquel reino se confederaban entre sí con intento de sacudir el yugo del señorío español; demás desto, por consejo de Fabricio Colona, que pretendía no se debía emprender la guerra contra las ciudades que los venecianos tenían en la Pulla, antes que la armada estuviese en órden para impedir que la veneciana no los pudiese ayudar, consejo que se tuvo por trato doble, por lo menos por muy errado. El primero que rompió la guerra fué el rey de Francia, que envió al de Tramulla á levantar número de suizos, y la demás gente hizo pasar los Alpes luego que el tiempo dió lugar. El mismo el 1.º de mayo hizo su entrada en Milan, donde tenía por su general y gobernador á Luis de Amboesa, señor de Chamonte y gran maestre de Francia, sobrino del cardenal de Ruan; iba en su compañía el duque de Lorena. Junto que tuvo su ejército, que llegaba á cuarenta mil hombres, rompió por tierra de venecianos. Ganóles con facilidad los lugares que poseian en la ribera de Abdua ó Adda. Los venecianos tenían alistados hasta cincuenta mil hombres, y por sus generales el conde de Petillano y Bartolomé de Albiano, grandes caudillos entrambos de la casa ursina y vasallos del rey Cató-

lico por los estados que dél tenían en el reino de Nápoles. Junto á Revolta se dieron vistas las dos huestes con resolución de venir á las manos; los primeros á acometer fueron los venecianos. Trabóse la pelea, que estuvo al principio muy dudosa á causa que la infantería italiana cargó con mucho esfuerzo sobre la de Francia. Tenía el Rey plantada la artillería entre unos matrajales. Llegaron los venecianos descuidados de semejante suceso; recibieron gran daño de las balas que con una furia infernal descargaron sobre ellos. Acudió la caballería francesa, cuyo ímpetu no pudieron sufrir los contrarios, y todos se pusieron en huida. Los muertos fueron muchos; escapó el conde de Petillano con pocos; quedó preso con otros el general Bartolomé de Albiano. Esta victoria, que se llamó de la Geradada, fué muy famosa, en cuya memoria hizo aquel Rey edificar en el lugar de la batalla una ermita con advocacion de Santa María de la Victoria. Juntamente fué de grande consideracion, porque con ella quedaron las fuerzas de aquella señoría tan quebrantadas, que sin dificultad se dieron al Francés las ciudades de Crema, Cremona, Bergamo y Bresa, que era todo lo que podía pretender conforme á lo capitulado. Demás desto, la gente del papa Julio y su general Francisco Maria de la Ruvere, su sobrino, ya duque de Urbino por muerte de su tio materno Guido Ubaldo, que rompió la guerra por el mismo tiempo por la Romana, ganó á Solarolo primero, y despues á Faenza, en cuyo condado está Solarolo, y Arimino, sin parar hasta apoderarse de Ravena y de Servia, que era lo que los venecianos tenían de la Iglesia y todo lo que el Pontífice podía dellos pretender. El conde de Ribagorza, magüer que despacio, juntaba su gente en Nápoles para dar sobre las ciudades de la Pulla. Estuvo el ejército en órden por fin de mayo. Iban con el Virey Próspero y Fabricio Colona, el príncipe de Melfi, el duque de Atri, los condes de Morcon y de Nola. Al conde de Petillano, que era abuelo del de Nola, y á Bartolomé de Albiano antes que fuese preso se hizo requerimiento que, solas penas que incurren los feudatarios inobedientes, acudiesen á servir á su Rey; pero ellos no quisieron dejar la conducta de Venecia. El cargo de la artillería se dió al conde de Santaseverina, y el de proveedor general á Bautista Espinelo, conde de Cariati. Tenía el almirante Vilamarin, conde de Capacho, en Mecina doce galeras y diez naves bien en órden, esperando la armada de Francia que venía, y por su general al duque de Albania, para acudir á las costas de la Pulla, dado que ninguna destas diligencias fué menester, porque luego que el Virey se puso sobre Trana, con cuyos ciudadanos tenía secretas inteligencias para que la rindiesen, como al fin lo hicieron, la señoría envió los contraseños para que los gobernadores que tenía en Brindez, Otranto, Trana, Mola, Poliñano y Monopoli rindiesen sin ponerse en defensa todas aquellas plazas. El duque de Ferrara y el marqués de Mantua ocuparon asimismo algunas tierras de venecianos á que pretendian tener derecho. Parece que todos los elementos se conjuraban en daño de aquella ciudad, que estuvo á punto de acabarse. El aprieto en que aquella señoría se via fué tan grande, que se dijo trataba de darse á Ladislaw, rey de Hun-

CAPITULO XX.

Que los venecianos cobraron á Padua.

gría, para que con sus fuerzas los sacase de aquel peligro. Restaba el Emperador, el cual por principio del mes de junio estaba á siete leguas de Inspruch, camino de Italia; á los 8 del cual mes los florentines á cabo de guerra tan larga sujetaron la ciudad de Pisa y tomaron la posesion della. Llevaba el Emperador por general de la gente de armas italiana á Constantino Comnato, príncipe de Macedonia. Servíale en esta jornada Luis de Gonzaga, primo del marqués de Mantua; el conde de la Mirandula y otros caballeros italianos; asimismo los mil y quinientos españoles que solian servir al rey de Francia. Luego que llegó á Esteran, trataron los venecianos de concertarse con él, hasta envialle carta en blanco, segun se decia por la fama, para que les pusiese la ley que quisiese, á tal que los amparase y defendiese en aquel trance tan peligroso en que sus cosas estaban. Como se iba su ejército acercando á las tierras de venecianos, así se le rendian todas sin contraste, primero los que están cerca del lago de Garda, y tras ellos se dieron sin ponerse en defensa Verona, Vicencia y Padua; que casi no quedaba á aquella señoría almena alguna en Italia fuera de su ciudad, que el Emperador pretendia asimismo sujetar con ponelle cerco por mar y por tierra. Con este intento queria se juntasen las armadas de España y de Francia para combatilla por mar; y que por la Brenta su gente y la de Francia le hiciesen el daño que pudiesen y le atajasen las vituallas. Pasó en esto tan adelante, que remontaba su pensamiento á que, ganada aquella ciudad, se dividiese en cuatro partes con otros tantos castillos para que cada uno de los príncipes confederados tuviese el suyo; traza muy extravagante, cuales eran algunas de las que este Príncipe tramaba. El rey Católico al principio dió oídos á esta plática, y con este intento, despues de entregadas las ciudades de la Pulla, si bien mandó despedir los soldados españoles, fuera de quinientos de las guardas ordinarias que dió orden al coronel Zamudio trajese á España, todavía quiso que la armada se quedase en Italia. Despues ni el Papa ni él vinieron en que aquella señoría se destruyese, porque mirado el negocio con atencion, demás de ser la traza cual se ha dicho, advertian que todo lo que se pasase adelante de lo que tenían capitulado seria en pro de solo el rey de Francia, que por caer tan cerca el estado de Milan, y las tierras de los otros príncipes tan léjos, no dudaria, vueltas las espaldas, de apoderarse con la primera ocasion de toda aquella ciudad, y por el mismo caso hacerse señor de toda Italia, y aun poner en la silla de san Pedro pontífice de su mano; miedo de que el Pontífice estuvo con gran recelo no lo quisiese efectuar en su vida del mismo Papa, y le dió grande pesadumbre cuando supo que el cardenal de Ruan fué á Trento á verse con el César y que se tratase de que tuviesen vistas el Emperador y rey de Francia; negociacion que él procuró impedir con todas sus fuerzas; lo mismo el rey Católico por medio de su embajador don Jaime de Conchillos, á la sazón obispo de Catania.

Luego que el rey de Francia acabó su empresa con tanta reputacion y presteza, dió la vuelta á Milan y desde allí á su reino. Dejó mil y quinientas lanzas repartidas por las ciudades de nuevo conquistadas, y por general Carlos de Amboesa, señor de Chamonte y gran maestre de Francia, oficio mas preeminente en aquel reino que el de condestable. La mayor parte de la gente imperial cargó sobre Treviso y el Frivoli, que no se querian rendir, y no le quedaba á aquella señoría otra cosa en tierra firme por la parte de Italia. Con esta ocasion y por el descontento grande que los de Padua tenían de los gobernadores y gente que dejó el Emperador en aquella ciudad, los venecianos tuvieron tratos secretos con algunos de aquellos ciudadanos. Resultó que Andrea Gritti con mil hombres de armas y alguna infantería se apoderó de las puertas; y con los de su devocion que luego acudieron cargaron sobre los alemanes de guisa, que los forzaron á recogerse á la fortaleza, y otro día se la ganaron. Desta manera se recobró aquella ciudad cuarenta y dos dias despues que se perdió. Cuando llegó la nueva desta pérdida al Emperador que se hallaba en Maróstica, pueblo á la entrada de los Alpes, á veinte y cuatro millas de Padua, por no tenerse por seguro que no le atajasen el paso, se fué á un castillo, que se llama Escala, junto á los confines de su condado de Tirol. Con la misma facilidad tomaron á Asula, do pasaron á cuchillo ciento y cincuenta españoles que allí hallaron de guarnicion. Lo mismo hicieron de otros docientos que hallaron en Castelfranco, en que prendieron al capitan Albarado. En esta furia de los mil y quinientos españoles que del servicio del rey de Francia en fin se pasaron al Emperador; los mas fueron muertos ó presos. Verona asimismo pretendia rebelarse, mas previno el señor de la Paliza este inconveniente, que acudió con gente y la aseguró en tanto que el Emperador proveia; que se detuvo algunos dias por esperar gente que le venia de Flándes y de Alemania. Con esto y con las demás gentes que se le allegaron formó un campo de treinta mil hombres. Enviáronle el rey de Francia mil y trecientas lanzas, y el Papa trecientas, y despues otros mil soldados españoles. Con toda esta gente movió contra Padua, y se puso sobre ella á los 3 de setiembre. Entraron en la ciudad el conde de Petillano y todos los principales capitanes de aquella señoría. La gente mas útil eran dos mil caballos albaneses por causa que con sus corceas hacian grande daño á los imperiales. Plantóse la artillería, derribaron un lienzo del muro. Pretendian por la batería entrar la ciudad, mas fueron rechazados dos veces por gentes que cada hora entraban á los cercados por la Brenta, hasta llegar á número de veinte y cinco mil combatientes. En el primer combate murieron muchos españoles en un baluarte que ganaron, ca le tenían minado con barriles de pólvora. Eran estos á la sazón los mejores soldados que se hallaban en Italia, como quier que eran las reliquias del ejército del Gran Capitan. Con esto los imperiales desmayaron, y deseaban alguna honesta ocasion para sin vergüenza le-

vantar el cerco. Hicieronlo finalmente principio del mes de octubre. Esta retirada del campo imperial tan fuera de sazón y con tan poca reputación fué causa que las cosas se trocassen. Los de Vicencia cobraron avilenteza, y con gente que hicieron venir de Padua tomaron las armas; y á Gaspar de Sauseverino, que con tres mil alemanes tenía por el Emperador aquella ciudad apretaron de manera, que se dieron muy vergonzosamente. La gente de venecianos asimismo no se descuidaba, antes salieron á combatir los lugares que cerca de Padua les tomara el duque de Ferrara. Entregáronse luego Este, Monsilice y Montañana. Por otra parte, acudieron á poner cerco á Ferrara con una buena armada que enviaron por el Po arriba. La gente que iba por tierra ganaron todo el Poles y Robigo, que el mismo Duques les tenía tomado. Estrecharon el cerco de Ferrara hasta tanto que con gente que vino de socorro del Papa y de Francia, el Duque y el Cardenal, su hermano, salieron al campo, y con su artillería, que plantaron en la ribera del Po, hicieron mucho daño en el armada de venecianos, tanto, que de diez y siete galeras perdieron las quince, y fueron forzados con alguna quiebra de su reputación alzar el cerco. Antes desto el marqués de Mantua Francisco de Gonzaga á tiempo que con gente de á caballo pasaba á su ciudad fué atajado y preso por Andrea Gritti. Trataban de trocalle por Bartolomé de Albiano, persona de quien hacían grande estima, si bien le cargaban comunmente que por su priesa y temeridad se perdió la jornada de Abdua. Verona andaba en balanzas, y quería asimismo entregarse á venecianos. Estaba en ella don Juan Manuel con dos mil españoles mal pagados, pequeño reparo. Acudieron soldados franceses, con cuya venida se aseguró aquella plaza. Iba por capitán desta gente el señor de Aubeni, sobrino del que se señaló tanto en la guerra de Nápoles. El gran Maestro con la fuerza del ejército francés tenía su alojamiento entre Bresa y Verona, presto para acudir adonde fuese necesario. Juan Jacobo Trivulcio estaba en Bresa. El cargo de don Juan Manuel, por instancia que él mismo hizo, se dió á cierto Luis de Biamonte, que de años atrás andaba en servicio del rey de Francia.

CAPITULO XXI.

Que el Emperador y rey Católico se concertaron.

Después que el conde de Lerin, condestable de Navarra falleció, tanto con mayor calor el rey Católico, al mismo tiempo que la guerra de Lombardia andaba mas encendida, hacía instancia con el rey de Navarra por don Luis de Biamonte, hijo del difunto, para que le restituyese sus estados, por ser don Luis su sobrino y viva su madre. No se pudo acabar cosa alguna con aquel Rey, si bien se alegaba que de los cargos que se hacían al difunto ninguna culpa tenía su hijo. Llegaron los de Sangüesa á desvergonzarse y hacer entrada en las fronteras de Aragon con color de apoderarse de Ul y Filera, pueblos que decían pertenecelles. Por el contrario, los aragoneses para satisfacerse rompieron por tierra de Sangüesa, y les talaron la vega hasta dar vista á la misma villa. Principios eran estos de rompimiento; pero como eran querellas particulares, no

se tenía la guerra por declarada, dado que don Luis pretendía con las armas apoderarse de su estado y recobralle. Trataban asimismo de concordarse el Emperador y rey Católico sobre lo del gobierno de Castilla, concierto que el rey Católico, aunque estaba muy arraigado en la posesión, deseaba mucho concluir por sossegar á los grandes, que todavía muchos deseaban novedades. Verdad es que no se contentaba ya con que la cláusula del testamento de la reina doña Isabel se cumpliese, antes quería conservarse en el gobierno por todos los días de la vida de su hija la Reina, pues toda razón le daba aquella tutela, al cual derecho no pretendió ni pudo perjudicar la Reina, su mujer; mas caso que muriese, ofrecía que entregaría el gobierno al Príncipe luego que cumpliese los veinte años, según que la reina doña Isabel lo mandó y por las leyes estaba establecido. Acordaron de nombrar por jueces á rbitros para esta concordia al rey de Francia y al cardenal de Ruan, con que pretendían ganallos y obligallos. Para concluir y capitular volvió á España Andrea del Burgo, y fué muy bien recebido. Acerca del Emperador entendía en esto mismo el obispo de Catania. Por medio destes dos embajadores se convinieron los príncipes en los capítulos siguientes: que el rey Católico tuviese la gobernación perpetua de la manera que queda dicho; todavía, caso que tuviese el hijo varón, se diese seguridad que la sucesión del príncipe don Carlos en los reinos de Castilla no se perturbaria. Sobre la manera de seguridad hobo debates; pero en fin se vino en que en tal caso de nuevo el Príncipe fuese jurado en Cortes, y en las primeras se ordenó jurase el rey Católico de gobernar aquel reino bien y como era razón. Pedia el Emperador que se acudiese al Príncipe con las rentas del principado de Asturias, pues era suyo. El Rey decía que nunca fué costumbre que se diesen á ningun príncipe de Castilla antes de ser casado; solo vino en acudirle con treinta mil ducados por año, y aumentar esta suma cuando se casase como pareciese justicia. Pretendía el Emperador de las rentas reales se le diesen á él de contado cien mil ducados. El Rey se excusaba con que la hacienda de la corona real se hallaba adeudada en ciento y ochenta cuentos; vino, sin embargo, en que los cincuenta mil ducados que debían los florentines por la entrega de Pisa se diesen al Emperador. Demás desto, ofreció que ayudaría para la guerra contra venecianos con trecientos hombres de armas, pagados por cuatro ó cinco meses. Acordaron asimismo que cada y cuando que el príncipe don Carlos quisiese pasar á estas partes se le enviaría armada en que viniese, en que luego que llegase, partiría para Flándes el infante don Fernando. Con esto hicieron entre sí una nueva confederación y liga, que pretendieron desbaratar don Juan Manuel y los otros caballeros castellanos que andaban en Alemania; pero no pudieron, ni se les dió parte, antes para excusar inconvenientes, la conclusión se remitió á la princesa Margarita, con cuya intervención de todo punto se concordaron aquellas diferencias, si bien por manera de cumplimiento acordaron que se llevasen al rey de Francia para que juntamente con el cardenal de Ruan, como jueces á rbitros, las confirmasen. Acudieron á Bles, donde re-

sidia aquella corte, por parte del César Mercurino de Gatnara, presidente de Borgoña, y Andrea del Burgo, que hizo en lo de adelante en Francia oficio de embajador ordinario. Por parte del rey Católico intervinieron Jaime de Albion, su embajador ordinario en aquella corte, y Jerónimo de Cavanillas que le sucedió en aquel cargo. Vieron el Rey y Cardenal el tratado, y dieron su sentencia como jueces árbitros á los 12 de diciembre. Hecho esto, á los que siguieron el partido del Emperador y del Príncipe se restituyeron sus bienes patrimoniales, y don Pedro de Guevara fué puesto en libertad, segun que se capituló entre las demás condiciones de aquella concordia; ocasion con que algunos caballeros se salieron de Castilla con voz de ir á servir al Príncipe; entre los demás el que mucho se señaló en esto fué don Alonso Manrique, obispo de Badajoz. En esta sazón el conde de Pitillano, general de venecianos, falleció de enfermedad en Lonigo, tierra de Vicencia. Proveyó asimismo el rey Católico que el conde de Lemos, que no acababa de sosegar y traía inteligencias en Portugal y en Flándes, entregase las fortalezas de Sarria y de Monforte al señor de Poza, gobernador á la sazón de Galicia. En lugar del conde de Ribagorza fué proveído por virey de Nápoles don Ramon de Cardona, que lo era de Sicilia, y en su lugar se dió aquel cargo de Sicilia á don Hugo de Moncada. Muchas cosas se dijeron desta mudanza de virey de Nápoles; los mas cargaban al conde de Ribagorza de poco hábil para cosa tan grande; otros decían que los Ursinos le hicieron mudar; á la verdad ¿quién podrá enfrenar las lenguas de la gente? Quién atinar los deseos y trazas de los príncipes? Sus disgustos, sus aficiones ¿quién las sabrá averiguar?

CAPITULO XXII.

Que Bugia y Tripol se ganaron de los moros.

Grande deseo mostraba el rey Católico de emplear sus fuerzas contra los infieles; empresa de mayor honra y provecho que las que contra cristianos se intentaban con tanta porfía. Por esto siempre hizo instancia que, concluida la guerra contra venecianos y recobrados los estados que cada cual de los confederados pretendía, no se pasase á destruir de todo punto aquella señoría; antes era de parecerse recibiese en la liga para que con las fuerzas de todos acometiesen por mar y por tierra al Turco, comun enemigo de cristianos. Era dificultoso conformar voluntades tan diferentes y tan encontradas y juntar en uno intenciones tan contrarias. Trató con sus fuerzas y con la ayuda con que los otros príncipes le acudiesen de encargarse de aquella santa guerra y pasar en persona á levante. Comunicó este intento con el Papa, que venia bien en ello y se ofrecía de ayudar de su parte. El reino de Nápoles y el de Sicilia eran de gran comodidad para emprender esta conquista por la facilidad de se proveer de gente y mantenimientos. A los que con atencion miraban todos los particulares les parecia no llevaba camino que el Rey en la edad que tenia y la poca seguridad que se podia tener en su ausencia que lo de Castilla no se alterase, se apartase tan lejos destes reinos. Pareció era mas á

propósito dar calor á la conquista de Africa, que con tan buen principio tenian comenzada. El conde Pedro Navarro en el puerto de Mazalquivir tenia trece naos muy bien artilladas y armadas. Embarcóse en ellas con gente muy escogida la vuelta de Ibiza, donde con otra parte de la armada le esperaba Jerónimo Vianelo. Detuviéronse allí algunos dias por ser lo mas áspero del invierno. Publicóse que la armada iba sobre la ciudad de Bugia. Salieron de Ibiza 1.º de enero del año que se contaba de nuestra salvacion de 1510. Los principales capitanes Diego de Vera, los condes de Altamira y Santistéban del Puerto, Maldonado y dos hermanos Cabrerros. La gente hasta cinco mil hombres, la artillería mucha y muy buena. Está Bugia puesta en la costa de Numidia, no muy distante de los confines de la Mauritania Cesariense. Fué antiguamente del reino de Túnez; despues de los reyes de Tremecen, que la poseyeron hasta que la recobró Abuferriz, rey de Túnez. Este la dejó á un hijo suyo, llamado Abdullhazis, con título de nuevo reino. Deste rey Moro descendía Abdurrahamel, que era el que de presente la poseía, dado que la quitó á un sobrino suyo, por nombre Muley Abdalla, hijo de su hermano mayor, y por consiguiente legítimo rey. Su sitio es á las faldas de una alta montaña con una buena fortaleza á la parte mas alta. Ceñia la ciudad toda un muro, aunque antiguo, muy fuerte. Solia tener mas de ocho mil vecinos, y era la principal universidad de filosofía en Africa. Su territorio es mas á propósito para frutales y jardines que para sementera, por ser muy áspera la tierra y doblada. Llegó la armada á Bugia vispera de los Reyes. No pudo la gente desembarcar aquel dia por ser el viento contrario. El rey Moro por lo alto de la sierra se mostró con diez mil peones y algunas cuadrillas de á caballo. Comenzaron á bajar hácia la marina para impedir que los nuestros no saltasen en tierra; pero la artillería de la armada los hizo arredrarse y dejar libre el desembarcadero. Ordenó el Conde su gente repartida en cuatro escuadrones. Subió la sierra para pelear con los moros, mas ellos no se atrevieron á aguardar, antes se metieron en la ciudad. Los nuestros, parte por una ladera de la ciudad vieja que hallaron des poblada, otros por lo alto de la sierra con grande orden se arrimaron al muro y le escalaron en breve espacio. Dentro de la ciudad no hallaron resistencia á causa que como entraban los cristianos, el Rey y los soldados moros se salian por la otra parte. Puso esta victoria gran espanto en toda Africa, mayormente que Muley Abdalla, el legítimo rey, se soltó de la prision en que su tío le tenia, y se vino á poner en poder del Conde. Tomada la ciudad, el Conde salió al campo, y acometió á los reales de Abdurrahamel, que estaban á ocho leguas de la ciudad, y le hizo huir segunda vez con toda su gente. Con esto muchas ciudades de aquella costa á porfía se ponian en la obediencia del Rey. La primera fué Argel, mas occidental que Bugia, llamada de los moros Gezer, que significa isla, por la que tiene delante en el mar, terror adelante de España, rica y poderosa con los despojos de nuestras desgracias. Tras Argel, el rey de Túnez y la ciudad de Tedeliz hicieron lo mismo. Hasta el rey de Tremecen y los moros de Mostagan trataron de ponerse y se pu-

sieron en la obediencia del Rey; tan grande era la reputacion que ganaron los nuestros. Con todos se hicieron capitulaciones, en que se les mandaba diesen libertad á todos los cristianos, y acudiesen con ciertas parias cada un año. En asentar estas cosas se detuvo algun tiempo el conde Pedro Navarro, sin descuidarse de aparejar lo necesario para pasar adelante en la conquista, en el tiempo que en la India de Portugal Alonso de Alburquerque, por comenzar con buen pié, se apoderó de la ciudad de Goa, nobilísima por ser la silla del imperio portugués en la India. Esta ciudad está en una isleta del mismo nombre que hace un rio al desaguar con su corriente en el mar. Boja cinco leguas poco mas. Era sujeta á Zabaim Idalcán; y á la sazón tenia pequeña guarnicion por causa que su señor para otras guerras que tenia llevó de allí la gente de guerra. Dió aviso desto al Gobernador un cosario, por nombre Timoya, que andaba con catorce fustas robando por aquellos mares. Halló el Gobernador ser verdad lo que el cosario le dijo. Entró con su armada en el puerto, y sin dificultad se apoderó de la ciudad, en que entró á los 16 de febrero. Muy diversa suerte fué la de su predecesor Francisco de Almeida, que no pudo llegar á Portugal á causa que antes de doblar el cabo de Buena Esperanza, como saliesen algunos de sus navíos á hacer agua y proveerse de algun refresco, se levantó cierta cuestion con los cafres, que así se llaman los naturales de la tierra. Acudió Almeida á socorrer á los suyos, y fué en la pelea muerto miserablemente. Esta notable desgracia sucedió 1.º de marzo. Tenia el rey Católico proveido por general para la conquista de Africa á don García de Toledo, hijo mayor del duque de Alba, con intento que aquella guerra se hiciese con mayor reputacion, y porque queria servirse del conde Pedro Navarro en la guerra de Italia. Detóvose algunos meses antes de partir de España. El Conde, por no perder tiempo y porque Bugia se picaba de peste y dolencias, salió á 7 de junio con ocho mil hombres la vuelta de Faviana, que es una isleta puesta delante de Trapani, ciudad de Sicilia. Allí acudieron, como lo tenían ordenado, las galeras de Nápoles y Sicilia, que eran once por todas, sin otros muchos bajelos, de suerte que llegaba la gente á catorce mil hombres. Con toda esta armada llegaron en pocos dias á vista de Tripoli, ciudad de la provincia que antiguamente se llamó Africa, mas adelante de la Numidia, sujeta á los reyes de Túnez, aunque de presente alzada con su propio señor, que llamaban jeque. La mayor parte está rodeada de mar, y por la tierra tenia una cava muy ancha llena de agua con su cerca bien torreada. Acudieron muchos alárabes y otros moros á la defensa, que entre todos llegaban á catorce mil. Desembarcó el Conde con su gente, que dividió en dos partes, la una para pelear con los moros que salieron á la marina para impedir que no saltasen en tierra; á los demás mandó combatir la ciudad. Fuera desto, por la parte del mar salieron algunos soldados y marineros con escalas para entralla por aquel lado. La pelea fué muy brava. En dos horas que duró los moros de fuera se pusieron en huida, y la ciudad por junto á la puerta que llaman de la Victoria se entró á escala vista. Un infanzon aragonés, que se de-

cia Juan Ramirez, fué de los primeros que subieron en el muro. No quedó con esto rendida la ciudad, antes fué menester ganalla palmo á palmo y pelear por las calles con los moros que se defendian como gente desesperada, y que no pretendian vencer, sino dejar sus muertes vengadas. Murieron cerca de cinco mil moros, y quedó preso el jeque. De los nuestros faltaron algunos muy valientes soldados, entre ellos uno de los Cabreros, sobrinos del camarero del rey Católico, y el coronel Ruy Díaz de Porres y Cristóbal Lopez de Arriaran, que era el almirante de la armada. Dieron la ciudad á sacomano; los despojos se dieron á los que pelearon; á los que quedaron en guarda de la armada consignaron los cautivos y las mercaderías que en la ciudad se hallaron; traza del Conde á propósito que todos quedasen contentos y ricos.

CAPITULO XXIII.

De lo poco que se hacia en la guerra de Italia.

La guerra contra venecianos se llevaba adelante, aunque con poco calor; la causa, que el rey de Francia se retiró á su reino, cobradas las ciudades que le pertenecian; el Emperador se fué á Alemaña sin dejar acabada su empresa, porque todavía le quedaba por ganar lo de Treviso y del Frioli y lo de Aquileya, Padua rebelada. Verona con su comarca en poder de franceses empeñada por sesenta mil ducados con que el Francés socorrió al Emperador y á su pobreza, que era grande. Púsose condicion que se quedase con la prenda, si dentro de un año la deuda no se pagase. Acordóse que los príncipes confederados ayudasen con gente, conforme á las capitulaciones de Cambray, hasta tanto que el Emperador quedase entregado en todo lo que le pertenecia de venecianos. Era general de los imperiales el príncipe de Analth, poca la gente y menos la reputacion, y no tenia dineros para pagalla. De parte de Francia le asistia con buen número de soldados Carlos de Amboesa, gran maestro de Francia, con cuya ayuda se recobró por el César la ciudad de Vicencia, que se rindió á voluntad y merced del vencedor. De Nápoles por órden del rey Católico acudió el duque de Termis Vincencio de Capua, persona de valor y confianza, con cuatrocientos hombres de armas, muy lucida gente, todos españoles escogidos de los que en aquel reino tenían. El Papa no acudió, sea por no tónerse por obligado á pasar adelante, sea por el disgusto que tenia con el rey de Francia por el favor que daba al duque de Ferrara, su enemigo, en que muy declarado se mostraba. Llegó el negocio á término que el Papa dió la absolucion de las censuras en que venecianos incurrieran, y se confederó con ellos, ca no queria que aquella nobilísima república se acabase de destruir, cosa en que se conformaba el rey Católico; además que se pretendia valer de sus fuerzas para despojar de su estado al duque de Ferrara, con quien estaba muy indignado, tanto, que le hizo citar, y en rebeldía le condenó por sentencia fuese privado de aquel feudo; razones ¿cuándo á los príncipes faltaron para ejecutar su saña? El principio destos disgustos fué la sal que el Duque hacia en Comaquio en perjuicio de la que se beneficiaba en Cer-

via, tierra del Papa, y las imposiciones que de nuevo hacia cobrar de las mercaderías que por el Po se llevaban á Venecia. Desto tuvo el Francés tanto sentimiento, que mandó embargar y sequestar todas las rentas de los cardenales franceses y de los curiales de su señorío, y les mandó salir de Roma y que viniesen á residir en sus iglesias. Iban en aumento estos disgustos por cuanto el Papa por una parte intentó con favor de las galeras de venecianos hacer que el comun de Génova, en que tenía mano por ser natural de Saona, se levantase contra el gobierno de Francia. Envió con las galeras á Octaviano de Campofregoso y otros forajidos de aquel estado; y á Marco Antonio Colona dió orden que de Luca, donde asistía, se acercase á Génova con gente de á pié y de á caballo. No se hizo efecto por no estar las cosas enzonadas. Por otra parte, alcanzó de venecianos que pusiesen en libertad al marqués de Mantua, de cuya persona pretendia servirse en la guerra contra Francia, á tal que para seguridad le entregase á su hijo. Dióse libertad al Marqués á los 14 de julio. Asimismo acometió las tierras del duque de Ferrara, y pretendia apoderarse de la misma ciudad, y como las demás restituirla á la Iglesia por ser aquel estado feudo suyo, sin tener respeto al rey de Francia, en cuya proteccion estaba, y el mismo Duque ocupado en su servicio. Nombró por general de la Iglesia para esta guerra al duque de Urbino. Tuvieron las gentes del Papa tomadas todas las tierras del ducado de Ferrara, que están en la Romaña de la otra parte del Po; acudió un capitán francés, llamado Chatillon, con trecientas lanzas á los 29 del mes de julio. La gente del Papa, alzado el cerco que tenían sobre Lugo con la nueva del socorro, se retiró á Imola. Recobró el de Ferrara lo perdido; pero la gente del Papa en breve lo tornó luego á ganar, y aun el cardenal de Pavía, por trato que tuvo con algunos ciudadanos de Módena, se apoderó de aquella ciudad por el Papa. Corría el mismo peligro Regia. Metió dentro el Duque gente, y monsieur de Chamonte envió para su defensa docientas lanzas. El duque de Urbino, que se hallaba á la sazón en Boloña, pretendia fortificar aquella ciudad, ca se temía acudiría sobre ella el campo francés. Asimismo el Papa por medio del Obispo sedunense, que era suizo de nacion, y para mas obligalle le dió intencion del capelo, levantó hasta en número de doce mil de aquella gente, los ocho mil á su sueldo, y el resto al de la señoría de Venecia, todo con intento de hacer la guerra en el ducado de Milan y poner en aquel estado á Maximiliano Esforcia, que andaba despojado en la corte del Emperador. Todos pensamientos, si bien mas altos que sus fuerzas, muy conformes á su natural, de suyo muy desasosegado y brioso, como lo mostró en toda la vida pasada, porque en el pontificado del papa Sixto, su tío, nunca entendió sino en sembrar discordias, y en el del papa Inocencio se dijo fué la causa que los barones del reino tomasen las armas contra su Rey; y en tiempo de Alejandro fué el principal caudillo para traer los franceses en Italia; de suerte que nunca supo vivir en paz y siempre procuró contienda. Los intentos del Papa forzaron al gran maestre de Francia á retirarse con su campo la via de Milan para guardar aquel estado y acudir, si fuese necesario, á lo de Génova. Ver-

dad es que publicaba retirarse de aquella guerra á causa que el Emperador estaba ausente, y que sin él no se podía hacer efecto de momento, tanto mas, que los venecianos se reforzaban cada dia con gente que los acudia de la Romaña y de otras partes. Todavía quedó Juan Jacobo Trivulcio con buen golpe de gente de armas, porque sin ella lo demás del ejército imperial apenas pudieran ser señores del campo. Llegó á tanto grado esta mengua, que los alemanes acordaron de sacar de Vicencia su artillería y municiones y pasallas á Verona, por ser aquella ciudad y castillo muy flacos y no tener ellos fuerzas bastantes para tenerse. Por este tiempo la duquesa de Terranova se detenía todavía en Génova; y como el Papa continuaba en hacer instancia que su marido el Gran Capitan fuese á sorville, los franceses se recelaron de su estada allí. Por esto proveyó su marido que á la hora se partiese para España, donde los de Fuente-Rabía y los de Hondaya, pueblo de la Guiena, tenían contienda sobre á cuál de las partes pertenecia el rio Vidasoa, con que parten término España y Francia. Llegaron diversas veces á las manos, y el pleito á términos, que se nombraron jueces por los reyes, los cuales acordaron que cada cual de las partes quedase con la ribera que caia hácia su territorio, y el rio fuese comun. Solo se vedó á los franceses tener allí y usar de bajeles con quilla, es á saber, grandes, con que finalmente se sosegaron.

CAPITULO XXIV.

Que el Papa dió la investidura del reino de Nápoles al rey Católico.

Tenia el rey Católico convocadas Cortes generales de Aragon, Valencia y Cataluña para la villa de Monzon y para los 20 de abril, con intencion que aquellos sus reinos le hiciesen algun servicio para proseguir la guerra de Africa, que era de su conquista. Salió de Madrid la primavera para hallarse al tiempo aplazado. Quedó en aquella villa el infante don Fernando, y en su compañía el cardenal Arzobispo y los del Consejo real. Llevó consigo al duque de Medina Sidonia y don Pedro Giron, ca les tenia dado perdon, dado que se retirou las fortalezas de Saúlúcar, Niebla y Huelva. Iban otrosí en su compañía el Condestable, el marqués de Priego y el conde de Ureña. Llegó á Zaragoza, y dende pasó á Monzon. Concurrió mucha gente por ser las primeras Cortes generales que tenia despues que reinaba, como antes fuesen particulares de cada uno de aquellos tres estados pertenecientes á la corona de Aragon. Ocupábase el Rey en esto, y no se descuidaba en acudir á la conquista de Africa y á la guerra de Italia; mas particularmente hacia grande instancia con el rey de Francia para que se reformase aquella condicion que capitularon tocante á la sucesion en el reino de Nápoles, caso que la reina doña Germana no tuviese hijos. No daba el Francés oídos ni lugar á esta demanda, con la esperanza que siempre tuvo de recobrar aquel estado por el camino que pudiese, en especial que á esta sazón falleció el cardenal de Ruan, que estuvo siempre muy apoderado de la voluntad de aquel Rey, y no terciaba mal en las cosas que tocaban al bien comun y se enderezaban á la paz. Tenia este negocio puesto en mucho cuidado al

rey Católico por lo que importaba; acordó de valerse del Papa y ayudarse de la enemistad que tenía con el rey de Francia para alcanzar la investidura de aquel reino. Al Papa al principio se le hizo de mal concedella; despues, como se vió embarazado en negocios tan graves, por valerse de la ayuda de España, acordó de dar la investidura de la manera y tan amplamente como se pudiera pintar. Habia el papa Alejandro concedido al rey de Francia la investidura de la parte de aquel reino, como queda dicho, con el título de rey de Nápoles y de Jerusalem. Era dificultoso despojalle de aquel derecho, mayormente sin oille. Acordó declarar que el Francés perdió la investidura por no acudir, como no acudió en tantos años, con el reconocimiento que debía, y mas porque enajenó aquel feudo cuando se concertó con el rey Católico, sin consentimiento del Pontífice, señor directo de aquel estado. Con esto le concedió la investidura de todo aquel reino para sí y para sus sucesores; y señalóse que pagase cada un año la fiesta de San Pedro y San Pablo ocho mil onzas de oro, y cada trienio un palafren blanco. Demás desto, por una vez debía dar cincuenta mil ducados, y lo mismo contasen sus sucesores cada y cuando que se les diese la investidura; que eran todas las mismas condiciones que se impusieron al rey Carlos el Primero cuando se le dió la investidura. Esto se concedió por el Papa y colegio de cardenales por principio del mes de julio. Poco despues, á 7 del mes de agosto, el Papa hizo relajacion del censo y de los cincuenta mil ducados, y se contentó con que cada un año le presentasen un palafren blanco decentemente adornado y le sirviesen con trecientas lanzas cada y cuando que se hiciese guerra en el estado de la Igllesia; que era una de las condiciones de la investidura, de que no quiso el Papa alzar mano por servirse dellas para la empresa de Ferrara. Despues, en tiempo del papa Leon X, se impuso un censo de siete mil ducados cada un año por la licencia que dió al emperador don Carlos para que juntamente con el Imperio pudiese tener aquel reino contra lo que tenían de tiempo antiguo capitulado con las casas de Anjou y de Aragon. Mostró gran sentimiento el rey de Francia por esta concesion, y sobre ello su embajador el obispo de Rius hizo grande negociacion, y formó grandes quejas acerca del rey Católico á tiempo que las Cortes de Monzon se continuaban. En ellas, á los 13 de agosto, se acordó que sirviesen para la guerra de Africa con quinientos mil escudos, que fué un servicio muy grande, considerado el tiempo y la libertad de aquellas provincias; pero era muy escondido el deseo de todos que aquella conquista se prosiguiese, que se aumentó con las nuevas que entonces llegaron de la toma de Tripol. Demás desto, por si otras ocupaciones forzasen al Rey de ausentarse antes de concluir las Cortes, habilitaron á la reina doña Germana para presidir en ellas, y aun si fuese necesario, convocallas de nuevo, á tal que fuese proveida por teniente general de aquellos reinos y principado. Decretóse otrosí que se extinguiese en aquellos reinos la hermandad que se instituyó los años pasados. Asistieron á estas Cortes, como era costumbre, el viceduque Antonio Augustin y Juan de la Nuza, justicia de Aragon. Los embajadores que se hallaron en Monzon,

los señores de Castilla y de Nápoles y Sicilia fueron en gran número; y muchos mas los que tenían voto en Cortes de los tres brazos. En el eclesiástico tenía el primer lugar don Alonso de Aragon, arzobispo de Zaragoza; entre los ricos hombres se asentaban los primeros los condes de Belchit y de Aranda; entre los infantes, don Miguel de Gurrea y don Miguel Perez de Almazan. Sin estos, asistieron los procuradores de los reinos de Aragon y Valencia y de todas las ciudades y villas que suelen acudir y tienen en Cortes voto y lugar.

CAPITULO XXV.

Que don García de Toledo fué muerto en los Gelves.

Aprestóse en la ciudad de Málaga una armada en que partiese don García de Toledo con gente á la conquista de Africa. Solicitaba el rey Católico su ida; mas entretívose por causa de estar Bugia inficionada de peste. Hizóse á la vela con siete mil hombres ya que los calores del verano iban adelante. Aportó á Bugia; para guarda de aquella ciudad dejó parte de su armada con tres mil hombres. Diego de Vera al tanto, dejado órden en las cosas de Bugia, siguió la armada, y juntos llegaron al puerto de Tripol con diez y seis velas en coyuntura que el conde Pedro Navarro tenía embarcada su gente, que eran mas de ocho mil hombres, con resolucion de ir sobre los Gelves, que es la mayor y mas importante isla que hay en la costa de Africa, mas occidental que Tripol, en distancia como de cien leguas. Es muy llana y arenosa, cubierta de bosques de palmas y de olivos, tan allegada á tierra firme, que por una parte se pasa de una á otra por una puente. Boja mas de diez y seis millas; tiene falta de agua; no hay en ella pueblos, sino caserías, y á la marima un castillo, estancia del señor. Solia ser del rey de Túnez, mas entonces tenía su propio jeque, á quien obedecian. Partieron de Tripol con toda brevedad; llegaron á los Gelves un miércoles, 28 de agosto, día de San Agustín. Desembarcó la gente sin hallar impedimento ni contraste entre la isla y tierra firme, en un lugar que llaman la Puente Quebrada. Ordenaron de toda la gente siete escuadrones. Quiso don García, sin embargo que era general, ir delante de todos con los caballeros que llevaba en su compañía; quién dice con voluntad y acuerdo del conde Pedro Navarro, quién afirma que á pesar suyo. El jeque tenía hasta ciento y cincuenta de á caballo y dos mil de á pié, gente mal armada y tan medrosa, que ofrecieron partidos muy aventajados por no venir á las manos. Era pasado medio día cuando nuestros escuadrones comenzaron á marchar. El calor fué tan excesivo y el polvo de los arenales tan grande, que todo parecia echar de sí llamas. Apenas caminaron dos leguas cuando algunos de pura sed se caian muertos, y todos la padecian extrema. Llegó el primer escuadrón á unos palmares, donde por entender que junto á unas casas caidas habia ciertos pozos, la gente toda se desordenó por beber; aquí descubrieron los moros, que, advertidos del aprieto de nuestra gente, se fueron para ellos. Apeóse don García y algunos otros que iban á caballo. Decíanle algunos que se retirase. Adelante, dijo él, caballeros; ¿somos llegados aquí para volver

las espaldas? Si la suerte fuere contraria, á lo menos no nos hará olvidar de nuestra nobleza ni faltar á lo que es razon.» Esto dijo, tomó á un infanzon aragonés una pica que llevaba, y arremetió con ella á los moros. No se pudo detener nuestra gente con el valor de su general, antes luego se puso en huida. Acometieron los moros de tropel, y de los primeros mataron á cuatro de los que se apearon; estos fueron don García, Garci Sarmiento, Loaisa y Cristóbal Velazquez, todos nobles capitanes. Era tanta la turbacion de la gente que huía, que sin remedio se lanzaban por los otros escuadrones y los desbarataban de suerte, que todos volvían las espaldas. Entonces el Conde proveyó que los escuadrones de don Diego Pacheco y de Gil Nieto, que quedaron con él en la retaguardia, atajasen el paso por do huía la gente, para que hiciesen reparar los moros, que fué el remedio para que todos no perciesen: cosa maravillosa. En este trance el Conde se halló tan turbado, que como sin consejo ni valor fué de los primeros á embarcarse; puesto que pudo pretender que las galeras, las surtas mas cerca de tierra, recogiesen la gente, ca muchos por no querellos admitir se abogaban en el mar. Entre muertos y cautivos faltaron de los nuestros hasta cuatro mil. Gente de cuenta, demás de los ya dichos, murieron don Alonso de Andrada, Santangel, Melchor Gonzalez, hijo del conservador de Aragon, sin muchos otros capitanes y gentiles hombres. El cuerpo de don García fué llevado al jeque, que despues de algunos dias escribió á don Hugo de Moncada, virey de Sicilia, que por entender era aquel gran señor pariente del Rey, le tenia en una caja para hacer dél lo que ordenase. Dejó don García un hijo pequeño, que se llamó don Fernand Alvarez de Toledo, que fué adelante uno de los mas señalados guerreros y capitanes de todo el mundo. Padre de don García fué el duque don Fadrique, primo hermano del rey Católico de parte de las madres; abuelo, don García, el primero que de aquella casa alcanzó título de duque, cuyo padre don Fernand Alvarez

de Toledo, sobrino de don Gutierre de Toledo, arzobispo de Toledo, fué el primer conde de Alba. El conde Pedro Navarro, antes que partiese de los Gelves, despachó á Gil Nieto y al maestro Alonso de Aguilar para dar cuenta al Rey de lo que pasó en aquella jornada y de aquel revés tan grande. Las galeras envió á Nápoles conforme al órden que tenia; con el resto de la armada se encaminó la vuelta de Tripol; y dado que corrió fortuna por espacio de ocho dias, finalmente llegó á aquel puerto á los 19 de setiembre. Puso para guarda de aquella ciudad á Diego de Vera con hasta tres mil soldados; despidió otros tres mil por mal parados y enfermos, y él con otros cuatro mil y con la parte del armada que le quedó salió para correr la costa de Africa entre los Gelves y Túnez. El tiempo era contrario y tal, que le forzó á detenerse lo mas del invierno en la isla de Lampadosa, una de las que caen cerca de la de Sicilia. Sobre la ciudad de Safin, que era de portugueses, en la costa de Africa, se puso por fin deste año una morisma innumerable; acudieron socorros de la isla de la Madera. Con esta ayuda, Ataide, capitan de aquella fuerza, y con la gente que tenia la defendió muy bien, y alzado el cerco, hizo con los suyos entrada en tierra de moros hasta llegar cerca de Almedina, pueblo distante de Safin no menos que treinta y dos millas. Tuvo diversos encuentros con los moros, ganóles mucha presa y cautivos, á la vuelta empero cargó sobre él tanta gente, que le fué forzoso dejalla. Hizo adelante otras muchas entradas y correrías hasta llegar á las puertas de Marruecos algunos años despues deste; hazaña memorable de mas reputacion que provecho. Lo mismo hacian don Juan Coutiño, capitan de Arcilla en lugar de su padre don Vasco Coutiño, conde de Borba, y Pedro de Sousa, capitan de Azamor, caudillos todos valerosos y muy determinados de ensanchar el señorío de Portugal por aquellas partes de Africa, provincia dividida en muchos reinos poco conformes entre sí y á propósito para ser fácilmente conquistados.

LIBRO TRIGÉSIMO.

CAPITULO PRIMERO.

Que algunos cardenales se apartaron de la obediencia del Papa.

Casi á un mismo tiempo el rey Católico, despedidas las Cortes de Monzon, por Zaragoza dió vuelta á Castilla, y el papa Julio salió de Roma la vuelta de Boloña. El mismo Rey pretendia hallarse en las Cortes que tenia aplazadas para la villa de Madrid y acudir á la conquista de Africa, donde publicaba queria pasar en persona para reparar el daño que se recibió en los Gelves. Demás desto, la guerra de Italia le tenia puesto en cuidado á causa que todos los príncipes se querian valer de su ayuda. El Pontífice desde Boloña, en que entró por fin de setiembre, queria dar calor á la guerra de Ferrar-

ra, por cuanto su sobrino el duque de Urbino con la gente de la Iglesia hacia poco progreso; antes por estar el enemigo muy apercebido y con el arrimo de Francia alentado, llevaba lo peor, y con su campo retirado cerca de Módena. Hallóse el rey Católico en Madrid á los 6 de octubre, dia en que presentes los embajadores del Emperador y del príncipe don Carlos y el nuncio del Papa, conforme á lo capitulado en Bles, hizo el juramento en pública forma de gobernar aquel reino con todo cuidado, hacer y cumplir todo aquello que á oficio de verdadero y legítimo tutor y administrador incumbia. Junto con esto, para cumplir con el Papa por la obligacion de la investidura que le dió, mandó que Fabricio Colona con trecientas lanzas del reino de Nápoles, gente esco-

gida, fuese á juntarse con la de la Iglesia, con instrucción de ayudar en la guerra de Ferrara, mas no contra el rey de Francia; antes para tenelle contento y á su instancia mandó al almirante Vilamarin que con once galeras que volvieron de los Gelves á Nápoles acudiese á las marinas de Génova para junto con la armada de Francia asegurar aquella ciudad en el servicio de aquel Rey, de suerte que no hiciese novedad como se recelaba. El duque de Termens tenia en Verona sus cuatrocientas lanzas en servicio del Emperador, y aun fué el todo para que aquella ciudad no viniese en poder de venecianos, que en esta sazón la tuvieron muy apretada con cerco que sobre ella pusieron con mucha gente. Acudió el gran Maestre con cuatrocientas lanzas á dar socorro á los cercados; pero antes que llegase, los enemigos eran idos. El Papa á su partida mandó que todos los cardenales le siguiesen. Algunos por recelarse de su condicion ó por inteligencias que traian con Francia, pretendieron recogerse á Nápoles; mas como quier que el Virey no los acudiese, pasaron á Florencia. Allí el principal, don Bernardino de Carvajal, cayó malo; con esta ocasion se detuvieron, dado que el Papa les daba priesa para que fuesen donde él estaba. Ellos dilataban su ida hasta ver qué camino tomaban las cosas de la guerra, porque en esta sazón que el Papa se hallaba en Boloña y su ejército en Módena, el gran maestre de Francia acometió una empresa muy extraña. Esto fué que con las cuatrocientas lanzas que llevaba al socorro de Verona y con otras docientas que tenia en Rubiera revolvió sobre Boloña, confiado en los Beutivollos que iban con él, y le prometian de dalle entrada en aquella ciudad. El Pontífice y todo el colegio estuvieron en grande peligro. Proveyó Dios que á muy buen tiempo llegó Fabricio Colona y su gente, con cuya llegada los del Pontífice se reforzaron, y los franceses fueron forzados de alzar su campo y cerco sin hacer algun efecto y sin que los nuestros les hiciesen otro enojo por guardar el órden que llevaban y el respeto que al rey de Francia se debía. Sucedió que el Papa adoleció en aquella ciudad de suerte que poca esperanza se tenia de su vida, que dió ocasion á nuevas esperanzas y pláticas no muy honestas que pasaron entre los cardenales. El Papa, avisado deste desórden, á los 11 del dicho mes los llamó á consistorio. Allí publicó una bula muy rigurosa contra los que cometiesen simonía en la eleccion del pontífice, que tenia ordenada desde el principio de su pontificado, y por diversos respetos se dilató su promulgacion hasta esta coyuntura. Con todo esto estaba muy receloso de los cardenales que se quedaron en Florencia, tanto, que por atajar las inteligencias que tenian con Francia, se contentaba y venia en que se retirasen á Nápoles como al principio ellos mismos lo deseaban, pero ellos tenian sus pretensiones tan adelante, que no vinieron en ello; antes los cardenales don Bernardino y el de Cosencia se pasaron á Pavia con voz que pretendian juntar concilio general para tratar de la reformation de la Iglesia y aun proceder hasta deponer al Papa; camino y traza de grandes inconvenientes y daños. Hacian espaldas á estos cardenales y á sus intentos el rey de Francia y el Emperador, y aun procuraron atraer á su partido al rey Católico, tanto, que en-

tre el Emperador, por medio de Mateo Lango, su secretario, ya obispo de Gursa, que tenia gran cabida con aquel Príncipe y le despachó para este efecto, se asentó confederacion con el rey de Francia en Bies á los 14 de noviembre, en que intervino el embajador del rey Católico Cabanillas, con poderes limitados é instruccion el Papa. En aquella junta, demás de declarar que todos los príncipes confederados, conforme á lo capitulado en Cambray, quedaban obligados á ayudar al Emperador á cobrar la parte que del estado de venecianos le tocaba, se acordó de procurar con el Papa estuviere á justicia y á derecho con el duque de Ferrara; y para apremiarle á que viniese en esto, ordenaron que el Emperador en sus estados, y lo mismo en Aragon y Castilla, se juntasen concilios nacionales para determinar las mismas cosas que poco antes se establecieron en la iglesia gallicana, que se juntó primero en Orlieus, y después en Tours, es á saber, que todas las personas eclesiásticas de aquel reino, sin exceptar ni cardenales ni los familiares del Papa, fuesen á residir en sus beneficios con apercibimiento, si no obedecian, que todas sus rentas se secretasen y gastasen en pro de las mismas iglesias; resolucion muy perjudicial, principio y puerta de alborotos y de scisma, y que forzó al Papa á publicar sus censuras contra los que obedeciesen aquel mandato y declarar por descomulgados al gran maestre de Francia, á Trivulcio y á todos los capitanes que en Italia estaban á servicio y sueldo del rey de Francia y á los que intervenian en las congregaciones de la iglesia gallicana. El rey Católico nunca quiso ser parte en la nueva avenencia de Bies, y mucho menos aprobar ni seguir aquel ejemplo de la iglesia gallicana tan descominado; antes procuró con todas sus fuerzas apartar al Emperador de aquel intento y hacer se reconciliase con el Papa y concertarse con venecianos. Tratábase en esta sazón de casar la reina de Nápoles, sobrina del rey Católico, con Carlos, duque de Saboya. Llegó el tratado á señalar en dote de la Reina docientos mil ducados, y aun se halla que aquella señora se intitulaba por este tiempo duquesa de Saboya. Sin embargo, este matrimonio no se efectuó, y el Duque casó adelante con doña Beatriz, infanta de Portugal. En Nápoles se alborotó el pueblo á causa que intentaron de asentar en aquella ciudad y reino la Inquisicion á la manera de España. Comenzaba á ejercer el oficio el inquisidor Andrés Palacio juntamente con el ordinario. La revuelta fué tan grande, que por atajar mayores males el Virey publicó un edicto en que mandaba que los judíos y los nuevamente convertidos, que vinieron en gran número de España huidos, saliesen de aquel reino y desembarazasen por todo el mes de marzo. Junto con esto proveyó que atento la religion y observancia de aquella ciudad y de todo el reino, la Inquisicion se quitase, con que todos sossegaron. El mismo Papa era deste parecer, que por entonces no debian alterar la gente con poner en aquel reino aquel nuevo y severo tribunal.

CAPITULO II.

Que los franceses tomaron á Boloña.

No se aseguraba el rey de Francia del rey Católico, antes sospechaba se queria ligar con el Papa en daño suyo. Los suizos asimismo, que tiraban sueldo del Pontífice, le hacian dudar no volviese la guerra contra Milan. Trató de concertarse con el Papa por medio del cardenal de Pavia, que podia mucho con él. Ofrecia buen número de gente de á pié y de á caballo para la guerra contra el Turco, y que acabaria con el duque de Ferrara dejase á Cento y la Pieve, y que tornase á pagar el censo que solia de cuatro mil ducados por año, dado que el papa Alejandro le relajó el censo, y entregó aquellos lugares en parte del dote con Lucrecia de Borgia; demás desto, que alzaria mano de las tierras que tenia en la Romaña. Todos eran buenos partidos, si el Papa no tuviera por cierto que tomaria al Duque todo el estado. Estaba ya apoderado de Módena, y pretendia hacer lo mismo de Regio y Rubiera, pueblos principales de su condado. Agraviábase desto el Emperador á causa que todo aquel condado de Módena era feudo del imperio, y dél le tenian los duques de Ferrara. Hízole requerir que no pasase adelante, y que restituyese á Módena. Venia el Papa bien en ello; solo queria seguridad que no la entregaria á aquel Duque, ni menos al rey de Francia. El rey Católico tenia puesto su pensamiento en la empresa de Africa, dado que no se descuidaba de las cosas de Italia. Mandó al duque de Termens que con su gente diese vuelta al reino de Nápoles, pues en el Veronés no se hacia efecto de momento por estar el Emperador ausente, y no tener ejército bastante. Hízole así, y de camino visitó al Papa en Boloña, y dél fué muy bien recibido y ácariciado. El rey Católico, pospuesto todo lo al, por principio de enero del año de 1511 pasó de Madrid á Sevilla para dar calor á los aparejos que se hacian para la guerra de Africa. Quería reparar el daño y mengua que se recibió en los Gelves, tanto mas que en la isla de Querquens, puesta entre los Gelves y Túnez, fué muerto por los moros, que sobrevinieron de sobresalto de noche, el coronel Jerónimo Vianelo con cuatrocientos soldados que salieron á hacer agua; sucedió esta desgracia el mismo día de Santo Matía. Lo mismo hizo el Papa, que en el corazon del invierno, que fué muy recio, continuaba la guerra contra Ferrara, y porque sus gentes y las de la señoría hacian poco efecto, determinó ir en persona á cercar la Mirándula. Apretóla tanto, que la Condesa, mujer que fué del conde Ludovico Pico, la entregó. Vióse el Papa en este cerco en peligro de la vida, porque una bala abatió la tienda en que estaba con otros cardenales; grande fué el espanto, el daño ninguno. Para memoria deste milagro mandó colgar en la bala, que es como la cabeza de un hombre, delante la imágen de nuestra Señora de Loreto, y allí está hasta el día de hoy al lado de la epístola. De Mirándula el Pontífice dió la vuelta á Boloña, pero mandó pasar su ejército contra Ferrara. Acudióle Andrés Gritti con parte del ejército de venecianos, todos con intento de ponerse sobre aquella ciudad. Toda esta diligencia fué de poco efecto á causa que la gente del Duque se hallaba muy en orden, y el gran maestre de

Francia con la gente que tenia en el Veronés se acercó á la ribera del Po con muestra de dar la batalla si fuese necesario para defender á Ferrara. Por esto los de la Iglesia dieron la vuelta, y el gran Maestre fué á Regio, do tenia puesto á Gaston de Fox, duque de Nemurs. Desde allí cargó sobre Módena, que se tenia ya por el Emperador, ca el Papa, á persuasion del rey Católico, se la restituyó por este mismo tiempo. Estaba en ella con gente de la Iglesia Marco Antonio Colona, que la defendió muy bien y con mucho valor. El Papa acordó intentar de nuevo de entrar en el Ferrares por la via de Ravena, por donde pensaba hallar el camino mas fácil y ayudarse mejor de la armada veneciana. Con esta resolucion partió con su ejército de Boloña; mas tampoco esta entrada fué de provecho, antes la gente del Duque desbarató la del Papa, y las galeras venecianas no se atrevieron á subir por el Po arriba por miedo del artilleria que tenian plantada en la ribera de aquel caudaloso rio. Falleció en Regio en esta sazón el gran maestre de Francia, señor de Chamonte; su muerte fué á los 11 de febrero. Por el mes de marzo, el Papa, entre nueve cardenales que crió en Ravena, dió el capelo á los obispos sedunense, suizo de nacion, y al de Gursa, secretario del César, que era venido á Italia de parte de su señor á dar corte en los negocios y diferencias que tenia con venecianos y con Francia y con el Papa. Quedó por general en lugar de Chamonte Juan Jacobo Trivulcio, padre de la condesa de la Mirándula. Prometiéronle los Bentivollas que le darian las puertas de Boloña, do hallaria la gente de guarnicion muy descuidada de trama semejante. Acudió Trivulcio con sus gentes, y sin dificultad se apoderó de aquella ciudad, porque el duque de Urbino, que allí quedó por su tío, avisado de su venida y de las inteligencias que tenia con aquellos ciudadanos, se salió con la gente que allí tenia de guarnicion y los demás capitanos. Salióse asimismo el cardenal de Pavia Francisco Alidosio, y fuese á Ravena, donde halló al Papa, en cuya presencia cargó la culpa de la pérdida de Boloña al Duque; y aun decia que tenia inteligencias con el de Ferrara, y por estar casado con hija de su hermana, le pesaba de todo su daño. No faltó quien avisase desto al duque de Urbino, que se indignó desto tanto, que un día á tiempo que iba el Cardenal á palacio, si bien le acompañaba mucha gente y algunos capitanes, salió con gente y á estocadas le mató á los 24 de julio. Fué grande este atrevimiento; valióle ser sobrino del Papa, que si bien mostró gran sentimiento de aquella desgracia y exceso, no faltó quien dijese que por su orden se cometió aquel caso.

CAPITULO III.

Que algunos cardenales convocaron concilio general.

En el conclave en que fué elegido el pontífice Julio, todos los cardenales antes de la eleccion se obligaron por juramento que cualquiera de ellos que saliese papa, dentro de dos años juntaria concilio general. Demás desto, en los concilios de Constancia y de Basilea quedó establecido que cada diez años se juntase el dicho concilio, so graves penas que ponen á los que lo impidiesen. El papa Julio, despues que se vió con el pontificado

señor de todo, mostró no hacer caso ni del juramento que hizo ni de lo por aquellos concilios decretado; que parecia poco miramiento y poca cuenta con lo que era razon. Alegábanse muchos desórdenes que en los tiempos, en particular de los papas Alejandro y Julio, se veían en la corte romana y en el sacro palacio. Deseaban muchas personas celosas algun remedio para atajar un daño tan comun y un escándalo tan ordinario; pero no se hallaba camino para cosa tan grande. Este celo, junto con la indignacion que el Emperador y el rey de Francia tenían con el Papa, dió alas á los dos cardenales que estaban en Pavia, es á saber, don Bernardino y Cosencia, y al de Narbona que se juntó con ellos, para que en su nombre y de otros seis cardenales intentasen un remedio muy áspero y de mayores inconvenientes que la misma dolencia que pretendían curar. Despacharon sus cartas en Milan, dose pasaron de Pavia, en la misma sazón que la guerra de Ferrara andaba mas encendida, para convocar concilio general. En ellas declaraban los motivos que tenían y las razones con que se justificaba aquel medio tan extravagante. Acudieron el obispo de Paris y otros prelados de Francia; asimismo el conde Jerónimo Nogarolo y otros dos vinieron de parte del Emperador, y otros tantos en nombre del rey de Francia para asistirlos. Estos despacharon al tanto sus edictos en nombre de sus príncipes, en que decían que los emperadores y reyes de Francia siempre fueron defensores y protectores de la Iglesia romana, y como tales para obviar de presente los escándalos públicos y procurar el aumento de la fe y paz de la Iglesia, se determinaban de acudir al remedio comun, que era juntar el concilio. En todos estos edictos se señalaba para celebrar el concilio la ciudad de Pisa para que todos acudiesen y se hallasen 1.º de setiembre. El emperador en todo lo demás se conformaba; solo pretendia que el concilio se trasfiriere á Alemania, y se señalase la ciudad de Constancia por caer Pisa tan léjos y estar alborotada y falta por la guerra que tantos años los pisanos continuaran con los florentines. El rey Católico, luego que supo tan gran desorden, se declaró por contrario á estas tramas, tanto con mayor voluntad, que los cardenales en sus edictos le querían hacer parte en aquella resolucion. Procuró con el Emperador desistiese de un camino tan errado; advertiale de los malos sucesos y efectos que de semejantes intentos otros tiempos resultaron; que no podia este negocio parar en menos que alborotos de la Iglesia y scisma. A su embajador Cabanillas mandó que, aunque con palabras muy corteses en forma de requerimiento suplicase al rey de Francia de su parte fuese contento que el condado de Boloña se restituyese al Papa, y no se procediese adelante ni en invadir las tierras de la Iglesia, y mucho menos en la convocacion del concilio. Excusábase el rey de Francia con que el Papa habia innovado, y no queria pasar por lo que tenían capitulado; que el suceso de las guerras está en las manos de Dios, y él da las victorias de su mano á quien le place. Todavía seria contento de aceptar la paz con partidos honestos y razonables; en particular queria que se guardase la capitulacion de Cambray; que los cardenales que salieron de la corte romana volviesen á su primer estado;

que el marqués de Mantua, que servia de general de la gente veneciana, se le relajase el juramento con que como tal se obligó á aquella señoría, y se le restituyese un hijo, que para seguridad desto entregó en poder del Papa; que recibiese en su gracia al duque de Ferrara, y revocase las sentencias que se dieron contra él, sin que restituyese las tierras que tenia de la otra parte del Po ni Cento y la Pieve, pues se le dieron en dote, como queda apuntado. Las mismas cosas se pedían al Papa de parte del Emperador; él empero las tenia por muy graves, y como era de pensamientos tan altos, no sufría que nadie para obedecelle y hacer lo que era obligado le pusiese ley. El rey Católico, visto que no se hallaba remedio para atajar aquel escándalo tan grande, se resolvió de declararse por el Papa con tan grande determinacion, que alzó la mano de la conquista de Africa, á que pensaba pasar en persona, y despidió mil archeros ingleses que le envió el rey de Inglaterra para que le acompañasen. Así desde Cádiz, do llegaron por principio de junio, los mandó volver á su tierra contentos y pagados. Demás desto, hizo asiento con aquel Rey que caso que el de Francia no restituyese á Boloña á la Iglesia ni desistiese de la convocacion del Concilio, el rey Católico acudiese al Papa; y si en tanto el de Francia rompiese por las fronteras de España, y en efecto para que no rompiese, el Inglés le hiciese guerra por la Guiena. Con esta resolucion partió el Rey de Sevilla para Búrgos. Desde Guadalupe dió orden que el conde Pedro Navarro fuese con la gente que tenia á Nápoles, do el virey don Ramon de Cardona con color de la guerra de Africa tenia muy en orden toda la gente de á caballo que tenia en el reino. Proveyóse asimismo que Tripol quedase incorporada en el reino de Sicilia para que desde allí los vireyes la defendiesen y proveyesen de lo necesario, para cuyo gobierno envió á don Jaime de Requesens con una buena armada. Esto se hizo á causa que pretendia servirse de Diego de Vera, que allí quedó por capitán, en su cargo de capitán general de la artillería. Gozó poco de aquella tenencia don Jaime, ca por un alboroto de los soldados que tenia en aquella ciudad, el virey de Sicilia lo sacó de allí con su caudillo, y envió á trueque por gobernador de Tripol y por capitán á su hermano don Guillen de Moncada.

CAPITULO IV.

Que el Papa convocó concilio para San Juan de Letran.

Mucho procuraba el rey Católico de sacar al Emperador de la amistad que tenia con el rey de Francia, que tan mal estaba á su reputacion. Envio para desengañalle y procurar se concertase con venecianos y ligase con el Papa á don Pedro de Urrea, y para que sucediese en el cargo de embajador al obispo de Catania don Jaime de Conchillós. El Emperador no acababa de resolverse por ser muy vario en sus deliberaciones. Acordó de enviar al de Guisa al Padre Santo para tomar algun asiento, y á don Pedro de Urrea á Venecia. Ofrecia el Pontífice en nombre de aquella señoría que quedasen por el Emperador Verona y Vicencia, y lo demás que pretendia por venecianos. Que por la investidura le contarian docientos y cincuenta mil ducados, y de pen-

sion treinta mil por año, y las demás diferencias quedasen en sus manos y en las del rey Católico para que las echasen á un cabo; partidos aventajados, pero que el de Guisa no quiso aceptar. Ni la ida de don Pedro de Urrea fué de algun efecto á causa que aquella señoría entendía por los humores alterados que andaban que en breve se revolvería Italia, con cuya revuelta ellos podían respirar y repararse de los daños pasados. Hacíase instancia de parte del Emperador y la princesa Margerita que el rey Católico acudiese con socorro de gente ó de dineros para contra el duque de Güeldres, por que confiado en las espaldas que el de Francia le hacía, no cesaba de molestar las tierras del señorío de Flándes y apoderarse de algunos lugares sin que nadie le fuese á la mano. Mas el rey Católico estaba tan puesto en acudir á lo de Italia, que poco caso hacía de todo lo al; y aún el mismo Emperador por no romper con el de Francia le parecía por entonces disimular. El verano iba adelante, en sazón que las cosas de portugueses en la India se mejoraban asaz por el valor y diligencia de Alonso de Alburquerque. Tuvo los años pasados el rey don Manuel noticia que mas adelante de Goa y Calicut está situada Malaca, ciudad de gran contratación. Dió orden á Diego Lopez Siqueira, que partió de Lisboa con cinco naves tres años antes deste, fuese á descubrirla. Hizo su viaje en su compañía García Sousa y Hernando Magallanes. Descubrió primero la isla de Somatra, que está contrapuesta á Malaca y debajo de la línea equinoccial, muy grande y fértil, dividida en muchos reinos; habitada parte de moros, parte de gentiles. Contrató con aquella gente, y de allí pasó á Malaca, ciudad grande y rica por el mucho trato que tiene, sujeta antiguamente al rey de Siam, y á la sazón tenía rey propio, que se llamaba Mahomad. Tuvo Siqueira sus hablas con este Rey. Hicieron sus alianzas, y con tanto el Capitan puso en una casa á Rodrigo Araoz con cierto número de portugueses para continuar el trato. El Moro, temeroso de los portugueses, intentó de apoderarse de las naves; no le salió esto, prendió los que halló descuidados en la ciudad. No tenían fuerzas bastantes los portugueses para satisfacerse de aquel agravio; alzaron las velas, y con la carga que pudieron tomar, desde Cochín, do tocaron, dieron la vuelta á Portugal. Alonso de Alburquerque, que ya tenía el gobierno de la India, determinó juntar su armada para vengar esta injuria. Partió de Goa, y llegó á tomar puerto en la isla de Somatra. De allí enderezó su viaje á Malaca. Sucedió en el viaje que encontró con una nave, acometiéndola y tomóla; ya que los portugueses la entraban, se emprendió tan grande llama, que fueron forzados á retirarse por no ser quemados. Entendióse despues que aquella llama se hacía con cierto artificio sin que hiciese algun daño. Poco adelante se vió otra nave; embistiéronla los cristianos y tomáronla, dado que un moro que iba en ella, por nombre Nahodabegúa, grande enemigo de portugueses, con otros la defendió valientemente hasta tanto que de las muchas heridas que le dieron cayó muerto. Notóse que con estar tan herido no le salía sangre ninguna. Despojáronle, y luego que le quitaron una manilla de oro, brotó la sangre por todas partes. Súpose que en aquella manilla traía engastada una piedra que en el

reino de Siam se saca de ciertos animales llamados cabrisias, y tiene maravillosa virtud para restañar la sangre. Llegó la armada á Malaca 1.º de julio. Hobo algunos encuentros con los de dentro, que se defendieron con todas sus fuerzas, pero en fin la ciudad quedó por el rey de Portugal. Desta manera se dilataba el nombre cristiano en los últimos fines de la tierra. En Italia la autoridad de la Sede Apostólica andaba en balanzas por el scisma que amenazaba. Acordó el Papa, dejada la guerra, dar la vuelta á Roma; allí por atajar los intentos de los cardenales scismáticos publicó sus edictos á los 18 del mismo mes, en que mandaba á los prelados y á todos los demás que se deben hallar en semejantes juntas acudiesen á Roma para celebrar un concilio general en la iglesia de San Juan de Letran, que se abriría lúnes, á los 19 de abril, del año luego siguiente. Publicaba el Papa que en el concilio quería tratar algunas cosas de grande importancia, como era que la reina de Francia no era legítima mujer de aquel Rey; que los estados de Guicena y Normandía pertenecían al rey de Inglaterra, y se debía dar á los naturales absolución del juramento que tenían prestado á los reyes de Francia, todo á propósito de enfrenar al Francés y ponerle espanto. El con este recelo no dejaba de dar oído á la plática de la concordia, y estuvo para concertarse con venecianos con las condiciones que ofrecían antes al Emperador; mas al fin le pareció mejor continuar el camino comenzado del concilio de Pisa, que pretendía de nuevo el Emperador se trasladase á Verona ó á Trento, sobre que hacía grande instancia. El Francés, que era el que guiaba esta danza, no venía en ello por estar Verona malsana, y Trento ser lugar pequeño para tanta gente como pensaban acudiría; antes solicitaba á los cardenales para que sin mas dilación abriesen el concilio en Pisa, y de los florentines tenía alcanzado entregasen aquella ciudad en poder de los cardenales. Sin embargo, ellos no se aseguraban de entrar en ella antes que el Emperador y rey de Francia enviasen sus embajadores y acudiesen algun buen número de prelados de aquellas naciones; y aun daban muestra de quererse reducir, y pedían seguridad para hacello, y que les señalase el Papa lugar en que pudiesen retirarse; todo era trato doble y entretener para con el tiempo asentar mejor sus cosas. Procedíase en Roma contra ellos; sustancióse el proceso y cerróse. Venido á sentencia, fulminó el Pontífice sus censuras, y condenó en privación de todas sus dignidades á cuatro cardenales, es á saber, Carvajal, Coscoia, Samalo, Bayos; lo mismo pretendía hacer con los cardenales Sanseverino y Labrit. Esta sentencia contradijo al principio el colegio. Llegaron algunos á excusillos; alegaban que solo pretendían se celebrase concilio en lugar seguro, en que se tratase de la reformation de la Iglesia en la cabeza y en los miembros. Y no faltaba quien dijese que el Papa por impedir la tal congregacion podia ser depuesto de su dignidad conforme á lo que el concilio de Basilea decretó en la sesión ovecena.

CAPITULO V.

De la liga que el rey Católico hizo con el Papa y con venecianos.

Andaban las pláticas entre el Papa y rey Católico para concertarse; apretábase el tratado cada dia mas. El Rey queria se le acudiese con dinero para pagar la gente; al Papa se le hacia muy de mal de privarse de aquella poca sustancia que para su defensa le quedaba. Esto sentia tanto, que á las veces revolvía en su pensamiento y aun movía partidos para concertarse con Francia; pero como quier que no le sucediese á su propósito, acudió al socorro de España como á puerto mas cierto y mas seguro. Llevóse el negocio tan adelante, que el Rey determinó enviar á Nápoles buena parte de la gente que tenia junta para pasar á Africa; quinientos hombres de armas, trecientos caballos ligeros y otros tantos jinetes y dos mil infantes se embarcaron en Málaga. Llevaba cargo de toda esta gente Alonso de Carvajal, señor de Jodar; de los infantes iba por cabeza el coronel Zamudio. La voz era que iban á la conquista de Africa; no venia bien ni se creía, porque al mismo tiempo que esta gente partió de España, que fué á principio de agosto, el conde Pedro Navarro llegó á Nápoles con hasta mil y quinientos soldados maltratados y desarrapados, reliquias de las desgracias pasadas. Entreteníase el rey de Francia con la plática que movió de casar su hija menor con el infante don Fernando, en que daba intencion de alzar la mano de la pretension que tenia á la sucesion de Nápoles. El rey Católico, dado que venia bien en el casamiento, todavia instaba que Boloña se restituyese á la Iglesia. El Francés se excusaba por razones que alegaba para no hacerlo. Las cosas amenazaban rompimiento. El Francés se concertó con los Bentivollas de tomar aquella ciudad debajo de su amparo; y para todo lo que podia suceder, mandó á Gaston de Fox, su sobrino, que era duque de Nemurs y le tenia puesto por su general y gobernador de Milan, enviase cuatrocientas lanzas á Boloña, y si fuese necesario, pasase con su ejército en persona á socorrerla. Por otra parte, un embajador de Inglaterra, que fué á Francia para este efecto, y el embajador Cabanillas hicieron un requerimiento en pública forma al rey de Francia sobre la restitucion de Boloña, que era tanto como denunciarle la guerra, si en cosa tan justa no condescendia. Alteróse mucho el Francés desto; respondió por resolution que determinaba de defender á Boloña de la misma manera que á Milan. Sucedió que el Papa adoleció de guisa, que se entendia no podia escapar. El Emperador asimismo vino á Trento por el mes de seliembre; desde allí el obispo de Catania se despidió para dar la vuelta á España. Habia este Príncipe entrado en pensamiento de ser puesto en la silla de san Pedro en lugar del Papa. Fomentaba esta imaginacion el cardenal de Sanseverino, uno de los scismáticos, que andaba en aquella corte en ayuda y en nombre de su parcialidad, y le allanaba el camino, no solo para salir con el pontificado, sino para hacerse señor del reino de Nápoles con favor de los señores de su casa, y aun de toda Italia, si se determinase ir en persona á dar calor al concilio de Pisa en que ya estaban los otros cardenales sus con-

sortes; todas eran trazas en el aire, y muy diferentes de las que el Rey, su consuegro, con mas fundamento tramaba. Concluyóse pues la liga, que llamaron santísima, entre él y el Papa y venecianos á los 4 de octubre, por la restitucion de Boloña y de las otras tierras de la Iglesia y por la defensa de la Sede Apostólica contra los scismáticos y el concilio de Pisa. Las condiciones fueron que el Rey dentro de veinte dias despues de la publicacion desta alianza enviase mil y doscientos hombres de armas, mil caballos ligeros, diez mil infantes españoles á esta empresa; el Papa quedó de acudir con seiscientos hombres de armas debajo la conducta del duque de Termens; la señoría con su ejército y con su armada para que se juntase con las once galeras del rey Católico. Mientras la guerra durase, el Papa y venecianos se obligaron de pagar para la gente del Rey por mes cuarenta mil ducados y de dar el dia de la publicacion desta liga ochenta mil por la paga de dos meses. Quedó á cargo del Rey nombrar general de todo el ejército, y señaló á don Ramon de Cardona, su virey de Nápoles. En este tratado los venecianos renunciaron cualquier cantidad que hobiesen prestado á los reyes de Nápoles que fueron de la casa de Aragon. El Emperador no entró en esta liga; declaróse empero en las capitulaciones en particular que se hizo con su sabiduría y con participacion del rey de Inglaterra. Resolvióse el Papa de venir en estas condiciones, á lo que se entendió, por tres causas: la una, que estando él dotiente, los barones de Roma y el pueblo se alteraron y pusieron en armas con intento que les guardasen sus privilegios y que eran gobernados tiránicamente; la otra, que los florentines se tenian por Francia, que daba ocasion de temer que cada y quando que quiesese podria aquel Rey sin resistencia llegar á Roma y enseñorearse de todo hasta poner pontífice de su mano; lo que sobre todo le hizo fuerza era el concilio de Pisa, ca tenia gran recelo no procediesen á deponelle y á criar antipapa, como se publicaba lo pretendian hacer. En esta misma sazón Diago García de Paredes, que hizo mucho tiempo oficio de cosario, y por esta causa cayó en desgracia de su Rey, andaba en servicio del Emperador; y fué por dos veces preso, una junto á Verona en cierto encuentro que con los imperiales tuvieron los albaneses; la segunda en Vencia, do estaba enfermo al tiempo que aquella ciudad se redujo á la obediencia de la señoría. El almirante Vilamarin, que era ido con sus galeras á España, por órden del Rey dió vuelta á Nápoles para acudir á las cosas de la liga. Quedó en la costa de Granada Berenguel de Oims con algunas galeras. Por otra parte, Rodrigo Bazan con otros capitanes y gente iban á quemar ciertas fustas que se recogian en el rio de Tetuan. Túvose aviso que el rey de Fez venia muy poderoso sobre Ceuta; acudieron los unos y los otros al socorro. Quando llegaron á Ceuta supieron que el de Fez era pasado á ponerse sobre Tanger, plaza que tenia por capitan á don Duarte de Meneses, muy buen caballero. Acudieron luego á aquella parte, llegaron un sábado, 18 de octubre. Tenian los moros el lugar en mucho aprieto, porque hicieron gran daño con su artillería en las murallas y gente, y pasaron sus estacuas junto

á las minas que tenían hechas para batir la ciudad. Salieron del pueblo Rodrigo Bazan y sus compañeros. Dieron sobre una de las estancias de los enemigos, que les hicieron desamparar con muerte de muchos de los principales moros que allí estaban. Otro día salieron los portugueses de á caballo á escaramuzar con los moros; hicieronlo tan valientemente y con tanta destreza, como muy ejercitados contra moros, que el rey de Fez perdió la esperanza de salir con su empresa, tanto, que el día siguiente mandó levantar sus reales. Así los capitanes de Castilla volvieron á Gibraltar con la honra de haber socorrido aquella ciudad y librádola de enemigo tan poderoso y bravo.

CAPITULO VI.

La guerra se comenzó en Italia.

Apercebiase el virey de Nápoles para salir con su gente. El conde Pedro Navarro iba por general de la infantería, que tenía alojada en Gaeta y por los lugares de aquella comarca. La caballería muy en orden y todos prestos para marchar. Excusóse de ir á esta jornada Próspero Colona; parecía no lo podía hacer con reputación sin llevar algun cargo principal. Por esta causa se dió á Fabricio Colona nombre de gobernador y teniente general. El conde de Santa Severina Andrés Garrafa asimismo no quiso ir. Notóse que los que con mas voluntad se ofrecieron fueron los barones de la parte angevina. Entre ellos se señalaron el marqués de Bitonto, hijo del duque de Atri, el marqués de Ateleta, hijo único del príncipe de Melfi, el duque de Trage-to, los hijos de los condes de Matalon y de Aliano. El príncipe de Bisignano, dado que se quedó por doliente, por ser la guerra contra Francia, envió el collar y orden de San Miguel á aquel Rey; lo mismo hicieron los de Melfi y Atri y Matalon. Partió primero el conde Pedro Navarro con su infantería la vía de Pontecorvo; poco despues, á 2 de noviembre, salió la caballería, que era muy lucida gente, en compañía del Virey. En este medio el ánimo del Emperador combatian varios pensamientos y contrarios: por una parte el cardenal Sanseverino continuaba en sus promesas mal fundadas; por el contrario, el embajador don Pedro de Urrea ofrecía, si entraba en la liga para atajar los males que amenazaban, le ayudarían con el ejército comun y á su costa para enseñorearse del ducado de Milan y aun para allanar lo de Güeldres. Este camino parecía á aquel Príncipe mas seguro y mas llano, si bien conforme á su condicion nunca acababa de resolverse. Tornaba á querer concierto con venecianos con las condiciones y partido que ofreció el Papa al de Gursa. Era ya tarde, en sazón que los venecianos, demás de estar muy confiados en el ejército de la liga, tenían de su parte mil hombres de armas, fuera de otros docientos con que fué á servilles Pablo Ballon, caudillo de fama; tenían otrosí mas de tres mil caballos ligeros, en buena parte albaneses, gente muy diestra, y nueve mil infantes. Verdad es que el embajador de Roma Jerónimo Vic se dió tal maña, que concertó treguas entre aquella señoría y el Emperador; cosa que, aunque no sirvió para que los venecianos se juntasen con el ejército de la li-

ga, para lo de adelante importó mucho. El rey de Francia no se descuidaba en dar orden que su general Gaston de Fox saliese á combatir el campo de la liga con toda su gente y la que de nuevo le proveyó de Francia; y aun de los suizos pretendía levantar gran número y divertillos que no entrasen en la liga ni aun acudiesen á la defensa de la Iglesia como se procuraba por medio del Cardenal sedunense. Juntamente por entretener al Emperador le ofrecía por medio de Andrea del Burgo de hacelle Papa, si lo quisiese ser, y si no, que se eligiera pontífice de su mano; tan poco miramiento se tenía en negocio tan grave. Demás desto, que recobraría las tierras que de la Iglesia pertenecian al imperio, y del reino de Nápoles le daría la parte que en él quisiese, y el ducado de Milan y ciudad de Génova le acudirían perpetuamente con cierto número de gente siempre que tuviese guerra. Las diferencias de Güeldres ofrecía se comprometerían en las personas que el mismo César nombrase; partidos todos tan grandes, que nadie se podía asegurar del cumplimiento. Entonces el cardenal de Sanseverino se despidió del Emperador con poco contento por la poca resolución que en sus pretensiones llevaba. Quería el Virey llevar su ejército la vía de Florencia para de camino asegurarse de aquella ciudad, que seguía la voz de los scismáticos y de Francia; mas el Papa no lo consintió, y mandó que por el Abruzzo pasase á la Romaña, y desde allí á Boloña. El tiempo era muy recio y la tierra muy áspera; adolecieron muchos del ejército, murieron pocos. Llegó con toda su gente á Imola, do se detuvo por esperar la artillería de batir que venía por mar; y de Manfredonia, donde se embarcaron, aportó á Arimino el mismo día de Navidad, principio del año de 1512; de allí se llevó á Imola. El conde Pedro Navarro con la infantería se hallaba mas adelante en Lugo y Bañacabalo; acordó por no perder tiempo de pasar á combatir la Bastida, que era una fortaleza del duque de Ferrara puesta sobre el Po, y tenía dentro de guarnicion docientos y cincuenta italianos. Aprobó el Virey esta resolución del Conde; comenzaron á combatir la postrero de diciembre; defendiéronse los de dentro muy bien, pero al tercero combate fué entrada por fuerza; murieron casi todos los que tenía en su defensa, con su capitán Vestitelo. Gauóse en esto reputación á causa que en cinco días ganaron aquella fuerza, que se tenía por inexpugnable; entregáronla al cardenal Juan de Médicis, que iba en el ejército por legado del Papa. Descaba el rey de Francia tener en su poder á don Alonso de Aragon, hijo segundo del rey don Fadrique. Hizo tantas diligencias sobre ello que la reina doña Isabel, su madre, aunque era de solos doce años, se le entregó. Publicaban los franceses que en breve con la armada de Francia le llevarían al reino de Nápoles, para con esta traza alterar el pueblo y alzalle por rey. Parecía esta empresa fácil por quedar Nápoles desnuda de soldados y la gente del reino muy deseosa de ser gobernados por sus reyes naturales y propios como de antes; que siempre lo presente da fastidio; y lo pasado parece á todos mejor; juicio comun, mas que muchas veces en- gaña.

CAPITULO VII.

Del cerco de Boloña.

Ganada la Bastida, el conde Pedro Navarro con su gente dió vuelta á Imola. En Butri, donde pasó todo el campo, se trató en consulta de capitanes de la manera con que se debía hacer la guerra. Fabricio Colona y los demás de la junta eran de parecer que el ejército se fuese á poner en Cento y en la Pieve, que ganara aquellos dias Pedro de Paz con los caballos ligeros, y que combatesen á Castelfranco, plaza importante por ser fuerte y estar entre Carpi, do alojaba la gente francesa, y Boloña. Decian que desde allí discurriese el ejército por los lugares del condado de Boloña, y ganados, se podia poner el cerco sobre la ciudad, ca siempre las empresas se deben comenzar por lo mas flaco; además que se tenia aviso como Gaston de Fox con gente de á pié y de á caballo venia en socorro de aquella ciudad, y que estaban dentro el bastardo de Borbon, el señor de Alegre y Roberto de la Marca con trecientas lanzas francesas y la gente de la ciudad, que era mucha y belicosa asaz. El conde Pedro Navarro porfiaba se debía ir luego sobre Boloña, pues distaba solas quince millas; que divertirse á otras partes seria perder reputacion. Hacia la empresa muy fácil, como hombre que por su atrevimiento tanteaba el suceso de lo demás. Este parecer se siguió por tener el Conde gran crédito entre la gente de guerra y aun porque servia de mala gana cuando no se ejecutaba lo que él queria; propiedad de cabezudos. Salió de Roma el Duque de Termens con la gente del Papa, y porque murió en el camino, y el duque de Urbino no quiso por entonces acetar aquel cargo, aunque poco despues envió su teniente, ordenó el Papa á los capitanes obedeciesen al Legado, y entregasen la gente al Virey, al cual envió la espada y bonete junto con las banderas que bendijo en la misa de Navidad. Los venecianos ni acudian con el dinero, segun tenian concertado, ni con su gente; antes con la sombra de la liga pretendian recobrar las tierras de su estado que se tenían por el Emperador, y aun si pudiesen, las que por Francia. Salió el Virey de Butri, llegó á poner su campo á cuatro millas de Boloña, reconoció la tierra, que es muy fuerte, y por el riego muy mala de campear, mayormente en tiempo de invierno. Otro día, que fué á 10 de enero, pasó con toda la gente delante para reconocer en qué parte baria sus estancias. Llegó hasta una casa de placer, que decian Belpogio, y era de los Bentivollas, á tiro de cañon de la ciudad. Dentro de Boloña se hallaban ya en esta sazón quinientas lanzas y dos mil soldados, y por capitán principal monsieur de Alegre. Sucedió que el mismo día que el Virey partió de Butri, el duque de Ferrera acudió con gente á la Bastida. Dióle tanta priesa, que en veinte horas la forzó, y la mandó echar por tierra. Asentó el Virey con su gente en aquella casa de placer. Mas adelante con parte de la infantería se pusieron el marqués de la Padula y el conde de Pópulo, que se apoderaron de un monasterio, que llamaban San Miguel del Bosque, y apagaron el fuego que los mismos de dentro le pegaron por quitar aquel padrastró. Allí plantaron algunos tiros de artillería, y los demás se plantaron en un cerro que se levanta mas adelante, por

donde acordaban que se diese la batería. Antes deslo se tuvo aviso que Gaston de Fox, duque de Nemurs, en Parma juntaba su gente, que eran ochocientas lanzas, mil caballos ligeros y tres mil infantes, y que en el Final, pueblo á veinte millas de Boloña, se juntaría con él la gente del duque de Ferrara, que eran dos mil gascones y algun número de caballos con determinacion de hacer alzar el cerco. Alojaba Fabricio Colona en Cento y en la Pieve con la avanguardia del ejército para impedir el paso á los franceses. Ordenóle el Virey que con toda su gente viniese á ponerse por la otra parte de la ciudad hácia la montaña. Acordaban de nuevo se pasase allí la artillería y se diese la batería por ser el muro mas flaco por aquella parte; pero poco despues acordaron que el campo estuviese todo junto en lugar que se asegurase la artillería, y se atajase el paso á los que venian de socorro. Asentóse la artillería entre San Miguel y la puerta de Florencia. Comenzóse la batería á los 28 de enero, con que abatieron parte del muro, y algunos soldados pudieron subir á una torre, en que pusieron sus banderas. Acudieron los de dentro, y al fin los echaron fuera. Sacaba una mina el conde Pedro Navarro. Pegaron fuego á los barriles para volar los adarves. Con la fuerza de la pólvora se alzó el muro, de manera que los de dentro y los de fuera se vieron por debajo. Tornó empero luego á asentarse tan á plomo como antes. Túvose por milagro y favor del cielo por una devota capilla que tenían por de dentro pegada á la muralla, y se llamaba del Baracan, que voló y se asentó como lo demás. Hallábase sin embargo la ciudad en mucho aprieto y peligro de ser tomada, cuando sobrevino una nieve, que continuó tres días. Con esto el General francés tuvo comodidad de meterse una noche dentro de Boloña con gran golpe de gente, no solo sin que le impidiesen los contrarios por estar algo apartados, sino sin ser sentido de las centinelas. Por esto y por la aspereza del tiempo y las nieves que continuaban, acordaron los de la liga de alzar el cerco y retirarse todo el campo con la artillería á San Lázaro, que está á dos millas de Boloña. La gente del Papa no paró hasta que llegó á Imola. El Virey se pasó al castillo de San Pedro, y los demás capitanes alojaron su gente por aquella comarca. En esto paró aquel cerco tan famoso y de tan grande ruido. Los mas, como suele acontecer en casos semejantes, cargaban al General que, sin tener consideracion á la aspereza del tiempo, dejó pasar ocho días en que se pudiera hacer efecto; que los reales se asentaron muy léjos de donde debian estar; las minas y trincheas para batir el muro se sacaron no como debian; finalmente, que el recato era tan poco, que el enemigo se les pasó sin ser sentido. A la verdad el tiempo era muy áspero, y ni los suizos vinieron como se cuidaba, ni los venecianos acudieron con su gente. Halláronse en este cerco con los demás Antonio de Leiva, el capitán Albarado, el marqués de Pescara don Hernando Davalos, que fué adelante muy famoso capitán. El de Inglaterra se apercebía para luego que el tiempo diese lugar romper con Francia por la parte de Guieña; pretension antigua de aquellos reyes sobre que en nombre del rey Católico hacia instancia don Luis Carroz, su embajador. Tenia nombrado por general para aque-

lla guerra á Tomás Graye, marqués de Orset, primo hermano del mismo Rey. Acordó asimismo el rey Católico que se sobreyese por entonces en la conquista de Africa y se sacase la gente de guerra que tenía en Oran, quedando allí sola la necesaria para la defensa. Entonces se ordenó que se hiciese repartimiento de aquella ciudad; señalaron seiscientas vecindades, las doscientas de gente de á caballo, y las otras de á pié; repartieron entre los pobladores las casas, huertas y tierras de la ciudad, todo á propósito que con mas facilidad se pudiese sustentar aquella plaza. Para que de mejor gana acudiesen á poblar, se concedió á los vecinos franqueza de tributos y alcabalas además del sueldo que á todos les mandaban pagar. En esta misma sazón, postrero de enero, parió en Lisboa la reina doña María un hijo, que se llamó el infante don Enrique, y fué adelante cardenal, y últimamente, por muerte de susobrino el rey don Sebastian, murió rey de Portugal; ocultos y altos juicios de Dios. El mismo día que nació este Infante nevó mucho en Lisboa, cosa muy rara en aquella ciudad. Los curiosos decian que pronosticaba aquella nieve la blancura de sus costumbres, que fueron muy santas, y la pureza de la castidad, en que perseveró toda la vida; en el rostro fué el mas semejante á su padre entre todos sus hermanos. Hallábase el rey Católico en Búrgos; allí, á los 16 de febrero, por muerte del condestable don Bernardino de Velasco, concertó que su hija doña Juliana, nieta del mismo Rey por parte de su madre doña Juana de Aragon, casase con Pero Hernandez de Velasco, hijo mayor de don Inigo, que sucedió á su hermano don Bernardino en aquel estado de Haro y en el oficio de condestable.

CAPITULO VIII.

Que el Papa descomulgó al rey de Navarra.

La ausencia del duque de Nemurs dió avilenteza á los de Bresa y á los de Bérnago para levantarse contra Francia y volver á poder de venecianos, excepto los castillos. Era este negocio muy grave y principio de que todas aquellas ciudades de nuevo conquistadas hiciesen lo mismo. Acordó el Duque, luego que socorrió á Boloña, de acudir á aquella parte; llevó consigo al señor de Alegre. Quedó en Boloña un capitán francés, por nombre Fulleta, con trecientos hombres de armas y tres mil infantes en defensa de aquella ciudad. Al encuentro del de Nemurs salió Gritti con el ejército de la señoría y todo el pueblo de Bresa. Retiróse él á la montaña, y pasada la media noche, entró en la ciudad por la parte del castillo. Desde allí pasó á dar en el real de los venecianos. Tratóse una batalla muy reñida y herida; murieron muchos de ambas partes, mas la victoria quedó por Francia con prision de Andrés Gritti, de Antonio Justiniano, gobernador de aquella ciudad, y Pablo Manfron. El conde Luis Bogaro, que entregó aquella ciudad á venecianos por ser natural y tener gran parte en ella, no solo fué preso, sino por sentencia justiciado por traidor. El duque de Nemurs con este suceso tan próspero recobró sin dificultad á Bérnago. Dejó á monsieur de Aubeni en guarda de Bresa con golpe de gente; lo demás del ejército

repartió por el Veronés, y él se fué á Milan á festejar las Carnestolendas y como á gozar del triunfo de la victoria. El rey de Francia sintió mucho su ida en tal coyuntura; ordenóle que sin dilacion saliese con su gente para hacer rostro al ejército de la liga, que á esta sazón se hallaba menguado de soldados y con poca reputacion y en mucho aprieto. Esto dió ánimo al concilio de Pisa para nombrar por sus legados á los cardenales, al de Sanseverino de Boloña, y al de Bayos de Aviñon; y fué ocasion que ni los venecianos se concertasen con el Emperador, si bien el Papa hacia grande instancia que aceptasen las condiciones diversas veces tratadas, ni el Emperador se declarase por la liga; verdad es que poco despues, por diligencia del embajador Jerónimo Vic, concertaron treguas con ciertas capitulaciones con que aquella señoría se obligó á contar cierta suma de dineros al Emperador. El rey de Francia fortificaba sus fronteras de Normandía primero, y despues de la Guiena por miedo del Inglés. Juntamente procuraba tener muy de su parte al rey de Navarra, dado que de secreto daba grandes esperanzas al duque de Nemurs, que concluida la guerra de Italia, le pondría en posesion de aquel reino. Esta alianza tan estrecha del rey de Navarra con Francia fué causa de su perdicion, lo cual se encaminó desta manera: el Papa supo que aquel Rey favorecia y ayudaba á los enemigos de la Iglesia y hacia las partes de Francia y del concilio de Pisa. Acordó con consejo del colegio de los cardenales de acudir al remedio que se suele tener contra príncipes seismáticos, esto es, que pronunció sentencia de descomunion contra el rey y reina de Navarra, privólos de la dignidad y título real, y concedió sus tierras al primero que las ocupase. Dióse esta sentencia á los 18 de febrero. Entendióse que la solicitó el rey Católico. Lo cierto que la tuvo muchos dias secreta con esperanza de asegurarse por otro camino de aquellos reyes. Con este intento, por fin del mes de marzo, desde Búrgos, do se hallaba, despachó á Pedro de Hontañon para que de su parte avisase á aquellos reyes del camino errado que llevaban; y para asegurarse que ni darían ayuda á Francia en aquella ocasion, ni paso por sus tierras á sus enemigos y de la Iglesia, pedía le entregasen á su hijo el príncipe de Viana, con promesa que les hacia de casalle con una de sus nietas, es á saber, con doña Isabel ó con doña Catalina. Ellos no quisieron venir en nada desto, antes continuaban en maltratar á los servidores del rey Católico, hacer alardes y juntas de gentes. Y si bien por don Juan de Silva, frontero de Navarra, fueron avisados no dicesen lugar á aquellas novedades, á sus saludables amonestaciones no daban oidos. Animábanlos las nuevas que venian de Italia de la pujanza de los franceses y del aprieto en que se hallaba el campo de la liga. Entretenfase el Virey con su gente en el condado de Boloña, sin retirarse por la reputacion ni atreverse á pasar adelante ó acometer alguna empresa, si bien el Papa queria que rompiesen por las tierras del ducado de Milan. Temian ellos no les atajasen las vituallas que les venian de Ravena; y de la gente que tenían, por la aspereza del tiempo unos eran muertos, y otros desamparaban las banderas. Lo que mas es,

que á tiempo que los enemigos estaban muy cerca, el teniente del duque de Urbino y las seiscientas lanzas del Papa se salieron del real, con achaque que no les pagaban y que tenían sospecha de alguna gente española. La verdad era que el Duque traía inteligencias con el rey de Francia y tenía letras suyas sobre un cambio de Florencia para levantar gente en su nombre. Llegó la mengua de nuestro campo á términos, que el Virey y el Legado acordaron de tomar á sueldo cuatro mil italianos para reforzalle; y aun el Papa pretendía los llegasen á ocho mil, y libró para ello luego el dinero. Era su parecer que sin dilacion se viniese á las manos con los franceses. Su grande corazon le quitaba todo temor. El rey Católico, al contrario, quería se entretuviesen hasta tanto que la gente de Venecia les acudiese, pues lo podían hacer con la tregua que se asentó entre ellos y el Emperador. Ordenaba otrosí que se proveyesen de número de suizos, y á falta destes, de alemanes. Para persuadir esto despachó á Hernando de Valdés, capitan de su guarda, que fuese primero á Roma á tratallo con el Papa, y desde allí pasase al campo de la liga á mandallo al general de su parte. Hizo él lo que se le mandó muy cumplidamente. Llegó á do el Virey alojaba á los 29 de marzo, en sazón que los campos alojaban el uno á vista del otro, de tal suerte que, sin gran nota, con dificultad se podía excusar de venir á las manos.

CAPITULO IX.

De la famosa batalla de Ravenna.

El ejército de la liga todavía se entretenía en el castillo de San Pedro, en Butri, en Cento y la Pieve, pueblos todos del condado de Boloña; el Virey determinaba de esperar allí los franceses, y si quisiesen, dalles la batalla. La disposicion del lugar ayudaba mucho á los de la liga, y el deseo de venir á las manos era grande. En esta sazón llegó el campo de Francia, y con él el duque de Ferrara, muy acompañado de gente lucida y brava. Estuvieron los unos á vista de los otros tres días sin que se viniese á la batalla. Los franceses no se atrevían á acometer nuestro campo en lugar tan desaventajado; el Virey quería guardar el orden que le trajo Hernando de Valdés. Detuviéronse los franceses en aquel puesto hasta postrero de marzo. Este día alzaron sus reales y se encaminaron la via de Ravenna, de la cual ciudad deseaban mucho apoderarse por ser el mercado de do los nuestros se proveían de vituallas. Había enviado el Virey los días pasados para la defensa á don Pedro de Castro con cien caballos ligeros, y á Luis Dentichi, gentilhombre neapolitano, con mil soldados italianos. La plaza era tan importante, que se determinó de levantar luego el real y seguir por la lueña el enemigo tan de cerca, que solas tres millas iban distantes los dos campos. Acordó asimismo que Marco Antonio Colona se adelantase de noche con cien lanzas de su capitania y quinientos españoles para meterse dentro de aquella ciudad. Está Ravenna puesta á la marina del golfo de Venecia entre dos rios, que entrambos se pueden vadear, el uno se llama Ronco, y el otro Monton; corren muy pegados á los muros, el

Monton á mano izquierda, el Ronco á la derecha, dicho antiguamente Vitis. Llegaron los franceses el juéves Santo á poner su real sobre aquella ciudad entre los dos rios. Dióse el combate el día siguiente, que fué muy bravo. Defendieronla los de dentro con mucho ánimo, en particular Luis Dentichi, que perdió un hermano en la batería, y él quedó mal herido, de que murió en breve. El Virey acordó arrimarse á un lado de la ciudad y seguir el rio Ronco abajo, que bate con los muros y dividía los dos campos. Llegó el sábado Santo á ponerse á dos millas de los enemigos en un lugar, que se llama el Molinazo, en que se fortificaron con un foso que tiraron delante su campo. Sobre el pasar adelante hobo diversos pareceres. Fabricio quería que reparasen en aquel lugar, pues tenían seguras las vituallas, y los enemigos en breve padecerían necesidad, además que desde allí aseguraban la ciudad, ó si los enemigos se desmandasen á tomalla, la victoria. El conde Pedro Navarro, como hombre muy arremado á su consejo y enemigo del ajeno, aunque fuese mejor y mas seguro, persuadió al Virey que pasase adelante. Mostró siempre gran deseo de pelear, y hacia el principal fundamento en la infantería española, que quería aventurar contra todo el ejército de los enemigos, gran temeridad y locura. Con esta resolucion se adelantaron los nuestros; salieron á escaramuzar con nuestra avanguardia algun número de caballos franceses, pero no se hizo cosa de momento aquella tarde mas de que los enemigos volvieron á sus estancias, y los del Virey aquella noche se quedaron casi á vista de los reales contrarios. Luego el otro día, que fué el domingo de Pascua á los 11 de abril, los unos y los otros se pusieron en orden de pelear. Tenían los franceses veinte y cuatro mil infantes, entre franceses, gascones, alemanes e italianos, dos mil hombres de armas y dos mil caballos ligeros; las piezas de artillería eran cincuenta. Guiaban la avanguardia el duque de Ferrara y monsieur de la Paliza; en la batalla iban el gran senescal de Normandía y el cardenal Sanseverino, legado del Concilio pisano; regia la retaguardia Federico de Bozoli; el de Nemurs con golpe de caballos escogidos quedó de respeto para acudir á do fuese mas necesario. El ejército de la liga, que en la fama era de diez y ocho mil infantes, no llegaba con mucho á este número. Los españoles eran menos de ocho mil; los italianos cuatro mil, mil y docientos hombres de armas, dos mil caballos ligeros y veinte y cuatro piezas de artillería. Debiera el Virey partir antes del alba y sin estruendo para atajar á los enemigos el paso y no dalles lugar que se pusiesen en ordenanza, como lo aconsejaba Fabricio; pero él no quiso venir en esto, y así dió lugar á que los enemigos, pasado un puente que tenían en aquel rio, estuviesen muy en orden. La avanguardia de nuestro ejército llevaba Fabricio Colona con ochocientos hombres de armas y seiscientos caballos ligeros y cuatro mil infantes. De toda la demás gente se formaron dos escuadrones que quedaron á cargo del Virey y del conde Pedro Navarro. Adelantáronse con esta orden al son de sus cajas. Animaban los generales cada cual á su gente; el de Nemurs en particular habló á los suyos en esta manera: «Lo que por

tanto tiempo, señores y soldados, habeis deseado, que es pelear con los enemigos en campo raso, la fortuna ó fuerza mas alta, como benigna madre, demás de las victorias pasadas que nos ha dado, nos lo concede este dia, en que nos presenta ocasion de la mas gloriosa victoria que jamás ejército alguno haya alcanzado. Con la cual, no solo Ravena y toda la Romaña os quedarán rendidas como en parte del premio debido á vuestro valor, antes no quedando en Italia cosa que haga contraste á vuestro esfuerzo ni lanza enhiesta, ¿quién, amigos, será parte para que no sigamos la victoria sin parar hasta apoderarnos de Roma, ciudad y corte rica y soberbia con los despojos de toda la cristiandad? Botín y presa que á todo el mundo pondrá envidia juntamente y espanto. Tomada Roma, ¿quién os estorbará el paso para Nápoles? Donde vengaréis las injurias recibidas los años pasados muchas y graves; grande felicidad, y que la tengo por muy cierta cuando considero vuestro valor, vuestras hazañas y sobre todo esos semblantes alegres y denodados. Y no me maravillo que os mostreis animosos contra los que de noche afrentosamente os volvieron las espaldas luego que llegastes á Boloña. Los mismos que por no venir á vuestras manos ni fiarse de sus brazos, se arrimaron á los muros de Imola y de Faenza y se valieron de la aspereza de los lugares en que asentaron sus reales. Jamás esta canalla se os atrevió en el reino de Nápoles sino con ventaja de lugar, de reparos, rios y fosos. Toda su confianza la tienen puesta en sus mañas. Fuera de que estos no son los ejercitados en las guerras de Nápoles, sino gente allegadiza y lo mas acostumbrados á contrastar con los arcos y lanzas despuntadas de los moros; y aun poco ha quedaron de esos mismos vencidos en los Gelves y destrozados; ¡oh grande mengua! Y Pedro Navarro, su caudillo de tanto valor, es á saber, y fama, aprendió mal su grado cuán diferente cosa sea batir los muros con la fuerza de la artillería y con las minas secretas ó llegar á las manos y á las espadas. ¿No catais el foso que esta noche han tirado y como se han cerrado con sus carros? Nunca se olvidan de sus artes. Mas sed ciertos que no les valdrán, ni la batalla se dará como ellos deben pensar. La artillería los sacará de sus manidas y cavernas á lo raso, donde se entenderá la ventaja que el ímpetu francés, la ferocidad alemana y la nobleza de italianos hace á las astucias de los españoles. El número de nuestra gente es casi doblado que el de los contrarios; cosa que parece alguna mengua para gente tan esforzada; mas si bien se mira, nadie tendrá por cobardía que nos aprovechemos desta ventaja, antes á los contrarios por temerarios y locos, pues se mueven á pelear solo á persuasion de Fabricio Colona, que á costa suya quiere librar de nuestras manos á su primo Marco Antonio. Por mejor decir, la justicia de Dios los ciega para castigar la soberbia y enormes vicios del falso pontífice Julio; los engaños y triciones de que se vale contra la bondad de nuestro Rey el fementido rey de Aragon. Mas ¿para qué son tantas palabras? ¿A qué propósito, soldados, entreteneros la victoria con alargar razones? Arremeted pues y cerrad sin dudar, que este dia á mi Rey dará el señorío y á vos las ri-

quezas de toda Italia. Yo acudiré á todas partes sin tener cuenta con la vida, como lo acostumbro, el mas dichoso capitán que jamás hubo en el mundo, pues tengo tales soldados, que con la victoria deste dia quedarán los mas famosos y mas ricos que algunos otros de trecientos años á esta parte.» Comenzó á jugar la artillería, y como quiera que la del Virey al principio hizo grande daño en la avanguardia enemiga al pasar el rio, pero la de los contrarios, por ser en número doblada y asentarse en lugar mas abierto, hizo muy mayor estrago en la gente de armas que no tenia algun reparo. Arremetió el marqués de Pescara con los caballos ligeros solo porque se comenzase la pelea. Mezcláronse los hombres de armas de todas partes con poca orden. Estuvo la pelea en peso un buen espacio sin que se reconociese ventaja. Cargó mucha gente francesa, y los de la liga comenzaron á desmayar y desordenarse. En este tranco fué herido el caballo del marqués de Pescara y él preso, y muerto Pedro de Paz, capitán muy señalado. El conde Pedro Navarro, que siempre pretendió llevar el prezo de la victoria, visto esto, se adelantó con la infantería española, con espaldas de trecientos hombres de armas españoles que pudo recoger. Al tiempo de romper con la infantería tudésca vió el coronel Zamudio que iba en la primera hilera un capitán alemán, por nombre Jacobo Empser, que se adelantó de los demás para desafalle. «¡Oh Rey, dijo Zamudio, cuán caras cuestan las mercedes que nos haces, y cuán bien se merecen en semejantes jornadas!» Dichas estas palabras, terció su pica, fué para el Tudésco, y dió con él muerto en tierra. Los demás hirieron con tal denuedo en los alemanes, que los desbarataron; con la misma fuerza pasaron por los gascones y por los italianos sin hallar en ellos resistencia, de manera que con un ímpetu y furor extraño, pasados á cuchillo los mas de los tudescos, tanto, que de doce capitanes alemanes murieron los nueve, pusieron en huida toda la demás infantería francesa. No pararon hasta llegar á la artillería y ganalla, si bien los franceses dicen que la defendió con gran esfuerzo Jenolaco Galeoto, capitán de la artillería. Lo que consta es que la caballería francesa, visto aquel estrago y peligro, revolvió sobre nuestra infantería; la carga fué tan brava, que aunque los españoles se defendieron gran rato, como ni tenian caballería que les acudiese y estaban muy cansados de pelear, fueron desbaratados. Allí murieron el coronel Zamudio y otros capitanes, y quedó preso el conde Pedro Navarro. Los demás soldados se retiraron en ordenanza; acudióles la infantería que iba en la avanguardia. Defendialos por un lado el rio, y por otro la calzada del camino real. Descaba mucho el duque de Nemurs desbaratar aquel escuadron por quedar de todo punto con la victoria; adelantóse con pocos contra el parecer de monsieur de la Paliza, que le decia se contentase con lo hecho. Revolvieron sobre él los contrarios, y derribado del caballo, fué muerto por un soldado español, sin aprovecharle decir mirase que tenia por prisionero al hermano de la reina de Aragon. Murieron asimismo monsieur de Alegre y su hijo, y monsieur de Lautreque quedó por muerto tendido en el campo. Con esto dejaron pasar el rio abajo hasta tres mil soldados

españoles. Peleaba todavía Fabricio con su gente y la demás que pudo recoger contra todo el campo francés, hasta tanto que le dieron dos heridas y cayó con el caballo en poder de la gente del duque de Ferrara. Desta manera los franceses quedaron señores del campo y la victoria por ellos; pero tan destrozados, que no pudieron ejecutalla ni seguir el alcance ni hacer empresa de momento. Del número de los muertos no se puede decir cosa cierta por la diversidad que hay en los autores, que parece siguieron cada cual sus aficiones particulares mas que la verdad. Lo que consta es que la pelea duró por espacio de cinco horas y que fué mayor el daño que recibieron los vencedores, no solo por perder su general y casi todos los alemanes y aun las personas de cuenta, fuera del duque de Ferrara y de monsieur de la Paliza, sino porque de nuestra caballería se perdió poca, tanto, que aquella noche se recogieron la vuelta de Arimino y Ancona hasta tres mil entre hombres de armas y caballos ligeros, y se pusieron en salvo pasados de cuatro mil españoles de infantería. El Virey de Pesaro, do se retiró, pasó á Ancona para recoger la gente. Personas de cuenta se salvaron, el duque de Trageto, el conde del Pópulo, Ruy Diaz Ceron, Alonso de Carvajal, Antonio de Leiva, si bien en la batalla le mató la artillería dos caballos; Hernando de Valdés, que se quiso hallar en esta batalla, Julio de Médicis, caballero de San Juan. Quedaron presos demás de los dichos el Legado y don Juan de Cardona, hermano del marqués de la Padula, que murió de las heridas, Hernando de Alarcon, los marqueses de Bitonto y de Atela, sin otras muchas personas de respeto que llevaron á Milan; solos Fabricio y Alarcon y don Juan de Cardona quedaron en Ferrara. Con esta victoria los franceses acudieron á Ravena, que se entregó luego á partido, en que no se guardó lo capitulado, porque salidos Marco Antonio Colona y don Pedro de Castro con la gente de su cargo la via de Cesena, la pusieron á saco sin perdonar á templos ni monasterios. Los escritores franceses cargan la culpa deste desórden á Jaquin, capitan de infantería, el cual del despojo de las iglesias de Bresa andaba vestido de brocado, y regostado á la ganancia, que le costó la vida, incitó á los soldados á que hiciesen lo mismo en Ravena, donde hallaron mas despojos y riquezas de lo que se pudiera pensar. Diéronse á los vencedores las ciudades de Imola, Forli, Cesena y Arimino con casi todos los castillos de la Romaña, que los recibió el Legado en nombre del Concilio pisano. La nueva desta batalla, que fué de las mas famosas de Italia, se derramó por todas partes. El Papa, averiguada la verdad, no perdió ánimo, dado que el pueblo de Roma estaba para alborotarse, especialmente que el duque de Urbino se le envió á ofrecer con deseo de enmendar los yerros pasados. Julio de Médicis desde Cesena, donde se acogió, con licencia se vió con el Legado, su primo, y por su órden fué á Roma para dar razon al Papa del estado en que las cosas quedaban y animalle á pasar adelante. Al rey Católico dieron á entender que el daño era muy menor de lo que de verdad fué, porque en sus cartas refiere que por los alardes se halló no faltaban de su campo mil y quinientos hombres entre la gente de á caballo

y de á pié. Sin embargo, acordó de enviar al Gran Capitan á Italia, cuya presencia se tenia por cierto bastaba á soldar aquella quiebra; así lo publicó y escribió á diversas partes, y despachó luego para Nápoles al comendador Solís con dos mil soldados españoles. El rey de Francia, luego que supo lo que pasaba, dijo: « ¡Ojalá yo perdiera á Italia, y mi sobrino y mis buenos capitanes fueran vivos! Tales victorias dé Dios á mis enemigos, que por ellas se dijo: el vencido vencido, y el vencedor perdido.» La señoría de Venecia se alteró tanto, que tuvo por cierto con esta victoria se harian señores los franceses, no solo de Nápoles, sino de toda Italia. Llegaban á querer mudar partido. El conde de Cariati Juan Bautista Espinelo, embajador á la sazón del rey Católico en aquella ciudad, con sus buenas razones y con mostralles cuán pequeño fué el daño, los sosegó para que no se declarasen contra la liga. El cardenal de Sorrento, que quedó en Nápoles en lugar del Virey durante la ausencia de don Ramon de Cardona, requirió á don Hugo de Moncada, virey de Sicilia, acudiese con toda la gente que pudiese juntar para asegurar las cosas de Nápoles y para cumplir con el encargo que tenia á la sazón de capitan general de los dos reinos, Nápoles y Sicilia; lo cual él hizo con los soldados que vinieron de Tripol y otra gente de á caballo. Asimismo don Ramon de Cardona de Ancona se partió para Nápoles, do entró á 3 de mayo con intencion de rehacer el ejército lo mejor que pudiese y proveer de todo lo necesario.

CAPITULO X.

Que el Concilio lateranense se abrió.

Antes que esta batalla se diese, el Papa en Roma se ocupaba en aprestar lo que era necesario para celebrar el Concilio lateranense al tiempo aplazado en sus edictos. Nombró en consistorio ocho cardenales y otras personas que atendiesen á esto, y mucho mas á dar órden en lo que á la reformation de la ciudad de Roma y de su corte tocaba; que no era justo los prelados extranjeros hallasen desórdenes y vicios donde debía estar el albergue de toda virtud y honestidad. Juntamente hacia instancia que los obispos de Sicilia y de Nápoles acudiesen, eso mismo los de España, en particular queria se hallasen en el Concilio los arzobispos de Toledo y de Sevilla, que eran dos prelados muy notables y grandes. Pretendia con su presencia autorizar aquel Concilio, y llegaba á ofrecer el capelo al de Sevilla. Su mayor ansia era desacreditar por estos medios el conciliábulo de Pisa que tenian junto los cardenales scismaticos. Ellos por este mismo tiempo trasladaron su junta á Milan, y con la nueva de la victoria ganada por los franceses, que sonaba mas de lo que era, pasaron tan adelante, que publicaron sus cartas contra el Papa, en que se contenia en sustancia que atento que una y muchas veces le suplicaron y amonestaron asistiese en el Concilio, ó señalase una de diez ciudades que nombraban, para que libremente se pudiese celebrar, por lo menos no impidiese ni molestase la prosecucion de aquel sínodo; y que en lugar de hacello así, habia sido causa de derramarse infinita sangre, sin dar esperanza alguna de reformar sus graves escán-

dalos y vicios; por tanto, le declaraban por suspenso de toda administracion espiritual y temporal del pontificado, y la adjudicaban al santo Concilio, conforme á la determinacion de la sesion undécima del concilio de Basilea y de la cuarta y quinta del concilio de Constancia. Fijóse esta declaracion en las iglesias de Milan, Florencia, Génova, Verona y Boloña, atrevimiento y desacato que hizo maravillar á todo el mundo, y al Papa sirvió de espuelas para abreviar en dar principio al su Concilio lateranense. Abrióse á los 10 de mayo. Halláronse presentes los cardenales de Roma, muchos prelados que concurrieron de diversas partes. El mismo Pontífice quiso presidir en él para que todo tuviese mas autoridad y peso. En la primera junta, Egidio de Viterbo, general de los augustinos, y de los mayores predicadores que hobo en su tiempo en Italia, hombre erudito y grave, hizo un sermon muy elegante á propósito de lo que se debia tratar y remediar por los padres que allí estaban congregados, desta sustancia: «Años ha que por toda Italia á propósito de la revelacion de san Juan tengo predicado que se verian grandes trabajos en la Iglesia, y últimamente podiamos esperar su enmienda y reformacion. Alégrome que mi profecía no haya salido vana, pues casi en un tiempo nos vemos puestos en el extremo de los males y peligros, y tras ellos nos amanece la esperanza del remedio y de la bonanza despues de un tan recio temporal. Esta diferencia hay entre las cosas del cielo y las terrenas, que aquellas, como son eternas, no tienen necesidad de reparo; las humanas piden continuo cuidado para reformarse, por las alteraciones y mudanzas á que son sujetas. Lo que es la labor y riego en las plantas, lo que el sustento á los animales, esa necesidad tienen las costumbres de ser cultivadas. Que si esto pueden hacer los pastores, cada cual en su rebaño, la experiencia desde el tiempo del gran Constantino acá nos ha enseñado con cuánta mas eficacia se ejecuta cuando los prelados juntos en uno se animan y esfuerzan, ayudados del espíritu de Dios que les asiste, á poner la mano en la labor. ¿Quién desarraigó las herejías que de todo tiempo se levantaron? Los concilios. ¿Quién tuvo á raya los príncipes ó los hizo temblar para que no hiciesen desaguisados y males? Los concilios. Por abreviar, ¿qué otra cosa sustenta hoy el lustre de la Iglesia, tiene en pié la religion y las ceremonias sagradas, hace que el pueblo se mantenga en piedad y obediencia á las leyes eclesiásticas? Por ventura, ¿no son los concilios? Que si el fruto es menor de lo que fuera razon, y los daños y vicios se ven crecer mas de lo que quisieramos, mirad, padres, no sea la causa el haber alojado en costumbre tan loable. Grande fuerza tienen estas juntas y grande eficacia; pero si las ayudamos con el ejemplo de la vida y nuestra modestia en todo, á imitacion de nuestra cabeza, que comenzó á hacer y á enseñar, como dice la Escritura. Buena es la ensenianza, y el trabajo que en ella se pone bien empleado; mas es menester esforzalla con el buen ejemplo y con la buena vida del que tiene oficio de enseñar. No me quiero detener en cosa tan clara. ¿Quién no ve los trabajos y males deste miserable siglo, las costumbres del pueblo tan sueltas, la ignorancia, ambicion y

deshonestidad en quien menos era razon, las demasias y robos, diré de los príncipes ó de sus soldados, ó de los unos y de los otros? Esos campos bañados con la sangre derramada mas que con las lluvias del cielo, ¿quién los puede mirar sin lágrimas? Estos y otros muchos males ó en este Concilio se han de remediar, ó no nos queda alguna esperanza. Grandes cosas habeis emprendido y acabado, Padre Santo; asegurar los caminos, castigar los salteadores, restituir á la Iglesia tantas ciudades cuantas ningun otro pontífice. Todavía la mayor os queda por hacer; esta es pacificar los príncipes cristianos y acabar con ellos vuelvan sus fuerzas contra el enemigo comun. Dejemos las armas corporales; con las que son propias vuestras hagamos guerra á los vicios y á los males, que son muchos y grandes; porque ¿cuándo la vida fué mas suelta? Cuándo la ambicion mas desenfrenada? Cuándo mayor libertad de hablar y sentir como cada cual quiere de las cosas divinas? Cuándo se vió mayor carnicería entre paganos y fieras que la de Bresa primero, y despues la de Ravena, cuya sangre aun no está del todo enjuta? Todo lo cual ¿qué son sino voces del cielo que amonestan y dicen la necesidad que teniamos de acudir á este pos-trer remedio y á esta sagrada áncora? El provecho para que sea mas colmado, se debe dar órden que en él se use de modestia, no haya voces ni ruidos; y sin embargo, todos tengan la libertad de hablar que antiguamente se tenia, aunque se traten cosas que toquen á cualquier persona, por grande que sea. Haced, padres, lo que es de vuestra parte, que Cristo os acudirá con su espíritu, y todos los santos del cielo con su ayuda. San Pedro y san Pablo, claras lumbreras del cielo, y patrones de la Iglesia santa y desta ciudad, oid nuestros gemidos. Poned los ojos de vuestra benignidad en nuestros daños. Ayudad á vuestra Iglesia, viña de vuestra labranza, y posesion de Dios; y la que librades de la crueldad de los tiranos, no permitais perezca á manos de los que se llaman sus hijos y familiares. Comunicad fuerza del cielo á todos estos padres y santos prelados para que puestos los ojos en Dios y sin tener respeto á nadie, provean del remedio que tantas miserias piden y á todos nos es necesario.»

CAPITULO XI.

Del principio de la guerra de Navarra.

La tregua que se asentó entre el Emperador y venecianos y la diligencia del Cardenal sedunense obraron tanto, que los suizos se resolvieron de pasar en Italia en ayuda de la liga y de la Iglesia. Lo que les pudiera entfiar, que era la batalla de Ravena, eso les hizo apresurar tanto, que se halla que á los 19 de mayo estaban en Vulcamonica, tierra de Bresa, en número diez y seis mil. Traian diez y ocho piezas de artillería de campo, sin otros seis mil que bajaban á la parte de Milan la via de Novara, y dos mil por la via de Bérgamo. Venia por general desta gente el baron de Altosujo, y en su compañía Mateo el Cardenal sedunense. Los franceses, sea por acudir á la parte de Guena y por mandamiento de su Rey, como dicen sus historiadores, sea por miedo de tanta gente que acudia contra ellos de

refresco en gran número, desamparada Italia, se volvian á su tierra. Quedaba el de la Paliza con alguna gente en lo de Lombardia, pero cada día se le despedían soldados. Legaron á Verona, á los 27 de mayo, pasados de veinte mil suizos; tomáronla sin dificultad á causa que los franceses desampararon la ciudad y el castillo. Aquí se acordó que Pablo Capelo con el ejército de la señoría, que era setecientos hombres de armas, ochocientos caballos ligeros y cuatro mil infantes, se juntase con los suizos. Fueron sobre Valesio, do se recogieron los franceses de Verona, que tambien desampararon esta plaza sin acometer á defenderse ni atajar el paso á los enemigos, que fuera fácil por estar el rio Mincio en medio. Siguiéron los suizos el campo de Francia, que se retiró á Pontevico, y desde allí á Cremona, sin hallar lugar seguro en que afirmarse ni arriescarse á venir á las manos, tanto mas, que el Emperador tuvo forma para que los alemanes que quedaban en el ejército francés se despidiesen; cosa que puso tanto miedo al de la Paliza, que no paró hasta retirarse á Aste en lo postrero del ducado de Milan con intencion de desamparar á Lombardia. Con esto las ciudades se levantaron, en particular Cremona, que se dió al Cardenal sedunense en nombre del imperio. Milan con casi todas las demás ciudades de aquel estado se rindió á los vencedores. Ravena otrosí volvió á poder del Papa. Todos los elementos parece se conjuraban en daño de Francia. Con estos principios tan prósperos el de Gursa y don Pedro de Urrea, que venian con este ejército, pretendian haber á Maximiliano Esforcia para restituille en aquel ducado y hacer la guerra con mas calor y proceder en aquella empresa con mayor justificación. Los cardenales scismáticos, por no estar seguros en Milan, se pasaron á Francia. En esta revolucion tan grande de cosas las ciudades de Placencia y Parma se dieron de su voluntad al Papa, que pretendia le pertenecian como miembros del antiguo exarcado de Ravena, que donaron á la Sede Apostólica los reyes de Francia, segun de suso queda notado. En España continuaba el rey Católico en requerir al de Navarra le asegurase bastantemente que por aquella parte no le haria daño alguno. Como no venia en dar á su hijo el príncipe de Viana, contentábase que pusiese sus fortalezas en poder de alcaldes naturales de aquel reino, pero que fuesen á su contento. Vino á Búrgos Ladrón de Mauleon de parte de aquel Rey, mas sin poderes bastantes ni comision para concluir. Ofrecia el embajador de Navarra que se daría seguridad que por aquel reino no se haria ofensa á la causa de la Iglesia. No venia en asegurar que por los demás estados que tenian en Francia se haria lo mismo. Diósele por resoluta y final respuesta que diesen seguridad que estarian neutrales, ó si ayudaban al francés por lo de Bearne, que lo mismo hiciesen con la liga por lo de Navarra. Tenia aquel Rey gran recelo que despues de la muerte de Gaston de Fox el rey Católico pretenderia apoderarse de aquel reino por la reina doña Germana, como heredera de su hermano y de sus acciones y derechos. Prometia monsieur de Orbal, embajador en Navarra del rey de Francia, que en tal caso su señor acudiría á aquellos reyes con todas sus fuerzas; y aun ofrecia que daría al prin-

cipe de Viana por mujer á su hija menor. Estas y otras ofertas mal fundadas engañaron aquel Rey para que, postpuestas las obligaciones que tenia á Dios y sin respeto del deudo tan cercano con España, entrase en la liga de Francia, que fué despeñarse en su perdicion. En esto el marqués de Orset con su armada de Inglaterra, en que venian mas de cinco mil archeros, llegó al Pasaje, puerto de Guipúzcoa, á los 8 de junio. Fué á verse con él don Fadrique de Portugal, obispo de Sigüenza, que atendia en San Sebastian por órden del Rey para proveer á los ingleses de todo lo necesario. Juntábase en Castilla buen número de gente para hacerles compañía en aquella empresa, y por su general el duque de Alba. Pretendia el rey Católico acometer primero á Navarra por asegurar las espaldas y tener el paso y las vituallas seguras para la empresa de Guiena. Con este intento mandó juntar Cortes de la corona de Aragon en Monzon, y por presidente la reina doña Germana, y que se alistase toda la gente que ser pudiese de aquellos estados para ayudalle en aquella guerra, á que decia queria ir en persona. Resolvieron en aquellas Cortes de servir á su Rey por espacio de dos años y ocho meses con docientos hombres de armas y trecientos jinetes. El rey de Navarra, vista la tempestad que le amenaza, envió á su mariscal don Pedro de Navarra al rey Católico para dar algun buen corte. Venia en que para la seguridad que se pedia se entregasen algunas fortalezas suyas, como no fuesen la de Estella y San Juan de Pié de Puerto, que eran las mas importantes. Acordó el rey Católico que su gente ante todas cosas fuese sobre Pamplona, y pedia al marqués de Orset hiciese lo mismo; mas él se excusó con que no tenia comision de su Rey para hacer la guerra en Navarra; antes formaba queja contra el Rey porque no tenia á punto la gente, como tenian concertado, para romper por la Guiena. Decia que si acudieran luego, se apoderaran sin dificultad de Bazona por hallarse desapercebida, y con la dilacion dieron lugar á que se acudiese gente y se pudiese de tal manera en defensa, que con grande dificultad se podría ya ganar.

CAPITULO XII.

El rey Católico se apoderó de Navarra.

Entreteníase el duque de Alba en Victoria hasta que le vintese órden de lo que debía hacer. Tenia en Alava y en la Rioja y Guipúzcoa su gente, que eran mil hombres de armas, mil y quinientos jinetes y seis mil infantes. Iban por coroneles de la infantería Rengifo y Villalva; llevaban veinte piezas de artillería, y por capitán della Diego de Vera. Llegó al Duque órden del Rey en que le mandaba se encaminase con toda su gente á Pamplona, cabeza del reino de Navarra. Hizose así: entró en aquel reino un miércoles á 21 de julio. Llevaba la avanguardia don Luis de Biamonte, forajido de Navarra y despojado de su estado. Era la reina doña Catalina ida con sus hijos á Bearne, y el Rey se quedó en Pamplona con intento de defender aquella ciudad; pero como quier que el Duque halló la entrada y camino llano, el Rey, por ver las pocas fuerzas que tenia, se retiró á la villa de Lumbierro. Con su ausencia los de

Pamplona hicieron sus conciertos y se entregaron al Duque el mismo día de Santiago. Querían hacer lo mismo casi todos los lugares de aquel reino. El rey don Juan, por prevenir este daño y reparar sus haciendas lo mejor que pudiese, envió tres comisarios al Duque con poderes bastantes para concertarse, resuelto de aceptar las leyes que le pusiesen. Hízose el asiento, que en sustancia era remitirse á la voluntad del rey Católico para cumplir todo lo que ordenase y por bien tuviese; cuya resolucíon fué que aquel Rey le entregase todo el reino de Navarra para tenelle en depósito hasta tanto que las cosas de la Iglesia se asentasen, y despues lo que su voluntad fuese; asimismo que entregase al príncipe de Viana, su hijo, para que estuviere y se criase en Castilla; condiciones tales y tan ásperas cuales se podían esperar de un vencedor. Con esto el rey don Juan, perdida la esperanza de poderse valer en Navarra, pasó los puertos. Las villas y lugares, luego que fueron requeridas de paz, enviaron sus procuradores á entregarse. Sola la fortaleza de Estella y los del val de Escua, confiados en la esperanza de la montaña, no vinieron en lo que los demás. Los roncaleses venían en rendirse, pero pedían se les concediesen los fueros y libertades de Aragon. En esta sazón la gente francesa, que venía en socorro de aquel reino, era llegada á Bearne. El rey Católico, para de mas cerca dar órden en todo, de Búrgos, do estuvo muchos meses, pasó á Logroño. Acudieron con gente Manuel de Benavides y don Luis de la Cueva y don Iñigo de Velasco, condestable de Castilla, á servir en aquella guerra. El obispo de Zamora don Antonio de Acuña, en nombre de la Sede Apostólica, fué á Pamplona los días pasados para avisar al rey don Juan tuviese por bien de apartarse de los que alborotaban la Iglesia, y dado que aquella su ida no hizo efecto alguno, el rey Católico acordó de envialle de nuevo á Bearne para declarar á aquel Rey las condiciones que se le habían puesto y amonestalle las guardase. Prendiéronle en Salvatierra sin tener respeto ni á su dignidad ni á que iba por embajador; y luego por mandado del rey don Juan fué entregado al duque de Longavila, general de la gente francesa, que alojaba en Bearne, y era gobernador de Guiena. Hacíanle algunos cargos para justificar aquella prision, en particular que se halló en la batalla de Ravena; verdad es que poco despues le enviaron á proseguir el tratado de la paz con rehenes, que dejó tres sobrinos, para seguridad de volver cada y cuando que dello fuese requerido. La conquista de Navarra fué tan fácil, que los franceses entraron en sospecha de algun trato doble y maña. Para quitar esta sospecha, el rey don Juan fué á verse con el de Francia para dar razon de todo; y en poder de los franceses entregó á Salvatierra para que se asegurasen de su voluntad y la pusiesen en defensa. Estaba el rey de Francia resuelto de acudir con todo su poder á las partes de Guiena hasta enviar allá, si necesario fuese, el Delfin con todos sus buenos capitanes y toda la gente que era vuelta de Italia; al contrario, el rey don Fernando ponía todo cuidado en asegurarse de los pueblos de Navarra. Hizo que los de Pamplona le jurasen y le prestasen sus homenajes, no ya como depositario de aquel reino, sino como á Rey. La causa

que para esto se alegaba fué que el rey don Juan no cumplió con lo capitulado, y por tanto quedaba el reino por el vencedor. Trataba con el mariscal de Navarra y con el conde de Santistéban que se le rindiesen. El de Santistéban, que poco despues llamaron marqués de Falces, se acomodó con el tiempo; el mariscal, comunicado el negocio con sus deudos, respondió que no hallaba camino para, salvo su honor, faltar á su Rey. La ciudad de Tudela, si bien entre las primeras envió sus procuradores para rendirse, no acababa de prestar los homenajes; entendiase deseaba ser recibida con los fueros y privilegios de Aragon. No desistió de esta porfía hasta tanto que el arzobispo de Zaragoza con gente que juntó se presentó delante aquella ciudad y hizo que pasase por lo que los demás pueblos de aquel reino; pretendían otrosí los vencedores asegurar el paso para Francia. Con este intento mandó el duque de Alba que el coronel Villalva con la gente de su regimiento, que eran tres mil infantes, y con trecientas lanzas pasase los montes y se apoderase de San Juan de Pié de Puerto. Hízose así, y poco despues el mismo Duque con todo su ejército se fué á poner en el mismo lugar. Allí vinieron por órden del rey Católico Hernando de Vega, comendador mayor de Castilla, y Diego Lopez de Ayala, varones de gran prudencia y do quien se hacia gran confianza. Con la ida del Duque á aquel pueblo se hicieron dos efectos, el uno atajar el paso á los franceses para que no alterasen lo de Navarra, lo segundo abrir el camino para pasar á la conquista de Guiena. Hacíase instancia con el marqués de Orset para que se viniese á juntar con nuestro campo y dar principio á la guerra de Guiena. Alegaban muchas razones por donde fué necesario asegurarse de Navarra. El General inglés se excusó con decir que era ya tarde para dar principio á nueva conquista, ca el otoño iba muy adelante; que el calor con que su gente vino, con aquella tardanza se apagara, y muchos dellos enfermos. Esto decía en lo público; de secreto y entre los suyos se quejaba que los burlaron en efecto, y que el rey Católico solo pretendía con su venida hacer su negocio, que era apoderarse de Navarra, sin curar de la conquista de Guiena; que sus acciones y término daban bien á entender su intencion; finalmente, que se resolvía, como lo hizo, de dar la vuelta á Inglaterra, pues el invierno se acercaba, y por estas partes no se hacia cosa alguna sino gastarse la gente y consumirse. Bien es verdad que algunos sospecharon, segun que Antonio de Nebrija lo escribe, que el marqués buscó estos achaques por estar él y los suyos prendados con el oro de Francia.

CAPITULO XIII.

De las cosas de Italia.

Las cosas de Italia se trocaron no de otra suerte que si los franceses quedaran vencidos en la batalla de Ravena. Movió el duque de Urbino con la gente del Papa para dar la tala á Boloña. Saliéronse los Bentivollas de la ciudad, y los boloñeses alzaron las banderas del Papa. Los cardenales de Estrigonia y Nantes, que se hallaban en Francia, y el del Final, que sobrevino, trataban

de reconciliar aquel Rey con la Iglesia, de que al principio tuvieron buenas esperanzas; mas el Papa acordó de publicar su bula en que ponía entredicho en el reino de Francia, descomulgaba á su Rey, y absolvía del juramento de la fidelidad á los de Guieua y Normandía. Y porque en la ciudad de Leon dieron acogida á los cardenales scismáticos, mandó pasar las ferias á Ginebra, do antiguamente solian estar. Trataba el embajador Jerónimo Vic de concertar al duque de Ferrara con el Papa por medio de Fabricio Colona. Concertóse que pusiese en libertad los prisioneros que tenia en su poder y viniese á Roma á pedir perdon. Hízolo así. Vinieron en su compañía Fabricio Colona y Hernando de Alarcon. Entró en consistorio público con ropa de terciopelo negro y sin bonete. Tratóle muy mal de palabra el Papa; pero en fin le absolvió, aunque no le hizo restituir á Regio, como tenian concertado que se le daría su estado enteramente, antes trató de poner su persona en prision, y todavia queria le diese á Ferrara. Segun era su condicion, no desistiera desta pretension. Ganó Fabricio por la mano y le acompañó hasta le poner en salvo. El virey de Nápoles rebizo un muy buen ejército en pocos dias. Partió la via del Abruzzo con intento de hacer allí alarde de la gente que llevaba; halló que con los dos mil españoles que trajo á la sazón el comendador Solís llegaban á siete mil infantes. Llevaba cargo de la infantería el marqués de la Padula; y porque en el Aguila en cierto ruido él mismo se hirió en la mano, se encomendó aquel cargo al comendador Solís. Los hombres de armas eran hasta mil y docientos; los caballos ligeros quinientos y cincuenta. Sin estos Próspero Colona se ponía en órden con otros quatrocientos caballos; diósele cargo de la avanguardia. En la batalla iban el conde de Golisano y el duque de Trageto y Antonio de Leiva. En la retaguardia Alonso de Carvajal, señor de Jodar, con otros buenos caudillos. Entre los capitanes de la infantería uno era Juan de Urbina, que se señaló mucho adelante en las guerras de Italia. Con esta gente se hallaba el Virey quando le vino mandato de parte del Padre Santo que no pasasen adelante á causa que lo de Lombardia quedaba llano y no era menester mas gente para acabar. Fué siempre su intencion de echar todos los transmontanos de Italia; y como para echar los franceses se ayudó del poder de España, así con ayuda de los potentados de Italia queria hacer lo mismo de los españoles; mas sin embargo, el Virey con todo su campo por la Marca de Ancona pasó á Fermo. Desde allí entró Forli y Faenza se encaminó la vuelta de Boloña. Llegó al castillo de San Pedro en sazón que le vinieron embajadores de parte de los suizos para requerille no pasase adelante, que de otra manera le saldrían al camino; que los franceses ya salieron fuera de Lombardia, y para sujetar las plazas que se tenian por Francia, ellos tenian fuerzas bastantes; todas trazas del Papa. Respondió el Virey que él era general de la liga, y no podia dejar de hacer lo que los príncipes confederados le mandasen. Con esto pasó á Boloña; desde allí á Módena para verse con el de Gursa en Mantua, segun que tenian acordado. Acudieron á las vistas el conde de Cariati y don Pedro de Urrea. Fué esta junta por mediano agosto.

Querian tomar alguna buena resolucion á causa que los venecianos asimismo se declaraban en que el Virey no pasase á Lombardia; y con su gente tenian acordado de ir sobre Bresa, que se tenia por Francia, y en su guarda el señor de Aubeni con mas de tres mil soldados. Los embajadores del Emperador y rey Católico querian se ganase del campo de la liga y se tuviese en su nombre. Acordaron empero que no se rompiese por entonces con Venecia, sino que el Virey tomase la empresa de Florencia en favor de los Médicis, que andaban desterrados de aquella ciudad. Hízose así; dió la vuelta á Módena, do quedaba su gente. Llevaba en su compañía á Julian de Médicis; y el cardenal Juan de Médicis, su hermano, ya libre por cierto accidente de la prision, le esperaba en Boloña con la artillería. Asimismo Próspero Colona últimamente se juntó con los demás. Detúvose tanto porque en la Marca por órden del Papa se le impidió el paso. En esta sazón se acordó que Maximiliano Esforcia, que ya se intitulaba duque de Milan, pasase á Italia para acabar de allanar con su presencia lo de Lombardia, donde la gente del Papa se apoderó de Parma y Placencia, ciudades de aquel ducado, con color que pertenecian de tiempo antiguo, como queda tocado, á la Iglesia. En Roma falleció don Pascual, obispo de Búrgos, de la órden de Santo Domingo, varon de muy santa vida, que ordinariamente todos los años iba á Roma en peregrinacion, y á la sazón se hallaba allí por causa del Concilio. Fallecieron otrosí los arzobispos de Aviñon y el de Rijoies, prelados notables. Estas enfermedades y otras causas hicieron que el Concilio, celebradas solas dos sesiones, se prorogase hasta principio de diciembre. El Papa pretendia mucho se tratase en él de hacer guerra al Turco por estar divididos los hijos de Bayazete; lo cual pasó tan adelante, que Selin, el hijo menor de aquel Príncipe, con favor de los genizaros en vida de su padre se apoderó de aquel grande imperio, y poco adelante dió la muerte á Acomate y Corcuto, sus hermanos mayores. Parecia esta buena ocasion para tomar los cristianos aquella empresa, dado que los maliciosos decian que esta pretension del Papa se enderezaba á sacar los españoles de Italia con aquel color y maña.

CAPITULO XIV.

Que el Gran Capitan no pasó á Italia.

Pasó el Virey con su campo la via de Florencia, segun que quedó acordado. La voz era que pretendia restituir aquella república en su libertad y hacer que se reconciliase con la Iglesia y no diese favor á los scismáticos. Llegó sin hallar resistencia hasta Prato, que es una villa á diez millas de Florencia. No se quisieron rendir los de dentro, confiados en el gran número de soldados que tenian. Plantóse la artillería, aportillaron el muro, y á los 29 de agosto entraron por fuerza al pueblo. La alteracion de Florencia por esta pérdida fué grande. Acordaron concertarse con el Virey. Para hacer esto mas libremente quitaron el cargo de confalonier, que era como gobernador ó capitán, á Pedro Soderino. Recibiólos el Virey con muestras de mucha benevolencia. Asentaron su confederacion, que en suma

era perdonar á los de Médicis y de Pacis y restituillos en sus bienes; demás desto, entrar en la liga, apartarse de Francia y ponerse debajo la proteccion del rey Católico. Entonces ellos para muestra de mayor voluntad nombraron por su capitan general al marqués de la Padula. Sirvieron con alguna cantidad de dinero para el gasto de la guerra. Lo mismo hicieron las ciudades de Sena y Luca que se pusieron en la proteccion de España. Sucedió por el mismo tiempo que Jano María de Campofregoso entró con los de su bando en Génova, y en favor de la liga fué elegido por duque de aquella ciudad, con que los pueblos de aquel estado se comenzaron á desviar de la sujecion de Francia. Para que esto se llevase adelante, mandó el rey Católico que el capitan Berenguel de Olms con sus galeras acudiese á aquellas marinas. Todas las cosas de Italia le sucedian tan prósperamente como él mismo las pudiera pintar; que fué causa de sobreseer en la ida del Gran Capitan á Italia y principio de desbaratalla del todo, lo cual pasó desta manera. Luego que se perdió aquella memorable jornada de Ravena, todos pusieron los ojos en el Gran Capitan, cuyo crédito era tan grande, que sola su presencia entendian seria bastante para soldar aquella quiebra. Comunmente cargaban al Virey de poca experiencia, y al conde Pedro Navarro de temerario, y que por esta causa sucedió aquel revés. El mismo rey Católico, si bien se recelaba de la voluntad de aquel caballero por el mal tratamiento que le hizo, acordó de envialle á Italia. Llamóle para esto á Búrgos, do á la sazón residia. Aceptó el cargo de buena gana, y para aprestarse partió para Málaga. Fué cosa maravillosa la gente que le acudia de todas partes luego que se publicó este viaje; parecia que se despoplaba España. El Rey, que tenia intento de proseguir la empresa de Navarra y no gustaba de tanto aplauso, limitó el número; mandó que pasasen con él solos quinientos hombres de armas y dos mil infantes. Sin embargo, los mismos de la guarda y infantería ordinaria del Rey se despedian por pasar á Italia con tan buen caudillo y tan dichoso, que parece era el artífice de su buena ventura. La mayor parte de los caballeros de Castilla y Andalucía se apercebían para servir á su costa; tan grande era la reputacion del Gran Capitan, y tan grande la voluntad que todos tenían de hacelle compañía. Cuanto mayor era el calor con que todo se aprestaba, tanto mas se entretenia el Rey con esperanza que el Virey con algun buen suceso se repararia en su crédito, á quien él amaba tanto, que algunos se confirmaban en la imaginacion que se tenia de que era su hijo. Como las cosas de Italia tomaron el término que se ha dicho, el Rey se determinó de envialle á mandar resolutamente que sobreseyese en su pasada por todo el invierno; y entre tanto se descargase de toda la costa ordinaria y diese órden que todos los caballeros y continuos de su casa que iban con él, le fuesen á servir en la guerra de Navarra. Este mandato, que recibió el Gran Capitan en Córdoba á los primeros de setiembre, le dió la pena que se puede pensar. El sentimiento de la gente fué tan grande, que ningun capitan de hombres de armas quiso ir á servir en aquella guerra de Navarra, fuera de Gutierre Quijada. El Gran Capitan escribió cartas

my sentidas sobre el caso, en que se quejaba de los malsines, de cuyas celadas ¿quién se puede guardar? y de su desgracia, que tales servicios se recompensasen con tal paga. Sobre todo, mostraba sentir dos cosas: la una su honra, que todos sospecharian por aquel disfavor algun mal caso de su parte, y á él seria forzoso pasar por la grita de lo que todo el mundo dijese y imaginase; la segunda que no se hiciese gratificacion á aquellos caballeros que gastaron sus haciendas y se empeñaron por acompañalle. Llegó el disgusto á término, que envió un caballero de su casa á pedir licencia para irse á su estado de Terranova como en destierro; mas el Rey respondia con palabras blandas, como lo sabia muy bien hacer, gran maestro en disimular. Decia que su ida no era necesaria por estar ya los franceses fuera de Italia, y que no era conveniente enviar de nuevo gente de España en sazón que el Papa trataba de echar todos los españoles de Italia; quanto á la ida de Terranova, se mostró mas duro, y le persuadia seria mejor retirarse á su casa en Loja. Pasó tan adelante este disfavor, que no le quiso proveer la encomienda mayor de Leon, que le envió á pedir por muerte de Garcí Laso de la Vega, y se proveyó á don Hernando de Toledo. Lo mismo sucedió en la encomienda de Hornachos, que vacó por el mismo tiempo; que fué notable desden y desvío. De que hallo yo dos causas las mas verdaderas: la una particular, que el rey don Fernando no estaba satisfecho de la voluntad deste caballero; y aun se quejaba de inteligencias que diversas veces trajo en su deservicio, en que le parecia disimular por lo que sirvió los tiempos pasados; la segunda es comun á todos los príncipes, que cuando los servicios son muy grandes, miran á los que los hicieron como acreedores; y cuando llegan á ser tales que no se pueden pagar buenamente, se suelen alzar con la deuda y responder con ingratitud, como quier que sea cosa mas ordinaria castigar la ofensa que remunerar el servicio. A la verdad, ningun premio ni honra se debía negar á un tan excelente varon; pero ¿quién acabará con los reyes que con estas consideraciones enfrenen sus disgustos? Quién irá á la mano á sus sospechas, mayormente avivadas con la malicia de sus cortesanos?

CAPITULO XV.

Del cerco de Pamplona.

Entreteníase el duque de Alba en San Juan de Pié de Puerto. Hacia su gente algunas salidas, y ganaban algunos lugares de poca consideracion. Diego de Vera con gran trabajo hizo pasar allá la artillería. Pusiérouse los duques de Borbon y Longavila, el de Mompensier, el de la Paliza, y Lautreque en Salvatierra, villa de Bearne, y otros lugares comarcanos para hacer rostro á nuestro campo. Tenian ochocientos hombres de armas y ocho mil infantes. El Delfin tenia otro gran número de gente en Garriz para ayudar á esta empresa. Esperaban de cada día que el rey don Juan acudiese con su gente, que ponía en órden para pasar á Navarra; con esta esperanza los del valle de Salazar y Roncales se alzaron contra los de Castilla. El mariscal de Navarra, que hasta entonces estuvo neutral, se declaró al tanto por

Navarra, y de Tudela, donde vino el rey Católico á recibir la Reina, que despedidas las Cortes de Monzon se volvía, se fué á juntar con los franceses. Apresuróse con esta nueva el rey don Juan. Hay dos puertos para pasar de Navarra á la parte de Francia: el uno se dice Valderroncal, el otro Valderronzas. A la entrada de Valderronzas está San Juan de Pié de Puerto, do se hallaba el duque de Alba. Por la otra parte aquel Rey con su gente subió los montes mediado octubre. Llevaba en su compañía á monsieur de la Paliza. No tenían los de España tanta gente que pudiesen aventurarse á dar la batalla; acudieron empero diversos capitanes con su gente para atajalles el paso donde quiera que se estrechaban los montes. Entre los demás, Hernando de Valdés se fué á poner en Burgui con intento de defender aquella plaza, que era muy flaca. Acudió el campo enemigo, combatiéronla muy fuertemente, y dado que perdieron en el combate cuatrocientos hombres, la entraron con muerte de algunos de los de dentro. Entre los otros, el mismo Hernando de Valdés murió como buen caballero; díjose que se puso en aquel peligro, como despedido de que el Rey cuando volvió de la de Ravena, le dijo: Allá se quedan los buenos. El duque de Alba, visto el peligro en que estaba Pamplona, acordó dejar en San Juan á Diego de Vera con ochocientos soldados y docientas lanzas y veinte piezas de artillería, y él con la demás gente volver á pasar el puerto para proveer á la defensa de lo de Navarra. Pudieran los enemigos atajalle el paso; cegábase su suerte así en esto como en no acudir luego á Pamplona, que se entiendo la tomaran sin dificultad. Su tardanza dió lugar á que le acudiese gente, y el Duque con su campo se metiese dentro, con que mucho se aseguraron las cosas, junto con la venida del arzobispo de Zaragoza, que llegó en esta sazón á Egea con hasta seis mil hombres de guerra. Entre los lugares que se rebelaron uno era Estella. Acudió don Francés de Navarra, y por trato que tuvo con los de dentro, entró y saqueó el lugar. Para cercar el castillo acudió con mas gente el alcaide de los Donceles, que le rindió; y asimismo los castillos de Cabrega, Monjardín y el de Tafalla, que estaba tambien alzado, se entregaron. Por el val de Broto, que es en las montañas de Jaca, entró con gente el senescal de Bigorra. Cargaron sobre Torla, ganaron el lugar, y al tiempo que le saqueaban, los de aquel valle se apellidaron, y dieron sobre ellos con tal fuerza, que juntados con los que del lugar quedaban, los desbarataron con muerte de mas de dos mil dellos y pérdida del fardaje y de algunos tiros de campo que traían. El rey don Juan con su gente llegó á dos leguas de Pamplona. Asentó y fortificó su campo en Urroz. Esperaba que los de Pamplona se declarasen por él. Los nuestros tenían prevenido este peligro con hacer salir de la ciudad docientos vecinos, gente sospechosa. Por otra parte, en la Puente de la Reina, que está cerca de allí, se juntaba mucha gente para dar socorro á Pamplona, y si fuese necesario, dar la batalla á los franceses. Acudieron mil y quinientos soldados de Trasmiera y Campos, y novecientos que de Bugia aportaron á Barcelona en compañía de Lope Lopez de Arriaran. Acudió poco despues al mismo lugar la gente de Aragon. Por general deste campo se-

ñalaran al duque de Najara. Servia muy bien el conde de Santistéban don Alonso de Peralta; por tenelle mas obligado le dió el rey Católico titulo de mariscal de Navarra, y poco despues de marqués de Falces. Aun no se ponía cerco á Pamplona, á causa que los franceses aguardaban golpe de gente que les enviaba el Delfin. El de la Paliza andaba descontento por ver que ninguna cosa le sucedía conforme á su pensamiento. Púsose el campo francés en parte que pudiese atajar los mantenimientos que venían á la ciudad; otra parte del ejército francés que quedaba allende los montes, para divertir las fuerzas del rey Católico entró por la frontera de Guipúzcoa. Dió vista á Fuente-Rabia. Púsose sobre San Sebastian. Venia por caudillo desta gente monsieur de Lautreque, que se determinó de combatir aquella villa. A la sazón se hallaba dentro don Juan de Aragon, hijo del arzobispo de Zaragoza, que pasaba á Flándes para asegurar que no le quería el rey Católico dejar el reino de Nápoles, como sospechaba el Emperador. En su compañía iba Juan de Lanuza para residir en la corte del Principe con cargo de embajador. Con su presencia la gente de dentro se defendió con tanto esfuerzo, que aunque era poca, los franceses se volvieron á Rentería, y desde allí, porque los naturales no les tomasen el paso, se recogieron en Guena. Este acontecimiento fué en sazón que el duque de Calabria trataba secretamente de pasarse de Logroño, do á la sazón estaba, al campo francés, con promesa que le hacia el rey de Francia de ponelle en posesion del reino de Nápoles. Fué preso con otros cuatro, por cuyo medio se traían estas inteligencias. Lleváronle primero al castillo de Atienza, despues al de Játiva, en que estuvo algunos años; los medianeros fueron arrastrados y muertos; ¿en qué paran las desgracias y las trazas mal concertadas? El tiempo iba muy adelante y era poco á propósito para estar en el campo. Acordaron los franceses que se hallaban sobre Pamplona de abreviar. Están dos monasterios de monjas fuera de los muros, el uno de Santa Engracia, el otro de Santa Clara; en estos ejercitaron su crueldad los franceses, que los saquearon, sin tener respeto á ninguna cosa sagrada. Llegó la irreverencia á término que un capitán alemán, abierto el tabernáculo por robar la custodia, con sus manos sacrílegas echó el santísimo Sacramento en el altar. Díjole la sacristana: ¿Cómo os atreveis á hacer tal desacato? Respondió el alemán: Este no es Dios de los alemanes, sino de los españoles; principio de las herejías que poco despues brotaron, sacrilegio que pagó el miserable con la vida, ca en breve, como otro Júdas, reventó. Asentaron su artillería, dieron por dos veces el combate á la ciudad con tanta furia de artillería, que estuvo en gran peligro de ser entrada; mas los de dentro se defendieron muy bien. Señaláronse entre los demás el coronel Villalva y don Hernando de Toledo, Hernando de Vega, Antonio de Fonseca y otros muchos; murió Juan Albion, caballero principal de Aragon. El duque de Najara por lo alto de la sierra que llaman Reniega, se mostró con su gente, que eran seis mil infantes, sin la caballería, con intento de acometer el real de los enemigos, por lo monos atajalles las vidualas. En su compañía iban los duques de Segorve y Villahermosa, el marqués de Aguilar, los

condes de Montagudo y Ribagorza, el alcaide de los Donceles. Acordaron los franceses dejar el cerco y volverse á Francia por el puerto de Maya. Levantarou sus reales postrero de noviembre; siguiéronlos el condestable de Navarra y el coronel Cristóbal de Villalva. Matáronles alguna gente, y tomároules trece piezas de artillería. Con esto se remató aquella guerra, que fué muy feñida. Los agramonteses acabaron de entregar todas las fuerzas que quedaban en su poder. La ciudad de Pamplona se reparó con todo cuidado, y aun se señaló lugar en que para su defensa se levantase un castillo. Quedó nombrado por virey el alcaide de los Donceles, al cual se dió título entonces de marqués de Comares. Entre tanto que venia á tomar el cargo, dejó el duque de Alba para el gobierno á su hijo don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, que se halló con los demás en aquel cerco, y fué adelante muchos años virey de Nápoles, persona en valor y prudencia muy señalada.

CAPITULO XVI.

El Virey ganó la ciudad de Bresa.

El virey don Ramon de Carilona, concluida con tanta prosperidad la guerra de Toscana y asentadas las cosas de Florencia muy á su gusto, revolvió con su campo la vía de Lombardia. En Módena, que se tenia por el Emperador, se juntaron con él el de Gursa, don Pedro de Urrea y Andrea del Burgo para consultar lo que se debia hacer. La ciudad de Bresa que todavía se tenia por Francia, la sitiaban venecianos con esperanza de apoderarse della. El Emperador la queria para sí; los suizos porfiaban que se diese al duque Maximiliano Esforcia, cuya defensa tomaran. Por evitar los inconvenientes que desta discordia podrian resultar, acordaron en aquella junta que el Virey entrase de por medio y la tomase por la liga para dalla á quien de derecho pertenecia. Quedóse el de Gursa en Módena; don Pedro de Urrea y Andrea del Burgo fueron á Roma para entender del Papa su voluntad y persuadille acudiese con el dinero que concertó para la paga de la gente de la liga que de meses atrás no se pagaba. El Papa no venia en ello; excusábase con que desde que se dió la batalla de Ravena espiró aquella obligacion y paga; todavía daba intencion de proveer de dinero, si dejada la empresa de Lombardia, el Virey revolviere sobre Ferrara, de la cual en todas maneras pretendia apoderarse. Con este intento el duque de Urbino era salido en campaña, y tenia dos mil suizos en Luco y Bañacaballo; poca gente para aquella empresa, si no era ayudado, mayormente que por no pagalla la mas se despidió brevemente. Daban don Pedro de Urrea y su compañero al Papa buenas palabras sin concluir nada; acordó de enviar á Bernardo de Bibiena, que fué adelante cardenal, para que avisase al Virey de su voluntad. Llegó á la sazón á Módena el marqués de Pescara, libre por rescate de la prision en que franceses le tenian. Diéronle cargo de la compañía de hombres de armas de Gaspar de Pomar, que mataron en Milan en cierto ruido, y era la mejor gente que á la sazón de españoles se hallaba. Partió el Virey para la Mirandula 1.º de octubre, al mismo tiempo que la guerra de Navarra andaba

mas encendida; pasó el Po por Ostia. Halláronse al pasar mas de nueve mil infantes, y por su general el marqués de la Padula. Venia Próspero Colona con pasados de cuatrocientos hombres de armas y mil infantes para juntarse con el Virey. Procuró el Papa impedirle el paso por las tierras de la Iglesia, mas no salió con ello. Pretendió asimismo por medio del Cardenal sedunense que los suizos no dejasen entrar al Virey en Lombardia. Decia que los españoles se querian hacer señores de Italia; ¿qué prestaría echar los franceses y quedar en su lugar los españoles, gente pobre y mas mala de sujetar? Llegó el campo á Verona, do esperaba Rocandulfo, capitan del Emperador, con dos mil alemanes y cuatrocientos caballos ligeros. Tenia á punto la artillería, que eran seis cañones, una culebrina, veinte piezas de campo. Partieron todos la vía de Bresa. Monsieur de Aubeni, apretado del cerco de venecianos y del miedo del nuevo ejército que venia, alzó en aquella ciudad banderas por el Emperador. En esta sazón llegó Bernardo de Bibiena al campo. Dió al Virey el recado que le traia. Respondió él á esta embajada con palabras comedidas que holgara ser avisado antes de pasar el Po para obedecer aquel mandato; que ya tenia la empresa tan declarada y adelante, que sin hacer falta á la reputacion no se podia volver atrás; que acabada, se haria como era razon todo lo que á su Santidad pluguiese. Partieron de Verona los de la liga; de camino rindieron la villa de Pesquera y su fortaleza, que se tenian por Francia. Antes que llegasen á Bresa, envió el Virey á hacer sus cumplimientos con la señoría y con Pablo Ballon, que tenian por general en aquel cerco. Decia que como general de la liga venia á cumplir con su obligacion, y pues iba para este efecto y en servicio de la liga y queria dar á cada cual lo que era suyo, diesen orden como sus gentes se juntasen con él. Los intentos eran muy diferentes, y así no se podian concordar. Llegó nuestro campo á ocho millas de aquella ciudad cuando movieron los franceses pláticas de concierto. Acordaron que el señor de Aubeni con su gente, que eran cuatrocientas lanzas y dos mil infantes, con sus armas, caballos y bienes se fuesen donde por bien tuviesen, á tal que no se recogiesen al castillo de Milan ni otros lugares que se tenian por Francia; honrado asiento para tener sobre sí dos campos. El de Gursa fué el todo para que se les concediese. Con las mismas condiciones se obligaron los del castillo de entregar aquella fuerza con la artillería y municiones, si dentro de veinte y un dias no fuesen socorridos bastante. El mismo dia que se concluyó este asiento, que fué á los 23 de octubre, se hizo alarde de la gente de armas y de la infantería española en Castanetola, que está junto á Bresa. Halláronse mas de ocho mil infantes con los que llegaron á esta sazón en compañía de Próspero Colona. Quedó en el gobierno de aquella ciudad el comendador Solís con hasta mil soldados que parecieron bastantes para su defensa; lo demás del campo acudió sobre el castillo de Bérnago, que la ciudad ya estaba rendida. De Nápoles partió el almirante Vilamarin con siete galeras para juntarse con las del Papa, que esperaban en Civitavieja, é ir á Génova y poner cerco sobre el castillo de la Lanterna, que se tenia por

Francia. Hallaron en aquel puerto otras tres galeras de la señoría de Venecia, enviadas para el mismo efecto. Tenia el duque de Génova otras cuatro galeras, pero muy faltas de gente y de artillería; todo procedia flojamente; por esto el cerco iba á la larga. Los franceses tenian en Marsella solas seis galeras y un galeon; armada pequeña. Los cardenales scismáticos en Leon de Francia continuaban su concilio; ofrecian á los príncipes grandes partidos como si en su mano lo tuvieran todo. El virey de Sicilia don Hugo de Moncada con una buena armada que juntó pasó á la ciudad de Tripol para dar órden en la fortificacion de los castillos y dejar en buena defensa aquella ciudad por lo que importaba para proseguir la conquista de Berbería. El duque de Urbino se hallaba en la Romaña entre lo de Ravena y Boloña con quinientos hombres de armas y mil suizos. La gente italiana, que tenia en mayor número, cada día se desmandaba; la tierra y los naturales eran robados, sin que se hiciese efecto de alguna consideracion.

CAPITULO XVII.

Que Maximiliano Esforcia entró en Milan.

Entretábase Maximiliano Esforcia algunos meses en Trento y en el Veronés. Esperaba que los franceses acabasen de salir de aquel su estado, en especial procuraba se ganasen los castillos de Milan y de Cremona, que se tenian por Francia. Pretendia otrosí que los milaneses contentasen á los suizos, los cuales, dado que se mostraban mucho de su parte y no venian en que se desmembrase parte alguna de aquel ducado, sino que se le diese lo de Placencia y Parma, que tenia el Papa, y lo de Aste, que pretendia, y lo de Cremona y Geradada, que se dió los años pasados á venecianos; todavia querian tener parte en la presa. Concertaron los milaneses de dallas en dos años ciento y cincuenta mil ducados, y perpetuamente por año cuarenta mil. Para seguridad de la paga ofrecieron que tuviesen en su poder tres fortalezas de aquel ducado. Las voluntades de los príncipes no iban conformes, y las trazas eran contrarias. El Emperador quisiera mas lo de Milan para uno de sus nietos; no se aseguraba empero de podello sustentar contra el poder de Francia y de toda Italia, que deseaban se pusiese señor propio y natural en aquel estado. Llegó este deseo comun á término, que el obispo de Lodi, hijo bastardo del duque Galeazo, se puso en la fantasia de hacerse duque de Milan. No le desayudaba el Cardenal sedunense para esto por conservarse en el gobierno que de aquel estado tenia y en nombre ajeno mandallo todo. Persuadiase que cuanto el Duque fuese mas flaco, tanto tendria mayor necesidad de su ayuda; ni al Papa le desplacia en lo secreto aquella traza, por no asegurarse del duque Maximiliano, que venia muy prendado del Emperador y rey Católico. Por cortar todas estas tramas despues que se acabó lo de Bresa, se dió órden en la ida de Maximiliano Esforcia á Milan. Entró en aquella ciudad á los 29 de diciembre, principio del año 1513. Acompañaronle el Cardenal sedunense, el virey de Nápoles, el de Gursa y don Pedro de Urrea. Fué recebido con toda la majestad y muestra de alegría con que se solian recibir los duques pasa-

dos. Los embajadores de los suizos le presentaron las llaves de la ciudad con grande ceremonia. Concluidas las fiestas, se trató de allanar lo que quedaba por Francia. El marqués de la Padula fué con la infanteria española contra Trezo, castillo muy fuerte á la ribera del rio Abdua, y le rindió en pocos dias; el de Novara, que era mas importante, se entregó á la gente del Duque. Tratóbase de concluir las paces entre el Emperador y venecianos; y por cuanto la tregua asentada espiraba por todo el mes de enero, concertó el conde de Cariati que se prorogase por todo febrero y despues hasta en fin de marzo. El de Gursa venia en las condiciones que le ofrecia el Papa el año pasado de parte de venecianos; pero ellos no aceptaban ningun partido si no les daban á Verona. Pareció seria necesario hacellos la guerra con las fuerzas del Emperador, de España y de Milan, sin hacer mencion de los suizos, por tener entendido en breve se concertarian con Francia por medio de monsieur de la Tramulla, que fué enviado para este efecto; principio de nuevas revoluciones. Pretendia el Virey que ante todas cosas se asegurasen del estado de Milan, en que á los franceses quedaba la mayor parte; y Trivulcio tenia juntos cinco mil infantes para volver á aquella empresa, y cada dia se le juntaban mas. Por esto puso á Próspero Colona en Aste con buen número de gente para atajar á los franceses el paso. El rey Católico quiso valerse de Inglaterra para enfrenar el poder de Francia; y visto por lo que pasó el año pasado, que los ingleses no hacian buena mezcla con otra gente, por ser tal su condicion que mal se concierta con nadie, hacia instancia con aquel Rey que por la parte de Calés acometiese lo de Normandía, y él ofrecia con su gente tomar la empresa de Guiena para entregalla al Inglés luego que fuese ganada; partido honroso y provechoso, si se cumpliera; así lo entendia aquel Rey. Con este intento aprestó una armada de cincuenta naves, en que pensaba pasar á Francia nueve mil infantes, gente bien armada y lucida, y aun hacia instancia con el rey Católico le enviase otras cincuenta naves desde España para ayudarse dellas en aquella guerra. No era fácil cosa acudir á tantas partes, porque demás de ser las empresas muy graves, el rey Católico andaba enfermo y la Andalucía alborotada. La ocasion de la dolencia fué cierta bebida extravagante que le hizo dar la Reina en Medina del Campo por el deseo que tenia de concebir; así lo refieren el doctor Carvajal en sus *Memorias* y Pedro Mártir como cosa que se tenia por averiguada. Lo que resultó fué que se debilitó el Rey de manera, que ninguna cosa apetecia sino andarse por los bosques. Aumentábase el mal de cada dia mas con desmayos ordinarios y muestras de hidropesia. La Andalucía se alteró por la muerte de don Enrique; duque de Medina Sidonia. Tenia una hermana de padre y madre, por nombre doña Mencía, casada con don Pedro Giron, y un hermano de padre, que se llamaba don Alonso Perez de Guzman. Nombró en su testamento por sucesora en el estado á su hermana, afirmando que el segundo matrimonio de su padre no fué válido. Con este fundamento tan flaco pretendió don Pedro Giron tomar posesion de aquel rico estado, y se apoderó de Medina Sidonia. Doña Leonor de Zúñiga, madrastra de don

Enrique y de doña Mencía, hacia las partes de su hijo, que demás de ser justificadas á juicio de todos, le ayudaba el favor del Rey, que pretendia casar al nuevo heredero con doña Ana de Aragon, hija del arzobispo de Zaragoza. Llegaron las cosas á término de guerra, á causa que cada cual de los pretendientes tenia sus valedores, y les acudian señores y caballeros sus aliados. Don Pedro era un caballero muy brioso y que estuvo á punto de aventurallo todo; todavia prevaleció la razon, y el estado quedó por el hermano del difunto. En Bugia estaba por capitán Gonzalo Mariño, y en Oran Martin de Argote, como teniente del marqués de Comares. Sucedieron con los moros algunas revueltas, en que no se hizo cosa de momento, mas de que Muley Abdala con gente que traia consigo llegó á dar vista á Bugia y quemó el arrabal de aquella ciudad; el daño fué grande, no quedó en pié sino una torre, en que se recogieron los judíos. La causa deste desman fué el mal orden de Gonzalo Mariño, por romper el primero los capítulos de la paz que con los moros tenia puesta; que fué causa de removellos de aquel cargo, y en su lugar fué proveido por capitán don Ramon Carroz.

CAPITULO XVIII.

De la muerte del papa Julio.

Traia asimismo el papa Julio muy quebrada la salud. Su flaqueza y cuidados le acarreaban diversas enfermedades; divulgóse que de aquella no escaparia y que no podria vivir muchos dias. Teníase gran recelo que los cardenales scismaticos con su muerte no intentasen alguna novedad, por lo menos quisiesen hallarse en el conclave. Dióse aviso al duque de Milan, á Florencia, Sena y Luca que mandasen guardar los pasos. Falleció el Papa á los 20 de febrero. Alteróse el pueblo romano, como suele, en las vacantes, y mas entonces por quedar comunmente todos resabiados del gobierno pasado y muy encontrados los colonos, aborrecidos el Papa y los Ursinos, sus allegados. Saquearon el monasterio de San Pablo, que es de monjes benitos, y hicieron otros insultos. Ayudó mucho la industria y autoridad del embajador Jerónimo Vic para que se sosegasen. Entraron los cardenales en conclave á los 4 de marzo, habiendo primero enviado á su padre el hijo del marqués de Mantua, que estaba en rehenes, y á los 11 de conformidad de casi todos, salió elegido el cardenal Juan de Médicis, que se llamó Leon X. Declaróse el mismo dia que queria perseverar en la liga y hacer que el Emperador y el Inglés entrasen en ella. Los cardenales Carvajal y Sanseverino, que se entretenian en Leon con menos reputacion que nunca, acordaron de pasar á Italia y hallarse en el conclave. Favorecíalos Próspero Colona, que asimismo pretendia ir á Roma, y ofrecia sacar pontífice de su mano; el Virey empero no le dejó ir por recelo con su ida no se alborotase Roma y se quitase la libertad al conclave. Aportaron los dos cardenales con un galeon á Liorna. Por las guardas que tenian puestas y á la mira fueron detenidos y llevados á Pisa. Dió aviso luego al Papa Julio de Médicis, su primo; mandó llevarlos á Viterbo, y de allí á Civita Castellana, que tenia un muy buen castillo, hasta que su causa se

determinase. Hizo Julio de Médicis mucha honra á estos cardenales y al señor de Solier, que venia con ellos por embajador del rey de Francia. Por medio dellos se declaró por servidor de aquel Príncipe, que fué principio de mayores males y daños. Con la vacante del Pontificado y con la sombra del Virey tuvo el nuevo Duque comodidad de apoderarse de Piacencia y procurar de hacer lo mismo de Parma. Acudió el Virey á aquella parte con su campo por estar receloso del poder de Francia, que se juntaba en daño de Milan, y por entonces no era sazón de comenzar la guerra contra venecianos. La falta de dinero para la gente era grande, y no se hallaba camino para socorrerse en aquella necesidad, mayormente que se continuaba la plática de asentar las paces entre el Emperador y venecianos, y para concluir eran idos á Alemaña, primero el cardenal de Gursa, y despues don Pedro de Urrea y el conde de Carriati. No se conformaban en las condiciones de la paz porque el César queria quedarse con Bresa y Verona; los venecianos pretendian recobrar todo su estado como le tenian antes de la guerra. Entró de por medio el rey de Francia y concertóse con aquella señoría; terció Andrea Gritti en favor del Francés, ya puesto en libertad, y tambien Bartolomé de Albiano. Las condiciones fueron: que aquella señoría quedase con todo el estado que antes tenia, excepto Crémona y Geradada, que fuesen del rey de Francia, y se volviesen á incorporar en el ducado de Milan. Obligábase para recobrar aquel ducado y las tierras de venecianos que la señoría acudiria con mil lanzas y con seis mil infantes, y por su capitán Bartolomé de Albiano, y el Rey con mil y docientas lanzas y doce mil infantes, y por capitán general de la infantería nombró á Roberto de la Marcha, y por lugarteniente de general al señor de la Tramulla, y en su compañía Juan Jacobo Trivulcio. Luego que se publicó esta avenencia, Trivulcio con la gente italiana que tenia alistada por el rey de Francia se puso dentro de la ciudad de Aste. Bartolomé de Albiano acudió al ejército de la señoría para acometer á Verona ó pasar á juntarse con los franceses. Esta novedad junto con la ausencia del Virey causó tan grande mudanza, que los mas pueblos de Lombardía se declararon contra el duque Maximiliano. ¡Cuán grandes son los vaivenes desta vida! Apenas era entrado en posesion de aquel estado, cuando todo se le volvia al revés; así sucede á los desgraciados. La causa por que el rey de Francia se apresuró en concluir esta confederacion fué tener muy adelante otro tratado, que se comenzó los meses pasados á persuasion del cardenal don Bernardino de Carvajal, es á saber, de asentar treguas con el rey Católico para sobreseer de todo auto de guerra desta parte de los Alpes. Venia muy á cuento á estos dos reyes este concierto, al Católico para asegurarse en la posesion de Navarra, al Francés para recobrar lo de Milan, ca de los interesados el rey de Navarra y el duque Maximiliano poco caso se hacia; propia condicion de poderosos para con los que poco pueden. Para concertar esta tregua enviaron á Francia los meses pasados á don Jaime de Conchillos, obispo de Catania, y á la sazón electo de Lérida. Pasó de Fuente-Rabia á Bayona para verse con Odeto de Fox, señor de Lautreque, que era

capitan general de Guiena. Trataron con poderes que de sus reyes mostraron de concertarse mediado el mes de marzo. Quedaron desconformes. Juntáronse segunda vez en el castillo de Ortuvia, que está en el término de Francia, dos leguas de Fuente-Rabía. Allí concertaron, 1.º de abril, que la tregua entre el rey don Fernando y sus confederados, el rey de Inglaterra y el príncipe don Carlos, y el Francés con el rey de Escocia y duque de Güeldres durase por espacio de un año, á contar desde aquel día; que en este tiempo hobiese comercio de un reino á otro desta parte de los Alpes por donde se sobresea de las armas. El rey don Juan de Navarra quedó excluido deste concierto, que era como entregalle á su enemigo para que con sus agudas uñas hiciese en él presa. Cuanto al Emperador y rey de Inglaterra, se puso por condicion que si dentro de dos meses no firmasen las treguas, fuesen excluidos della, como lo quedaron. Sintióse mucho el Emperador deste concierto, tanto mas, que se hizo sin dalle parte, como fuera razon. Decia ¿qué manera era aquella de querer correr la misma fortuna con él como siempre el rey Católico lo publicaba? Que con esta tregua en ocho días el Francés se haria señor de Milan, y con la ayuda de las potencias de Italia, que luego se le allegarian como á vencedor, se haria señor del reino de Nápoles y de todo lo al de aquellas partes; con que revolveria sobre los dos, que eran sus verdaderos enemigos y se vengaria dellos á toda su voluntad. Lo que sobre todo encaecia era que por consejo y traza del cardenal Carvajal, que en tantas maneras habia deservido, se hobiese tomado aquel camino. A la verdad la traza fué muy aguda y como del ingenio de aquel Prelado. Mas era muy claro que si esto se llevaba adelante, se perderian todas las ciudades que en Lombardia se tenian por el Imperio, que era el mayor sentimiento que en este caso el César tenia, si bien alegaba otras razones y agravios.

CAPITULO XIX.

De la guerra de Navarra.

Antes que se asentase la tregua con Francia, monsieur de Lautreque en Bayona ponía en órden la gente de guerra que tenia, y juntaba otra de nuevo, y fundia artillería con intento, á lo que se entendia, de dar al improviso sobre San Juan de Pié de Puerto, que no era plaza muy fuerte; la cual ganada, pensaba por aquel paso subir los puertos y meterse dentro de Navarra. Con este recelo el marqués de Comares envió á Valderroncá algunas personas para asegurarse de aquella gente, que andaba muy recatada, y no se tenia bastante confianza que no diesen paso por sus tierras al campo francés. Proveyó asimismo la gente de á pié y de á caballo que pedía Diego de Vera para defender aquella villa. No se pasó mas adelante á causa de la tregua que se asentó, como queda dicho; con que los nuestros tuvieron comodidad, no solo de mantenerse en lo que poseian, sino de pasar adelante en su conquista, si bien el rey don Juan tenia juntos hasta cinco mil hombres para hacer el daño que pudiese, y aun hizo sus requerimientos al obispo de Zamora para que volviese á la prision; mas el rey Católico declaró estar libre de la

palabra que dió, lo uno por ser preso de mala guerra, pues iba como embajador y en servicio de la Sede Apostólica, lo otro por la muerte del de Longavila, á quien él se obligó personalmente. Por otra parte, el mariscal de Navarra, que se llamaba tambien marqués de Cortes, rompió por las fronteras de Guipúzcoa con otros dos mil hombres; pero la gente de la tierra por órden de don Luis de la Cueva, que guardaba á Fuente-Rabía por su padre, le hicieron resistencia. Acogiase esta gente al castillo de Maya, que era muy fuerte, puesto en tierra devascos, por do se pasa á Guiena. Tuvo aviso el señor de Ursua, servidor del rey Católico, que el Alcaide estaba ausente; acudió sobre el castillo con gente, mas como era poca y el Alcaide á la sazón sobrevino, no pudo salir con la empresa. Proveyó el marqués de Comares que Diego de Vera y Lope Sanchez de Valenzuela, que envió de nuevo con gente, fuesen á cercar aquel castillo para atajar los daños que los del hacian por aquellas montañas. Hiciéronlo así, pero tampoco le pudieron tomar; antes por aviso que les vino de que el mariscal acudia al socorro de los cercados con gente y asimismo el rey don Juan se retiraron, y quedó la artillería en Azpilcueta á peligro de perderse. El Marqués acordó de acudir en persona con mas de dos mil soldados y artillería mas gruesa que la que llevaron antes. Los de dentro, visto que de Francia no les podia venir socorro y que su Rey no tenia fuerzas bastantes para resistir, rindieron aquella fuerza dentro de muy pocos dias; negocio de grande importancia, ca con esto quedó llana toda la tierra de vascos y Cisa, que están de la otra parte de los puertos. Poseian los condes de Fox de tiempo muy antiguo en lo de Cataluña lo de val de Andorra y vizecondado de Castelbó, que cae cerca de Urgel, y entonces eran de la ya reina de Navarra doña Catalina, habidos por herencia de sus padres. Esto todo por el derecho de la guerra perdieron aquellos reyes, y vino á poder del rey Católico. Por la ausencia del cardenal de Sorrento, que fué á Roma al conclave, quedó en el gobierno de Nápoles el almirante Vilamarin. Las provincias de Calabria y Pulla se hallaban sin gobernadores, porque Hernando de Alarcon, que lo era de Calabria, y el marqués de la Padula, que tenia cargo de Pulla, andaban en el ejército. Esto y la falta de gente de guerra dió ocasion á muchos insultos que por todas partes resultaban sin remedio ni sin término; en particular se levantaban los vasallos contra los barones, movidos de los malos tratamientos que les hacian, y algunos pueblos enteros se alzaron, en que acontecieron cosas notables y enormes delitos. Demás desto, venian nuevas que el gran Turco armaba en daño de cristianos; y puesto que se entendia pretendia pasar á Rodas, todavia se temia no acudiese á Sicilia ó á lo de Pulla. Los venecianos otrosí, despues que se ligaron con Francia, tenian puestos los ojos en recobrar las ciudades que poseyeron en la Pulla. Era necesario acudir á todo esto. Dióse órden como todas aquellas marinas estuviesen bien proveidas y aprestada el armada del Almirante para todo lo que sucediese. A Berenguel de Olms, que vuelto á España salió al principio de abril de Sevilla con cuatro galeras muy en órden, con intento de dar sobre ciertas fustas de moros que

por aviso del capitán general de Portugal, que residía en Tanger, se entendió tenían los moros recogidas en el río de Tetuan, se le mandó que, pospuesto todo lo al, se encaminase á Italia para juntarse con el Almirante y con la armada de allá. Por este mismo tiempo el estado de Génova grandemente se alteró. Los adornos, que andaban desterrados de aquella ciudad y hasta aquí se mostraban aficionados á la corona de Aragón, concertaron con el rey de Francia de echar los fregosos de Génova y volvella á su sujeción. Súpose que el conde de Flisco y sus hermanos tenían parte en esta práctica. Los hermanos del Duque mataron al Conde por esta causa dentro de palacio. Juntáronse los hermanos del muerto con los adornos, y con gente que levantaron se acercaron á Génova. La armada francesa en su ayuda hizo lo mismo por mar. Salió el Duque con sus galeras en seguimiento de aquella armada, que no le osó esperar. Mientras seguía el alcance, los adornos y fliscos se apoderaron de la ciudad, y el Duque fué forzado á retirarse á Pomblin. Su armada se recogió á Portovenere. Entonces nombraron por duque de Génova á Octaviano Fregoso, que era á gusto de todo el comun, y hermano del arzobispo de Salerno y aun tenía doudo con el Papa. Duró poco esta prosperidad á los adornos. Los fregosos se concertaron con el Virey que los restituyese en sus casas con promesa de poner aquella ciudad y señoría en la protección del rey Católico. Hicieron sus capitulaciones. Envió el Virey con gente al marqués de Pescara, que cumplió lo que se concertó con aquel linaje y parcialidad. Cuanto al Duque de aquella señoría no pareció se hiciese mudanza. Sucedió esto algunos días adelante; volvamos á lo que se nos queda atrás.

CAPITULO XX.

Los suizos vencieron á los franceses junto á Novara.

La masa del ejército francés se hacía en Asti y en el Piamonte. Su general monsieur de la Tramulla se aprestaba con todo cuidado, y de Francia le vinieron hasta cuatrocientos caballos ligeros. Tenía en su compañía á Juan Jacobo Trivulcio y á Sacromoro, vicecómite, que desamparado el duque de Milan, en cuyo servicio anduvo, se pasó á la parte de Francia. Bartolomé de Albiano asimismo con el ejército de la señoría se ponía en orden para sitiar á Verona. Era cosa maravillosa que fuera destes dos campos en un mismo tiempo se hallaban otros tres en diversas partes de Lombardia, muestra de su abundancia, en que no tiene par. Dentro de Verona se contaban cinco mil tudescos y seiscientos caballos ligeros, que corrían la tierra hasta cerca de Vicencia no de otra guisa que si fueran señores del campo. Junto á Placencia alojaba el Virey con mil y cuatrocientos hombres de armas, ochocientos caballos ligeros y siete mil infantes, gente muy escogida y lucida. El duque de Milan se hallaba acompañado de los suizos, que eran hasta ocho mil, y esperaba otros cinco mil que pasasen en su ayuda los Alpes. Sin embargo, los de Milan y casi todas las demás ciudades de aquel estado cobraron tanto miedo, que se rebelaron contra el Duque y alzaron banderas por Francia. El mismo Duque no se confiaba de venir á las manos con los enemigos, y

dejado el campo, se fué á meter dentro de Novara. Entró allí último de mayo sin recatarse que por aquella gente en aquel mismo puesto fué vendido su padre á los franceses. El Virey mostraba voluntad de juntarse con el Duque; pero como quier que de Roma no le enviaban dinero segun que el embajador Vic lo prometía, y por otra parte tenía aviso de España que se volviese al reino, no se atrevía á empeñarse mucho en aquella guerra. Tomó por resolución de estarse á la mira y con su presencia dar algun calor á la defensa de Lombardia. Llamó al comendador Solís para que tuviese cargo de la infantería por la ausencia del marqués de la Padula, que fué proveído por capitán general de Florencia. Envió en su lugar á Luis Icart para la defensa de Bresa. En guarda de Cremona puso la gente del Papa, y despues para mayor seguridad envió allá á Ferramosca con cuarenta hombres de armas, trecientos soldados españoles y quinientos italianos. No bastó esta diligencia para defender aquella ciudad; luego que Albiano llegó allí con su campo, la entró con muerte de todos los hombres de armas, que llegaban á docientos, y á los españoles quitó las picas. Con la nueva deste suceso los franceses se determinaron de sitiar á Novara. Eran por todos ochocientas lanzas y ocho mil infantes, los tres mil alemanes, los demás gente soez y de poca cuenta. Hicieron ademán de combatir la ciudad. Vino aviso que los suizos venían en favor del Duque hasta llegar á doce mil en número, y que el baron de Altosajo traía otros cinco mil. Por esta causa los franceses se volvieron á su fuerte, que tenían entre Gaya y Novara. Luego que llegó el primer socorro, cobraron tanto ánimo los suizos, que sin esperar al de Altosajo, salieron en busca del enemigo. Quisieran los franceses excusar la batalla, mas no podían. Salieron de mala gana á la pelea. Los hombres de armas y caballos ligeros de Francia no curaron de pelear. La batalla, que duró dos horas, fué muy reñida entre la gente de á pié. Los alemanes se defendieron ferocísimamente, pero finalmente el campo quedó por los suizos. Murieron de la parte de Francia pasados de siete mil, y entre ellos todos los alemanes, y de gente principal Coriolano Trivulcio y Luis de Biamonte. Despues desta victoria, que fué á los 6 de junio, llegó el baron de Altosajo, y se levantaron por el Duque Milan y Pavia; y casi todo aquel estado se puso en su obediencia. En la prosperidad todos acuden. El Virey envió al Duque cuatrocientas lanzas con Próspero, porque tenía gran falta de gente de á caballo, y la caballería enemiga quedó entera. El resto de su campo se quedó como lo tenía antes junto al río Trebia, cerca de Placencia. Entendióse hizo grande efecto para alcanzar aquella victoria el impedir, como impidió, que Albiano no pudiese ir á juntarse con el campo francés. Albiano, luego que tuvo aviso de la rota de Novara, se retiró con su gente, que era por toda mil lanzas y trecientos caballos ligeros y cinco mil infantes los mas número, gente vil. Aquella señoría se hallaba muy apretada y falta de dinero, tanto, que se socorria con la décima de las rentas de los particulares y un por ciento del dinero que empleaban en mercaderías. De camino ganó Albiano á Liñago, que guardaba el capitán Villada con docientos

soldados. Desde allí pasó á Verona con intento de combata. Los de dentro empero salieron á él y le mataron alguna gente de la poca que llevaba. A esta sazón los dos cardenales scismáticos se redujeron á penitencia pública, y abjuraron la scisma que introdujeron en grave escándalo de la Iglesia. Hecho esto, fueron, á los 27 de julio, restituidos á la union de la Iglesia y en su primera dignidad de cardenales. Hacia grande instancia el duque de Milan que el Virey se fuese á juntar con su campo, porque los franceses se rehacian á toda furia. Determinó de partir luego, y en tres jornadas llegó á Sarrasina. Entonces envió el marqués de Pescara á Génova, como queda dicho, y él pasó á socorrer á Verona, que todavía la apretaba Albiano. Luego que entró por el término de Bresa, se lo rindieron Pontevico y Ursonovo, y toda la ribera de Salò. De allí pasó á Bérgamo, que se le entregó y ayudó con algun dinero para la paga de la gente, dado que la principal fuerza de aquella ciudad quedaba por venecianos. Pasó el Virey á Pesquera, y dejó á Mosen Puch en Bérgamo para acabar de cobrar el dinero de la composicion. Tuvo aviso un capitán de la señoría que estaba en Crema, y se llamaba Renzo, de todo. Concertó que de noche le diesen una puerta. Entró en la ciudad, tomó el dinero, prendió algunos de la compañía del Puch, y apenas él mismo se pudo salvar en una casa fuerte. Ganó el Virey á Pesquera, que es muy fuerte, pasó la vía de Padua, acudióle con gente que trujo de Alemania el de Gursa, con que se pusieron sobre aquella plaza por principio de agosto. Es Padua ciudad grande y fuerte, y tenía dentro á Bartolomé de Albiano, que acudió allí, alzado el cerco de Verona. Por esto los del Virey dentro de algunos días fueron forzados á dejar el cerco. Fué preso durante este cerco Alonso de Carvajal en un encuentro que tuvo con los albaneses, y con él los capitanes Cárdenas y Espinosa. Hicieron gran falta en esta empresa los caballos ligeros que fueron á Génova en compañía del marqués de Pescara. Hallábase el rey Católico viejo, enfermo y cansado con tantas guerras. Trató de hacer paces con Francia; y para esto se movió que el infante don Fernando casase con la hija menor de Francia, y en dote el Francés diese á su hija lo de Milan y Génova, que tenía por ganado, y el rey Católico á su nieto el reino de Nápoles; todos entretenimientos y trazas, mayormente de parte del rey de Francia, que se recelaba mucho de la tempestad de ingleses que por Calés cargaba sobre Picardía. Hallábase el rey de Inglaterra con cuarenta mil infantes y mil y quinientos caballos sobre Teruana por el mes de agosto. Tomó la villa por combate, sin embargo que el Delfín se hallaba en Abevilla, muy cerca de Teruana. Antes que se tomase aquel pueblo salió el ejército de Francia á socorrerle. Vinieron á batalla, en que fueron rotos los franceses y presos el duque de Longavila y otros grandes capitanes. De allí, abatida la fortaleza y baluarte y torres, pasó el Inglés sobre Tornay en sazón que en Inglaterra el conde de Sorré, á los 9 de setiembre, venció y mató al rey de Escocia, que en favor de Francia acometió aquellas fronteras. Con la nueva desta victoria se rindió Tornay. Allí vino el Emperador á verse con el Inglés y la princesa Margarita, y despues el príncipe don Carlos. Pa-

saron á Lisle, donde se concertaron entre los embajadores y comisarios del Emperador, Inglés y rey Católico, que pasada la tregua, cada cual por su parte acometiese el reino de Francia; en particular se encargó al rey Católico de conquistar lo de Guiena en provecho del Inglés. ¿Qué manera de hacer paces? No parece aprobó el rey Católico este concierto ni dió comision para hacerle, por lo que se vió adelante. Confirmóse el matrimonio ya otras veces tratado entre el príncipe don Carlos y la hermana del Inglés. Solo se asentó de nuevo que luego el año siguiente se consumase. Iba el otoño adelante; por esta causa se dejó la guerra de Picardía por entonces, y el rey de Inglaterra se pasó allende el mar. Grande era el aprieto en que se vieron las cosas de Francia, mayormente que los suizos, por órden del Emperador, rompieron por la parte de Borgoña. Vino el de la Tramulla desde Lombardía contra ellos, y sin embargo que los venció en batalla, se concertó con aquella gente. Capitularon que el rey de Francia se apartase de dar favor al Concilio pisano y sacase la gente que tenía de guarnicion en los castillos de Milan y Cremona; demás desto, que á ciertos plazos les contase cuatrocientos mil ducados. ¿Qué mayores partidos pudieran sacar si fueran vencedores? Tan grande era la reputacion de aquella nacion y el deseo que tenían los franceses que se volviesen á sus casas. Verdad es que fuera de dar la obediencia á la Iglesia, los demás capítulos desta concordia no se ejecutaron.

CAPITULO XXI.

De la batalla que dió el Virey á venecianos junto á Vicenza.

En tanto que los demás príncipes cristianos andaban revueltos entre sí y consumian sus fuerzas en vano, el rey don Manuel dentro de Portugal gozaba de una muy grande paz, fuera dél en Africa y en la India continuaba sus conquistas; y con ellas extendia la fe y religion cristiana. A la salida del estrecho de Gibraltar, en la costa de Africa, á la parte del mar Océano, está puesta la ciudad de Azamor, perteneciente al reino de Fez, grande y rica y de muy fértiles campos. Riégalos y pasa por la ciudad el rio que los naturales llaman Omirabih, que algunos piensan acerca de los antiguos sea Asama. Pretendió el rey don Manuel los años pasados apoderarse de aquel pueblo, como queda apuntado. Engañóle un moro, llamado Zeíam, que partidos los portugueses, que venian fiados en su palabra, se hizo señor de aquella ciudad, que era el intento que llevaba. Esta injuria era razón se vengase. Ofrecíase buena comodidad por el desgusto que los ciudadanos tenían contra aquel tirano. Mandó el Rey aprestar una gruesa armada, en que se embarcaron veinte mil infantes, dos mil y setecientos caballos. Nombró por general á don Jaime, duque de Berganza, su sobrino. Iban en su compañía don Juan de Meneses y otros principales hidalgos. Hiciéronse á la vela entrados los calores. La navegacion fué larga. Llegaron á Azamor por fin del estío. Tuvieron algunos encuentros con los de dentro, que eran muchos, y con los que vinieron á socorrerlos. Combatieron la ciudad con tanta fuerza de artillería, que muertos algunos de los mas principales moros, los demás sin esperar el

segundo combate, por una puerta que no se pudo guardar se salieron de noche y se pusieron en salvo. Ganóse la ciudad á los primeros de setiembre. Rindiéronse algunos lugares de la comarca, efecto ordinario de grandes victorias, en particular las ciudades de Tite y Almedina. Dejó el Duque número de gente en guarda de aquella plaza, y por sus capitanes á Rodrigo Barreto y Juan de Meneses; y con tanto dió la vuelta á Portugal, si bien muchos eran de parecer que acometiesen la ciudad de Marruecos, empresa que hacian ellos muy fácil. El Duque se excusó con que no tenia orden para acometer cosa tan grande. El rey don Manuel, animado con aquel buen suceso, determinó continuar la conquista de Africa por aquella parte; y por esta causa alzó mano de la pretension que tenia al Peñon y ciudad de Vélez, á tal que los reyes de Castilla la alzasen de todas aquellas marinas que corren desde lo postrero del reino de Fez hasta el cabo de Non y cabo del Boyador, que eran de su conquista. Proseguíase la guerra de Italia. El virey don Ramon de Cardona, por complacer al de Gursa, de Albareto, do se retiró, alzado el cerco de Padua, pasó á correr las tierras de venecianos. Lo primero que hizo fué por la via de Montañana ir á Buolenta, pueblo á la ribera de Bachillon. Halló allí muchas barcas y carros cargados de ropa, que por miedo de su venida retiraban á Venecia, presa para los soldados. Pasaron á Pieve de Saco, lugar muy apacible, y todo el regalo de venecianos por ser todo de sus casas de placer. Saqueáronle y pegáronle fuego. Echaron un puente sobre la Brenta, por do pasaron á Mestre, que es como arrabal de Venecia, distante solas cinco millas, del cual asimismo se apoderaron. Al cabo de los canales hay ciertas casas, que llaman las Palizadas, puestas á tiro de cañon de Venecia. Dende la bombardearon, no de otra forma que si la tuvieran cercada. Llegaban las balas al monasterio de San Segundo; ja befa fué mayor que el daño, si bien dió ocasion de recibir otro mayor el gran sentimiento que tuvieron aquellos ciudadanos de que los enemigos se hobiesen adelantado tanto. Hallábanse los nuestros rodeados de sus contrarios. Por una parte tenían á Treviso, por otra á Padua y Albiano con su ejército, que se acercaba resuelto á dar la batalla y confiado de alcanzar la victoria. Acordó el Virey retirarse la via de Vicencia. El día que salieron de Mestre marcharon catorce millas, dado que llevaban mas de quinientos carros con el bagaje y despojos. Acudió Pablo Ballon de Treviso y la gente de Padua á juntarse con Albiano. Llegaban entre todos á siete mil infantes y mil y docientos caballos, sin los villanos de la tierra que se mostraban por la montaña, pasados de diez mil. Pretendió el enemigo impedir á los del Virey el paso de la Brenta. Ellos de noche sin ser sentidos la vadearon seis millas mas arriba de donde los enemigos se mostraban. Avisado desto Albiano, acudió á atajar el camino de Vicencia. Asentó su campo en un paso muy estrecho junto á un lugar que se llama Olmo. Viéronse los nuestros en gran aprieto; ni podian pasar adelante, ni era seguro volver atrás; acordaron dar la vuelta por sacar al enemigo á campo raso por si se pudiesen aprovechar dél. Pensaron los contrarios que huian, dejaron su puesto, alargaron

el paso porque no se les fuesen de las manos. El Virey, visto que los contrarios por la priesa iban desordenados, consultó con el marqués de Pescara, general en esta sazón de la infanteria española y que regia la retaguardia, lo que se debía hacer. Su parecer fué que se diese la batalla. Lo mismo juzgó Próspero Colona, que llevaba cargo de los hombres de armas en el cuerpo de la batalla. Desta resolucion avisaron á los alemanes, á los cuales aquel día cupo llevar la avanguardia, ca todos los días se trocaban con los españoles. Luego que fueron avisados, revolviéron con tanto ímpetu, que muy fácilmente rompieron la gente veneciana. Siguió el alcance el marqués de Pescara hasta la ciudad; los que huian hallaron cerradas las puertas, que fué causa de ahogarse muchos en el rio, y entre ellos Sacromoro, vicécomite. Recogió el Virey el campo, acometió con los alemanes y algunas compañías de españoles una parte de la infanteria y caballeria enemiga que tenia fortificado con un recuesto con cinco piezas de artilleria; sin embargo, con el mismo ímpetu fueron rotos y puestos en huída. Dióse esta batalla á los 7 días de octubre. Murieron de los venecianos setecientos hombres de armas; quedó toda la infanteria destrozada y preso Pablo Ballon con otros muchos; ganáronles veinte y dos piezas de artilleria. De la gente de cuenta escaparon Albiano, que se recogió á Padua, y Gritti, que no paró hasta Treviso. Señaláronse de valerosos en esta jornada Hernando de Alarcon, Diego Garcia de Paredes, Garcia Manrique. No se halló en ella Antonio de Leiva por estar con alguna gente puesto por frontero de Cremona. Pasó el Virey á Vicencia. Allí se entretuvo el campo algunos días. Al mismo tiempo el castillo de Bérgamo, que se tenia por venecianos, se entró por fuerza de armas. Soltaron á Pablo Ballon sobre pleitesia que hizo de volver caso que los venecianos no viniesen en dar por él á Alonso de Carvajal. Lo que sucedió fué que Alonso de Carvajal murió en la prision, y Pablo Ballon no volvió mas. Las cosas sucedian tan prósperamente como se pudiera desear. El castillo de Milan con un cerco muy apretado se rindió á los 20 de noviembre; lo mismo hizo el de Cremona, con que acabaron los franceses de salir de Lombardía. Solo les quedaba el castillo de la Lanterna, gran freno de la ciudad de Génova. Acordó el Duque de aquella ciudad de apretalle con cerco que le puso. Los adornos y fliscos en su defensa se pusieron sobre Génova, fiados que los de su parcialidad les darian alguna puerta. Los del Duque estaban muy recatados. Así á los de fuera fué fuerza retirarse con mengua y pérdida de alguna parte de su artilleria. Hallábase en aquella ciudad por orden del rey Católico don Lucas de Alagon, y con quinientos españoles que tenia dentro fué gran parte para que aquella ciudad se defendiese. El Papa continuaba su concilio de Letran. Fueron admitidos los embajadores de Francia, que renunciaron en nombre de su Rey el Concilio pisano y la proteccion de los scismáticos, y la Iglesia gallicana se sujetó á la romana. Tratábase de casar á Julian de Médicis, hermano del Papa, con la hija de la duquesa de Milan doña Isabel de Aragon. La Duquesa no vino en ello, antes se afrentó que tal plática se le moviese. Inclinábase mas á casar á su hija

con el duque Maximiliano Esforcia, y por este camino recobrar aquel ducado, que á su marido á tuerto quitaron. Como valerosa hembra, en su pobreza no se olvidaba de su dignidad y de la grandeza de su casa; á la sazón se entretenía en el reino de Nápoles. Sentía el Papa que la señoría de Venecia estuviere á punto de perderse, y de secreto trataba de ampararla. Envió á requerir al Virey no pasase adelante en hacelle guerra hasta tanto que se tomase algun buen apuntamiento con venecianos. Todo era en sazón que Aragon andaba alborotado por pasiones entre los condes de Ribagorza y de Aranda. Púsose el rey Católico de por medio. Tratóse la diferencia por via de justicia. Dió su sentencia, en que condenó por culpado al conde de Ribagorza, y le mandó que saliese desterrado de todo el reino de Aragon por lo que fuese su voluntad. En el reino de Nápoles algunos pueblos estaban alzados por los malos tratamientos de sus señores, en especial Santa Severina, Policastro y Maturan, lugares muy fuertes. Para allanar á Calabria fué enviado don Pedro de Castro, que lo sosogó todo, aunque con dificultad y tiempo. Al conde de Muro, que era gobernador de la Pulla, se ordenó fuese á residir en su gobierno, y á la montaña del Abruzo enviaron á Miguel de Ayerve para que la tuviese en defensa, todos con orden diesen calor á la justicia.

CAPITULO XXII.

Que el rey Católico prorogó la tregua que tenía con Francia.

La reina de Francia falleció á los 9 de enero del año que se contaba de 1514. Su muerte fué muy sentida de todos, mayormente del Rey, su marido, que en Bles se sentía muy agravado de la gota, y recelaba no se rebelase lo de Bretaña. Entre otros príncipes que enviaron á visitar aquel Rey y consolalle de aquella muerte, la reina doña Germana envió á fray Bernardo de Mesa, obispo de Trinópolis, para hacer este oficio y juntamente solicitar lo que de días atrás pretendía, es á saber, le entregasen el ducado de Nemurs y el señorío de Narbona con los demás estados que fueron de Gaston de Fox, su hermano, pues era su legítima heredera. Pasó asimismo en Italia Ramiro Nuño de Guzman por orden del rey Católico para hacer oficio de su embajador en Roma. De camino asentó en Génova confederacion con aquella señoría. La sustancia era que se obligaron el rey Católico de amparar aquella ciudad, y su duque Octaviano Fregoso y los ginoveses de ayudar al Rey en cierta forma para la defensa de sus estados. Hizose este concierto á los 5 del mes de marzo en sazón que los adornos trataban con los suizos y con su ayuda de mudar el estado de aquella ciudad. En Francia por medio del obispo de Trinópolis se volvió á la práctica de casar el infante don Fernando con Renata, la hija menor del rey de Francia. Por medio deste casamiento se pretendía asentar entre aquellos príncipes una firme paz, cosa que á entrambos estaba bien por hallarse cansados y enfermos. Llevóse este tratado tan adelante, que se platicó que el rey de Francia por estar viudo y deseoso de tomar estado por tener hijo varon, casase con la infanta doña Leonor, hermana del príncipe don Carlos. Por otra parte, se hacia instancia que

el Emperador y venecianos se concordasen. Acordaron de comprometer sus diferencias en manos del Pontífice. Llevó el compromiso el cardenal de Gursa, en que expresamente se declaraba que ninguna cosa se determinase en este caso sin el beneplácito del rey Católico. Aceptó el Papa el compromiso, oyó lo que por las partes se alegaba, finalmente, á 18 del dicho mes pronunció sentencia, en que mandó que el Emperador quedase con Verona y Vicencia, venecianos con Bresa y Bérgamo, y que contasen al Emperador docientos y cincuenta mil ducados por una vez, y por año treinta mil. Restaba el consentimiento del rey Católico; pero antes que viniese, los venecianos se declararon que no pasarían por la sentencia del Papa. Llegábase el término en que la tregua puesta con Francia espiraba; asentóse por medio del secretario Quintana, que estaba en Francia por parte del rey Católico, que entre tanto que las paces no se concluían, la tregua se prorogase por otro año. Las condiciones fueron las mismas que pusieron el año antes, sin añadir ni quitar. Esta prorogacion de la tregua no se recibió por los otros príncipes de una misma manera. El delfín de Francia no la quisiera por recelarse se encaminaba á la paz, que él mucho aborrecia por no quedar privado por esta via del ducado de Milan. El Emperador no curó mucho della por tener vuelto su pensamiento á continuar la guerra contra venecianos, antes holgaba se llegase á la conclusion de la paz. Al rey de Inglaterra se atajaron los pensamientos de continuar sus empresas por Picardía y Guiena, que sintió gravísimamente. Llegó á tanto su desgusto, que se resolvió de ganar por la mano y hacer paces con el rey de Francia. Concertó de casalle con su hermana María, esposa del príncipe don Carlos. Juntáronse en Londres por parte del Inglés Tomás Volseo, arzobispo eboracense, que fué poco despues cardenal, el mariscal de Inglaterra y el Obispo viuntouiese; por parte de Francia el de Longavila y el presidente del parlamento de Normandía. Concluyeron el concierto y amistad á 7 del mes de agosto. Obligáronse que se acudirían entre sí con cierto número de gente contra todos los que pretendiesen ofendellos. Notóse mucho que el Inglés entre sus confederados no nombró al Rey, su suegro; tan grande era la saña que contra él tenía. Hacia en aquella corte oficio de embajador todavia don Luis Carroz, que procuró con todo cuidado atajar aquellos desabrimientos. La reina doña Catalina, por ser muy amada en aquel reino, hacia todo lo que podía por aplacar á su marido, pero toda su diligencia era de poco efecto. Poco adelante don Luis Carroz volvió á España; y en su lugar fué por embajador el obispo de Trinópolis desde Francia, do era ido. En Lombardía se continuaba la guerra; los sucesos eran varios, dudoso el remate. El Virey con su campo entró en una villa por fuerza, muy fuerte, que se llama la Citadela, dos millas de la Brenta entre Padua y Treviso. Próspero Coloua con la gente del duque de Milan se puso sobre Crema. Defendióla muy bien Renzo Cherri, que la tenía por Venecia. García Maurique con algunas compañías de gente de armas tenía su alojamiento en Robigo. Albiano, que deseaba mucho satisfacerse en parte de los daños pasados, tuvo aviso del gran descuido que tenían;

efecto de la prosperidad. Cargó sobre ellos una noche al improvisó; los españoles, aunque procuraron defenderse lo mejor que el tiempo daba lugar, al fin por no poder hacer mas resistencia, se rindieron. García Manrique y los capitanes que con él se hallaron fueron llevados presos á Vicencia. Renzo Chorri, animado con este suceso y por ser de suyo muy esforzado, salió una noche de Crema y dió sobre una parte de la gente del Duque, que estaba á cargo de Silvio Sabelo, muy descuidada, con tal brio, que los desbarató, y en prosecucion desta victoria pasó á Bérgamo, y se entró en ella sin hallar alguna resistencia. Los españoles se recogieron á la fortaleza; acudió el Virey con su gente para socorrellos 1.º de noviembre. Renzo, que vió no se podia defender, rindió la ciudad á partido. Por este mismo tiempo el castillo de la Lanterna, que todavía se tenia por Francia y era gran freno para la ciudad de Génova, se dió al duque Octaviano Fregoso. Volvamos atrás.

CAPITULO XXIII.

De las cosas de Portugal.

El gran Turco, desembarazado de la guerra que tuvo con sus hermanos y con el Sofi Ismael, que hacia sus partes, armaba pasadas de ciento y cincuenta galeras con intento, á lo que se publicaba, de volver la guerra contra Italia, que era la cabeza de la cristiandad. Entendiase queria acometer por la Marca de Ancona, que es del patrimonio de la Iglesia. Suele el miedo de fuera ser causa que los ciudadanos se conformen en una voluntad, olvidadas sus pasiones particulares; pero andaban nuestros príncipes tan encarnizados entresí, que ninguna cosa bastaba para desenconallos. Hizo el Papa sus diligencias; trató que el Emperador y rey Católico se ligasen con él para tener sus fuerzas unidas contra un tan poderoso enemigo. Récebjan en esta alianza al duque de Milán y á la señoría de Génova. Confiaban que los demás reyes, en especial los de Francia, Inglaterra y Portugal, no faltarían en tan santa demanda. Hicieron sus capitulaciones, cuya sustancia era que cualquiera que acometiese á alguno de los confederados, fuese tenido por enemigo comun, y todos saliesen á la causa y á la venganza. Para la defensa de qualquiera provincia de cristianos contra el Turco todos acudiesen con cierto número de caballos, conforme á la posibilidad de las partes, y con el dinero que señalaron, para levantar y pagar la infantería. En particular expresaban que tomasen á sueldo por lo menos diez y seis mil suizos; verdad es que toda esta práctica desbarataron las pretensiones particulares de los príncipes, demás de otras guerras que tuvieron ocupado al Turco, y no le dieron lugar de emprender contra cristianos. Solo el rey de Portugal se hallaba muy sosegado y contento con las riquezas que le venian de la India y con el progreso que hacia en la conquista de Africa. Acordó por fin del año pasado enviar á Roma una solemne embajada para prestar la obediencia al Pontífice. Envió juntamente para muestra de su grandeza muy ricos presentes al Papa, es á saber, un pontifical de brocado sembrado de perlas y pedrería, el mas rico que se vió jamás en la recámara y palacio de San Pedro;

de Persia una onza, de espantosa ligereza, de que los antiguos romanos gustaban mucho en sus juegos y cazas. Un indio, que la llevaba á las ancas de un caballo, la tenia amaestrada, cuando le hacia señal, de correr los bosques y cazar. Venia asimismo un elefante encubertado de brocado, con su castillo, enseñado demás de otros juegos á hincar la rodilla delante el Príncipe y danzar al son de un pifano, henchir la trompa de agua, con que por burla rociaba los circunstantes. Finalmente, traian un rinoceronte, bestia feroz y brava, de siglos atrás nunca vista en Italia. Pretendian sacalle á pelear con el elefante por la enemistad que entre sí tienen estas fieras naturalmente, en representacion de la antigua magnificencia del pueblo romano; pero el que desde lo último de la tierra vino libre de las furiosas ondas del Océano se anegó en la costa de Génova con un recio temporal con que se quebró la nave sin podelle librar ni salir á nado á causa de las cadenas en que le llevaban. El embajador principal Tristan de Acuña, caballero muy ejercitado en aquellas partes de la India, hizo su entrada en Roma á los 12 del mes de marzo, y á los 20, el dia que le señalaron para dalle audiencia pública, habló al Papa en esta sustancia uno de sus dos compañeros, por nombre Diego Pacheco, gran jurista: «El rey don Manuel de Portugal, Padre Santo, nos envia á dar el parabien á vuestra Santidad de su felice asumpcion al pontificado, que sea por largos años y para mucho bien de la Iglesia, como todos esperamos, y á prestar la obediencia acostumbrada; oficio debido, pero hecho muy de voluntad, que debe excusar la tardanza ocasionada de impedimentos precisos y graves. Junto con esto supplica á vuestra Santidad ponga los ojos de su paternal providencia en soldar las quebras del cristianismo, pacificar los príncipes cristianos y unir sus fuerzas contra el enemigo comun, que siempre crece con nuestros daños, y de nuestras ruinas edifica y engrandece su casa. Porque ¿qué empresa puede ser ni mas gloriosa ni de mayor interés que esta? Basta la locura pasada; que tal nombre merecen los que contra sí mismos vuelven sus armas furiosas y desatinadas. Para todo ayudará mucho que el sagrado concilio se lleve adelante y no se disuelva, lo cual desea en gran manera. Lo que es de su parte, ofrece no faltar á la causa comun, y si fuere necesario, derramará en esta querella su sangre. El que todo su cuidado emplea en adelantar la religion cristiana, sea en la India por donde con gran gloria ha levantado el estandarte real de la cruz entre naciones fieras y bárbaras hasta los fines últimos de las tierras, sea en la conquista de Africa, en que tiene gastados sus tesoros y empleados sus valerosos soldados, de los despojos de la India y de sus riquezas me mandó trajese aquí la cata y las primicias; presente que debe ser estimado por el lugar de donde viene y por la devocion con que se ofrece, demás de la esperanza que nos dan aquellos anchísimos reinos de ponerse en breve á los piés de vuestra Santidad. En lugar de los despojos de Africa, que por ser mas ordinarios no fueran tan agradables, presento á vuestra Santidad una peticion, á mi parecer, muy justificada, esto es, que atento lo que importa llevar adelante aquella conquista, y que para continualla no son bastantes

las rentas reales de Portugal, vuestra benignidad se digna ayudar al Rey, mi señor, con su bendicion e indulgencias; fuera desto, se sirva que en aquella empresa se ayude de alguna parte de las rentas eclesiásticas; porque ¿en qué mejor se pueden emplear ni mas conforme á la intencion de los que las dieron que en destruir los enemigos de Cristo? Y pues del provecho y honra cabe á todos parte, justo es que todos ayuden á llevar la carga. No creemos querrá esta Santa Silla negar á tal necesidad e intento lo que á otros príncipes ha otorgado en diversos tiempos.» Oyó el Pontífice con mucha alegría al Embajador; respondió benignamente que estimaba la persona del rey de Portugal y recibia con mucha voluntad sus presentes y ayudaria sus intentos por todas las vias que pudiese. Mandó despachar sus bulas en que concedió la cruzada; otorgó otrosí que el Rey se aprovechase para aquella empresa de las tercias de las iglesias, consignadas, es á saber, á las fábricas; de las demás rentas eclesiásticas mandaba se le acudiese con la décima parte. En la ejecucion destas gracias se hallaron grandes inconvenientes á causa de los malos ministros. Por esto las iglesias se compusieron en ciento e cincuenta mil cruzados, que pagaron en junto, y pasados tres años, se alzó la mano de todas ellas. El pueblo llevaba mal que las rentas consignadas para el sustento de los ministros de Dios y ornato del culto divino se divirtiesen á otros usos; principio de parar en el regalo de cortesanos y palaciegos. Decían era justo escarmentar con el ejemplo de Castilla; á cuyos reyes, despues que extendieron la mano á los bienes de las iglesias, no solo no les lucia aquel interés, sino tampoco las rentas seglares que tenían, antes los que con poca hacienda acabaron grandes empresas, echaron los moros de España y conquistaron otros reinos, al presente, sin embargo que tenían el pueblo consumido con tributos y se aprovechaban en gran parte de la renta de las iglesias, apesgados con su misma grandeza, se iban á tierra sin remedio. Quejábanse que los testamentos de particulares se guardasen, y defraudasen por esta via los de aquellos que dejaron á Cristo por su heredero; que el dote, tan privilegiado en lo demás por las leyes, se quitase á las esposas de Cristo, contra la voluntad dellas y de los que las dotaron. Los ministros del Rey, como suelen, sea por adullalle, sea porque así lo sentían, defendían su partido con decir que, pues el Rey defendía no solo los bienes de los seglares, sino los de las iglesias, era razon que todos acudiesen á los gastos necesarios y cargas del reino, de cuyos bienes poseen gran parte las iglesias; y es averiguado que en tiempo de san Ambrosio las posesiones de las iglesias pagaban tributo á los emperadores. Lo cierto es estar muy puesto en razon que los eclesiásticos no acudan al príncipe con mayor cota que conforme á las haciendas que tienen de la república; de suerte que si tienen la cuarta ó la quinta parte, no les saquen mayor porcion que esta, ni de sus rentas ni de los tributos que se pagan á los reyes. Además que esto se debe hacer por autoridad del que tiene poder para ello, que es el Papa; y aun pareco allegado á razon se juntase con esto el beneplácito del clero, como á las veces se ha hecho. Tal fué el suceso desta embajada. Por el mis-

mo tiempo de parte del Preste Juan, grande emperador de Etiopia, aportó á Lisboa un embajador, armeno de nacion, de profesion religioso, por nombre Mateo. Tenia aquel príncipe, por nombre David, desde el tiempo que Pedro Covillan pasó á aquellas partes, como arriba se dijo, noticia del rey de Portugal; despues la tuvo de las armadas que enviaba á las Indias y de las proezas de su gente. Deseaba comunicarse con él para ayudarse de sus fuerzas. Acordó envialle este embajador, que fué recebido muy bien de Alonso de Alburquerque. Envióle con la primera ocasion á Portugal. Los que le llevaban, por tenelle en figura de burlador, le hicieron muchos desaguizados; prendiéronlos por ende en Lisboa, y los castigaran, si el mismo Embajador no se pusiera de por medio. Recibióle el Rey muy amorosamente. Vió las cartas que le traia en las lenguas abisina y persiana. Gustó mucho, así dellas como de un pedazo de la verdadera cruz que le presentó de parte de aquel Rey, engastado en otra cruz de oro. Deste Embajador se entendieron los ritos de aquella gente, que son asaz extravagantes para tener nombre de cristianos. No quiero relatallos por menudo; basta saber que al octavo día se circuncidan, así hombres como mujeres, y á los cuarenta se bautizan. Guardan la purificacion de las partidas. Abstíennense de los manjares que veda la vieja Ley. Ayunan hasta puesto el sol. Comulgan en las dos especies de pan y de vino. Los sacerdotes se casan, mas no los monjes ni los obispos que sacan de los monasterios. Usan la confesion y veneran los santos; en conclusion, algunas cosas tienen loables, otras fuera de camino. Volvamos á Italia. Teníase por el Papa la ciudad de Regio de Lombardia; prestó al Emperador cuarenta mil ducados con cargo que le diese en empeño la ciudad de Módena. Estas dos ciudades junto con Placencia y Parma, se entendia queria dar en feudo á Juliano, su hermano, y aun juntar con ellas si pudiese á Ferrara, y aun poco despues le casó con Filiberta, hermana de Carlos, duque de Saboya. Dotóla el mismo Papa en cien mil ducados.

CAPITULO XXIV.

Que el reino de Navarra se unió con el de Castilla.

El casamiento de Inglaterra acarreó en breve la muerte al rey Ludovico de Francia, que así suele acontecer cuando las edades son muy desiguales, mayormente si hay poca salud. Falleció el primer día del año que se contaba del nacimiento de nuestro Salvador de 1515. Sucedióle su yerno Francisco de Valoes, duque de Angulema, primero deste nombre, príncipe de prendas aventajadas y de pensamientos muy altos. Todos entendían que no reposaria hasta recobrar el estado de Milan, y aun el reino de Navarra, de que daba intencion á aquellos reyes despojados. Lo de Italia le tenia en mayor cuidado. Para poder acometer aquella empresa, trató de asegurarse que no le acometiesen por las espaldas y le divirtiesen. La paz entre Inglaterra y Francia iba adelante; acometió á casar al príncipe don Carlos con Renata, su cuñada. Púsose el negocio en términos, que por medio del conde de Nasau y de Miguel de Croy, camareros del Príncipe, que vino-

ron á Paris sobre el caso, se concertó el casamiento á los 24 de marzo. Señalaronle en dote seiscientos mil ducados, los docientos mil en dinero, y por los cuatrocientos mil el ducado de Berri. Esto era en sazón que el Príncipe era salido de tutela, y el Emperador y princesa Margarita, sus tutores, le emanciparon y pusieron en el gobierno de aquellos estados de Flandes. Restaba de ganar al rey don Fernando. El de Lauzanne, gobernador de la Guiana, movió plática al marqués de Comares que la tregua se continuase por término de otro año. El rey Católico por entender el juego, como no era dificultoso, no quiso venir en ningún sobreesimiento de guerra con aquel Príncipe, si no fuese universal por estas fronteras y por Italia; antes para prevenirse hacia instancia que se asentase la liga general ya platicada para hacer guerra al Turco y para defensa de los estados de cada cual de los confederados. Junto con esto, venía en que se concertase otra nueva alianza que el Papa movió al Emperador por medio del cardenal de Santa María, en Pórtico, Bernardo Bibiena, en daño de venecianos, cuyas condiciones eran que Verona, Vicencia, el Frioli y el Treviso quedasen por el Emperador; Bresa, Bérgamo y Crema se entregasen al duque de Milán, en recompensa de Parma y Placencia, ciudades con que el Papa se quería quedar para dallas á Julian, su hermano. Con esto parecía al rey Católico se aseguraba el duque de Milán, y venía en que casase con una de las hermanas del príncipe don Carlos ó con la princesa Margarita ó con la reina de Nápoles, su sobrina, todos casamientos muy altos. Tuvo el rey Católico la Semana Santa en la Mejorada, con resolución de juntar á un mismo tiempo Cortes de las dos coronas, las de Castilla en Búrgos, las de Aragón en Calatayud. Despachó sus cartas en Olmedo á los 12 de abril, en que mandaba se juntasen las de Aragón para los 11 de mayo. Para presidir en ellas envió á la Reina, para lo cual estaba habilitada, con órden que, concluidas aquellas Cortes, pasase á Lérida á hacer lo mismo en las de los catalanes, y después á Valencia á las de los valencianos. Con esto partió el rey para Búrgos por hallarse allí al tiempo aplazado. Todo se enderezaba á recoger dinero para la guerra que amenazaba por diversas partes. Acordaron las Cortes de Búrgos de servir con ciento y cincuenta cuentos, grande servicio y derrama. Moviélos á hacer esto la unión que el rey Católico entonces hizo del reino de Navarra con la corona de Castilla, si bien de tiempo antiguo estuvo unido con Aragón, y parecía se podía con razón pretender le pertenecía de presente, pues se ayudó para la conquista, y el mismo que la conquistó era rey propietario de Aragón. El Rey empero tuvo consideración á que los navarros no se valiesen de las libertades de aragoneses, que siempre fueron muy odiosas á los reyes. Además que las fuerzas de Castilla para mantener aquel estado eran mayores, y en la conquista, en gente, en dinero y capitanes sirvió mucho mas. Lo que da á entender este auto tan memorable es que el rey Católico no tenia intención de restituir en tiempo alguno aquel estado, y que le tenia por tan suyo como los otros reinos, sin formar algun escrúpulo de conciencia sobre el caso; así lo dijo

él mismo diversás veces. Las razones que justificaban esta su opinion eran tres: la primera la sentencia del Papa, en que privó á aquellos reyes de aquel reino; la segunda una donación que hizo á los reyes de Castilla del derecho que tenía á aquel reino ó corona la princesa doña Blanca, primera mujer del príncipe don Enrique, que despues fué rey de Castilla, el cuarto de aquel nombre, cuando el rey don Juan de Aragón, su padre, le entregó en poder de Gastón y de su hermana doña Leonor, sus enemigos declarados, que no pretendian otra cosa sino darle la muerte para asegurarse ellos en la sucesion de Navarra, y era justo vengar aquella muerte con quitar el reino á los nietos de los que cometieron aquel caso tan feo, especial que doña Blanca era hermana del rey don Fernando. Otra razon era el derecho que pretendia tener á aquella corona la reina doña Germana despues de la muerte de su hermano Gastón de Fox, que si por este derecho no pudo el Rey, su marido, unir aquel reino con Castilla, puédesse entender que se hizo con su beneplácito, pues se halla que tres años adelante, en las Cortes de Zaragoza, renunció aquel su derecho y traspasó en el príncipe don Carlos, ya rey de Castilla y Aragón. La suma de todo, que Dios es el que muda los tiempos y las edades, trasfiere los reinos y los establece, y no solamente los pasa de gente en gente por injusticias y injurias, sino por denuestos y engaños. Tratábase que aquel reino de Aragón sirviese con alguna buena suma de dineros para los gastos de la guerra en las Cortes que se hacian de aragoneses en Calatayud. Los barones y caballeros para venir en ello porfiaban que se quitase á sus vasallos todo recurso al Rey. Estuvieron tan obstinados en esto, que las Cortes se embarazaron algunos meses. Trabajaba el arzobispo de Zaragoza lo que podía en allanar estas dificultades, y visto que por Cortes no se podía alcanzar se otorgase servicio general, dió por medio que se tratase con cada cual de las ciudades le concediesen en particular. El Rey, dado que se hallaba en Búrgos muy agravado de su dolencia, tanto, que una noche le tuvieron por muerto, acordó partir para Aragón; creia que con su presenciu todos vendrían en lo que era razon. Envió á mandar á su vicescanciller Antonio Augustin que se fuese para él, porque tenia negocios que comunicalle. Luego que llegó á Aranda de Duero, do halló al Rey, fué preso en su posada por el alcalde Hernán Gomez de Herrera y llevado al castillo de Simancas. Muchas cosas se dijeron desta prision; quién entendia que tenia inteligencias con el príncipe don Carlos en deservicio del Rey; quién que no tuvo el respeto que debiera á la reina doña Germana. Puédesse creer por mas cierto que en aquellas Cortes no terció bien con los barones, y que con su castigo pretendió el Rey enfrenar á los demas. Dejó en Segovia al Cardenal con el Consejo real. Apresuróse para Calatayud, y en su compañía llevó al infante don Fernando. No pudo acabar con los barones que desistiesen de aquella porfia tan perjudicial al ejercicio de la justicia. Apretábase la enfermedad; y aun se dice que la famosa campana de Villila daba señal de su fin; mensajera de cosas grandes y de muertes de reyes. Así se tiene en Aragón comunmente; la verdad, quién la ave-

riguard? ¿Cuánta vanidad y engaños hay en cosas semejantes? Por esto, sin concluir cosa alguna en lo del servicio general, por el otoño dió vuelta á Madrid. La Reina, despedidas las Cortes de Calatayud, pasó á Lérida á tener las Cortes de Cataluña. Al mismo tiempo que las Cortes de Castilla y Aragón se celebraban, en Viena de Austria se juntaron el Emperador y los hermanos Sigismundo, rey de Polonia, y Ladislao, rey de Hungría, con el hijo del húngaro Luis, rey que ya era de Bohemia. Llegaron á aquella ciudad á los 17 de julio. La causa desta junta fueron los casamientos que se celebraron, el día de la Madalena, de los infantes don Fernando y doña María, su hermana, con los hijos del rey de Hungría, Ana y Luis, rey de Bohemia. Halláronse presentes á las fiestas, que fueron grandes, los tres desposados. La ausencia del infante don Fernando suplió como procurador suyo el Emperador, su abuelo. Desposólos Tomás, cardenal de Estrigonia, legado de la Sede Apostólica. Es de notar que como los infantes don Fernando y doña María eran nietos del rey don Fernando, bien así Luis y Ana, su hermana, eran bisnietos de doña Leonor, reina de Navarra, hermana del rey don Fernando; ca Catalina, hija de doña Leonor, casó con Gaston de Fox, señor de Candala, cuya hija, por nombre Ana, casó con Ladislao, rey de Hungría, y parió á Luis y Ana. Tan extendida estaba por todo el mundo la sucesion y la sangre del rey don Juan de Aragon, padre del rey don Fernando.

CAPITULO XXV.

De la muerte de Alonso de Alburquerque.

Grandes fueron las cosas que Alonso de Alburquerque, gobernador de la India Oriental, hizo en el tiempo de su gobierno; mucho le debe su nacion por haber fundado el señorío que tiene en provincias tan apartadas. Hallábase viejo, cansado y enfermo; muchos émulos, como no era posible contentar á todos, acudian con quejas á Portugal. Acordó el rey don Manuel de proveer en todo con envialle sucesor en el cargo que tenia. Escogió para ello á Lope Juarez Alvarenga, persona de prendas y esperanzas y muy inteligente en las cosas de la India. En su compañía iba Mateo, embajador del Preste Juan, y juntamente Duarte Galvan para que fuese en embajada de parte suya á aquel Príncipe. No pudo ir por la muerte que le sobrevino. En su lugar fué los años adelante Rodrigo de Lima, y llevó en su compañía á Mateo, que falleció antes de llegar á aquella corte, y á Francisco Alvarez, sacerdote, cuyo libro anda impreso de todo este viaje, curioso y apacible. El nuevo Gobernador, en menos de cinco meses, que fué navegacion muy próspera, partido de Lisboa, llegó á Goa á los 2 de setiembre, en sazón que la reina de Portugal, cinco dias adelante, parió un hijo, que se llamó don Duarte, príncipe dotado de mansedumbre, y muy cortés en su trato, dado á la caza y á la música; falleció mozo, y todavía dejó en su mujer un hijo de su mismo nombre, y dos hijas, de las cuales doña María casó con Alejandro Farnesio, príncipe entonces, y despues duque de Parma; doña Catalina fué y es hoy duquesa de Berganza. Cuando Lope Juarez aportó á Goa, Alon-

so de Alburquerque se hallaba en Ormuz, muy trabajado de una enfermedad y desconcierto de vientre, que le acabó. Compuestas las cosas de aquella isla, con deseo antes de su muerte de ver á Goa, en que tenia puesta su afición, se embarcó. En el mar tuvo aviso de la llegada de su sucesor. Alteróse grandemente de primera instancia. «Dios eterno, dijo, ¡de cuántas miserias me hallo rodeado! Si contento al Rey, los hombres se ofenden; si miro á los hombres, incurro en la desgracia de mi Rey. A la Iglesia, triste viejo, á la Iglesia, que ningun otro refugio te queda.» Mostró esta flaqueza, á lo que yo creo, por la congoja de la enfermedad, que todo lo hace desabrido, ó por sentir mucho que las calumnias hubiesen tenido fuerza contra la verdad, porque luego como vuelto en sí: «Verdaderamente, añadió, Dios es el que gobierna el corazon de los reyes, revuelve y ordena con su providencia todas las cosas. ¡Qué fuera de la India si despues de mi muerte no se hallara quien me sucediera en el cargo! ¡Cuán gran peligro corriera todo! Dicho esto, se sosogó. Aumentósele con la navegacion la dolencia. Mandó que de Goa, que estaba cerca, le trajesen su confesor, con quien comunicó sus cosas, y cumplido con todo lo que debía á buen cristiano, una mañana dió su espíritu. Señalado varon, sin duda de los mayores y mas valerosos que jamás España tuvo; su benignidad, su prudencia, el celo de la justicia corrieron á las parejas, sin que en él se pueda dar la ventaja á ninguna destas virtudes. Gran sufridor de trabajos, en las determinaciones acertado, y en la ejecucion de lo que determinaba muy presto; á los suyos fué amable; espantoso á los enemigos. Mucho favoreció Dios las cosas de Portugal en dar á la India los dos primeros gobernadores tan señalados en todo género de virtud, de gran corazon y alto, muy semejables en la prudencia, y no menos dichosos en todo lo que emprendian. Verdad es que si bien se enderezaban á un mismo fin, que era ensalzar el nombre de Cristo y ponerse á cualquier peligro por esto y por el servicio de su Rey y honra de su nacion; pero diferenciábanse en los pareceres y en los caminos que tomaban para alcanzar este fin. Francisco de Almeida, que fué el primer gobernador de la India, era de parecer que las armadas de Portugal no se empleasen en ganar ciudades en aquellas partes. Las fuerzas de los portugueses eran pequeñas; Portugal estaba muy léjos. Temia que si se dividian en muchas partes, no podrian ser tan poderosos como era menester para tan grandes enemigos. Pareciale que les estaria mejor conservar el señorío del mar, con que todas aquellas provincias los reconocieran. Alburquerque, por el mismo caso que la gente era poca y el socorro caía léjos, pretendia que en la India debian tener tierras propias que sirviesen como de seminarios para proveerse de gente, de mantenimientos y madera para fabricar bajeles. Sin esto entendia no se podrian mantener largo tiempo en el señorío del mar ni conservar el trato de la especería; pues una vez á otra, quier por la fuerza del mar, quier por el poder de los enemigos, se podrian perder sus armadas. Finalmente, que para asegurarse seria muy importante tener en su poder algunos puertos y tierras por aquellas marinas,

do pudiesen acudir á tomar refresco y en cualquiera ocasion acogerse. Cuán acertado haya sido este parecer, el tiempo, que es juez abonado, lo ha bastantemente mostrado. Nunca se casó Alonso de Alburquerque, solo dejó un hijo que tuvo en una criada, en cuyo favor, poco antes que espirase, escribió al rey don Manuel estas palabras: «Esta será la postretera que escribo con muchos gemidos y muy ciertas señales de mi fin. Un hijo solo dejo, al cual suplico que, atento á mis grandes servicios, se le haga toda merced. De mis trabajos no diré nada mas de remitirme á las obras.» Sepultaron su cuerpo en la ciudad de Goa, en una capilla que él fundó con advocacion de nuestra Señora. El enterramiento fué sumptuoso, las honras reales, las lágrimas de todos los que se hallaron presentes muy de corazón, y muy verdaderos los gemidos. El Rey, cuando llegó esta nueva á Portugal, sintió su muerte tiernamente. Mandó llamar á su hijo; llamábase Blas; quiso que en memoria de su padre, de allí adelante se llamase Alonso de Alburquerque. Heredóle, como era razon y debido, y casóle muy honradamente; vivió muchos años, y poco tiempo ha era vivo, y á su costa hizo ensanchar y adornar la iglesia en que á su padre enterraron. En Africa intentó el rey don Manuel de edificar un castillo á la boca del río Mamora, que otro tiempo se llamó Subur, y junto á un estero que por allí hace el mar y está cien millas distante de Arzilla. Juntó una armada de docientas velas, en que iban ocho mil soldados, y por general Antonio Noroña. Partieron de Lisboa á los 13 de junio, y llegaron á la boca del río á los 23. Comenzaron á levantar el castillo. Cargó tanta morisma, que fueron forzados á dejar la empresa y dar la vuelta á Portugal con vergüenza y pérdida de cuatro mil hombres y de la artillería que dejaron en aquella fortaleza comenzada:

CAPITULO XXVI.

Que el rey de Francia pasó á Milan.

Luego que el nuevo rey de Francia Francisco, primero deste nombre, se vió en pacífica posesion de aquel rico y poderoso reino, juntó un grueso ejército, resuelto de pasar en persona á la empresa de Lombardía. Acudieron á la defensa del duque de Milan quince mil suizos. Próspero Colona con la gente de armas que tenia acordó de atajar cierto paso á los franceses. Estaba en Villafrauca descuidado y cenando, cuando fué preso por la gente que sobrevino del señor de la Paliza. El Virey tenía su campo junto al río Abdua; con la gente del Papa alojaba en Placencia Lorenzo de Médicis, hijo de Pedro de Médicis, el que se alojó en el Garellano. Importaba mucho para asegurar la victoria que los unos y los otros se juntasen con los suizos; así lo entendía el duque de Milan, y hacia grande instancia sobre ello, tanto con mayor ansia, que las cosas comenzaban á suceder prósperamente al Francés, ca Alejandría se le dió, y tomó á Novara, y su castillo se ganó por industria del conde Pedro Navarro, que atediado del descuido que se tenía en rescatalle, se concertó con el rey de Francia, que pagó veinte mil ducados de su rescate. Envió el rey Católico á convidalle con grandes partidos; llegó tarde el recado; el Conde se hallaba ya tan pren-

do, que se excusó. Entonces envió la renunciacion del condado de Olivito, que tenía en el reino de Nápoles. El Virey ni se aseguraba de los suizos por ser gente muy fiera y tener entendido traian inteligencias con Francia, ni tampoco hacia mucha confianza de la gente del Papa á causa que por no perder á Parma y Placencia, que los suizos les querian quitar, sospachaba se concertarian con los contrarios. Acordó dejar en Verona á Marco Antonio Colona, y en Bresa á Luis Icart con buen número de gente, y él con lo demás del campo pasar de la otra parte del Po por una puente que hizo de barcas y fortificarse junto á Placencia y al río Trebia. Los suizos que se hallaban con el Duque en Milan llevaban mal aquellas trazas y tardanza, que sin duda iban erradas, y fueron la total causa de perderse la empresa. Acordaron de salir solos con unos pocos italianos á dar la batalla á los franceses, que tenían sus reales muy fortificados junto á San Donato y á Mariñano. Pretendían prevenir la venida de Albiano, que se apresuraba para juntarse con el campo francés con novecientos hombres de armas, mil y cuatrocientos caballos ligeros y nueve mil infantes. Salieron los suizos de la ciudad muy en órden. Los franceses para recibirlos ordenaron sus haces. En la vanguardia iba Carlos de Borbon; en la retaguardia monsieur de la Paliza; el Rey tomó á su cargo el cuerpo de la batalla. La artillería francesa, que era mucha y muy buena, hacia grande daño en los suizos. Cerraron ellos con intento de tomalla. Combatieron con tal coraje y furia, que rompieron el fuerte de los enemigos y se apoderaron de parte de la artillería. Sobrevino la noche, y no cesó la pelea por todo el tiempo que la claridad de la luna dió lugar, que fué hasta entre las once y las doce. El Rey se adelantó tanto, que le convino hacer la guarda, sin dormir mas de cuanto como estaba armado se recostó un poco en un carro; no se quitó el almete, ni comió bocado en veinte y siete horas, grande ánimo y teson. Entendió que los suizos querian acometer otra vez la artillería. Encomendó la guarda della á los alemanes. Al reir del alba volvieron al combate con no menos fiereza que antes. Jenolaco Galeoto asestó la artillería de tal suerte, que de través hacia gran riza en los contrarios. Con esto y con la llegada de Albiano, que sobrevino con algunas compañías de á caballo, los suizos, por entender que era llegado todo su campo, desmayaron, y en buen órden se recogieron á Milan. Desde allí se partieron luego la via del lago de Como. Dióse esta famosa batalla á los 13 y 14 de setiembre. Los milaneses rindieron luego al vencedor la ciudad. Sobre el castillo, á que se retiró el Duque con la gente que pudo, se puso cerco muy apretado. Combatianle con la artillería y con minas que el conde Pedro Navarro hacia sacar. Rindióse el Duque á los treinta dias del cerco, y fué llevado á Francia. Concertaron le darian cada un año para su sustento treinta y seis mil escudos á tal que no pudiese salir ni ausentarse de aquel reino. ¡Cuán cortos son los plazos del contento! Cuán poco gozó este Príncipe de su prosperidad, si tal nombre merecen los cuidados y miedos de que estuvo combatido todo el tiempo que poseyó aquel estado! Tras esto todas las ciudades y fuerzas de aquel ducado se

entregaron al Francés. El virey don Ramon de Cardona dió luego la vuelta á Nápoles por asegurar las cosas de aquel reino y entrenar á los naturales, alborotados con deseo de novedades. Tenia órden para entretener la gente de guerra de emprender la conquista de los Gelves. El Pontífice fácilmente se acomodó con el tiempo. Resuelto de temporizar, se vió con el Rey vencedor en Boloña. Concedióle todo lo que supo pedir. Alcanzó asimismo dél que abrogase la pregmática sanction en gran ofensa del clero de Francia. En España al rey Católico no faltaban otros cuidados. Publicóse que el Gran Capitan queria pasar á Flándes, y en su compañía los condes de Cabra y Ureña y el marqués de Priego. Indignóse desto de suerte, que envió á Manjarres para prendelle con órden que le impidiese el pasaje, y si menester fuese, le echase la mano. Proveyó Dios para evitar un caso de tan mala sonada que el Gran Capitan adoleció de cuartanas por el mes de octubre en Loja, donde residia. No creian que la enfermedad fuese verdadera, sino fingida para asegurar. La indignacion del rey de Inglaterra pasaba adelante. Importaba mucho aplacalle, y mas en esta sazón. Envióle el Rey con el comendador Luis Gilabert un rico presente de joyas y caballos. Llegó en sazón que se confirmó estar la Reina preñada; grande alegría de aquel reino; y á Tomás Volveo llegó el capelo, que fué muy festejado. Subió este Prelado de muy bajo lugar á tan alto grado por la grande privanza que alcanzó con aquel Rey; despeñóse su vanidad y ambicion, que fué adelante muy perjudicial á aquel reino. Este Cardenal y el embajador del rey Católico se juntaron, y asentaron á 18 de octubre una muy estrecha confederacion y amistad entre sus príncipes. Antes desto, Luis de Requesens con nueve galeras que tenia á su cargo venció junto á la isla Pantalarea trece fustas, que hicieron mucho daño en las costas de Sicilia y por todo aquel mar. Otro capitan Turco, por nombre Omich, y vulgarmente llamado Barbaroja, con la armada que llevaba se puso sobre Bugia. Acudieronle muchos moros de la tierra; apretóse el cerco, que duró algunos meses. Don Ramon Carroz, capitan de aquella fuerza, la defendió con gran valor; vino en su socorro don Miguel de Gurrea, visorrey de Mallorca; y sin embargo, el cerco se continuaba y llevaba adelante. Padecian los cercados gran falta de vituallas. Llególes á tiempo que se querian rendir una nave cargada de bastimentos que les envió el virey de Cerdeña, socorro con que se entretuvieron hasta tanto que el Turco, perdida la esperanza de apoderarse de aquella plaza, alzó el cerco por fin deste año.

CAPITULO XXVII.

De la muerte del rey don Fernando.

La hidropesía del rey Católico y las cuartanas del Gran Capitan iban adelante, dolencias la una y la otra mortales. Salió el Gran Capitan de Loja con las bascas de la muerte. Lleváronle en andas á Granada, donde dió el espíritu á los 2 de diciembre; varon admirable, el mas valeroso y venturoso caudillo que de muchos años atrás salió de España. La ingratitud que con él

se usó acrecentó su gloria, y aun le preservó que en lo último de su edad no tropezase, como sea cosa dificultosa y rara navegar muchas veces sin padecer alguna borrasca. A muchos grandes personajes con el discurso del tiempo se les escureció la claridad y fama que primero ganaron. El tiempo le cortó la vida; su renombre competirá con lo que el mundo darare. Por su muerte vacó el oficio de condestable de Nápoles; dióse á Fabricio Colona, y hoy le poseen los de su casa. Los demás estados quedaron á doña Elvira, hija mayor y heredera de la casa de su padre. El rey Católico, desde Madrid, con intento de pasar á Sevilla por ser el aire muy templado, era ido á Plasencia. Allí, si bien muy agravado de su mal, fué muy festejado y se detuvo algunos días. Mandó al infante don Fernando se fuese á Guadalupe, do pensaba volver. Iban en su compañía Pero Nuñez de Guzman, clavero de Calatrava, su ayo, y su maestro don fray Alvaro Osorio, fraile dominico, obispo de Astorga. El rey pasó á la Serena por gozar de los vuelos de garzas, que los hay por aquella comarca muy buenos, recreacion á que era mas aficionado que á otros géneros de cazas y de altanería. Hacianle compañía el Almirante, el duque de Alba, el obispo de Búrgos, tres de su Consejo, es á saber, el doctor Lorenzo Galindez de Carvajal, que escribió un breve comentario de lo que pasó estos años, los licenciados Zapata y Francisco de Vargas, su contador, cuyo hijo y de doña Inés de Carvajal, el obispo de Plasencia don Gutierre de Carvajal falleció no ha muchos años. Allí por las fiestas de Navidad llegó Adriano, dean de Lovaina y maestro del Príncipe, que venia enviado de Flándes. Con su llegada se asentó que el Príncipe fuese ayudado para sus gastos con cincuenta mil ducados por año, y que el Rey por todos los dias de su vida, aunque muriese la reina doña Juana, tuviese el gobierno de Castilla. Mostrábase liberales con quien muy presto por las señales que daba la enfermedad habia de partir mano de todo. Dió vuelta á Madrigalejo, aldea de Trujillo. Agravósele el mal de manera, que se entendió viviria pocos dias. Acudió el dean de Lovaina, de que el Rey recibió enojo, y mandó volviere á Guadalupe, donde era ido á verse con el infante don Fernando, y allí le aguardase. Ordenó su testamento. Confesóse con fray Tomás de Matienzo, de la órden de Santo Domingo, su confesor. La Reina en Lérida, do estaba, tuvo aviso de lo que pasaba. Partióse luego, y llegó un dia antes que se otorgase el testamento. Otro dia, miércoles, entre la una y las dos de la noche, á 23 de enero, entrante el año de 1516, dió su alma á Dios; Príncipe el mas señalado en valor y justicia y prudencia que en muchos siglos España tuvo. Tachas á nadie pueden faltar, sea por la fragilidad propia ó por la malicia y envidia ajena, que combate principalmente los altos lugares. Espejo sin duda por sus grandes virtudes en que todos los príncipes de España se deben mirar. Tres testamentos hizo: uno en Búrgos, tres años antes de su muerte; el segundo en Aranda de Duero, el año pasado; el postrero cuando murió. En todos nombra por su heredera á la reina doña Juana, y por gobernador á su hijo el príncipe don Carlos. En caso que el Príncipe estuviere ausente, mandaba en el

primer testamento que en su lugar gobernase el infante don Fernando, su hermano; pero en los otros dos, mudada esta cláusula, ordenó que entre tanto que el Príncipe no pasase en estas partes, tuviese el gobierno de Aragón el arzobispo de Zaragoza, y el de Castilla el cardenal de España. Esto se guardó bien así como lo dejó mandado. Verdad es que el dean de Lovaina por poderes que mostró del Príncipe fué admitido al gobierno junto con el Cardenal. Al infante don Fernando mandó en el reino de Nápoles el principado de Taranto y las ciudades de Cotron, Tropea, la Amantia y Gallipoli, demás de cincuenta mil ducados que de las rentas de aquel reino ordenó le diesen cada un año que corriese hasta tanto que el Príncipe, su hermano, en algun estado le consignase otra tanta renta. Mandó otrosí que el duque de Calabria, sin embargo que su ofensa fué muy calificada, le pusiesen en libertad, y encargaba al Príncipe le diese estado con que se pudiese sustentar. Pero esta cláusula no se cumplió de todo punto y enteramente hasta el año de 1533 por diversos respetos y ocasiones, que contra los caidos nunca faltan. Del vicescanciller Antonio Augustin no hizo mencion alguna, si por estar olvidado de su delito, ó querer que otro le castigase, no se puede averiguar. Basta que el cardenal de España poco adelante le remitió y envió á Flandes, donde fué dado por libre.

Pronuncióse la sentencia en Bruselas á los 23 de setiembre deste mismo año. Nombró por sus testamentarios á la Reina, su mujer, y al Príncipe y al arzobispo de Zaragoza, á la duquesa de Cardona, al duque de Albá, al visorey de Nápoles, á fray Tomás de Matienzo, su confesor, y á su protonotario Miguel Velazquez Clemente. Su cuerpo llevaron á enterrar á la su capilla real de Granada, donde le pusieron junto con el de la reina doña Isabel, que tenían depositado en el Alhambra. De los que se hallaron á su muerte le acompañaron solos don Hernando de Aragón y el marqués de Denia don Bernardo de Sandoval y Rojas y algunos otros caballeros de su casa. Por el camino los pueblos le salian á recibir con cruces y lutos. En Córdoba particularmente, cuando por allí pasó el cuerpo, se señalaron el marqués de Priego y conde de Cabra con los demás caballeros de aquella ciudad. Los desgustos pasados y la severidad de que en vida usó con ellos, á sus nobles ánimos sirvieron mas aína de espuelas para señalarse con el muerto y con su memoria en todo género de cortesía y de humanidad. En Granada el clero, ciudad y chancillería á porfía se esmeraron en el recibimiento, enterramiento y exequias, que hicieron con toda solemnidad, como era razon, al conquistador y único fundador del bien y felicidad de aquella ciudad y de todo aquel reino de Granada.

SUMARIO

DE LO QUE ACONTECIÓ LOS AÑOS ADELANTE.

AÑO 1513.

El nuevo rey de Francia Francisco, luego que dió orden en las cosas de aquel reino, como era mozo y de condicion ardiente, con intento de hacer guerra en Italia, juntadas todas sus fuerzas, pasó los Alpes, venció y prendió al principio á Próspero Colona, que con la caballería pretendía impedirle el pasar adelante. Despues se apoderó de Novara con su castillo por industria principalmente del conde Pedro Navarro, que enfadado de la larga prision y que no le rescataban, se habia pasado á la parte de Francia. Movi6 el rey Francés con sus gentes la vuelta de Milan; estaban con el duque Maximiliano los esguizaros, Ramon de Cardona, ausante en Verona, en Plasencia Lorenzo de Médicis, caudillo que era de las gentes del Papa; pero como no acudiesen á tiempo, lo que en todas maneras debieran hacer, los esguizaros salieron al Rey al encuentro, y dado que la batalla fué tan porfiada y tan dudosa, que duró todo el día y parte de la noche, al amanecer, por cierto miedo que sobrevino á los esguizaros de que venian nuevas gentes á los enemigos, fueron vencidos y desbaratados. El Duque dentro del castillo, donde se recogió, vino en poder de los enemigos, y enviado á Francia, á ejemplo de su padre, estuvo allí todos los dias de su vida. Dióse esta memorable batalla á 13 de setiembre.

Grande era el daño que con esto se recibió en Italia, tanto, que los españoles, poco antes vencedores, perdida la Lombardia y estado de Milan, comenzaban á dudar del reino de Nápoles. El mismo rey Católico de todas partes se apercebía de gentes y de ayuda, dado que á la misma sazón quiso prender á Gonzalo Hernandez, gran capitán, porque con otros señores pretendía pasarse á Flándes.

AÑO 1516.

Siguióse la muerte del mismo rey Católico don Fernando, que falleció en Madrigalejo, cerca de Trujillo, camino que iba de Sevilla, á 23 de enero, de enfermedad de hidropesía, la cual le habia trabajado no pocos meses. Dicese que la famosa campana de Villilla habia dado señal deste fallecimiento, mensajera de cosas

grandes y de muertes de reyes, como se tiene en Aragón comunmente. Nombró por su heredero á don Carlos de Austria, su nieto; á don Fernando, su hermano, mandó la ciudad de Taranto y algunas otras tierras en el reino de Nápoles. Dejó por gobernadores hasta que don Carlos viniese, en Castilla al cardenal de España, arzobispo de Toledo; en Aragón á su hijo el arzobispo de Zaragoza. Ordenó que el duque de Calabria don Fernando fuese puesto en libertad y le señalasen rentas con que sustentase su casa y estado. Los cuerpos suyo y de la Reina fueron enterrados en Granada en la iglesia mayor como tambien lo dejó el mismo Rey en su testamento mandado. Verdad es que por letras y patentes secretas del nuevo rey don Carlos la gobernacion de Castilla se encargó hasta su venida al cardenal de España, y junto con él á Adriano, dean de Lovaina y maestro que fué del dicho Príncipe, el cual, no obstante que su madre era viva, en las provisiones y cartas se comenzó desde luego á llamar rey, sin que en ello viniesen las cabezas del reino; traza que se continuó por ser cosa peligrosa hacer resistencia á la voluntad del Príncipe y contrastar con su deseo.

Lo de Navarra tenia á los nuestros puestos en cuidado no se revolviese aquella provincia, y en aquella ocasion de la mudanza del Príncipe muchos se declarasen por los reyes antiguos. Por esta causa nombraron por capitán y gobernador de aquel reino á don Antonio Manrique, duque de Najara, persona muy á propósito para todo lo que sucediese, por los muchos aliados que tenia entre aquella gente y estar su estado muy cerca; sin embargo, don Pedro de Navarra, mariscal de aquel reino y marqués de Cortes, levantó algunos bullicios; pero no fueron de mucho momento, porque fué preso y enviado á Simancas, donde pasó lo que de vida le quedaba privado de libertad. Demás desto, todos estos intentos se desbarataron por la muerte del rey don Juan de Labrit, que falleció en su estado de Bearne dia martes á 19 de junio.

AÑO 1517.

Siguióse ocho meses adelante la muerte de la Reina, su mujer; los cuerpos del uno y del otro sepultaron en

Lescar, ciudad de Bearne, en la iglesia de Santa María, dado que ellos en sus testamentos se mandaron enterrar en Pamplona como reyes de Navarra y como en continuacion de su derecho, que era pequeño alivio del estado que les quitaban. Enrique de Labrit, hijo y heredero destes príncipes, así en sus estados como tambien en la pretension de recobrar por las armas aquel reino, les sucedió.

En Lisboa por el mes de marzo falleció doña María, reina de Portugal, en la flor de su edad; su muerte fué de parto; el cuerpo sepultaron en el monasterio de la Madre de Dios de aquella ciudad. Dejó estos hijos: don Juan, el mayor, doña Isabel, doña Beatriz, don Luis, don Fernando, don Alonso, que fué cardenal, don Enrique, cardenal y rey, don Duarte, sin otros dos que murieron niños.

Adriano Florencio, natural de Utrech, ciudad en los estados de Flándes, dean que era de Lovaina y obispo de Tortosa en España, fué en Roma criado cardenal á los 27 de junio.

El nuevo rey don Carlos de Austria aportó, á 19 de setiembre, con la armada en que venia á Villaviciosa, pueblo de las Astúrias. Salióle al encuentro el cardenal de España; pero llegado que hubo á Roa, pasó desta vida veinte y nueve dias adelante. Su cuerpo fué sepultado en el colegio de San Hefonso de Alcalá de Henáres, el cual edificó á su costa desde los cimientos, y dotó de gruesas rentas como albergó de las letras y de toda suerte de erudicion; la traza fué la de la Universidad de Paris; sea lícito comparar las cosas medianas á las muy grandes; el provecho á lo menos ha sido muy colmado por la mucha juventud que á aquella escuela concurre y por las personas señaladas que de ella siempre han salido. Fué arzobispo veinte y dos años. Sucedióle en el arzobispado el cardenal Guillelmo de Croy, flamenco.

Pero este año fué señalado, y no menos desgraciado, especial por dos cosas que en él sucedieron. Estas fueron haberse acabado el imperio de los soldanes de Egipto, y levantado la herejía perjudicial de Martin Lutero. Estuvo Egipto sujeto al imperio de los romanos hasta el emperador Heraclio, en cuyo tiempo el falso profeta Mahoma sujetó aquella provincia por las armas, despues de cuya muerte tuvieron el señorío los califas, que, como él lo dejó ordenado, juntamente gobernaban las cosas sagradas y la república. Duró esto hasta la guerra de la Tierra-Santa cuando el rey de Jerusalem Amalarico, apoderado de la ciudad de Damiat, que antiguamente llamaron Petusio, puso en tanta apretura al Califa, que le fué necesario pedir gente de ayuda al soldan de Siria. Fué por capitán destes socorros y por caudillo un hombre llamado Saracon. Este en premio de su trabajo se apoderó del imperio de Egipto con dejar á los califas solamente el cuidado de las cosas sagradas. Hijo de Saracon fué Saladino, soldan de Egipto y de Siria, el cual con las muchas victorias que ganó y con apoderarse de Jerusalem, redujo en Siria las cosas de los cristianos á grande apretura. No mucho despues Melechsala, que sucedió en aquel imperio, por hallarse falto de fuerzas para resistir á los nuestros y á sus intentos, se ayudó de muchos esclavos

comanos, que compró de los scitas, y con su ayuda acabó así muchas otras cosas, como tambien prendió dentro de Damiat al rey Luis santo de Francia. Estos esclavos, dado que hubieron la muerte á Melechsala, su señor, se apoderaron del reino, y nombraron de entre ellos mismos por rey uno, llamado Turquemonio, con condicion que ni él dejase el imperio á sus descendientes, ni los demás esclavos el oficio de soldados á sus hijos, sino que fuesen soldados los que, siendo hijos de padres cristianos, hubiesen renegado de nuestra santa fe, que llamaron mamelucos, y que estos de entre sí eligiesen el que hubiese de ser rey. Continuóse esta manera de gobierno por espacio de muchos años hasta tanto que Caietbeio, esclarecido por muchas victorias que ganó de los turcos, gobernó aquel imperio en tiempo del rey católico don Fernando. Campson, sucesor suyo, despues que los turcos vencieron á los persianos cerca de la ciudad de Tarvisio, por recelo que tenia no acometiesen lo de Siria, el año pasado, como hiciese guerra en la Asia, en una batalla que se dió cerca de Damasco, fué vencido y muerto por el gran turco Selin. Pusieron en su lugar los soldados á Tomumbeio, el cual junto al Cairo en una nueva batalla que se dió fué vencido; y tomada la ciudad por los turcos, le pusieron en un palo; con esto el gran Turco, quedando vencedor sin resistencia, acabadas cosas tan grandes, se apoderó de las provincias de Siria y Egipto, y acrecentó con esto en gran manera el poder de su nacion y su estado.

La ocasion que Lutero tuvo para su salvado intento fué esta: el pontífice Julio comenzó la fábrica nobilísima del templo Vaticano. Leon X, que le sucedió, para llevar adelante lo comenzado, hizo publicar por todo el mundo un jubileo para todos los que acudiesen con cierta limosna para aquella fábrica. Alberto, arzobispo de Maguncia, que tenia á su cargo el publicalle en Alemaña, dió este cuidado á Tezelio, fraile de Santo Domingo. Fué así, que en Witemberga, ciudad de Sajonia, el duque Federico poco antes fundó una universidad. Martin Lutero, fraile de San Agustín, á la sazón catedrático allí de escritura, desde el púlpito amonestó al pueblo no se dejasen burlar de los engaños de los bulderos; que la mercadería de Roma no era de tanto valor que no se pudiesen los dineros emplear en otra cosa con mas ganancia. Destos principios, como muchos le oyesen de buena gana, su locura se aumentó de tal suerte, que por su medio se emprendió casi en todo el mundo tal fuego, que en muchos años no se podrá apagar. El acudir muchos al remedio, por ventura no con tanta prudencia, fué ocasion que el mal se enconase; que si le despreciaran, por ventura se cayera y no pasara adelante; pero las cosas pasadas mas fácilmente se reprehenden que se mudan. De años atrás estaba aquella gente preñada por los abusos y vicios que se vian donde, y en quien menos fuera razon. Brotó el mal humor con esta ocasion y por medio deste fraile. La virtud todo lo asegura, el vicio lo desbarata. No prestau armas ni repuesto cuando el pueblo se levanta.

AÑO 1518.

Doña Leonor, hermana del rey don Carlos, casó con don Manuel, rey de Portugal; las bodas se celebraron al fin deste año en Ocrato, pueblo de Portugal, con grandes regocijos y aparato. Nacieron deste matrimonio don Carlos, que vivió poco, y doña María, que vivió muchos años, y murió sin tomar estado.

Tratóse de dividir el arzobispado de Toledo en muchas partes por ser tan grande, y en particular de poner obispos propios en Madrid y en Talavera; sobre lo cual el pontífice Leon expidió su bula á 23 de julio, en que cometía al cardenal Adriano y al obispo de Cosenza, su nuncio en Castilla, y á don Alonso Mamrique, obispo de Ciudad-Rodrigo, que hiciesen informacion para ver lo que convenia. Halláronse muchas dificultades, tanto, que fuó necesario desistir desta plática.

AÑO 1519.

El emperador Maximiliano en Beisio, pueblo de Baviera, pasó desta vida á 12 del mes de enero. Juntáronse los electores en Francfortia para nombrar sucesor, y dado que muchos pretendian ser elegidos con grandes negociaciones, principalmente de parte de Francisco, rey de Francia, por voto de los electores fuó antepuesto á todos don Carlos, rey de España, á 23 de junio; mas por quanto los reyes de Nápoles no podian aceptar el imperio por prohibicion que dello tenian de los pontífices romanos, alcanzó dispensacion del Papa con condicion que cada un año, por el reino de Nápoles, fuese obligado á pagar siete mil escudos y una hacanea blanca, como se hace. No parece se efectuó esto enteramente hasta el tiempo de algunos años mas adelante.

AÑO 1520.

Tuvo nueva de su eleccion en la ciudad de Barcelona, desde donde atravesada toda España, por el mes de marzo se hizo á la vela en la Coruña, y llegado á Flándes, en Aquisgran tomó la primera corona del imperio á 22 de octubre de mano del arzobispo de Colonia, como se acostumbra. Juntamente hizo de su voluntad donacion á don Fernando, su hermano, de Austria y de los demás estados de su abuelo el emperador Maximiliano. Quedaron por gobernadores de Castilla el cardenal Adriano y el condestable Íñigo de Velasco y el almirante don Enrique Enriquez. No les faltó diligencia para sosegar la gente popular, que andaba alterada; pero con todo su cuidado no fueron parte para que no acudiesen á las armas, de donde resultaron las Comunidades, guerra muy nombrada en España. Quejábanse que por la avaricia de los flamencos todo el oro de España se habia desaparecido, y con su gobierno muy pesado y riguroso la libertad del reino estaba oprimida, los fueros y leyes quebrantadas. Era así, que Carlos de Gevres, ayo del nuevo Rey, no contento con hacer despues de la muerte del cardenal don fray Francisco Jimenez á su sobrino, hijo de su hermana, Guillermo de Croy arzobispo de Toledo, con diferentes mañas rebañara la moneda de oro y doblones de dos caras, muy subidos de ley. Los mas princi-

pales caudillos de las Comunidades fueron Juan de Padilla, uno de los mas principales caballeros de Toledo, y don Antonio de Acuña, obispo de Zamora. Juntáronse con ellos muchas villas y ciudades. Vinieron á las manos los comuneros y los reales en muchas partes sin declararse del todo la victoria por la una ni por la otra parte, hasta tanto que por fin deste año los reales ganaron á Tordesillas, donde los comuneros estaban fortificados, y tenian en su poder á la reina doña Juana, y poco adelante, á 23 de abril del año siguiente, se dió la batalla del Villalar, donde los comuneros fueron vencidos y presos sus caudillos principales, es á saber, Juan de Padilla, Bravo y Maldonado, de los cuales se hizo justicia, y aun al mismo obispo de Zamora dieron garrote en Simancas, donde le tenian preso. Con esto en gran parte se dió fin á esta guerra y se sosegaron estas alteraciones, mediante la gran prudencia y autoridad del Consejo real, á quien en todo se remitía el Emperador. Y doña María Pacheco, mujer de Juan de Padilla, con ánimo varonil, en lugar de su marido, se hizo como caudillo de los comuneros en aquella demanda, y siempre los animaba, pero sin hacer efecto que sea de contar. Y tambien el duque de Segorve venció otra batalla á los germanats de Valencia junto á Morvedre. Así se llamaron las comunidades que tambien en aquella parte se levantaron.

AÑO 1521.

Guillermo de Croy, arzobispo de Toledo, falleció á 11 de enero en Alemania antes de venir á España, sin dejar en vida ni en muerte hecha cosa alguna señalada. Sucedióle don Alonso de Fonseca, persona de pensamientos muy altos; de arzobispo que era de Santiago, fué trasladado al arzobispado de Toledo. El arzobispado de Santiago se dió al licenciado Juan Taverna, sobrino de fray Diego Deza, arzobispo de Sevilla, obispo que era de Ciudad-Rodrigo y de Osma y del consejo de la Inquisicion.

De las comunidades de Castilla resultó una nueva guerra en Navarra; la ocasion fué que los nuestros habían echado por tierra los años pasados casi todos los castillos de aquel reino, y el año antes deste, para acudir á las comunidades, despojado aquel reino de artillería y de soldados. El rey Francisco de Francia con deseo que tenia de restituir á Enrique de Labrit en el reino de sus antepasados, y por no dejar pasar la buena ocasion que para esto se ofrecia, envió un grueso ejército por aquella parte, y por su caudillo á Andrés Esparroso, hermano menor de Odeto, señor de Lotrech. Entrado que hubo, todo lo halló fácil y llano; hasta la misma ciudad de Pamplona, cabeza del reino, por haberla desamparado el virey don Antonio Manrique, sin dilacion la redujo en su poder. Quedaba por España el castillo, batiente los franceses; Íñigo de Loyola, persona noble y principal en Guipúzcoa, á la sazón soldado, y despues fundador de la compañía de Jesus, que allí estaba, fué herido; una bala arrancó una piedra que le quebró una pierna y le hirió la otra, de que llegó á lo postremo de la vida; herido que fué Íñigo, el castillo se rindió á partido. El capitan francés ensoberbecido con la prosperidad y no contento de reco-

brar aquel reino, se metió por tierras de Castilla y estuvo muchos días sobre Logroño. Acudieron los nuestros, y con su venida le forzaron á levantar el cerco; y demás desto, cerca de Pamplona, en un lugar llamado Noain, no lejos del puerto de Reniega, le vencieron y prendieron en una batalla que le dieron. Resultó que desbaratado el ejército francés, el reino de Navarra con la misma ciudad de Pamplona volvió y se redujo al poder y señorío de España.

Grande fué la pesadumbre que por este mal suceso recibió el rey de Francia. Determinó de vengarse con enviar otro ejército por la parte de Vizcaya debajo de la conducta de su almirante, que se apoderó de Fuente-Rabia, villa muy fuerte en la frontera de Francia. Sucedieron grandes trances en estos encuentros; vino muchas veces á las manos, y en conclusion la villa se recobró por los nuestros.

Doña Beatriz, hija menor del rey de Portugal, concertada con Carlos, duque de Saboya, en una armada por mar fué adonde su esposo estaba. La alegría de este casamiento no duró mucho á causa que el mismo rey de Portugal pasó desta vida por el mes de diciembre. Su cuerpo enterraron en el monasterio de Belen, que él mismo edificó junto á Lisboa, y dedicó para las sepulturas de los reyes. Sucedióle su hijo don Juan, tercero deste nombre.

Por el mismo tiempo, á 2 de diciembre, falleció en Roma el pontífice Leon, cuya memoria fué entonces y adelante agradable por haber restituido la paz á Italia, por el favor que dió á los estudios de las letras, y en particular reparado la Universidad de Roma con catedráticos de las artes liberales y de las ciencias, que con grandes premios hizo buscar y traer de todas partes. Con todo esto le tachan de ser dado á sus deportes mas de lo que aquel lugar pedía y de haber pretendido aumentar su parientes, primero á su hermano Juliano, y despues de él muerto á Lorenzo, su sobrino, hijo de otro hermano suyo, llamado Pedro. Para efectuallo intentó despojar al duque de Urbino Francisco María de aquel estado; pero la muerte del uno y del otro, conviene á saber, del hermano y sobrino, desbarató sus trazas. La genealogía de esta familia de Médices quiero poner en este lugar.

El gran Cosme de Médices, que vivió en Florencia cien años antes deste tiempo en que vamos, tuvo un hijo, llamado Pedro, y dél por nietos á Lorenzo y á Juliano. Hijos de Lorenzo fueron Pedro y Juan, que fué el papa Leon, y el tercero por nombre Julian. El primer Julian, hermano de Lorenzo, tuvo un hijo natural, y que nació despues de muerto su padre, que se llamó Julio, que tambien poco adelante fué pontífice, y se llamó Clemente VII. Pedro, hermano del mismo Leon, tuvo un hijo, que se llamó Lorenzo, el mas mozo, y como lugarteniente de su tío el pontífice Leon fué general de sus gentes. Este de una concubina tuvo á Alejandro, duque de Florencia los años adelante, y de su mujer Madalena de Boloña dejó á madama Catalina, que vino á ser reina de Francia, por donde la familia de los Médices ha emparentado con muchas familias reales. El segundo Julian, hermano del papa Leon, tuvo un hijo, por nombre Hipólito, que adelante fué cardenal. Su

tío el papa Clemente le dió el capelo. Bastará haber desto avisado.

AÑO 1522.

A 10 de enero, el cardenal Adriano, aunque flamenco de nacion y ausente, fué elegido en el conclave por pontífice. Estaba á la sazón ocupado en el gobierno de España; tomóle la nueva de su eleccion en la ciudad de Victoria, donde estaba con intento de dar calor á la guerra contra Francia y recobrar á Fuente-Rabia; pero sabida su eleccion, luego se apresuró para pasar á Italia, dado que no llegó á Roma hasta estar ya delante el verano. Su pontificado fué breve, porque no pasó de veinte meses; su erudición, virtud y prudencia fueron muy grandes; no mudó el nombre que antes tenia, y así se llamó Adriano VI; canonizó á san Antonino, arzobispo de Florencia, y á Benon, obispo que fué antiguamente de Misna. A 3 de hebrero, lunes, día de San Blas, los reales, debajo la conducta del arzobispo de Bari, vencieron en Toledo á los comuneros que tenian tiranizada aquella ciudad, con la cual victoria se puso fin á las comunidades.

El emperador don Carlos, dejando en Alemania á su hermano don Fernando con nombre de vicario del imperio, se partió para España con intento de sosegar estos reinos y dar en todo órden. Llegó con su armada á Santander á 16 del mes de julio.

Cristierno, rey de Dinamarca, estaba casado con doña Isabel, hermana del nuevo Emperador; privóle de su reino Federico, tío suyo, por donde fué forzado recogerse á Flándes, donde estuvo desterrado por tiempo de diez años, que fué todo lo que le duró la vida. Dejó dos hijas legítimas, Isabel y Cristierna; la primera casó con Alonso, duque de Loreña; la segunda con el duque de Milan Francisco Sforzia.

AÑO 1523.

El pontífice Adriano concedió á los reyes de España don Carlos y sus sucesores autoridad de nombrar y presentar los que hubiesen de ser obispos en aquellos reinos. Expedióse la bula á 6 del mes de setiembre. Concedió otrosí que perpetuamente pudiesen tener en administracion los maestrazgos de las tres órdenes militares, cosa que los pontífices pasados habian concedido, pero por tiempo limitado. Falleció el Pontífice en Roma, á 12 del mismo mes de setiembre, cargado de cuidados y pesadumbre, en particular por haberse los turcos apoderado el año pasado de la isla de Rodas con un cerco muy apretado, que duró ocho meses. En esta vacante falleció en Roma, á 16 de diciembre, el cardenal don Bernardino de Carvajal, obispo que fuera primero de Astorga, despues de Badajoz, de Cartagena, de Sigüenza y de Plasencia. Sobrino deste cardenal fué el obispo de Plasencia don Gutierre de Carvajal, el cual hubo aquel obispado por regreso y renunciacion del dicho su tío. Padres del obispo don Gutierre fueron el licenciado Francisco de Vargas, tesorero del rey, y doña Inés de Carvajal. Falleció otrosí este año don fray Diego de Deza, natural de Toro, y maestro del príncipe don Juan; fué obispo sucesivamente de Salamanca y de Jaen y de Sevilla, inquisidor general y

electo de Toledo. Publicó en su nombre los escritos de Capreolo sobre el maestro de las sentencias, añadidas pocas cosas. Pusieron en lugar de Adriano, á 20 de diciembre, el cardenal Julio de Médices, primo hermano que era del papa Leon X; llamóse en el pontificado Clemente VII; gobernó la Iglesia diez años, diez meses y siete dias. Confirmó la órden de los teatinos con nombre de la Congregacion del divino Amor; fundáronla Pedro Garrafa, obispo teatino, y otras personas pias; no traen hábito diferente de los demás sacerdotes; ocupanse en cantar las horas canónicas; el género de vida es retirado; huyen ocupaciones exteriores y cuidados.

AÑO 1525.

El rey don Juan de Portugal casó con doña Catalina, hermana del emperador don Cárlos; las bodas y fiestas se hicieron en Estremoz á 5 de hebrero, muy señaladas. Procedieron deste matrimonio muchos hijos: sus nombres Alonso, María, Catalina, Beatriz, Emanuel, Filipe, Juan, Antonio. De todos solos el príncipe don Juan y la infanta doña María llegaron á edad de poderse casar, y aun ellos mismos murieron al principio de sus casamientos.

El pontífice Leon el mismo año que falleció hizo liga con el emperador don Cárlos con intento de juntar con él sus fuerzas y echar los franceses de Italia, con condicion que por el reino de Nápoles pagase cada un año día de San Pedro, no solo la hacanea, como antes solia, sino tambien siete mil escudos, y que el reino de Sicilia reconociese el feudo sin pagar al año mas de quince mil ducados, como antes acostumbraba; fuera desto, que hasta que pagase lo que en la guerra se gastase por el Pontífice, quedasen por él las ciudades de Parma y Plasencia, sin descontar del principal lo que rentasen cada año; lo demás del estado de Milan se diose á Francisco Sforzia. Con esta determinacion Próspero Colona, general de todo el ejército, y Federico, marqués de Mantua, caudillo de las gentes del Papa, vencieron y echaron de aquel estado los franceses, y Francisco Sforzia quedó por duque de Milan. Sucedió un nuevo inconveniente á la parte de Francia, y fué que Cárlos de Borbon, hijo de Gilberto, duque de Mompensier, desabrido con el Francés, se pasó á la parte del Emperador, y con sus gentes que le dió se metió por la Francia hasta Marsella. Irritado el rey de Francia por la una y por la otra causa, pasados los Alpes con un grueso ejército, recobró á Milan y casi todo lo demás de aquel Estado. Pero como se pusiese sobre Pavia, donde estaba Antonio de Leiva con buena guarnicion de alemanes, acudieron los capitanes del Emperador, esto es, Cárlos de Lanoy, visorey de Nápoles, y Cárlos de Borbon y el marqués de Pescara Hernando Davalos, por cuyo valor fué el Rey vencido en batalla con gran estrago de su gente, y preso le enviaron á España. Prendieron otrosí al rey de Navarra Enrique Labrit; pero con dádivas que dió al que le guardaba, se escapó del castillo de Pavia, donde estaba. Fué en esta batalla muerto el marqués de Civita de Santangel, por nombre Fernando Castríoto, bisnieto del grande Escanderberquio, señor que fué de Epiro, y de los turcos espanto. Cortáronle las riendas por

no llevar cadenas, que fué grande descuido; el caballo desapoderado le metió en medio de los enemigos, donde el mismo rey de Francia del golpe de una lanza le mató. Dióse la batalla á 24 de hebrero, viérnes, fiesta del apóstol san Matías.

AÑO 1526.

Quedó con esto Europa sosegada y libre de los males de la guerra. El rey Francisco de Francia estaba en España preso en el castillo de Madrid. Su madre Aloisia, que gobernaba el reino, con desseo que tenia de ver á su hijo puesto en libertad, envió á su hija madama Margarita, que estuvo casada con Cárlos, duque de Alanzon, para que fuese á España á tratar de algun concierto. Dióse tan buena maña, que á 14 de enero se hizo asiento y confederacion entre aquellos dos príncipes con estas condiciones: que de allí adelante los flamencos no pudiesen apelar para los reyes de Francia; que el Francés desistiese de la pretension de Milan, de Génova y de Asta; que restituyese al Emperador á Borgoña; demás desto, casase con la reina viuda de Portugal doña Leonor, hermana del mismo Emperador, y por dote le señalaron docientos mil ducados; que perdonase á Cárlos de Borbon, y en lo que tocaba á las diferencias que tenian, estuviese con él á derecho.

Era Borbon casado con Susana, nieta de Ludovico XI, rey de Francia, hija de Pedro, duque de Borbon, y de Ana, hija mayor del dicho Rey, al cual Cárlos, el postrero de los duques de Angers, en su testamento dejó los estados que poseia en Francia, y fuera desto, el derecho que pretendia al reino de Nápoles. El hijo de Ludovico, que fué el rey Carolo, octavo de Francia, no dejó sucesion alguna; por esto el de Borbon, dado que desistia de pretender el reino por no ser el deudo más cercano por linea de varon, pero pretendia que todos los estados que por otros caminos se habian allegado á aquella corona pertenecian á su mujer como á pariente mas cercana de los reyes pasados; y muerta ella sin hijos, queria quedarse con el ducado de Borbon, como el pariente mas cercano de su suegro por via de varon; pero la madre del Rey alegaba ser ella sobrina, hija de hermana del susodicho Pedro de Borbon. Esto prevaleció.

Asentada la confederacion, el rey de Francia partió de España con dejar en su lugar, como estaba concertado, en rehenes y para seguridad que cumpliria lo prometido, dos hijos suyos, Francisco, el mayor, que era del lin, y Enrique, el segundo.

Al mismo tiempo en Sevilla, á 3 de marzo, se celebraron las bodas del emperador don Cárlos y de doña Isabel, hermana mayor del rey de Portugal. Acompañaron á la novia desde la raya de Portugal don Fernando de Aragon, duque de Calabria, ya puesto en libertad, y el arzobispo de Toledo don Alonso de Fonseca, como queda dicho, puesto en lugar del cardenal Guillermo de Croy.

Las gentes del César habian echado y despojado de Milan al duque Francisco Sforzia; achacábanle que no guardaba fidelidad y que tenia inteligencias contra el Emperador. El pontífice Clemente, para restituille en aquel estado y ofendido grandemente porque en

España se decretara por ley que los beneficios no se diesen á extranjerios y que el Consejo real examinase las bulas del Papa, asentó liga con el Francés y venecianos; convidó otrosí al rey de Inglaterra, y aun demás desto, dió intencion al marqués de Pescara don Fernando Davalos, á la sazón gobernador de Milan, si se juntaba con ellos, de hacerle rey de Nápoles, del cual reino pretendia apoderarse por las armas; intentos que acarrearón muchos y grandes males. En medio destas pláticas falleció el de Pescara, y porque no dejó hijos, le sucedió en el estado su primo el marqués del Vasto don Alonso Davalos.

El gran turco Soliman, sucesor de su padre Selim, en una batalla que se dió cerca de la ciudad de Buda, desbarató á Ludovico, rey de Hungría, y por su muerte, que se ahogó en una laguna huyendo despues de la rota, no solo se perdió aquella ciudad, pero por muchas diferencias que resultaron sobre quién debia suceder á aquel rey, toda la república padeció grandes males. Fué así, que parte de la nobleza queria á don Fernando de Austria por estar casado con hermana del Rey muerto, parte á Juan Vaivoda, donde resultaron guerras muy largas. La reina viuda doña María, por quedar sin hijos, dió la vuelta á Flándes.

AÑO 1527.

Por gentes que el cardenal Pompeyo Colona y Vespasiano Colona levantaron en la campaña de Roma, y con acudirles desde Nápoles don Hugo de Moncada, visorey que era en aquella ciudad, puso al papa Clemente los meses pasados dentro de Roma en tanto aprieto, que apenas pudo poner su persona en cobro, sin ser parte para que los soldados no saqueasen el sacro palacio. Despues este año Carlos de Borbon, con parte del ejército imperial, partió de Lombardía la vuelta de Roma, con intento de dar á saco aquella santa ciudad. Saliéronle al encuentro el duque de Urbino y Janetin de Médices, padre de Cosme, que adelante fué duque de Florencia; pero venciólos al pasar el rio Mincio, donde tambien Janetin de Médices fué muerto. El mismo Borbon, á la entrada de Roma, de un arcabuzazo que del muro le tiraron murió; y sin embargo, los soldados siguieron su intento y saquearon la ciudad de Roma; juntamente pusieron cerco al castillo de Santangel, donde el Pontífice y los cardenales se retiraron.

Grande daño fué este y afrenta muy grave del nombre cristiano. Estaba el Emperador en Valladolid quando le llegó la nueva de este desastre; hizo allí parar los regocijos y fiestas que se hacian por haberle nacido el príncipe don Filipe en aquella villa á 20 del mes de mayo, que fué muestra de su grande religion y de que aquel tan grande desórden no sucedió por su voluntad. Al contrario, los florentines, por el odio que tenian al Pontífice y por verle apretado, echaron de su ciudad la casa de Médices, principalmente á Hipólito y á Alejandro, que eran las cabezas de aquel linaje, que fué ocasion, trocadas adelante las cosas, que perdiesen la libertad, y tambien de que Enrique, rey de Inglaterra, movido de la nueva de aquel caso, se declarase por el Pontífice y por la liga de que se hizo mencion; el Francés envió por su general á Odeto, señor de Lotrech,

el cual, pasado en Italia con sus gentes y las de los venecianos, se apoderó en el estado de Milan de Alejandria y de Pavia, ciudades harto principales.

Con Enrique de Labrit, rey que se decia de Navarra, casó Margarita, hermana del rey Francés; deste matrimonio nació Juana, que heredó los estados de su padre á falta de hijo varon. Fué grande la pertinacia que esta hembra tuvo en la herejía, creo yo por ocasion que los pontífices romanos quitaron el reino de Navarra á sus antepasados.

AÑO 1528.

En Madrid los estados del reino juraron al niño don Filipe por príncipe y heredero de aquellos reinos de su padre. Quejábbase el emperador don Carlos por sus cartas que el Francés no guardaba su palabra ni cumpliera lo que prometió tan de propósito al tiempo que estuvo preso en España. Envió el Francés un rey de armas á desmentille y desafialle á hacer con él campo de persona á persona. Comunicóse el negocio con los grandes. Respondió el Emperador á 24 de junio con sus cartas, en que aceptaba el desafío y señalaba lugar; pero el Francés fué mas recatado, que ni quiso abrir las cartas ni dar audiencia al rey de armas que para este efecto iba desde España, por razones que no le debieron faltar.

Entre tanto el señor de Lotrech, despues que con sus gentes ivernó en Bolonia, marchó la vuelta de Nápoles. Púsose sobre aquella ciudad con grande esperanza de apoderarse de todo aquel reino, quando de repente tal peste sobrevino en sus reales, que pereció gran parte de su ejército, hasta el mismo general; otros fueron presos, entre los cuales uno fué el conde Pedro Navarro, y lo que le quedó de la vida le hicieron pasar en una dura prision.

Movido de este desastre y desgracia Andrea de Orin, ginovés de nacion y que era general de la armada francesa, se pasó á la parte del César, y adelante puso en libertad á su patria, vencidos y ecliados della los fregosos, por lo cual y por sus muchas victorias ganó renombre inmortal.

AÑO 1529.

Deseaba el emperador don Carlos pasar por mar en Italia para tomar la corona del imperio de mano del Pontífice. Con este intento se reconcilió con él, aunque despues de tantos agravios y desabrimientos; prometió de dar por mujer á su hija madama Margarita, habida fuera de matrimonio, á Alejandro de Médices, sobrino del Papa; demás de esto, que haria tanto, que la casa de Médices volviese á su patria. Junto con esto renovó la confederacion con el rey de Francia por sus embajadores, que para esto fueron á Cambray, ciudad en la frontera de Flándes y de Francia. Envió los hijos á su padre por dos millones de oro que pagó el Francés por su libertad; con ellos partió tambien su hermana doña Leonor para casar con el rey de Francia. Desde este tiempo los estados de Flándes quedaron del todo libres y exemptos de la jurisdiccion y señorío de Francia, y al contrario, los franceses se quedaron con el ducado de Borgoña.

Restaba concertarse con Portugal por la diferencia que tenían sobre las islas Malucas; pareció el mejor camino que el rey de Portugal prestase al Emperador trecientos y cincuenta mil ducados, con tal que hasta que aquel dinero fuese pagado, los castellanos desistiesen del trato y pretension de aquellas islas.

Concluidas estas cosas, el Emperador pasó por mar á Italia. El gran turco Soliman, á instancia de Juan Vaivoda, puso sitio sobre Viena de Austria; pero defendiéndola muy bien Filipe, conde Palatino, que se hallaba dentro con buena guarnicion de soldados.

AÑO 1530.

Estaban en Roma á causa de las desgracias pasadas y del saco mal parados los ciudadanos y desabridos; por esto pareció y acordaron que la coronacion se hiciese en Boloña. Fué grande el concurso de gente que acudió, muchos los regocijos, la representacion de majestad extraordinaria, con que el mismo día de Santo Matia, que era en el que nació el emperador don Carlos, fué llamado Augusto y coronado de mano del Pontífice. Intercedieron el Pontífice y venecianos para que el ducado de Milan se volviese á Francisco Sforzia. Hizose así con darle por mujer á Cristierna, hija del rey de Dinamarca, sobrina del Emperador. Demás desto, se le mandó que pagase novecientos mil ducados, y que entre tanto que lo cumpliese, la ciudad de Como y el castillo de Milan se tuviesen por César. Al marqués de Mantua fué dado título de duque; y por cuanto el Pontífice y duque de Ferrara estaban diferentes sobre las ciudades de Riego y de Módena, el Emperador, como juez árbitro, oidas las partes, las consigné al de Ferrara.

Con esto se partió para Alemania, donde tenia convocada dieta de los príncipes de Alemania para la ciudad de Augusta para los 8 de abril. Lo que principalmente se pretendia era reducir á los herejes, como en otras dietas se había intentado. Fué poco lo que se hizo en esta parte; solamente los herejes presentaron por escrito cierta confesion de su fe, que del lugar se llamó adelante la confesion augustana. El que la compuso fué Filipe Melancton, hombre docto y grande hereje.

Demás desto, las gentes de César con un largo cerco que pusieron sobre Florencia quebrantaron de tal manera los brios de aquella ciudad, que no solo los Médices fueron restituidos á su patria, sino tambien quedó por duque de Florencia Alejandro de Médices, y los florentinos con tanto quedaron de todo punto despojados de su antigua libertad. Los principales caudillos en esta guerra fueron Filiberto, príncipe de Oranges, y Alonso Davalos, marqués del Vasto y tambien de Pescara por muerte de su primo don Fernando.

Margarita, tia del Emperador, falleció en Malinas, ciudad de Flándes, 1.º de diciembre. Era gobernadora de aquellos estados; por su muerte sucedió en aquel gobierno doña María, reina de Hungría, viuda, que en lugar y por orden de su hermano el Emperador tuvo aquel cargo muchos años.

AÑO 1531.

Á instancia del Emperador, el arzobispo de Maguncia

á quien esto tocó, convocó para la ciudad de Colonia los electores del imperio para que allí nombrasen rey de romanos. Fué así, que el día señalado por consentimiento de todos los votos salió nombrado don Fernando, archiduque de Austria, rey de Bohemia y de Hungría. Solo Federico, duque de Sajonia, no vino á la eleccion, y por medio de su hijo protestó de nulidad en todo lo que se hizo. Siguiéron este mismo partido los príncipes de Baviera; pero el año siguiente consintieron en la eleccion por respeto del Emperador. Lo mismo hizo poco despues el duque de Sajonia, luego que en la dieta de Ratisbona concedieron libertad en lo que tocaba á la religion.

En muchas partes tembló la tierra, en Flándes principalmente, rotos los diques, muchos lugares enteros quedaron anegados con las olas de la mar, donde hasta este tiempo se ven las torres de los templos que están en pié. La mayor fuerza deste mal cargó en la ciudad de Lisboa, tanto, que el Rey, porque no le tomase la casa debajo, por muchos días fué forzado á alojarse en tiendas y pabellones en el campo. La madre por donde corre el río Tajo se hinchó de tal manera, que apartándose las aguas de la una y de la otra parte, parecia resultar una manera de isla.

En Inglaterra la religion antigua y católica se comenzaba á alterar con esta ocasion. El rey Enrique habia comenzado á poner los ojos en Ana Bolena por no saber enfrenar sus apetitos. Pretendia, repudiada su mujer la reina doña Catalina con color que estuvo casada con su hermano Artus, tomarla por mujer; lo uno y lo otro puso en efecto el año siguiente, dado que en su legítima mujer tenia una hija, llamada doña María. El Pontífice contradecia todo esto y no queria aprobar estos intentos. Por esto el Inglés mandó so graves penas á todos sus vasallos que no acudiesen á Roma; que era todo abrir la zanja y echar cimientos del scisma pestilencial que se siguió y de la desventura de Inglaterra.

Entre los esguizaros otrosí resultaron guerras civiles entre herejes y católicos. Vinieron á las manos en tierra de Tiguri ó Zurich, que es uno de aquellos cantones; la victoria quedó por los católicos, dado que eran menos en número. Murió en la batalla Zuinglio; en Basilea Ecolampadio hallaron muerto en su lecho por el mes de noviembre; eran entrambos cabezas principales de aquella secta malvada de sacramentarios.

AÑO 1532.

Trataba el gran turco Soliman de acometer el reino de Hungría; para hacerle resistencia el emperador don Carlos convocó por su edicto los príncipes de Alemania para tener dieta en Ratisbona; tratóse de acudir á esta necesidad y proveer de gentes y de dinero. Para salir con esto, á los herejes se les concedió libertad de conciencia, con que se allanaron y acudieron al socorro; tambien el Pontífice envió buen número de italianos debajo la conducta del cardenal Hipólito de Médices; lo mismo hizo el rey de Portugal, que envió gente de socorro. Con esta diligencia se juntaron como veinte mil caballos y ochenta mil infantes; asentaron sus reales cerca de Viena, donde pretendian acudir los turcos;

el caudillo de toda esta gente era el mismo Emperador. El Bárbaro, luego que tuvo aviso de la gran voluntad con que tantas naciones acudían, dado que tenía mucho mayor número de gente, desconfiado de sus fuerzas, sin atreverse á dar la batalla, contento de haber talado y saqueado lo de Hungría y parte de Austria, sin hacer otro efecto, antes con pérdida de muchos de los suyos, dió la vuelta para donde vino.

Por el mismo tiempo Andrea de Oria con la armada imperial de las galeras pasó á la Morea, donde ganó á los turcos las ciudades de Coron y Modon.

Falleció Juan Federico, duque de Sajonia, gran favorecedor de Martin Lutero; sucedióle su hijo, que tenía el mismo nombre, y fué tan grande hereje como su padre.

El César, compuestas las cosas de Alemaña, bajó en Italia, donde en Boloña se vió con el Pontífice, y hizo con él liga contra los turcos. Junto con esto, para remedio de las herejías, se trató de convocar un concilio general, dado que el principal intento destes príncipes era de impedir la entrada del Francés en Italia, ca se entendía que si no era recobrando á Milan, nunca segoaría.

AÑO 1533.

No parece habia llaneza en estas pláticas, porque luego que el emperador don Cárlos se partió y volvió á España, el pontífice Clemente por mar y el Francés por tierra se juntaron en la ciudad de Marsella. Sospechábase que desta junta resultarían nuevas guerras y alborotos en Italia; con la muerte del Pontífice, que luego se siguió, se cubrieron ó desbarataron todos estos intentos. Solo se efectuó que Catalina, hija de Lorenzo de Médices, casó con Enrique, hijo del Francés, que adelante por muerte del Delfin, su hermano mayor, que se llamó Francisco, vino á ser primero delfin, y despues rey de Francia. El dote fué ciertos pueblos en Alvernia y gran cantidad de dinero.

AÑO 1534.

Falleció don Alonso de Fonseca, arzobispo de Toledo, á 4 de hebrero; sucedió en aquella iglesia en su lugar el cardenal don Juan Tavera.

El papa Clemente luego que dió vuelta de Francia, con una enfermedad larga que le sobrevino, dada orden en sus cosas y en las de la ciudad de Roma, falleció en aquella ciudad á 24 de setiembre. Sucedióle, á 15 de octubre, el cardenal Alejandro Farnesio, natural de Roma, ejercitado en todos los grados y oficios de la corte romana. Llamóse Paulo III; gobernó la Iglesia quince años y veinte y ocho dias. En su mocedad, fuera de matrimonio, tuvo á Pero Luis y á Constancia; hijo de Pero Luis fué Alejandro Farnesio, de Constancia Guido Sforcia, á los cuales dió el capelo en la primera creacion que hizo de cardenales. Hermanos de Alejandro Farnesio fueron Octavio, que fué adelante duque de Parma, y Rainuccio, caballero de San Juan, que los años siguientes hizo tambien cardenal.

En Inglaterra por el mes de noviembre se promulgó una ley, en que quitaban toda la autoridad y poder al Pontífice romano, y el Rey quedaba declarado por ca-

beza de la iglesia de Inglaterra. Los que contradijeron, como fueron los cartujos, Juan, obispo roffense, y Tomás Moro, chanciller que fué antes de aquel reino, pagaron con las cabezas, porque se tenía por gran pecado ser constantes en la fe verdadera. Un cosario famoso, llamado Ariadeno Barbaroja, se habia hecho rey de Argel, y despues, siendo general de las galeras y armada turquesca, se apoderó en las riberas de Africa de la ciudad de Túnez con echar del reino al rey Mulease.

AÑO 1535.

El emperador don Cárlos con intento de ayudar á esto Mulease, que se acogió á su amparo, juntada una gruesa armada, se hizo á la vela desde Barcelona á 30 de mayo. Partió en su compañía el infante don Luis de Portugal con algunos galeones bien aprestados que el Rey, su hermano, le dió para este efecto. Abordaron con buen tiempo á la ribera de Africa, donde en la entrada del puerto de Túnez se apoderaron por fuerza de la Goleta, castillo muy fuerte y muy pertrechado, y tambien de la ciudad de Túnez por el mes de julio. La ciudad fué entregada al rey Mulease; en la Goleta quedó don Bernardino de Mendoza con mil soldados de guarnicion. Hecho esto, el Emperador dió la vuelta á Sicilia, y desde allí pasó á Nápoles.

Mientras que esto pasaba, el rey de Francia, pasados los Alpes, tomó al duque Cárlos de Saboya la ciudad de Turin con otros muchos pueblos del Piamonte, de donde resultaron grandes desabrimientos, especialmente que por el mismo tiempo el duque Francisco Sforcia, á causa que no tenía hijos, estando á la muerte, nombró por heredero de aquel estado al César don Cárlos.

AÑO 1536.

Desde Nápoles pasó el César á Roma, donde en presencia del Pontífice y de los cardenales con palabras muy graves se quejó del rey de Francia; fué tanta la cólera y alteracion que le desafió á tener y hacer campo con él. Sucedió esto el segundo dia de pascua de Resurreccion. Pocos dias despues, partido de Roma, se metió por la Francia con un grueso ejército; llegaron hasta Marsella, ciudad de la Proenza, y dado que se pusieron sobre ella, sin hacer efecto fueron forzados á dar la vuelta. En esta jornada fué por ciertos villanos desde una torre muerto el insigne poeta castellano Garcilaso de la Vega; sintió mucho el Emperador esta desgracia; hizo abatir la torre y ahorcar todos aquellos villanos. Tambien falleció de enfermedad Antonio de Leiva, capitán de gran cuenta y fama, y general en aquella jornada.

Sucedieron en este año otras tres cosas memorables: la primera, que Francisco, delfin de Francia, falleció á 10 de agosto; dudóse si con yerbas ó de enfermedad ordinaria; la segunda, en Colonia de Alemaña se tuvo un concilio provincial en que presidió Hermano, arzobispo de aquella ciudad; mas siete años adelante se declaró por los luteranos, que fué causa de que el pontífice Paulo III le privó de aquella dignidad, y puso en su lugar á Adolfo; la tercera fué la muerte de Erasmo Roterodamo, que falleció en Basilea en edad de se-

tenta años, persona de mayor erudición y fama que digna de ser alabada.

En Inglaterra, á 29 de mayo, Ana Bolena, dado que tenía el Rey en ella una hija, llamada Isabel, fué acusada y convencida de adulterio, y pagó con la cabeza. Entró en su lugar Juana Semera; mas el año luego siguiente falleció de parto; el hijo vivió, y se llamó Eduardo. Casó el Rey despues desto con Ana, hermana del duque de Cleves, con la cual poco despues hizo divorcio, habiendo promulgado una ley que fuese lícito apartar los matrimonios. Con esto casó la quinta vez con Catalina Havarda, pero hízola morir por adúltera y porque antes que el Rey se casase con ella perdió su virginidad. Últimamente, casó con una señora viuda, llamada Catalina Parra; este matrimonio no se disolvió á causa de la muerte del Rey, que poco adelante se siguió.

AÑO 1537.

El duque Alejandro de Médices fué en Florencia muerto, á 6 de enero, por traicion de Lorenzo de Médices, deudo suyo. Los ciudadanos por su muerte nombraron por duque de Florencia á Cosme de Médices de aquella casa y linaje, y pariente del muerto, aunque de léjos.

El emperador don Carlos tuvo dieta del imperio en Wormacia, donde se publicó un edicto contra los luteranos; pero no fué de provecho alguno por estar aquella gente alterada y para tomar las armas. Deseaban todos un concilio general, pero ofrecíanse grandes dificultades; sin embargo, el Pontífice con grande constancia señaló para tener el concilio primero á Mantua, despues á Vincencia, por ser ciudades de Italia, pero no léjos de Alemaña. Los herejes pretendían que el Pontífice como reo no podia ser juez, ni tampoco los obispos, como personas que le estaban por juramento obligadas. Pedían que el concilio fuese libre y en Alemaña; sus intentos y lo que pedían no se entendía bastante; porque ¿quién podia sufrir que ellos fuesen jueces, sea por ser reos, sea por ser acusadores? Excluir á los obispos fuera contra todo lo que antiguamente se usó, pues hacer jueces á los príncipes seglares en negocios de la fe y de la religion, aun ellos mismos no lo aprobaban, porque mal puede juzgar el ciego de lo que no sabe; lo mas cierto es que todo era entreteñer con engaño y querer burlarse en negocio tan grave.

Tenía el gobierno de Egipto en lugar del gran Turco un eunuco, llamado Soliman. Este, por mandado de su señor con una armada de ochenta velas que se aprestó en el mar Rojo, salido con ella en el mar Océano, se puso sobre el castillo de Dio, fuerza muy importante en el reino de Cambaya, todo con intento de echar á los portugueses de la India y quitarles el trato de la especiería; grandes combates y asaltos le dieron; pero los portugueses fueron tan valientes, que los turcos, sin salir con lo que pretendían, volvieron atrás.

Por el mismo tiempo el Pontífice en Roma señaló nueve cardenales para que considerasen todo lo que tenía necesidad de reformacion. Ellos compusieron un libro en que comprehendieron muchas cabezas y materias en este propósito. Tratóse otrosí de hacer liga con-

tra los turcos; asentaron que el Pontífice, Emperador y venecianos juntasen sus armadas para este efecto, y porque el Francés no impidiese estos intentos, se trató que se juntasen estos príncipes y tuviesen habla en Niza, ciudad de la Proenza.

AÑO 1538.

Como todos vinieron en esto, el Pontífice, dado que era muy viejo, se apresuró para ir allá; el César vino de España por mar, por tierra el rey de Francia. La junta fué por el mes de mayo. Despues de muchos dares y tomares, no se pudo sustentar la paz, solo se concluyeron treguas por espacio de diez años. Tampoco se pudo concluir que el Francés y el César se viesen. Solo el Emperador prometió de casar su hija madama Margarita, que estuvo casada con el duque Alejandro de Médices, con Octavio Farnesio, nieto del Pontífice.

Verdad es que á la vuelta del Emperador á España se vió de camino con el Francés en Aguas Muertas. Estuvieron juntos dos dias, y habláronse en secreto diversas veces. La cosa de mayor importancia que se concluyó fué que el rey de Francia perdonase y recibiese en su gracia á Andrea de Oría.

El cual con las galeras imperiales y con las del Pontífice y venecianos, en el golfo Ambracio, que es en el Albania, cerca de la Morea, y hoy se llama el golfo de Larta, tomó á los turcos á Castelnovo; pero como acudiese Barbaroja con la armada turquesca, cerca de Prevesa y del promontorio Accio, sin hacer cosa de momento, fueron los nuestros desbaratados y huyeron del enemigo. Desta manera todos aquellos aparejos y intentos salieron vanos; hasta el mismo Castelnovo volvió el año siguiente á poder de los turcos con grande estrago de los soldados españoles que allí quedaron de guarnicion. Los venecianos otrosí concertaron treguas con el Turco, de que les resultó con él una larga paz.

En Inglaterra quemaron los huesos de santo Tomás, cantuariense, derribaron los monasterios, los monjes y frailes forzados á mudar hábitos y vestirse como seglares ó clérigos.

AÑO 1539.

A 1.º de mayo, en Toledo, en las casas de los condes de Fuensalida falleció la emperatriz doña Isabel; su cuerpo llevaron á Granada. El Emperador estuvo retirado en el monasterio de la Sisa, que es de jerónimos. Quedaron desta señora tres hijos: el príncipe don Filipe y las infantas doña María, que casó adelante con el emperador Maximiliano, segundo deste nombre, y doña Juana, que fué mujer del príncipe don Juan de Portugal. Los hijos del Emperador fuera de matrimonio fueron don Juan de Austria, el cual hubo despues de viudo, y doña Margarita de Austria habida antes que el Emperador casase.

Falleció Georgio, duque de Sajonia, grande enemigo de Lutero; sucedióle su hermano Enrique, que ya era luterano; hijo deste Enrique fué Mauricio, del cual se hablará adelante.

AÑO 1540.

La ciudad de Gante en Flándes estaba revuelta y alterada por cierta nueva imposicion de dineros para los

gastos de la guerra. El Emperador, para sossegarla, se determinó á pasar en aquellas partes; para mayor brevedad hizo su camino por Francia. Saliéronle al encuentro hasta la raya de aquel reino los dos hijos del Rey, Enrique y Carlos; el mismo Rey desde Orlens hasta Paris le hizo compañía. Fué grande la resolución del Emperador en fiarse de su contrario y ponerse en sus manos; dícese que se trató de detenerle; libróle Dios de un peligro tan grande. Llegado á Gante, con castigar á los culpados y edificar una fortaleza junto á la ciudad, hizo que los demás se sosegasen.

Por el mismo tiempo falleció Juan Vaivoda, que se llamaba rey de Hungría; dejó un hijo recién nacido, llamado Estéfano, para cuya proteccion y defensa los turcos hicieron grandes estragos en el reino de Hungría.

Ebora, ciudad de Portugal, fué hecha arzobispal á petición de aquel Rey y por autoridad del Papa; señalaronle por sufragáneo al obispo de Silves; confitieron aquella iglesia al cardenal don Enrique, hermano del Rey, que despues de la muerte del rey don Sebastian, su sobrino, vino tambien á reinar.

El pontífice Paulo confirmó la primera vez y aprobó la religión de la compañía de Jesus. Expidióse la bula en Roma á 27 de setiembre; fundóla el santo padre Ignacio de Loyola, guipuzcoano de nacion, persona de mucha santidad, para grande y maravilloso provecho de la república cristiana. En este año, á 12 de setiembre, sucedió la memorable batalla que venció á los turcos con armas iguales junto á la isla de Arboran don Bernardino de Mendoza, general de las galeras de España, de la casa de Mondejar.

AÑO 1544.

El Emperador, sossegadas las cosas de Flándes y castigados los de Gante, enderezó su camino para Alemania; su intento era de reconciliar los herejes con la Iglesia. Tuviéronse muchas disputas entre los teólogos, que fuera un remedio saludable si la obstinacion de los herejes pudiese convencerse por argumentos. Habíase el año pasado comenzado en Wormacia entre los teólogos un coloquio, á 25 de noviembre, el cual se iba continuando este año; pero con la venida del Emperador se remitió todo para la dieta de Ratisbona, que se comenzó á 5 de abril. Disputaron los teólogos escogidos por la una y por la otra parte; el principal por la parte de los católicos fué Juan Eckio; por la de los herejes Felipe Melancton. El cardenal Gaspar Contareno, legado del Papa en esta dieta, con el deseo que tenia de la paz, parece concedió á los contrarios algunas cosas en materia de justificacion y de la transubstanciacion, por donde, vuelto á Roma, en público consistorio le reprehendió ásperamente el cardenal Pedro Garrafa, que adelante fué papa y se llamó Paulo IV. Todos tuvieron por entendido, por ser la reprehension tan áspera, que hablaba por boca del Pontífice, que presente estaba; así fué mayor la afrenta.

Concluida la dieta de Ratisbona, el César bajó á Italia; tuvo habla con el Pontífice en Luca, ciudad de la Toscana, por el mes de setiembre; tratóse en la plática de juntar un concilio general. Partido del Pontífice, pasó á Génova, donde Andrea de Oría tenia una grande

armada aprestada, á propósito de ir sobre la ciudad de Argel que está en la costa de Africa. El tiempo no era á propósito por estar el otoño adelante. Los mas, y el mismo Pontífice, procuraban apartalle de aquel propósito; pero el Emperador estuvo firme. Llegado á las riberas de Africa, á los postreros de octubre con una cruel tempestad que se levantó, perdida gran parte de la armada, sin hacer efecto, fué forzado á retirarse á Bugia, desde donde con mucha tristeza pasó al puerto de Cartagena sin sacar provecho alguno, antes gran daño. Fernan Cortés que acompañó en aquella jornada al Emperador, como su galera se fuese á fondo y él procurase salvarse á nado, se le cayeron de una toalla que llevaba ceñida dos vasos de esmeralda, que se apreciaban en trecientos mil ducados.

AÑO 1542.

Desbarataron el intento que los años pasados tuvo el Papa de juntar concilio las grandes guerras que se levantaron entre los príncipes; pero al presente un nuevo edicto se publicó en que mandaba el Padre Santo que los obispos de todas partes acudiesen á la ciudad de Trento. Señaló tambien sus legados para presidir, es á saber, los cardenales Parisio, Moron y Polo; pero estos intentos tambien se dilataron á causa que el Francés de nuevo hizo guerra contra el Emperador por muchas partes. La ocasion fué que él enviaba por embajadores al gran Turco un ginovés, llamado César Frogoso, y otro español llamado Antonio Rincon. Era gobernador á la sazón de Milan Alonso Davalos, marqués del Vasto; ciertos soldados españoles conocieron á los embajadores que iban navegando por el Po abajo, aunque disfrazados y en hábito de romeros; echáronles mano y ahogáronlos en aquel rio. Esto sucedió el año pasado. Távolo el rey de Francia por grande desacato, sin parar hasta que se vino á las armas; acometió con un grueso ejército las fronteras de Flándes. Fuera desto, el mismo delín Enrique por mandado de su padre puso en la entrada de España sitio sobre Perpiñan; pero fué tan grande el valor de los soldados castellanos del presidio, que le enclavaron la artillería, y con acudir soldados de todas partes, fué forzado á retirarse, alzado el cerco.

Era en este tiempo virey de Navarra Juan de Vega, señor de Valverde, de donde en breve pasó á Roma por embajador, donde algunos años residió y hizo prudentemente su oficio; despues gobernó á Sicilia muchos años. Por conclusion, vuelto en España, fué presidente del Consejo real de Castilla, en el cual cargo hizo cosas muy loables. Fué varon muy entero; y tuvo un ánimo muy constante contra los calumniadores, singular prudencia, y piedad y devocion extraordinaria.

A los primeros de diciembre murió el rey de Escocia Jacobo, quinto deste nombre; dejó sola una hija, llamada María, que poco antes le nació de su segunda mujer madama María, hermana del duque de Guisa.

En Alemania, Italia y España fueron tantas las langostas, que, volando por el aire, quitaban el sol.

En Sicilia un grande temblor maltrató muchas ciudades y pueblos, muchos edificios quedaron mal para-

dos; la mayor fuerza deste mal prevaleció en Siracusa ó Zaragoza de Sicilia.

AÑO 1543.

El emperador don Cárlos nombrado que hubo por gobernador de España al príncipe don Filipe, su hijo, con quien estaba desposada doña María, hija del rey de Portugal, cuidadoso de las cosas de Italia y de Alemania, pasó con su armada á Génova. Desde allí en Buseto, pueblo entre Placencia y Cremona, se vió con el Papa; tanta era la diligencia y cuidado que estos príncipes mostraban del bien comun. Trataron sobre la junta del Concilio á tiempo que ya los legados del Papa en Trento, donde eran llegados, aguardaban que los obispos se juntasen. Tratóse otrosí de hacer paces entre Francia y España, pero no era llegada la sazón. Solo al duque de Cosme de Médices fué otorgado que rescataste las fortalezas de Florencia y de Liorno, que se tenían por el César, por docientos mil ducados. Había el Papa dado las ciudades de Parma y Placencia á Pero Luis, su hijo; pretendía que el César aprobase esta donacion por ser aquellas ciudades del estado de Milan, pero no lo pudo alcanzar.

El rey de Francia por la parte de San Quintín trabajaba la frontera de Flándes; por otra parte, el cosario Barbaroja, destruido que hubo y quemado la ciudad de Rijoles en el Faro de Mecina, pasó por las riberas de Italia hasta meterse en el puerto de Tolon. Juntóse con él el príncipe de Anguiano; acometieron la ciudad de Niza, que cae cerca del estado de Génova; y dado que la tomaron, no pudieron hacer lo mismo de la fortaleza, bien que en aquel cerco gastaron la mayor parte del ostío. Por esto y porque se decia que Andrea de Oria en breve llegaría con su armada á dar socorro á los cercados, se volvieron á invernar al puerto de Tolon.

AÑO 1544.

Este año, á 24 de enero, hubo un eclipse de sol, que duró todo el día; los meses adelante tres veces se eclipsó la luna, cosa que despues del tiempo de Cárlo Magno afirman no sucedió jamás.

Las cosas sucedían, ora próspera, ora adversamente, porque Barbaroja, como se volviese á levante, de camino trabajó las riberas del reino de Nápoles en muchas partes. El miedo fué mayor que el daño, dado que saqueó la isla de Lipari y tomó aquella ciudad, y en las riberas de Sicilia se apoderó de la ciudad de Pati, y la saqueó y quemó; fueron muchos millares de ánimas las que llevó consigo cautivas. Por otra parte, el príncipe de Anguiano con un grueso ejército se metió por lo de Milan. Salióle al encuentro el marqués del Vasto; juntáronse los reales cerca de un pueblo llamado Cariñano; dióse la batalla, que fué muy brava, á 14 de abril; quedó la victoria por los franceses, y con todo esto no pudieron apoderarse del estado de Milan.

El César y el rey de Inglaterra habían hecho liga y juntado sus fuerzas en daño de Francia. Entró el Emperador por las fronteras de Flándes; apoderóse de muchas plazas por aquella comarca; pasó tan adelante, que llegó cerca de Paris. Fué tan grande el miedo que aquella gente cobró, que los mas ciudadanos de Paris

desamparaban aquella ciudad, la mas principal de Europa, y se retiraban á otras partes, especial que por el mismo tiempo el rey de Inglaterra por la parte de Te-roana se apoderó de la ciudad de Boloña. En aquella estrechura últimamente se vino á tratar de paz; juntáronse los embajadores destes príncipes en la ciudad de Sueson, donde asentaron las paces con estas condiciones: que se restituyese todo lo que de una y de otra parte habían tomado despues de las treguas que asentaron en Niza; que juntasen sus fuerzas en favor de la religion y hiciesen liga contra los herejes y contra los turcos; que el Francés se apartase de cualquiera pretension que tuviese en Flándes, en Aragon y en Nápoles; que el César diese por mujer á Cárlos, duque de Orliens, hijo menor del rey de Francia, una de sus dos hijas, ó alguna de las muchas de su hermano don Fernando; caso que le diese su hija, se obligaba de darle en dote los estados de Flándes con nombre y título de rey; caso que le diese una hija de su hermano, fuese el dote el ducado de Milan. Tomóse este asiento á 24 de setiembre, pero no se efectuó cosa ninguna por la muerte que sobrevino poco despues al dicho Cárlos, duque de Orliens.

AÑO 1545.

Estaba el príncipe de España don Filipe concertado con doña María, hija del rey de Portugal; celebráronse las bodas el año pasado en Salamanca con grandes regocijos. Fué el duque de Medina Sidonia hasta la raya de Portugal para acompañar la novia, que en breve se hizo preñada, y parió en Valladolid este año, á 8 del mes de julio, un hijo, que se llamó el príncipe don Cárlos; fué parto desgraciado, así por la muerte de la princesa, que falleció el cuarto día adelante, por donde la alegría de su nacimiento en todo el reino se aguçó con tristeza y con lágrimas, como tambien porque el hijo no llegó á heredar á su padre. El cuerpo de la difunta fué llevado y enterrado en Granada.

El cardenal don Juan Tavera falleció á 1.º de agosto; en su lugar fué puesto y hecho arzobispo de Toledo don Juan Siliceo, que ya era obispo de Cartagena; lo uno y lo otro en pago y como premio del trabajo en enseñar las primeras letras al príncipe don Filipe, como maestro que fué suyo. Los años adelante fué tambien cardenal.

Procurábase en Alemania que los herejes se sujetasen á lo que el concilio de Trento determinase; para este efecto se tuvo dieta imperial en la ciudad de Wormacia. Halláronse presentes el Emperador y el cardenal Alejandro Farnesio, como legado del Pontífice, su abuelo. No se pudo efectuar cosa alguna, especial que Lutero con nuevos libros que publicaba no cesaba de soplar y atizar el fuego. Los herejes pedían coloquio y disputa entre los teólogos; los católicos no venían en esto, y pretendían que todo el negocio se remitiese al parecer de los padres de Trento, por la experiencia que de tantas veces se tenia de cuán mal suceden las disputas que en materia de religion en particular se hacen. Todo era abrir las zanjias para la guerra de Alemania, que se siguió poco adelante.

Con esto últimamente los obispos que se juntaban en Trento dieron principio al Concilio y le abrieron al fin deste año. Promulgóse la primera sesion á 13 de diciembre; presidian en todo tres legados del Pontífice, que fueron los cardenales Juan María de Monte, Marcelo Cervino y Reginaldo Polo. Los principales entre los teólogos españoles fueron los padres Diego Lainez y Alonso Salmeron, de la compañía de Jesus; de la órden de Santo Domingo los maestros fray Domingo de Soto y fray Melchor Cano; de la de San Francisco fray Alonso de Castro y fray Andrés Vega, porque el maestro Francisco Vitoria y el doctor Juan de Medina, catedráticos de prima en Salamanca y Alcalá, excelentes teólogos, ya por este tiempo eran pasados desta vida.

AÑO 1546.

Martin Lutero, en Islebio, pueblo de Sajonia, donde nació, fué hallado muerto en la cama á 18 de hebrero. Lo mucho que habia comido y bebido le abogó en edad que era de sesenta y tres años. Su cuerpo fué enterrado en Witemberga, donde hizo lo mas del tiempo su residencia.

En Viguen falleció de enfermedad don Alonso Davalos, marqués del Vasto, y á la sazón gobernador de Milan. En el gobierno le sucedió Hernando Gonzaga.

Túvose dieta imperial en Ratisbona, donde hubo disputa entre los católicos y los herejes; por los católicos se señalaron Malvenda, español, y Juan Cochleo; por los herejes Bucero y Brencio. Fué el Emperador á la dieta por el mes de mayo; no se sacó mas provecho con esta diligencia que otras veces, antes fué mayor el desabrimiento, porque los teólogos herejes se partieron á tiempo que apenas se habia comenzado la disputa y los negocios. Los mas de los príncipes, aunque los convidaron, no quisieron venir; los que mas se señalaron fueron el duque de Sajonia Federico y el Landgrave, por nombre Filipe. Pareció al Emperador era necesario acudir á las armas; mandó á Maximiliano, conde de Bura, que en Flándes hiciese las mayores levas de gente que pudiese; en Alemania hicieron lo mismo por el Emperador los marqueses de Brandemburg, Alberto y Juan, dado que ellos tambien eran herejes. Hicieron venir á los españoles de Italia juntamente á 17 de junio; escribió el Emperador sus cartas á las ciudades de Alemania, en que les amonestaba no se dejasen engañar, que muchos sin tener respeto á lo que debian, usaban mal de su paciencia; por tanto, le era forzado acudir á las armas. Escritas estas cartas, partió el Emperador de Ratisbona para Baviera; asentó sus reales cerca de un pueblo, llamado Lanshust, donde habia llegado buen número de gente que el Pontífice enviaba en su socorro debajo de la conducta de sus nietos Octavio y el cardenal Alejandro Farnesio; poco despues llegaron los españoles en número de hasta seis mil. Nombró por general de todo el ejército á don Fernando de Toledo, duque de Alba. Los contrarios con un grueso ejército acudieron á Ingolstadio; eran los principales caudillos el de Sajonia y el Landgrave, á los cuales otros muchos príncipes y ciudades favorecian ó claramente ó de secreto. Asentaron sus reales en un collado ó ribazo, desde donde dispararon su

artillería contra los reales del Emperador, que estaban puestos en lugar mas bajo; fué mayor el espanto que el daño. El Landgrave pretendia pasar adelante y dar asalto á los reales del César, porque no estaban bien fortificados. No lo ejecutó, que los otros le fueron á la mano; cosa en que estuvo el remedio y vida de los nuestros por no ser en fuerzas iguales á los contrarios ni llegadas las gentes de Flándes. Luego que llegaron, el Emperador fué marchando con su campo la vuelta de Nerlingo con el enemigo, que siempre le iba á las espaldas. A la misma sazón Mauricio, duque de Sajonia, con ayuda de gente que el rey don Fernando le envió, se apoderaba de las tierras del duque Federico, su primo, como las que estaban dadas en prenda; fuera de que por tener los estados mezclados, le convenia dar órden como no fuese comun el daño ni sus vasallos maltratados por sus malos vecinos. Los herejes por acudir á este daño y por estar muy faltos de bastimentos, dieron la vuelta á Sajonia. El Landgrave se partió para su estado y se fué á la ciudad de Francfordia. La guerra se hacia muy brava por todas partes; muchos, así príncipes como ciudades, caian en la cuenta de su engaño. En particular el conde palatino Federico, perdida la esperanza que los rebeldes venciesen, tuvo manera para que el Emperador le perdonase de haber ayudado á sus enemigos. Y á su ejemplo, el duque de Witemberga y las ciudades de Ulma, Francfordia y Augusta hicieron lo mismo, pero á costa de gran dinero que les mandaron pagar para los gastos de la guerra, con otras seguridades que dieron.

AÑO 1547.

Estas cosas se ejecutaban entrante el año siguiente de 47 al mismo tiempo que Federico, duque de Sajonia, recobró fácilmente las plazas que el duque Mauricio le tomara, fuera de Lipsia, que della no se pudo apoderar.

Murieron tres príncipes este año, es á saber, la mujer del rey don Fernando, llamada Ana, el rey Francisco de Francia, que falleció á 21 de marzo; vivió cincuenta y dos años, reinó los treinta y dos años; sucedióle su hijo el rey don Enrique. Al tanto el rey de Inglaterra Enrique pasó desta vida, infame por la scisma que levantó y puerta que abrió en su reino para las herejías; vivió años cincuenta y siete, reinó los treinta y siete y nueve meses. Sucedióle Eduardo, su hijo, niño de nueve años, conforme á lo que su padre dejó ordenado en su testamento, donde sustituía á María, Isabel, sus hijas, para que sucediesen en el reino caso que su hermano muriese sin hijos. En tiempo de este Rey el duque de Sumersset, su tío, hermano de su madre, y gobernador que era del reino, introdujo en Inglaterra las herejías luteranas. En Paris en un mismo dia, 16 de marzo, fallecieron Francisco Vatablo y Jacobo Tusano, muy doctos, el primero en hebreo, el otro en griego.

El Emperador, luego que hubo penado la ciudad de Argentina en grande cantidad de dinero y que su hermano el rey don Fernando se juntó con él, porque hasta este tiempo se detuvo en Bohemia, marchó con su gente la vuelta de Sajonia. Llegó á Misna y al rio Albis,

que pasa por aquellas partes, á 24 de abril. Estaban los enemigos de la otra parte del río apoderados de la ribera, por lo cual y por ser el río hondo era dificultosa la pasada. Fué grande el esfuerzo de ciertos soldados españoles, que con las espadas desnudas en las bocas se echaron á nado y ganaron ciertas barcas á propósito de hacer un puente. Con este órden y por el vado, luego que los nuestros pasaron el río, siguieron á los contrarios, que se retiraban con intento de meterse en Witemberga. Fué tanta la prisa en el seguillo, que forzosamente se vino á las manos; duró la batalla hasta la noche, cuando preso el duque de Sajonia y pasados á cuchillo muchos de los enemigos, los demás se pusieron en huida; quedó el campo y la victoria por el Emperador. Poco despues el Landgrave vino de su voluntad á ponerse en sus manos. Con la prision destes dos príncipes los demás se sosogaron; envió el Emperador para muestra y memoria desta grande victoria la artillería que les ganó, parte á Milan, parte á Flándes, y parte tambien á España; hecho esto, dió la vuelta á Flándes.

El Concilio se trasladó de Trento á Boloña, y poco despues se disolvió con gran disgusto de los católicos. Alegaban que la ciudad de Trento estaba muy enferma y no era lícito resistir á la voluntad del Pontífice; cuyo hijo Pero Luis en la ciudad de Plasencia fué muerto dentro de su misma casa por los ciudadanos de aquella ciudad; á cuya persuasión, aun cuando el negocio estaba fresco, no se pudo averiguar. Lo cierto es que Fernando Gonzaga, gobernador de Milan, se apoderó de Plasencia con guarnicion que en ella puso. El Pontífice fortificó á Parma y puso en ella á Camilo Ursino para que la defendiese. Verdad es que despues aquel estado fué entregado á Octavio Farnesio, duque de Parma, hijo de dicho Pero Luis.

AÑO 1548.

Tanto mayor pena dió la disolucion del Concilio, que el Emperador entre las demás condiciones de la paz hizo venir á los mas príncipes y ciudades de Alemania en que en lo tocante á la religion se sujetasen al parecer de los padres de Trento. Perdida esta esperanza; en la dieta de Augusta para concertar las diferencias se publicó un librito en que se aprueba la doctrina católica, dado que se permite la comunión *sub utraque specie* á los que quisiesen, y á los sacerdotes que se pudiesen casar. Llamóse *interim*, que es lo mismo que entre tanto, porque pretendian durase esta concordia hasta que el Concilio se convocase otra vez y determinase lo que se debia hacer. Compusieronle Julio Plug y Micael Sidonia y Islebio Agrícola. En Sajonia asimismo á instancia del duque Mauricio los herejes publicaron otro libro, cuyo título era de *Adiaphoris*, que quiere decir cosas indiferentes. Su autor fué Filipo Melancton; pretendia que por el deseo de la paz se debian tolerar muchas cosas, señaladamente casi las mismas que en el otro libro sobredicho se señalaban. Escribieron contra este libro Matía Ilirico y Nicolao Gallo, que eran tambien herejes y mas rigurosos que los demás.

Por el mismo tiempo Mulcase llegó á Augusta, des-

pojado por un su hijo del reino de Túnez y privado de la vista.

Maximiliano, hijo del rey don Fernando, vino á España á casarse con la infanta doña María, su prima hermana, y para quedar en España por gobernador á causa que el príncipe don Filipe queria partir para Flándes, como lo hizo por el mes de noviembre en la misma armada que Maximiliano vino. Llegó á Génova, pasó por Milan y Mantua, y últimamente el año siguiente llegó á Bruselas, ciudad de Flándes, ya que el Emperador, su padre, era partido para Alemania.

A instancia del arzobispo de Toledo Siliceo y por bu-la del Pontífice se asentó en aquella iglesia Catedral que ningun descendiente de moros, judíos ó herejes pudiese tener en ella parte. Resistió á este estatuto el dean don Diego de Castilla y algunos del cabildo con él, pero prevaleció la parte mayor y mas poderosa.

Juana, hija de Enrique de Labrit, estuvo desposada con el duque de Cleves, pero estos desposorios no se efectuaron; y así, por este tiempo casó con Antonio de Borbon, duque de Vandoma, de la casa real de Francia.

AÑO 1549.

El año siguiente falleció Margarita, madre desta señora Juana, reina que se dijo de Navarra.

Tuviéronse en Alemania algunos concilios, en particular en Tréveris, en Maguncia y en Colonia, todo á instancia del Emperador y á propósito de reducir los pueblos que estaban tan estragados.

En Africa un hombre llamado Jerife, hijo de un mercader y que por sí mismo fué maestro de escuela, con muestra de santidad hizo que gran número de gente tomase las armas, con que despojó de sus reinos á los reyes de Marruecos y al de Fez y al de Vélez. El de Vélez se fué á amparar al Emperador y despues al rey de Portugal; pero todo fué buenas palabras que le dieron, y con todo esto por estas diferencias se abrian las zanjas para una guerra larga y muy perjudicial en Africa.

En Inglaterra Pedro Mártir en Oxonio comenzó á enseñar públicamente la herejía de los sacramentarios; levantáronse alborotos por la mudanza de la religion; con todo esto hicieron paces con el rey de Francia, que les habia movido guerra por la parte de Picardía, con restituille la ciudad de Boloña, que los años pasados le tomaron en aquella comarca.

En la villa de Cigales nació á 1.º de noviembre doña Ana, hija de Maximiliano de Austria y de la infanta doña María, su mujer; casó despues con su tío y fué reina de España.

En Roma falleció el pontífice Paulo á 10 de noviembre.

AÑO 1550.

Sucedióle el cardenal Juan María de Monte á 7 días del mes de hebrero; vivió despues de su eleccion cinco años y un mes y diez y seis dias; llamóse Julio III.

Juan de Vega, virey de Sicilia, on las riberas de Africa se apoderó por fuerza de la ciudad de Africa, que antiguamente se llamó Leptis, á 9 de setiembre, con echar della al cosario Dragut, que apoderado de

aquella ciudad, hacia muchos daños en todas las riberas de Sicilia; dejó en ella guarnicion de soldados, pero por excusar el gasto, poco despues la hizo echar por tierra.

En Augusta se comenzó por el estío una dieta del imperio muy señalada, porque se halló presente el Emperador con su hijo el príncipe don Filipe, que pretendia hacer rey de romanos; pero hizo contradiccion el rey don Fernando, su hermano, por estar mas inclinado á su hijo Maximiliano, que era vuelto de España y estaba ya nombrado por rey de Bohemia, y con su padre se halló tambien en la dieta. Tratóse de hacer que de nuevo se convocase el Concilio tridentino; que se hiciese guerra á los melburgenses, porque no querian recibir en su ciudad y distrito la religion católica. Lo uno y lo otro era muy pesado al duque Mauricio de Sajonia, dado que estaba nombrado por general de aquella guerra, y lo que mas le aquejaba era ver que el Emperador no ponía en libertad á su suegro Filipe, Langrave; que fueron los principios de la guerra que emprendió este Duque y con que puso al Emperador por estar desaparecido y le redujo á punto de perderse.

Fué este año señalado por ser año de jubileo, y por la mucha gente que para ganalle concurrió á la santa ciudad de Roma.

AÑO 1551.

Al principio deste año murió en Pavía, en edad de cincuenta y ocho años, Andrés Alciato, gran jurista y humanista, natural de Milan. Leyó los derechos, primero en Francia, despues en Italia.

El papa Julio por el mes pasado de diciembre convocó por sus edictos los obispos para que volviesen á Trento; estos edictos hizo el Emperador publicar en la dieta de Augusta. Dado que el duque Octavio Farnesio muy fuera de sazón se puso debajo la proteccion de Francia, acudió Ferrante Gonzaga con gentes para atajar estos intentos, y tuvo al Duque cercado dentro de Parma. Fué esta guerra ocasion que el Concilio se dilatase algun tanto, pero abrióse por el mes de mayo. Presidió en él el cardinal Crezcencio, legado del Papa. Halláronse presentes los arzobispos electores y otros hallados de Alemania, España é Italia en buen número. El rey de Francia por su embajador el abad de Losana protestó de nulidad y que no se procedía legitimamente. Acudieron embajadores de algunos príncipes de Alemania y de algunas ciudades á pedir salvoconducto para sus ministros herejes y teólogos; pero pedían tales condiciones, que los padres las tuvieron por indignas de la autoridad y majestad del Concilio.

Concluida la dieta de Augusta, el príncipe don Filipe dió vuelta á España. Hizole compañía su primo Maximiliano hasta Génova, donde halló su mujer la infanta doña María y sus hijos, que eran allí aportados de España, con los cuales por el mes de diciembre llegó á Inspruch, donde el Emperador estaba con intento de dar desde aquel pueblo, que está cerca, mas calor á las cosas del Concilio.

El rey Enrique de Francia de repente movió guerra por la parte de Flándes y estado de Milan; ayudóse de

la armada turquesca, que se apoderó en las marinas de Sicilia del pueblo y castillo de Augusta, puesto mas allá de la ciudad de Cātani. Desde allí pasó á la isla de Malta, y como no hiciese efecto, pasó adelante, y en las riberas de Africa se apoderó de Trípoli, que se la entregaron los caballeros de Malta que estaban en ella de guarnicion y la tenían á su cargo despues que Rodas se perdió. Los mas culpados en esta traicion fueron dos de aquellos caballeros, franceses de nacion. A los españoles costó caro su lealtad, porque fueron pasados á cuchillo hasta cuatrocientos. La voz era que querian los turcos vengar la toma de la ciudad de Africa; lo cierto que á persuasion del rey de Francia los turcos bajaron y tomaron aquella empresa, cuyos embajadores andaban en la misma armada.

AÑO 1552.

Vinieron á Trento cuatro teólogos ó ministros de Witemberga, cuya cabeza era Brencio. Presentaron á los padres un libro que contenía la confesion witembergense; todo esto era apariencias, porque lo que de verdad pretendían era entretener el Concilio hasta tanto que el duque Mauricio se apercebiese de gente y de armas. Así, á 2 de abril llegó á Trento nueva que el Duque se había apoderado de la ciudad de Augusta, y que el Emperador en Inspruch, donde estaba, corría grande peligro; que fué ocasion que los padres á grande prisa se partiesen y se desbaratase el Concilio. Por otra parte, Alberto, marqués de Brandemburg, se apoderó de la ciudad de Tréveris y proseguía en hacer mal y daño á los lugares comarcanos; junto con esto, el Francés se apoderó de Verdun, de Lorena y de Metz, y redujo en su poder al mismo duque de Lorena. Hallóse el Emperador en gran perplejidad por no poder acudir á tantas partes; resolvióse en poner en libertad al duque de Sajonia y al Langrave, con que seosegó al duque Mauricio. A la raya de Italia, donde por el miedo se retirara, le acudieron gentes de diversas partes; sin embargo, perdonó al marqués de Brandemburg porque pretendía servirse dél contra los intentos del rey de Francia. Hecho esto, púsose sobre Metz, á 20 de octubre, con un grueso ejército, que la mayor parte pereció por la aspreza del invierno, tanto, que sin hacer efecto fué forzado partirse del cerco.

Este año, á 2 de diciembre, el beato padre Francisco Javier pasó desta vida á la entrada de la China; fué navarro de nacion, uno de los diez primeros compañeros del santo padre Ignacio. Predicó el Evangelio entre aquellas naciones fieras y bárbaras de la India y de Japon y de otras partes. Fué varon sin duda admirable y santo; su cuerpo se conserva entero en Goa en la iglesia de su misma órden de la compañía de Jesus; ya está canonizado.

Era virey de Nápoles don Pedro de Toledo al tiempo que Hernando de Sanseverino, príncipe de Salerno, hizo bajar la armada turquesca debajo la conducta de Rusten Bajá contra aquella ciudad. Descubierta la traicion, se declaró del todo por enemigo y se fué huyendo á Venecia; que fué causa que la armada, descubierta el engaño, sin hacer efecto dió vuelta á Constantinopla; solo cerca de la isla de Ponza tuvo un

encuentro con Andrea Doria, y le venció y le ganó siete galeras. El de Salerno, como estaba declarado, partió para el gran Turco á solicitar que para el año siguiente enviase otra nueva armada.

Tenia el Emperador puesta guarnicion de soldados en Sena, ciudad de Toscana, debajo del gobierno de don Diego de Mendoza, y esto á causa de las revueltas y bandos de aquella ciudad, de que se temia no se entregase á Francia. Don Diego para mas asegurarse levantó una fuerza donde los soldados estuviesen; los de aquella ciudad, por entender se enderezaba esto á quitarles la libertad, acudieron primero á Francia para que los tomase debajo su proteccion, y luego con las armas que tomaron echaron fuera la guarnicion y desbarataron desde los cimientos la fortaleza que estaba comenzada, por donde les fué forzoso aperebirse para la guerra que se siguió luego y para el cerco que por mandado del Emperador les puso don Pedro de Toledo. Este año en Florencia falleció Paulo Jovio, en Ferrara Lilio Gregorio Giraldo, en Salamanca Hernando Pinciano, comendador griego.

AÑO 1553.

El rey Eduardo de Inglaterra pasó desta vida á 16 de julio; fué puesta en su lugar la reina Maria, su hermana, dado que muchos hicieron contradiccion. Ella, puesta en la silla y mando, restituyó la religion católica en aquel reino y castigó á gran número de herejes.

Estaba don Pedro de Toledo sobre Sena, cuando le sobrevino la muerte en casa de su yerno el duque de Florencia Cosme de Médices. Sus gentes dieron la vuelta á Nápoles por una nueva que llegó de la armada turquesca, que venia sobre aquella ciudad, debajo la conducta del príncipe de Salerno, ya nombrado. Púsose la armada junto á Nápoles; pero como los ciudadanos no se alterasen, pasó adelante á Córcega, donde los turcos se apoderaron de buena parte de aquella isla, que era de la jurisdiccion de ginoveses.

Este año don Juan, príncipe de Portugal, casó con doña Juana, hija del Emperador; las bodas fueron muy regocijadas, el alegría duró poco;

AÑO 1554.

Porque aun no era pasado un año entero despues que se efectuó este casamiento, cuando el Príncipe falleció en Lisboa á 2 de enero. Su cuerpo fué sepultado en el monasterio de Belen, que está junto á aquella ciudad; su mujer quedó preñada, y á 20 de enero parió en la misma ciudad un hijo, que del día de su nacimiento se llamó don Sebastian. Fué de condicion muy noble y real; la vida le duró poco. Su madre partió para Castilla á ser gobernadora de aquellos reinos, por ser necesario que el príncipe don Filipe, su hermano, partiese de España para casarse de nuevo.

Fué así, que la nueva reina de Inglaterra estaba deseosa de asegurar aquel reino, y para esto tomar por marido persona de valor y fuerzas; pareció que ninguno podía ser mas á propósito para lo que pretendía que el príncipe de España don Filipe, al cual el Emperador, su padre, á postrero de octubre del año pasado

habia nombrado por rey de Nápoles y duque de Milan. Hechos los conciertos, pasó el Príncipe á Inglaterra, donde se celebraron las bodas en la ciudad de Vintonia, á 23 de julio, el mismo día de Santiago. Hallóse presente el cardenal Reginaldo Polo, enviado por legado del Pontífice por ser de la real sangre de Inglaterra y de vida muy santa, con pretension de reducir, como lo hizo, y reconciliar aquel reino con la Iglesia romana.

Volvieron los nuestros al cerco de Sena, y el marqués de Mariñano, general del Emperador, venció en batalla cerca de aquella ciudad á Pedro Strozi, forajido florentin, al cual el Francés enviaba con gentes para dar socorro á los cercados y echar de Toscana á los imperiales.

AÑO 1555.

El Pontífice Julio falleció en Roma á 23 de marzo; sucedióle, á 10 de abril, el cardenal Marcelo Cervino, natural de Montepulchano, sin mudar el nombre que antes tenia. Fué pontífice solos veinte y dos días, por cuya muerte fué puesto en la silla de san Pedro, á 23 de mayo, el cardenal Juan Pedro Garrafa, natural de Nápoles, persona muy noble y de ánimo muy grande. Llamóse Paulo IV; gobernó la Iglesia cuatro años y dos meses y veinte y siete días.

Ultimamente, la ciudad de Sena, cansada con los trabajos de un largo cerco, se rindió al Emperador. Fué enviado desde Roma el cardenal de Búrgos don Francisco de Mendoza para dar asiento en las cosas y en el gobierno de aquella ciudad. Junto con esto, á instancia y por intercesion del cardenal Alejandro Farnesio, dió el Emperador perdon al duque Octavio, su hermano, con retencion de la fortaleza de Plasencia, donde quedaron soldados españoles de guarnicion, mas el rey don Filipe II los años adelante los quitó.

Era á la sazón virey de Nápoles el duque de Alba, don Fernando de Toledo; fuéle mandado pasase á lo de Milan para hacer rostro al señor de Brisac, que por aquella parte por órden del rey de Francia hacia la guerra, aunque no con mucho calor y brio.

El príncipe don Filipe el verano bien adelante partió de Inglaterra, y llegó á Bruselas, donde el Emperador, su padre, le reanunció y entregó de su mano todos sus estados, con deseo que tenia de descansar, como lo puso en ejecucion luego el año siguiente, cuando renunciando tambien el imperio en Ferdinando, su hermano, por mar con sus dos hermanas las reinas doña Leonor y doña María pasó á España; y en la Vera de Plasencia para su retiramiento escogió el monasterio de Yuste, de la orden de San Jerónimo, do murió dos años despues de su llegada, mas dichoso y mayor por menospreciar el imperio que por alcanzalle y tenelle.

Falleció este año Enrique de Labrit, rey que se decia de Navarra; quedó por heredera su hija madama Juana, hereje muy obstinada.

AÑO 1556.

A los 5 de hebrero se concertaron entre Francia y España treguas por espacio de cinco años con esperanza que la concordia seria muy larga por estar ya

los unos y los otros muy cansados y gastados; pero todo esto se desbarató por la guerra que el Pontífice romano movió muy fuera de tiempo. Fué así, que el principio deste año comenzó á perseguir los señores de casa Colona; prendió unos, otros huyeron, de cuyos estados se apoderó luego el Papa. El rey Católico mandó al duque de Alba no permitiese se le hiciese ningun agravio. Al contrario, el rey de Francia, á persuasión del Pontífice, hecha liga con él, envió un grueso ejército en Italia debajo de la conducta del duque de Guisa. Pasaron estas gentes por Lombardia, y llegadas á Roma, despues que se detuvieron en aquella ciudad mucho tiempo, pasaron al reino de Nápoles; no hicieron cosa de momento, y antes la mayor parte pereció de enfermedades, y los demás dieron la vuelta á Francia. Entre tanto el duque de Alba, despues que se hubo apoderado de casi todo el estado del Papa cerca de Roma, llegó con su campo á ponerse sobre aquella ciudad. Pudírala saquear otra vez con mucha facilidad, pero fué tanta su devocion y miramiento, que no lo quiso hacer, antes se concertó y hizo paz con el Pontífice con condiciones muy honestas; pero esto sucedió al fin del año siguiente.

Al principio desta guerra Cosme, duque de Florencia, alcanzó del rey Católico que le entregase la ciudad de Sena; alegaba para esto los gastos que hizo en la guerra de Sena y que se le habia dado intencion de dalle en recompensa aquella ciudad. Húbose el Rey de acomodar al tiempo y á la necesidad, que tiene gran fuerza; entrególe la ciudad con que diese cierto dinero de presente y la tuviese como feudatario de España.

AÑO 1537.

No sosegó por esto la guerra entre españoles y franceses, antes en un mismo tiempo estaba el fuego emprendido por diversas partes. Variaban las cosas de manera, que poca ventaja se reconocian entre sí las partes.

El cardenal don Juan Siliceo falleció á postrero de mayo; fué puesto por su muerte en la iglesia de Toledo fray Bartolomé de Miranda, de la orden de Santo Domingo; parece subió tan alto para que la caída fuese tan grave.

A la misma sazón, es á saber, á 13 de junio, falleció en Lisboa el rey de Portugal don Juan el Tercero, príncipe dado al culto de la religión y muy esclarecido por las cosas que hizo. Su cuerpo fué sepultado en el monasterio de Belen; quedó por su heredero su nieto el rey don Sebastian. En tiempo del rey don Juan se introdujo la Inquisicion en Portugal á propósito que los herejes y apóstatas fuesen castigados. Fundó la Universidad de Coimbra con gruesas rentas que le dió, y para dar principio hizo venir de todas partes profesores de todas las ciencias muy señalados con grandes salarios que les señaló. Movido por el ejemplo del Rey, su hermano, el cardenal don Enrique fundó algun tiempo despues la nueva Universidad de Eborá, la cual toda, y parte de la Universidad de Coimbra entregaron aquellos príncipes á los padres de la compañía de Jesus para que las gobernasen; carga sin duda pesada, pero el provecho es muy grande.

Tenia el rey Católico puesto sitio sobre San Quintin, pueblo á la frontera de Flándes, muy fuerte y que está junto al rio de Soma, que antiguamente se llamó Augusta de los Veromanduos; acudieron los franceses á dar socorro, pero fueron vencidos y desbaratados por Filiberto, duque de Saboya, principal caudillo, con gran mañanza que en ellos hizo; muchos señores franceses fueron presos; acudió en persona el rey Católico. El daño y espanto de los franceses fué tal y tan grande el ánimo de los nuestros, que el cuarto día adelante entraron por asalto aquel pueblo. Dentro dél prendieron otros, en particular al almirante de Francia Gaspar Coliñi, á cuyo cargo estaba la defensa de la ciudad, y que poco despues fué el reclamo y trompeta de las guerras civiles de Francia. Hubo grandes crecientes de rios; principalmente en Italia por el mes de setiembre el rio Arno salió de madre y hizo grande daño en Florencia y toda aquella campaña. El Tibre se hinchó de tal suerte, que cubrió casi toda Roma otro día despues que se asentó la paz con el duque de Alba, que fué á 14 de setiembre. En Palermo, ciudad de Sicilia, con las muchas aguas y lluvias muchas casas cayeron por tierra, perecieron hombres y mujeres sin número; el vulgo dice que fueron cuatro mil casas las que con aquella avenida cayeron por tierra.

Fué grande la carestía que este año padeció casi toda España.

AÑO 1558.

Luego el siguiente perecieron de peste muchas personas. Comenzó este mal en Murcia, y desde allí saltó á la ciudad de Valencia, y no mucho adelante trabajó tambien á la ciudad de Búrgos; duró algunos años sin que se apagase del todo.

El rey de Francia, movido por el daño que recibió en San Quintin, como estuviere muy apretado, hizo que el duque de Guisa, dejado lo de Milan donde estaba, volviese á Francia. Por el mes de enero junló el Duque grandes gentes, con que se apoderó por fuerza de la ciudad de Gales; con esto ninguna cosa quedó por los ingleses en Francia.

En el mismo mes la reina doña Leonor, hermana del Emperador, falleció en Valladolid; mandó en su testamento ciertos pueblos que tenia en Borgoña, por via de dote, á la infanta doña Maria, su hija y del rey de Portugal don Manuel.

A 18 de abril Francisco, del fin de Francia, casó con Maria Stuarda, reina que era de Escocia. ¡Cuán grandes desventuras pasará adelante esta pobre doncella! La infeccion de la herejía se extendió en el un reino y en el otro, es á saber, en Francia y en Escocia; muchos de la gente noble estaban inficionados.

Hacíase la guerra á las fronteras de Flándes con gran calor. Entre otros encuentros la batalla de Gravelingus fué muy notable; los franceses quedaron vencidos y tan mal parados, que luego trataron de paces, cuando el emperador don Carlos en el lugar de su recogimiento pasó desta vida á 21 de setiembre. Su cuerpo fué depositado en aquel monasterio, de donde los años adelante por mandado del rey Católico, su lijo, fué trasladado á San Lorenzo el Real.

En Inglaterra el cardenal Reginaldo Polo, legado del Pontífice, y la reina María fallecieron en un mismo tiempo á 17 de noviembre, y con ellos en aquel reino quedó sepultada la religion y piedad;

AÑO 1539.

Porque su hermana Isabel, á 15 de enero, declarada por reina, revocó los edictos pasados y restituyó los herejes en aquel reino.

El Pontífice, á 23 del mismo mes, echó de Roma á sus sobrinos, hijos de Juan Alfonso, su hermano. Estos fueron Juan Garrafa, duque de Paliano, y el marqués Antonio y el cardenal Carlos Garrafa. Eran muy graves los excesos que les achacaban, y el mas feo de todos que no dejaban entrar á hablar con el Pontífice sino los que ellos querian, con espías que tenian puestas para mirar lo que cada uno que entrase hablaba.

A 5 de febrero casó con Carlos, duque de Lorena, Claudia, hija segunda del rey de Francia, porque la mayor, por nombre Isabel, pretendia su padre casarla con el rey de España, y era tanta la diligencia que ponian los embajadores destos príncipes, que se juntaron en tierra de Cambray para tratar de conciertos, que se tenia esperanza que se asentarian las paces, como se hizo con las condiciones siguientes: el rey Católico case con Isabel, hija del Francés, y con Margarita, hermana del mismo, el duque de Saboya; restituyase al de Saboya su estado, lo cual se hizo, y juntamente le dieron la ciudad de Aste, dado que fué dote de Valentina, hija de Juan Galeazo, duque de Milan; Córcega sea restituida á los ginoveses; todo lo que en el discurso de la guerra pasada se ha tomado se vuelva á cuyo era antes; ni el Español pretenda lo de Borgoña, ni el Francés lo de Milan ó Nápoles; los cautivos que por espacio de diez y seis años atrás han sido presos sean puestos en libertad.

Asentadas estas cosas, el rey Católico, como estaba concertado, casó en Paris por procurador, á 22 de junio, con doña Isabel, su esposa; fué el procurador en lugar de su rey el duque de Alba. Poco despues, á 11 del mes de julio, se hizo el casamiento de madama Margarita y el duque de Saboya. Los regocijos no fueron puros y sin mezcla de tristeza, antes se trocaron en grande llanto á causa que en cierta justa el rey Enrique fué herido en un ojo con las astillas de la lanza de su contrario, que se la quebró en la visera, y luego el dia siguiente rindió el alma. Sucedióle su hijo Francisco, segundo deste nombre, en edad de diez y seis años; tenia tres hermanos, Carlos y Alejandro Eduardo y Hércules; las hermanas eran Isabel y Claudia, de quien se ha hecho mencion; la menor, llamada Margarita, los años adelante vino á casar con Enrique, príncipe de Bearne, que se llamaba tambien rey de Navarra.

El pontífice Paulo IV falleció en Roma á 18 de agosto. El arzobispo don Bartolomé de Miranda, de la orden de Santo Domingo, que dos años antes desto en lugar de don Juan Silíceo fué hecho arzobispo de Toledo, este por los inquisidores fué preso dentro de su villa de Tordelaguna á 23 de agosto. Duró muchos años su prision, que no es menor que esto la autoridad de la santa Inquisicion en España. A la misma sazón llegó al

puerto de Laredo el rey don Filipe, que venia con su armada de Flándes.

AÑO 1560.

El cardenal Juan Angelo de Médices, natural de Milan, fué elegido por pontífice á 26 de diciembre. Llamóse Pio IV; gobernó la Iglesia cinco años, once meses y quince dias. Estuvo este año muy alegre y regocijada España, así por la venida tan deseada de su Rey como por su casamiento, que se concluyó en Guadalajara, ciudad del reino de Toledo, al principio deste año, á 31 de enero. Era la alegría tanto mayor, que todos tenian esperanza que la paz sería muy larga. Fueron para traer á la Reina hasta la raya de Francia el cardenal de Búrgos y el duque del Infantado; padrinos los duque y duquesa de Alba. Los regocijos principales deste casamiento se hicieron en Toledo por el mes de febrero, para donde de Guadalajara se partieron los nuevos casados; los juegos y demostraciones fueron muy grandes, muchos los señores y nobleza que acudió, los trajes y libreas muy costosas.

El duque de Medinaceli, virey de Sicilia, acometió la isla de los Gelves, y despues que la tomó, con la venida de la armada turquesca perdió gran parte de la suya, y él apenas pudo escapar. Quedaron presos, entre otros, un hijo del Duque y don Alvaro de Sande y Sancho de Avila, valientes soldados.

En Francia comenzaron los alborotos y revueltas con color de la religion, que se continuaron largo tiempo, dado que para dar asiento en todo se juntaron estados generales de aquel reino en la ciudad de Ortiens, donde se hicieron órdenes provechosos y leyes que no se guardaron. En el mismo tiempo el nuevo rey de Francia de achaque de un gran catarro falleció en aquella ciudad á 5 de diciembre. Sucedióle su hermano Carlos, noveno deste nombre, en edad á la sazón de once años.

AÑO 1561.

En Roma el papa Pio IV hizo justiciar al duque de Paliano y al cardenal Carlos Garrafa. Al Cardenal dieron garrote en la cárcel; al Duque cortaron en público la cabeza. El pueblo, dado que confesaba lo merecian, pero con la libertad que suelen hablar, y mas en Italia, se persuadia que se hizo aquel castigo por contemplacion del rey Católico. Lo cierto era que por sus delitos el mismo Papa, su tio, los echó de Roma, y ahora los pagaron con las vidas.

A la primavera la reina María de Escocia, á un mismo tiempo despojada de madre y de marido, se partió para Escocia, donde casó segunda y tercera vez; señora digna de mas ventura, porque en Inglaterra despues de larga prision fué justificada con extraña crueldad.

En Francia se enconaban de cada dia los corazones, y las revueltas eran mayores; determinóse para sosegar la gente que los católicos y herejes se juntasen para tener disputa en Poesi, villa no léjos de Paris. Fué enviado desde Roma el cardenal de Ferrara Hipólito de Este, y en su compañía el padre Diego Lainez, prepósito general de la compañía de Jesus, en lugar del padre Ignacio de Loyola, muerto seis años antes deste. Pretendia el Pontífice que si no se pudiera atajar aquella

junta, por lo menos no determinasen en particular cosa alguna, sino que todo el negocio se remitiese al concilio de Trento, que por sus edictos mandara convocar, y que se juntasen de nuevo los obispos. No se pudo atajar la junta; la disputa fué del santo Sacramento del altar. El padre Lainez, cuando le vino su vez de hablar, reprehendió en público á la Reina con mucha y muy cristiana libertad, porque siendo mujer, se hallaba presente en las controversias de la religion; dijo le estuviera mejor tratar de su labor y su rueca. En la disputa apretó mucho á Pedro Mártir, gran hereje, que siempre le llamó fray Pedro porque habia sido fraile.

AÑO 1562.

Abrióse de nuevo el concilio de Trento por el mes de enero; legados del Papa fueron el cardenal Juan Moron y otros tres cardenales. Acudió gran número de prelados, hasta los franceses que vinieron en compañía del cardenal Carlos de Lorena.

En el puerto de la Herradura se perdieron con un racio temporal que de noche sobrevino veinte y dos galeras con su general don Juan de Mendoza. Cruel carnicería era la que se hacia en Francia; los templos muy sumptuosos y de gran majestad echados por tierra; muchas ciudades se rebelaron contra su rey. Acudió, entre otros, al remedio el príncipe de Bearne, duque de Vandoma; puso cerco sobre Ruan, que entre las demás estaba tambien rebelada, pero fué desde la muralla muerto de un arcabuzazo á 17 del mes de diciembre, dado que antes que falleciese fué la ciudad tomada por los suyos. El príncipe de Condé, hermano de Vandoma, caudillo de los herejes, confiado en socorros que vinieron en Alemania, se atrevió á ponerse sobre Paris. Vinieron con él á las manos los católicos á 8 de diciembre, y en particular un buen número de españoles que el rey Católico desde España envió en socorro de su cuñado lo hicieron tan bien, que le fué forzado alzar el cerco. Siguiéronle hasta la ciudad de Dreux, donde en batalla le vencieron, y destrozadas sus gentes, le prendieron.

AÑO 1563.

Las fuerzas y esperanza de Francia por este tiempo estaban colgadas de la casa de Guisa. La ciudad de Orleans, puesta sobre el rio Loire, entre las demás rebelada, la tenia cercada el duque de Guisa, como vicario que era del Rey; pero matóle un cierto Juan Poltrot que salió con este intento de la ciudad, y á la pasada del rio le tiró un arcabuzazo, de que murió á 24 de febrero; fué preso y puesto á cuestion de tormento; el matador confesó que el almirante Coligni y Teodoro Beza, principal entre los ministros, le persuadieron acometiese aquel caso. Tiráronle en Paris públicamente á cuatro caballos, con que le despedazaron.

Don Francisco de Navarra, arzobispo de Valencia, falleció en una aldea cerca de aquella ciudad á 16 de abril. Dicese dél comunmente, aunque no hay cosa averiguada, que dejó escrita la mayor parte de una historia de España en lengua vulgar, hecha con mucho cuidado, bien que el estilo es poco elegante.

El concilio de Trento se concluyó á 5 de diciembre,

y poco adelante fué confirmado por el pontífice Pio IV. Entre los obispos españoles los que mas en letras se señalaron en aquel Concilio fueron el arzobispo de Granada don Pedro Guerrero, el obispo de Leon Andrés de Cuesta, don Martin de Ayala, obispo de Segovia, don Diego de Covarrubias, obispo de Ciudad-Rodrigo y el de Lérida Antonio Agustino. Entre los teólogos los mas señalados fueron los padres Diego Lainez y Alonso Salmeron y fray Pedro de Soto, de la órden de Santo Domingo, varon docto y pio, digno de mucha loa por haber perseguido los herejes. Falleció en Trento; ya muy viejo le vimos en Roma trabajado de tempestades y temporales contrarios.

Salarrac, rey de Argel, sitió este año á Oran y á Mazalquivir; en Oran estaba el conde de Alcaudete; en Mazalquivir su hermano don Martin de Córdoba; ambos se portaron generosamente en la defensa; pero la resistencia de Mazalquivir, que fué muy apretada, será siempre memorable. Acudieron las galeras de España con su general don Juan de Mendoza, que finalmente hicieron alzar el cerco.

AÑO 1564.

Juan Calvino falleció en Ginebra á 19 de mayo; sucedió en el cargo que tenia Teodoro Beza; á un hombre perdido otro peor; para conocer quién haya sido Beza y cuán grandes sus deshonestidades, basta leer sus versos amatorios. De ellos, cuando no hubiera otra cosa, se entiende claramente que fué obispo conforme y muy á propósito de la secta que profesaba.

Don García de Toledo, marqués de Villafranca, hijo de don Pedro de Toledo, que era virey de Sicilia y juntamente general de la mar y de todas las armadas de España, este año, á 6 de setiembre, junto á la ciudad de Vétez en las marinas de Africa ganó de los moros el Peñol, que es un castillo; edificóse los años pasados el conde Pedro Navarro, pero estaban de él apoderados los moros.

Este año, á 25 de julio, en Viena de Austria falleció el emperador don Fernando; sucedióle su hijo Maximiliano, segundo deste nombre.

AÑO 1565.

Don Luis de Biamonte, conde de Lerin y condestable de Navarra, falleció este año sin dejar hijo varon, que fué causa que don Diego de Toledo, hijo menor del duque de Alba, con casarse con doña Brianda, hija mayor del dicho Conde, sucediese en sus estados. Desta manera se acabó aquella casa que por largo tiempo trajo revuelto aquel reino, siendo contraria á los reyes pasados, de cuya sangre ella descendia.

La reina de España doña Isabel con voluntad del Rey, su marido, se partió para las fronteras de Francia; llegó á la ciudad de Bayona, que está al principio de Guicena, mediado el mes de junio. Detúvose allí diez y siete dias en compañía de la Reina, su madre, y de sus hermanos, y con tanto dió vuelta á España.

En el mismo tiempo la isla de Malta comenzó á ser trabajada por la armada turquesca; tres meses se gastaron en el cerco; grandes fueron los encuentros, y muertos muchos caballeros de San Juan; de los con-

trarios al tanto perecieron muchos, y entre los demás el cosario Dragut con un tiro de artillería que le asesinaron. Finalmente, como los turcos tuvieron nueva que don García de Toledo, virey de Sicilia, venia en socorro de los cercados, alzado el cerco, se hicieron á la vela con pérdida de gran parte de la gente que venia en su armada.

En España, conforme á lo que estaba mandado en el concilio de Trento, se tenían muchos concilios provinciales; los principales fueron el de Toledo, el de Salamanca y el de Braga. En el de Toledo se halló presente el obispo de Sigüenza don Pedro de la Gasca, y entre los procuradores por la iglesia de Cuenca el doctor Alonso Ramirez de Vergara, persona entre los demás teólogos señalada en letras y bondad, muy liberal para con los pobres, principalmente para con nuestra religion, por fundar, como fundó, á su costa en Alcalá el colegio de la Compañía de Jesus, donde sus huesos se trasladaron con mucha solemnidad á 23 de octubre de 1621 á un templo que á costa de doña María y doña Catalina de Mendoza se labró allí muy sumptuoso.

El cuerpo del mártir san Eugenio, primer prelado de Toledo, traído del monasterio de San Dionisio, cerca de Paris, con solemne recibimiento y aparato entró en Toledo á 18 de noviembre; hallóse presente el Rey con toda su casa, los príncipes de Bohemia, Rodulfo y Arnesto, hijos del César, que se criaban en España, y los obispos del Concilio, que hicieron la procesion y la fiesta mas señalada.

El pontifice Pio IV pasó desta vida á 10 de diciembre.

AÑO 1566.

El cardenal Micael Gislerio, natural del Bosco, en en tierra de Alejandría, ciudad de Lombardía, fraile de la orden de Santo Domingo, fué hecho pontifice á 7 de enero; llamóse Pio V, gobernó la Iglesia seis años, tres meses y veinte y tres dias; su vida y costumbres tan santas, que apenas hay quien se le compare.

Estaba el rey Católico en el bosque de Balsain á causa de las calores del estío, cuando, á 12 de agosto, le nació de la reina una hija, que se llamó doña Isabel Clara Eugenia, la cual á la sazón que esto se escribe está en edad de veinte y ocho años.

El gran turco Soliman tenia puesto cerco sobre Seguetli, un castillo muy importante de Hungría; pero antes que le tomase falleció, á 4 de setiembre, y no obstante su muerte, aquella fuerza fué por los suyos tomada. Dejó por sucesor á su hijo Selim, segundo deste nombre. Gobernaba lo de Flándes por el rey Católico su hormana madama Margarita, duquesa de Parma; menospreciábanla los herejes por ser mujer, y así comenzaron á alborotar aquellos estados; en muchas partes hicieron grandes insolencias, y en particular derribaron las imágenes de los santos que estaban en las iglesias.

La reina de Escocia por miedo de los suyos que se le alteraban, se retiró á Inglaterra, donde por testimonios que le levantaron, contra las leyes divinas y humanas fué puesta en prision.

AÑO 1567.

El arzobispo de Toledo al cabo de tantós años que se trataba su causa, por mandado del papa Pio V fué enviado á Roma, donde llegó á 28 de mayo; pusieronle en prision dentro del castillo de Santangel hasta tanto que su negocio se determinase.

Iba adelante el fuego y revueltas de Flándes, que se continuaron este año y los de adelante; acudió el duque de Alba don Fernando de Toledo, enviado por su Rey para apagarle, con cuya venida madama Margarita poco despues se partió para Italia, y los condes de Egmon y de Hornos fueron presos por el Duque.

Los herejes tenían cerco sobre Paris; salió el condestable Ana Memoranci contra ellos, dióse la batalla junto á San Denis; vencieron los católicos, pero con muerte del Condestable; los contrarios con el Almirante, su caudillo, fueron desbaratados y puestos en huida. Ayudó mucho para ganar la jornada el conde de Aremberg y cuatro mil borgoñones que en su compañía fueron en socorro de los católicos desde Flándes.

AÑO 1568.

A 7 de marzo los santos mártires Justo y Pastor de la ciudad de Huesca fueron traídos y metidos en Alcalá de Henáres, donde padecieron y donde eran naturales.

El principal caudillo y movedor de las revueltas de Flándes fué el príncipe de Oranges, el cual, por miedo de lo que bien merecia; se habia huido y ausentado. Su hermano el conde Ludovico, acompañado de muchas compañías de alemanes, se metió por la Frisia Occidental. Salióle al encuentro el conde de Aremberg, y en su compañía, fuera de otras gentes, el tercio de españoles de don Gonzalo de Bracamonte; la priesa de acometer y poco orden fué causa que se perdió la jornada. Muerto el Conde y otros muchos, los demás por los pantanos y lagunas, por estar quebrados los diques y todos los campos cubiertos de agua, se retiraron á Groningue, ciudad principal y cabeza de Frisia. Los condes de Egmon y de Hornos, convencidos de traicion por el duque de Alba, fueron justiciados en Bruselas; cortáronles las cabezas á 4 de junio, y porque los naturales no se alterasen, los llevaron al cadahalso con guarnicion de soldados que estaban puestos por todas partes, y en particular á las bocas de las calles. Este castigo mas embraveció los ánimos de los naturales que los espantó.

Ejecutada esta justicia, el duque de Alba salió á buscar al de Oranges, que por otra parte habia entrado en aquella provincia con gentes; mas hízole retirar sin daño de los suyos, y recobró muchas plazas y castillos con muerte de los herejes que en todas partes llababa.

A la misma sazón en España se alteraron los moriscos de Granada, gente que nunca fueron leales, y entonces estaban irritados por ciertas premáticas que contra ellos se ordenaron; en dos años que duraron estos alborotos, muchos dellos perecieron, y el marqués de Mondéjar los venció siete veces, y muchos de los nuestros por mal orden fueron muertos; últimamente, siendo general don Juan de Austria, se acabaron de apaciguar;

el castigo que se dió á los rebeldes fué quitarles la manera de poderse otra vez rebelar con esparcillos por lo demás de Castilla.

Casi á un mismo tiempo fallecieron, primero el príncipe de España don Carlos, á 20 de julio, en la prision donde el Rey, su padre, le tenía puesto; despues á 3 de octubre, la reina doña Isabel, su madrastra; ella perció de parto por ser antes de tiempo; dejó dos hijas, doña Isabel y doña Catalina, ningun hijo varon, que fué ocasion para que el rey Católico se casase la cuarta vez. Al Príncipe acarreó la muerte su poca paciencia; de la causa de su prision y del enojo de su padre se dijeron muchas cosas, como acontece en cosas tan grandes, y mas en Sicilia, donde á la sazón estábamos. El de Oranges otra vez este invierno fué por el duque de Alba sin derramar sangre echado de todos aquellos estados de Flándes y forzado á retirarse á Francia, donde dió socorro á los herejes que allí estaban levantados.

AÑO 1569.

Donde Enrique de Valoes, duque de Angers y general que era del ejército francés por el Rey, su hermano, desbarató dos veces en batalla á los herejes; la primera á 13 de marzo, junto á una aldea llamada Pasac en tierra de Potiers; en esta batalla fué muerto el príncipe de Condé, y el Almirante escapó por los piés, cuyo hermano el señor de Andelot á cabo de uno ó dos meses falleció de las heridas con que salió de la pelea; la segunda vez vinieron á las manos junto á Moncontour, no léjos de la misma ciudad, que fué á 3 de octubre, y el mismo suceso de antes, porque vencieron los católicos, y el estrago de los contrarios fué mayor, porque llegaron los muertos á diez y seis mil. Mucho ayudaron las gentes que el Pontífice envió de socorro, que fueron dos mil caballos y cuatro mil infantes; y por el rey de España fueron esta vez y otras muy buenos socorros. A esta gente despues de ganada la victoria los vimos volver á Italia desperocidos de hambre, frío y enfermedades, al tiempo que de Sicilia íbamos camino de Paris, donde llegamos á 27 de diciembre, el mismo dia de San Juan, fin deste año y principio del siguiente, no sin gran riesgo de la vida por muchas causas.

El pontífice Pio expidió este año una bula, por la cual dió en prenda el reino de Inglaterra; declaró por descomulgada á la reina Isabel; absolvió á los naturales del juramento y homenaje que le tenían hecho.

Muchos soldados por este tiempo se señalaron de valientes en Flándes y Italia. Los de mas nombre, Julian Romero, Sancho Dávila, don Alvaro de Sandi, el coronel Mondragon; poco adelante, el coronel Francisco de Verdugo, natural de Talavera, ítem, don Lope de Figueroa.

AÑO 1570.

Cuarenta religiosos de la compañía de Jesus, que íban en compañía del padre Ignacio de Acevedo al Brasil, fueron en la mar muertos por Jaques de Soria, corsario francés, grande hereje.

Los estados de Flándes despues de la partida del príncipe de Oranges estaban en sosiego. En Francia al

tanto se hicieron paces con los herejes con condiciones poco aventajadas y honrosas; tan grande era el deseo que tenían de ver acabados los males de la guerra.

En Roma Cosme de Médices alcanzó del Pontífice título de gran duque de Toscana, no sin desabrimiento de los otros potentados, que pretendían con adelantar á uno hacerse injuria y agravio á los demás; y sin embargo, el emperador Maximiliano confirmó aquel título á Francisco de Médices, su cuñado, hijo de Cosme.

Doña Ana, hija del emperador Maximiliano, en una armada que estaba aprestada en Flándes pasó por mar á España para casarse con su tío el rey don Filipe; el casamiento y bodas se efectuaron y se festejaron á 12 de noviembre en la ciudad de Segovia. Vinieron en compañía de la Reina á España sus dos hermanos menores los príncipes Alberto y Wenceslao.

En la ciudad de Ferrara al fin deste año tembló la tierra en tanta manera, que los moradores fueron forzados á alojar por muchos dias en tiendas que hicieron en la campaña; quedaron muchos edificios destrozados, muchas paredes desplomadas y torcidas.

Pero en ninguna cosa fué este año mas señalado que en la guerra de Chipre que en él se hizo, y la ocasion que della nació para asentar los príncipes cristianos entre sí una liga santísima contra las fuerzas de los turcos; será bien declarar la ocasion de todo, tomando el negocio de un poco mas arriba.

Tenían los venecianos una larga paz con los turcos, que se continuó por espacio de treinta años; el gran turco Selim, con el deseo que tenía de dar un buen principio á su imperio, sujetado que hubo en breve lo de Arabia y hecho paces con el Persiano, trató de apoderarse de Chipre, isla contrapuesta á la provincia de Cilicia, que está en Asia la menor, con un angosto estrecho de mar que pasa por en medio de las dos. Eran señores desta isla los venecianos; enviéles el Turco sus embajadores para que de su parte les pidiesen se la entregasen, y si no lo quisiesen hacer, les rompiesen la guerra. Pareció cosa pesada esta demanda; vinieron á las manos y á las armas, los turcos con una gruesa armada, cuyo caudillo era Mustafá, desembarcaron en Chipre por principio del mes de julio; de dos ciudades principales que hay en aquella isla, de Nicosia se apoderaron á 9 de setiembre, Famagusta, que antiguamente se llamó Tamaso ó Salamis, resistió mas largo tiempo. La armada de venecianos enviada en socorro de los cercados llegó á Candia, donde tambien abordaron sesenta galeras que envió el rey Católico debajo la conducta de Juan Andrea Doria, príncipe de Melfi; pero sin hacer efecto por el mes de octubre, cuando el mar ya estaba cerrado, se volvieron á invernar á sus puertos; solo Marco Quirino, veneciano, con doce galeras y algunas naves fué enviado para llevar, como lo hizo, socorro de soldados, bastimentos y municiones á Famagusta. A la misma sazón, por gran diligencia que usó el pontífice Pio V, se concluyó la liga entre su Santidad, el rey don Filipe y venecianos para ir contra los turcos; capitularon de juntar docientas galeras, cincuenta mil infantes, cuatro mil caballos; á los gastos acudían desta manera: el Pontífice pagaba la sexta parte, los venecianos la tercera, el rey de España la mitad de todo lo que

se gastase. Fué nombrado por general de las galeras del Papa Marco Antonio Colona, á los españoles confidente; de los venecianos era general Sebastian Venerio; de las de España y juntamente de toda la armada por consentimiento de las partes nombraron por general y caudillo á don Juan de Austria.

AÑO 1571.

Asentadas estas cosas, despues de Venerio y Colona llegó á Mecina, ciudad de Sicilia, don Juan de Austria por el mes de agosto, á 9 dias del cual mes Fama-gusta en Chipre con un cerco que durara casi un año fué forzada á rendirse á partido; pero las condiciones no las guardó el vencedor Bárbaro, antes sin tener memoria de la palabra dada, ejecutaron grandes crueldades en los rendidos y miserables. Partió la armada de la liga de Sicilia á 16 de setiembre. Llegó á las islas Equinadas, que hoy se llanan las islas Cuzolares, contrapuestas al golfo de Lepanto, ó si no Corintliaco, donde tenian aviso estaba la armada turquesca. Era grande el deseo que, así los capitanes como los soldados, tenian de venir á las manos; aparejaron sus conciencias con la confesion, y tomadas las armas, se pusieron en orden de pelear; las galeras venecianas á mano izquierda; el príncipe Juan Andrea Doria á la derecha; en el cuerpo de la batalla se puso don Juan de Austria con las galeras de España, y en su compañía Marco Antonio Colona y el general veneciano. El comendador mayor de Castilla y el marqués de Santa cruz don Alvaro Bazan con treinta galeras quedaron de respeto para acudir donde fuese necesario. Salieron los enemigos de la boca del Golfo, ordenaron sus galeras como lo acostumbran en forma de luna con intento de embestir con nuestra armada. Llevaban los nuestros seis galeazas por frente, las cuales, disparada la artillería, pusieron los enemigos en desórden. Despues dellas, don Juan de Austria el primero embistió con la capitana de los turcos, pero aunque con dificultad, en fin la ganó. Mató en ella al general de los enemigos, que se llamaba Hali-Basa, y prendió dos hijos suyos, con que comenzó la victoria á declararse por los nuestros. Verdad es que el cosario Uchali hizo grande daño en el cuerno derecho de nuestra armada, porque tomó diez galeras; pero vista la rota de los suyos, se alargó á la mar y escapó con buen número de sus galeras. Era un espectáculo miserable, vocería de todas partes, matar, seguir, quebrar, tomar y echar á fondo galeras; el mar cubierto de armas y cuerpos muertos, teñido de sangre; con el grande humo de la pólvora ni se veía sol ni luz, casi como si fuera de noche. Fué grande el destrozo; docientas galeras de los turcos, parte fueron presas, parte echadas á fondo; los muertos y presos llegaron á veinte y cinco mil, veinte mil cristianos remeros puestos en libertad. De los nuestros no pocos perecieron, y entre ellos gente de mucha cuenta por su nobleza ó hazañas. En conclusion, esta victoria fué la mas illustre y señalada que muchos siglos antes se habia gauado, de gran provecho y contento, con que los nuestros ganaron renombre no menor que el que los antiguos y grandes caudillos en su tiempo ganaron; grandes fiestas y regocijos llegada la nueva se hicieron por todas partes, dado que á los herejes no les

fué nada agradable. Dióse esta batalla á 7 de octubre; en Toledo se hace fiesta y se celebra la memoria desta victoria cada un año el mismo dia.

AÑO 1572.

El pontífice Pio V, por el gran deseo que tenia de llevar adelante lo comenzado, envió el verano pasado por su legado al cardenal Alejandro Micael Gisterio, sobrino suyo, nieto de una su hermana, para tratar con los reyes de Francia y de Portugal que entrasen en esta liga. Envio en su compañía al padre Francisco de Bor-giu, persona santa, y á la sazón preposito general de la compañía de Jesus, puesto siete años antes en lugar del padre Diego Lainez. Poco sirvió esta diligencia por otras causas y por la muerte del mismo Pontífice, que se siguió poco adelante; pasó desta vida á 1.º de mayo, muy fuera de sazón para los negocios que trataba; pero luego que le fueron hechas las honras, á 10 de mayo, fué puesto en su lugar el cardenal Hugo Boncompaño, natural de Boloña, con nombre de Gregorio XIII, y se gobernó de tal manera, que en gran parte aplacó el lloro y tristeza que se recibió por la muerte de su predecesor, porque encaminándose por las mismas pisadas y traza, confirmó la liga hecha con venecianos, y con una presteza increíble proveyó de dineros y de soldados para la guerra; gobernó la Iglesia trece años menos un mes.

Al principio de la primavera, Carlos IX, rey de Francia, casó con Isabel, hija del emperador Maximiliano, señora de costumbres muy escogidas y de hermosura muy grande.

Tratábase de casar á Margarita, hermana del rey Francés, con Enrique, duque de Vandoma, con color que por esta manera se sosogarian los alborotos de Francia. El pontífice Pio, por medio del legado que envió, pretendió desbaratar este casamiento, y que en lugar de aquel Príncipe, casase con el rey Sebastian de Portugal, que venia en ello, y aun en casarse con aquella señora sin dote, con condicion que el Francés entrase con los demás príncipes en la liga contra los turcos. Todas estas pláticas salieron en vano, porque antepusieron al de Vandoma. Hechos los conciertos, su madre madama Juana, reina que se decia de Navarra, fué á la ciudad de Paris, donde falleció á 10 de junio, y sin embargo aquellas bodas, estando el estío adelante, se celebraron en aquella ciudad con gran concurso de grandes que acudieron, así herejes como católicos. Sucedió que por mandado del duque de Guisa tiraron desde una ventana un arcabuzazo al almirante Coliñi; llamábase el que le tiró Morevelio; crióse desde pequeño en la casa de Guisa, de donde por quedar el Almirante herido y con gran deseo de vengarse, resultó necesidad de hacer una grande matanza en los herejes el mismo dia de San Bartolomé y dos dias luego siguientes. Muchos fueron los muertos; algunos por mandado del Rey, los mas por el pueblo, que se alborotó y tomó las armas; fué miserable el espectáculo que aquellos dias vimos en aquella ciudad; por todas partes herian y mataban y saqueaban á veces á los inocentes, como suele acontecer cuando el pueblo está alborotado. Entre los demás perecieron el mismo Coliñi, principal atizador de las revueltas de

Francia, y su yerno el señor de Tiliñi. A Enrique, duque de Vandoma, valió el parentesco con el Rey, y porque, según se decía, él había descubierto la conjuración que se tramaba para matar al Rey, después que Colini, el almirante, quedó herido del arcabuzazo. Estábamos á la sazón en aquella ciudad, y vimos el miserable estrago; entre los demás murió un español, por nombre Salcedo; no era católico, como lo dice Tuano, sino grande hereje, bien que á la muerte mostró convertirse.

La alegría que recibieron los católicos en sus ánimos por la muerte de los herejes no poco se enturbió, así por las revueltas de Flándes como por el poco efecto que hizo la armada de la liga. En Flándes el año pasado para el gasto de la guerra se mandó que todos pagasen el diezmo de lo que vendiesen; era muy pesada imposición esta para aquella nación, que por la mayor parte se sustenta con el comercio y trato; por esta causa la gente popular acudió á las armas; muchas ciudades y castillos se apartaron del servicio de su Rey, por donde el estado de aquella provincia se trocó en gran manera, principalmente con gran número de soldados que de Inglaterra, Alemania y Francia acudieron en socorro de los alterados. Zelândia y Olandia fueron las primeras á rebelarse, provincias muy fuertes de aquellos estados, por estar asentadas junto al mar Océano, rodeadas de agua y con muchos bajos ó bancos que tiene por allí la mar. Entre las demás ciudades rebeladas una era Mons de Henao, ciudad fuerte y grande. Don Fadrique, hijo del duque de Alba, que sobre ella estaba, sin alzar el cerco salió al encuentro á cuatro mil franceses que venían á dar socorro á los cercados; dióles la batalla, en que mató muchos dellos, y prendió á Genlis, caudillo de aquella gente, que adelante murió en la prisión en el castillo de Anvers. Acudió otrosí el de Orange poco despues con gentes de Alemania para entrar en aquella ciudad; pero por el buen orden del duque de Alba sin hacer efecto fué forzado á volver atrás.

Estos alborotos fueron de gran perjuicio, no solo por estar alterados aquellos estados, sino por haberse impedido la guerra contra los turcos y desbaratado poco adelante la liga de los príncipes, porque don Juan de Austria con la armada que tenía á punto en Mecina, mas gruesa que el año pasado, se entretuvo mucho tiempo por el cuidado en que ponían las cosas de Flándes, y esperar en qué habían de parar, principalmente que corría fama que el Francés trataba de abrir la guerra por aquella parte. Con esto, pasada la sazón de hacer efecto, últimamente salió del puerto por fin de setiembre para que, juntándose con los venecianos, tornase otra vez á probar el trance de la batalla; mas el enemigo fué mas recatado, porque se entretuvo con su armada á las riberas de la Morea, Modon y Coron y Navarino, sin querer venir á las manos. Los nuestros, perdida la esperanza de pelear y porque el tiempo no era á propósito, sin hacer algun efecto, se fueron á diversas partes á invernar.

AÑO 1573.

Ora sea por la causa susodicha del poco efecto que se hizo con la armada, ora por estar gastados los venecianos, ó porque se les impedía el trato de levante,

de donde dependen sus riquezas, así las públicas como las particulares, aquella señoría sin tener cuenta con la liga y asiento hecho, renovaron por el mes de mayo con el gran Turco su confederación, dado que ni les restituyó á Chipre, antes les quitó de nuevo algunos pueblos en la Esclavonia; demás desto, los penó en trescientos mil ducados, que fueron paces alreos para aquella ciudad, y feas para el nombre cristiano, pero tanto era lo que estimaban volverse á reconciliar con aquel bárbaro.

En este mes, la misma vigilia de pascua de Espíritu Santo, Enrique, duque de Anjou, hermano del rey de Francia, fué nombrado por rey de Polonia. Grande diligencia hizo Juan de Montuc, obispo de Vaucucia, en Francia, enviado para este efecto, dado que en materia de religion no tenía buena fama. Hizose la junta de aquella gente junto á Varsovia, en una llanura llamada Camionense. Corrió fama, y debió de ser falsa, que compraron los votos con el oro de Francia; lo cierto es que este Príncipe cuando llegó la nueva estaba sobre la Rochela, ciudad muy fuerte, y que alzado el cerco, sin hacer otro efecto, al fin deste año fué á tomar la posesion del reino que le ofrecían. Don Juan de Austria por el mes de octubre, con la armada que tenía apercebida contra los turcos, partió para Túnez, donde restituyó aquel reino á Mulease, nieto del otro Mulease, de quien se dijo arriba que le echó del reino y privó de la vista á su mismo hijo. El Rey, que desposeyó don Juan, por nombre Muleamide, envió á Sicilia, para donde poco despues el mismo don Juan de Austria, asentadas las cosas y dejada guarnicion, partió, y desde allí á Nápoles, con intento de pasar en España.

Este invierno se vió un cometa, que era como una estrella grande y resplandeciente, sin cola, cerca del polo ártico y del carro; lo que hizo maravillar mas á los astrólogos, y dió ocasion para muchas disputas fué que no tenía paralaji, que quiere decir que de todas partes parecia estar junta á unas mismas estrellas, y por el consiguiente estaba tan alta como las mismas estrellas.

AÑO 1574.

Al duque de Alba se dió licencia de volverse á su casa; fué puesto en su lugar por gobernador de Flándes don Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla. Llegó desde Milan á aquellos estados por principio deste año con esperanza que pondría remedio en las cosas que estaban muy trabajadas, y con su buena condicion y blandura adobaría lo que la severidad pasada pensaban habia dañado; pero sucedió de otra manera, porque los herejes franceses, flamencos y alemanes de secreto se concordaron entre sí de vengar la muerte del almirante de Francia y apoderarse de Anvers y de otras ciudades de Flándes. Parecíales podrian facilmente salir con lo uno y con lo otro á causa que el rey de Francia estaba sin fuerzas, y en Flándes los soldados españoles amotinados porque no les pagaban el sueldo que se les debía de tres años. Mucha gente de á caballo al principio de la Cuaresma acudió al bosque de San German, por donde el rey de Francia, que allí estaba, fué forzado á toda priesa retirarse á Paris, que esta cerca. Dijose que el autor deste acometimiento fué principal-

mente Francisco Memoranci, de quien el pueblo sospechaba que de secreto favorecia á los herejes. En Flándes, dado que las cabezas de los españoles amotinados fueron castigadas, los demás no quedaron sosegados, bien que el conde Ludovico, hermano del de Oranges, que de nuevo entrara en aquella provincia, fué por los nuestros vencido á 14 de abril.

Grandes revueltas andaban en Francia, tanto, que el Rey en el bosque de Vincenas, cerca de Paris, tenia al duque de Alanzon, su hermano, y al de Vandoma, su cuñado, segun que corria por la fama, presos en aquel castillo, y á Memoranci en Paris; al mismo tiempo que muy fuera de sazón le sobrevino la muerte á 4 de junio; dejó una sola hija, que no vivió largo tiempo, por donde el reino de Francia, conforme á las leyes de aquella nacion, recayó en Enrique, hermano del difunto, rey que era de Polonia.

La armada turquesca abordó á Túnez á 14 de julio, donde ganó el castillo de la Goleta, á 22 de agosto, y pasados otros veinte y cuatro dias, se apoderó de un baluarte y fuerte de aquella ciudad, en que tenian los nuestros puesta guarnicion española. Don Juan de Austria, dado que estaba en Trapana de Sicilia, á la punta postrera de aquella isla con intento de esperar alguna buena ocasion, no pudo acudir á socorrer los cercados. Los mas echaban la culpa al cardinal Granvela, que á la sazón era virey de Nápoles, por no haber proveido con presteza de dineros, soldados y provision. Falleció el gran turco Selim; sucedióle su hijo mayor Amurales.

Por este tiempo para los grandes gastos del Rey se subieron en gran manera las alcabalas, y con licencia del Papa se comenzaron á vender los pueblos de los obispos y de las iglesias.

El rey de Portugal, por ser de natural brioso, cosa que se le acrecentó con la edad, pasó con una armada á Africa sin hacer efecto alguno; el desseo que tenia grande de ensanchar el nombre cristiano no le dejaba sosegar; intento por cierto honroso, pero fuera de sazón.

Alborotóse Génova, y llegó la alteracion á que los nobles nuevos echaron á los antiguos de la ciudad; acudieron para sosegarlos de parte del Papa el cardinal Juan Moron y un comisario del Emperador, y de parte del rey Católico don Carlos de Borgia, duque de Gandía, y don Juan de Idiaguez, embajador en aquella república, que despues de dos años que duraron las inquietudes, los concertaron.

AÑO 1575.

Don Juan de Austria de Italia partió para España, donde alcanzó del Rey, su hermano, que le nombrase por su lugarteniente en todo lo de Italia con nombre de vicario. Lo que en esto pretendian era que por la dilacion de los vireyes no se fuese de las manos la ocasion de hacer algun buen efecto. Con esto en la misma armada en que era venido dió la vuelta para Italia para hacer rostro á los intentos del gran Turco, ca se decia que apercebía una gruesa armada para daño de los cristianos.

Fué este ruido falso y sin propósito. Solo el Moluco,

ayudado de los turcos, quitó los reinos de Marruecos y de Fez á un su sobrino, llamado Muley Mahomad Cheribo. Pretendia por una ley que algunos años antes deste se promulgó que los tíos hermanos del Rey que moria fuesen antepuestos á los hijos en la sucesion del reino. Retiróse Muley á Portugal, que fué ocasion, como los nuestros pretendian restituille en el reino de su padre, del estrago y llaga que se recibió en Africa, tan grande, que en muchos años no se podrá curar.

El rey de Francia tenia detenidos en Paris al de Alanzon y al de Vandoma porque no le revolviessen el reino. Huyóse el de Alanzon á Normandía, donde le acudieron herejes y católicos malcontentos con voz de dar orden en las cosas del reino. Poco despues se juntó con él mismo el de Vandoma, que huyó tambien de Paris.

AÑO 1576.

En el negocio del arzobispo de Toledo don Bartolomé de Miranda, á cabo de diez y siete años de prision, se vino en Roma á sentencia; pronuncióla el pontifice Gregorio á 14 del mes de abril. Falleció el Arzobispo diez y ocho dias adelante en el monasterio de su orden, que se llama de la Minerva, en aquella ciudad. Fué mas dichoso en estado de particular que de prelado, persona de letras y de virtud, si por su poco recato en su edad mayor no diera ocasion para que le tuvieran y condenaran, como en efecto fué sentenciado por sospechoso en materia de religion. Abogó por él, y aun defendióle por escrito el doctor Martin Azpilcueta, navarro, que fué el jurista mas señalado de su tiempo, como se ve por los libros que dejó impresos, y de no menor bondad y piedad.

Por muerte del emperador Maximiliano II sucedió en el imperio su hijo Rodulfo, que ya era rey de romanos.

El príncipe de Condé y Juan Casimiro, hijo del Palatino, entraron en Francia por la parte de Lorena con treinta mil hombres en favor del duque de Alanzon, por cuyo medio se hicieron las paces con los herejes, poco aventajadas para el Rey.

Falleció en Flándes el Comendador mayor, ocasion con que se juntaron todos los estados de aquella provincia para tratar de lo que convenia. Lo que resultó fué que conjuraron contra su Rey, y se resolvieron de echar los españoles de la tierra, juntarse con los herejes y tomar por cabeza al príncipe de Oranges. Verdad es que para dar algun color á estos intentos adelante hicieron venir de Alemaña á Matías, hermano del nuevo Emperador, en efecto para burlarse de él, pues con solo darle el título de príncipe ellos lo gobernaban todo á su voluntad. Por donde en breve, dejada á Flándes y aquel principado de solo nombre, dió la vuelta á Alemaña.

Los flamencos pusieron sitio sobre el castillo de Anvers á tiempo que los españoles por estar sin cabeza andaban amotinados, pero sin embargo acudieron de diversas partes al peligro y á la defensa. Los soldados del castillo y socorros eran hasta cuatro mil; en la ciudad se contaban mas de cuarenta mil hombres de armas tomar; la cual muchedumbre no fué parte para que los soldados salidos del castillo no acometiesen á los ene-

migos, donde con muerte de catorce mil hombres, parte soldados, parte naturales, saquearon y pusieron fuego á aquella muy rica y grande ciudad. La presa fué muy grande, con que los soldados quedaron ricos y sosegaron.

El mismo día que esto sucedió en Anvers, que fué á 4 de noviembre, don Juan de Austria llegó á la ciudad de Lucemburg; enviábele el Rey desde España para remedio de las cosas de Flándes, y para mayor brevedad pasó por Francia disfrazado. Poco efecto hizo su venida, y de poco provecho fué aquel remedio, por estar las cosas de todo punto estragadas.

AÑO 1577.

La reina de Portugal doña Catalina falleció en Lisboa, por cuyo respeto, reverencia y industria en alguna manera se enfrenaban los bríos de su nieto el rey don Sebastian, el cual y el rey don Filipe se vieron en Guadalupe, donde trataron de la empresa de Africa, para donde se apercebía el Portugués, y el rey Católico pretendía que por lo menos no fuese en persona á ella, pero no pudo alcanzar lo que deseaba.

Por el mes de noviembre se vió un cometa junto al signo de libra y planeta de Marte con una cola notablemente larga y ancha, cosa que pocas veces se ha visto tan grande. Díjose despues de la muerte desgraciada de aquel Rey que amenazaba á Portugal; que tales son los pronósticos de los astrólogos, y la opinion del vulgo es que el cometa pronostica mudanza de rey.

AÑO 1578.

En Madrid nació al rey don Filipe, á 14 de abril, de la reina doña Ana, su mujer, un hijo, que se llamó don Filipe, que fué el cuarto parto de su madre; vivió mas que sus hermanos. Fué este año dichoso por el nacimiento deste Príncipe; por otra parte fué muy desgraciado para Portugal y para toda España, porque el rey don Sebastian, llevado del fervor de su mocedad y del deseo encendido que tenía de extender en Africa el nombre cristiano, recibió debajo de su amparo al rey Muley. Para la empresa juntó con las fuerzas de su reino gentes de Alemania, de Italia y de Castilla. Aperció una gruesa armada, en que con toda su gente, por el mes de julio, se hizo á la vela, y llegó á Arcilla, ciudad sujeta á los portugueses en Africa. Lo primero que pretendía era acometer el castillo de Alaruche, que está á la boca del rio que hoy se llama Luco, y antiguamente se dijo Liso. Comenzaron los portugueses á marchar por la tierra adentro; salióles el Moleuco al encuentro con muy mayor número de gente. Dióse la batalla á 4 de agosto; fueron vencidos los portugueses; la matanza fué grande, los cautivos sin cuento, y entre ellos muchos de los mas nobles que allí iban. Ninguna pelea de muchos años acá se ha visto tan desgraciada; en particular perecieron aquel día tres reyes, el Moleuco de enfermedad de que andaba trabajado de dias atrás; dejó por sucesor un su hermano, llamado Hamet; el rey de Portugal pereció en la pelea; Muley se ahogó al pasar del rio huyendo de los enemigos.

Concedió don Juan de Austria para sosegar á los flamencos que los españoles saliesen de aquellos estados,

y en los castillos se pudiese guarnición de los naturales; que fué resolucion muy perjudicial, porque apenas salieron los españoles, cuando los herejes trataron de prender á don Juan de Austria. El, avisado desto, se huyó á la ciudad de Namur, y hizo llamamiento de soldados. Envió por los españoles, que se encaminaban á Italia; tuvo algunos encuentros con los contrarios, ganó algunas plazas y ciudades; pero todas sus pretensiones y intentos desbarató la muerte, que le sobrevino en la flor de su edad por principio del mes de octubre. Falleció de enfermedad en la campaña y en sus reales. Sucedió en el gobierno de aquellos estados Alejandro Farnesio, príncipe de Parma.

Estaban los estados descontentos de archiduque Matías, por lo cual contra don Juan de Austria habian llamado á Francisco, duque de Alanzon; él, aceptado el partido, fué á Mons de Heano, donde le dieron título de protector de Flándes.

En Portugal falleció la infanta doña María, hija del rey don Manuel y de su postrera mujer doña Leonor. Era esta señora cuando falleció de buenos años y doncella, porque aunque se trató en diversos tiempos de casalla con muchos príncipes, ningun casamiento se efectuó.

AÑO 1579.

Luego que las tristes nuevas del desastre del rey don Sebastian llegaron á Portugal, sin dilacion fué nombrado por rey el cardenal don Enrique, su tío, hermano de su abuelo, dado que estaba en lo postrero de su edad y tenía poca salud, así fué breve su reinado, solo de diez y siete meses. Para tener sucesion trataron los grandes de aquel reino de hacelle casar; pero como esto pareciese fuera de propósito y que no vendría á efecto, fueron muchos los que pretendieron sucederle en el reino. El rey don Filipe, por el derecho de su madre la emperatriz doña Isabel; Filiberto, duque de Saboya, por ser hijo de doña Beatriz á causa que la una y la otra eran hijas del rey don Manuel, mas la Emperatriz era la mayor; el príncipe de Parma pretendía por doña María, su mujer, ya difunta, mas dejó dos hijos, Ranucio y Eduardo; el duque de Berganza pretendía por doña Catalina, su mujer. Eran estas dos señoras nietas del rey don Manuel, hijas del infante don Duarte, su hijo, la mayor era doña María, pero era muerta, y vivía la menor doña Catalina. Don Antonio Prior de Grato acudió á la misma pretension como hijo del infante don Luis, y por el mismo caso nieto del rey don Manuel; alegaba que la bastardía no le perjudicaba á causa que su padre se casó con su madre; pero los mas tenían esto por cosa vana, ni se hallaban testigos bastantes para la probanza de cosa tan grande. La reina madre de Francia madama Catalina pretendía que aquel reino se le debía por venir de parte de madre de la condesa de Boloña, llamada Matilde, mujer que fué de don Alonso el Tercero, rey de Portugal; afirmaba que dejó della sucesion. Los portugueses contra esto por bastantes testimonios negaban que la condesa Matilde hubiese dejado algun hijo ni del primer matrimonio ni de don Alonso, su segundo marido, y mostraban que cuando vino á muerte le sucedió en aquel estado de Boloña Roberto, su sobrino, hijo de su hermana Alisa, de donde tomaba

principio la línea del linaje materno de la reina Madre. Todo esto hacia el derecho dudoso, por donde los juristas tuvieron ocasion de escribir largamente sobre el caso, sin que faltase á ninguno de los pretendientes razones ni abogados; verdad es que las armas estaban en poder del rey don Filipe, que siempre y principalmente, cuando el derecho no está muy claro, tienen mas fuerza que las informaciones de los legistas y letrados; y es así de ordinario que entre grandes príncipes aquella parte parece mas justificada que tiene mas fuerzas.

En Sicilia salió gran cantidad de fuego líquido de Mongibel al fin deste año con gran daño de los campos comarcanos.

AÑO 1580.

Apercebíase el rey don Filipe para la guerra de Portugal: con este intento hizo que muchas compañías de italianos, alemanes y castellanos se acercasen á la frontera de Portugal, aparejados para acometer luego que les fuese ordenado. Pretendia el rey don Filipe que el nuevo rey de Portugal, su tío, le nombrase y hiciese jurar por sucesor, por excusar reyertas; pero al mismo tiempo que se trataba de esto, el rey don Enrique pasó desta vida en Almerin á postrero de enero.

Por su muerte parecia no se excusaba la guerra, por no tener esperanza que los portugueses de voluntad viniesen en lo que era razon. Era necesario proveer de general para aquella empresa. Estaba el duque de Alba preso en la villa de Uceda, porque su hijo don Fadrique hizo casase con hija de don García de Toledo, marqués de Villafranca, sin tener cuenta con otra doncella, dama que fué de la Reina, á la cual los años pasados habia don Fadrique dado palabra, y el Rey mandado que hasta que aquel pleito se determinase no dispusiese de sí. Pareció sacalle de la prision y envialle á Portugal. El mismo Rey para estar mas cerca pasó á Mérida y á Badajoz, ciudad puesta á la frontera de aquel reino. El ejército no era grande, apenas llegaba á doce mil infantes y mil y quinientos caballos; pero era la flor de la milicia de España, soldados viejos, ejercitados muchos años en las armas. Con esta gente y con el buen órden del duque de Alba, don Antonio, que con el favor del pueblo se llamaba rey, fué vencido, primero en la ciudad de Lisboa, y poco despues cerca de la ciudad de Portu lo desbarató Sancho Dávila, maestro de campo general en aquella empresa. Con esto y salirse el enemigo de todo el reino, aquella provincia quedó sosegada.

En el cual tiempo el rey Católico estuvo en Badajoz tan enfermo, que los médicos no tenían esperanza de su vida. Dióle Dios salud, pero apenas era convalecido, cuando de enfermedad falleció la Reina, su mujer, que en su compañía estaba, á 26 de octubre. Tuvo en ella cuatro hijos: á don Fernando y don Carlos, que ya eran muertos, don Diego, que falleció poco despues desto, y don Filipe, á la sazón niño y enfermizo, al presente vivo y sano. Tuvo tambien una hija, que fué la postrera que parió, y se llamó doña María, pero vivió muy poco.

Por esta misma sazón Jerónimo Osorio, portugués, obispo que era de Silves, pasó desta vida, persona muy

elocuente, bien que en la historia no tanto, como se entiende bien por los libros que dejó escritos, y muy enemigo de la guerra que en esta ocasion se hizo; cuyo contemporáneo fué Andrés Resendio, de la misma nacion, muy señalado en el conocimiento de la antigüedad, y grande imitador de Horacio en los versos que compuso, muy elegantes y agudos.

Falleció Emanuel, duque de Saboya; sucedióle su hijo el duque Carlos.

En Flándes despues de la muerte de don Juan de Austria todavia se continuaba la guerra; muchas ciudades estaban alzadas contra su rey; las principales eran Auvers, Gante, Bruselas, Tornay. El archiduque Matías dejó á Flándes y se fué para Alemania. Los estados de aquella provincia ya que una vez tomaron las armas contra su Rey, no querian sosegar; y dado que todos casi estaban conjurados para hacer la guerra, no tenían fuerzas bastantes para resistir al Rey; por donde desde Francia hicieron venir á Francisco, duque de Alanzon, que se solia llamar Hércules, hermano del rey de Francia, para que los ayudase. El, despues que revolvió la Francia, y se hizo caudillo de herejes y malcontentos, acudió á lo de Flándes, y de primera llegada se apoderó de la ciudad de Cambray, que es de aquel obispo, pero estaba á devocion del Rey de España; no paró en esto, porque el año siguiente á persuasion de los estados volvió otra vez, y dentro de Anvers fué nombrado por duque de Brabante, vana sombra de nombre, pues el de Oranges estaba de todo apoderado. Duróle pues poco el mando, junto con que la esperanza de casarse con la reina de Inglaterra le salió vana, dado que dos veces pasó en aquel reino, que tal era la costumbre de la reina Isabel, burlarse por esta manera de diversos príncipes.

AÑO 1582

En Anvers, un mozo vizcaíno, llamado Juan de Jáuregui, se determinó de matar al príncipe de Oranges. Con esta resolucion, un día, alzadas las mesas despues de comer, le tiró un arcabuzazo; no le mató, pero hirióle debajo la mejilla malamente. El mozo fué luego despedazado, y justiciados todos los que tuvieron noticia de aquella conjuracion. Mas dicho fué otro mozo, borgoñon, el cual como hubiese asentado por criado del dicho Príncipe, con ocasion que halló á propósito, poco despues le mató en Olandia.

En Toledo se tuvo Concilio provincial; juntáronse siete obispos y dos abades, presidió el cardenal arzobispo de Toledo don Gaspar de Quiroga; hallóse presente por embajador del Rey el marqués de Velada. Los principales entre los prelados fueron el de Osma don Alonso Velazquez, que antes de acabarse el Concilio fué trasladado al arzobispado de Santiago, y el de Jaen don Francisco Sarmiento, personas muy eruditas y graves, de vida y costumbres muy aprobadas. Entre los procuradores de las iglesias el que mas se señaló fué García de Loaisa, persona de grande modestia y de grande erudicion. El rey don Filipe poco adelante le nombró por maestro del Príncipe, su hijo. En este Concilio se ordenaron muy buenas leyes.

El pontífice Gregorio quitó este año del mes de oc-

tubre 10 dias, á propósito que los solsticios y equinoccios volviesen á los asientos y dias donde antiguamente estaban. Demás desto, se quitó del Calendario el áureo número, que mostraba las conjunciones de la luna, y en su lugar fué puesto otro número ó cielo mayor, que llamaron epactas; por el cual y con dejar los bisestos á ciertas distancias y á cierto número de años, se mostrarán las conjunciones de la luna perpetuamente sin algun yerro ni mudanza, porque el áureo número de muchos años atrás no servía desto, dado que para esto le inventaron; correccion con que los tiempos correrán de aquí adelante mas enmendados y con mas puntualidad y acierto que hasta aquí.

La emperatriz doña María vino á España, y fué á Lisboa, donde el Rey, su hermano, estaba ocupado en asentar las cosas de Portugal, y en su compañía el cardenal Alberto, hijo de la Emperatriz, príncipe de grandes partes.

Don Antonio, que se llamaba rey de Portugal, después de vencido, no paró hasta Francia; dende con una armada que juntó pasó á las islas Terceras, por otro nombre de los Azores, que se tenían por él. Fué vencido en batalla naval que le dió don Alvaro Bazan, marqués de Santacruz, junto á la isla de San Miguel. Los dos principales caudillos de la armada francesa Filipe Strozi fué muerto en la pelea, el señor de Brisac juntamente con el mismo don Antonio se salvó huyendo. Los cautivos franceses, que eran nobles, hasta ochenta, y otros muchos hizo justiciar el Marqués por órden que para ello tenia del mismo rey de Francia; sin embargo, los isleños no se quisieron rendir, digo los de la Tercera,

AÑO 1583.

Hasta que el año siguiente el mismo Marqués dió la vuelta contra ellos, y los sujetó á la jurisdiccion del rey don Filipe, con que quedaron del todo sosegados.

En el mismo año el duque de Alba don Fernando Alvarez de Toledo pasó desta vida en Lisboa en edad de setenta y cuatro años, maravilloso en sus cosas y digno de inmortal renombre. Salió vencedor en todas las guerras que hizo, que fueron muchas. Táchanle de severo y grave; lo cierto es que fué mas esclarecido en la guerra que después de la victoria, mas recatado en el tiempo de la adversidad que de la prosperidad; sin duda gran personaje, honra de España. Fué hijo de don García, el cual antes de heredar fué muerto en los Gelves; nieto de don Fadrique, primo hermano del rey don Fernando, porque las madres de los dos fueron hermanas. El padre de don Fadrique se llamó don García, que fué el primero de aquella casa que tuvo título de duque, cuyo padre don Fernando Alvarez de Toledo fué el primer conde de Alba de Tormes. Poco después del Duque falleció allí mismo Sancho de Avila de una cox de un caballo, á 8 de junio. Fué de la casa de Velada, natural de Avila.

Habia fallecido en Madrid el príncipe don Diego, hijo del rey don Filipe; por esto á 1.º del mes de hebrero todos los estados de Portugal juraron al príncipe don Filipe, su hermano, por heredero de aquella corona. Despedida esta junta y nombrado el príncipe cardenal Alberto, su sobrino, por gobernador de aquel reino, el

Rey dió la vuelta á Castilla para dar órden en negocios y necesidades que se ofrecian.

AÑO 1584.

El duque de Alanzon de Inglaterra, donde fué, y de Flándes volvió á Francia con perdon y licencia que para ello le dió el Rey, su hermano; pero como saliese de la corte, que estaba en Paris, falleció de su enfermedad, ó con yerbas que le dieron, como muchos pensaron, á 10 de junio; y con su muerte se desbarataron las esperanzas mal cimentadas de hacerse señor de Inglaterra, Flándes y Francia.

El príncipe de Oranges, á 10 de junio, fué muerto de un arcabuzazo por un mozo, llamado Baltasar, borgoñon de nacion, el cual con intento de hacer esta asentó por su criado poco antes. Tal fué la muerte del que causó tantos males, sin que los flamencos con todo esto se sosegasen.

Quedaron al rey don Filipe de la reina Isabel, su mujer, dos hijas, la infanta doña Isabel y doña Catalina. Decíase que la mayor se guardaba para casar con su primo el emperador Rodolfo; la menor estaba concertada con Carlos, duque de Saboya. Para celebrar estas bodas pareció á propósito la ciudad de Zaragoza, cabeza que es de Aragon.

Pero antes que el Rey con sus hijos se pusiese en camino, los tres estados de Castilla juraron en Madrid al príncipe don Filipe como á heredero destes reinos. Hizose la ceremonia á 11 de noviembre, que fué domingo y dia de San Martin, en el monasterio de San Jerónimo, que está junto á aquella villa; dijo la misa el cardenal de Toledo Quiroga.

AÑO 1585.

Acabada esta solemnidad y auto, se partió el Rey para Zaragoza en tiempo muy áspero y que todavía duraban los frios del invierno. Vino allí otrosí por mar el duque de Saboya; fué grande la honra que el Rey, su suegro, le hizo, los juegos y aparatos y gastos, con que las bodas, á 18 de marzo, se celebraron con grande regocijo y concurso de grandes.

Al mismo tiempo vino nueva de Roma que el pontífice Gregorio, cargado de años, muy esclarecido por las cosas que hizo, por su prudencia y piedad, falleció á 12 de abril. Pusieron en su lugar el mes luego siguiente al cardenal Félix Montalto, que fué primero general de los franciscos claustrales, después obispo, y últimamente cardenal. Tomó nombre de Sixto V. Gobernó la Iglesia cinco años y cuatro meses; tenía muchas partes; pero como no hay persona sin tacha, muchos le reprehenden de severo y de grande diligencia que puso en allegar dinero y acrecentar y enriquecer á sus deudos, dado que los hechos de los príncipes es justo echallos á la mejor parte, principalmente de los que son ya muertos.

Canonizó á san Diego, fraile de San Francisco, cuyo cuerpo se guarda y honra en Alcalá de Henáres en el monasterio de su órden de San Francisco.

El príncipe de Parma hacia la guerra contra los rebeldes en Flándes, y recobrada Gante con otras ciudades que estaban alzadas los meses pasados, este año

con un largo y estrecho cerco que tuvo sobre Anvers la cansó y redujo á necesidad de rendirse por el mes de agosto. Grandes fueron los pertrechos, grandes los ingenios de que usaron, grande la obstinacion de los cercados; pero todo lo vencieron los españoles con su valor y constancia.

Acompañó el rey don Filipe á sus hijos los nuevos casados hasta Barcelona, donde se hicieron á la vela para pasar en Italia. A la vuelta en Monzon se tuvieron Cortes de Aragon que duraron mucho tiempo; ofreciéronse grandes dificultades. Con los calores del estío y el otoño, que fué malsano, fallecieron muchos en aquel lugar, especial de los forasteros y cortesanos. En estas Cortes últimamente juraron al príncipe don Filipe por heredero de aquella corona de Aragon y de aquellos estados.

El pontífice Sixto al principio de su pontificado, á 9 de setiembre, expidió una bula contra Enrique, duque de Vandoma, en la cual le declaró por hereje y por descomulgado y le privó del derecho de la sucesion del reino de Francia, así á él como al príncipe de Condé, su primo hermano, llamado tambien Enrique, para que no pudiesen suceder en aquella corona en caso que el rey Enrique, cuñado de Vandoma, falleciese sin hijos, cosa que parecia muy probable por no haberse hasta entonces la Reina hecho preñada.

AÑO 1586.

Sin embargo, el rey de Francia pretendió dejar por sucesor á Vandoma, sin hacer caso del peligro en que ponía la religion y cosas de Francia; muchos señores franceses se concertaron entre sí de tomar las armas en defensa de la antigua religion. El principal de todos fué el duque de Guisa, de que el Rey recibió mucha pesadumbre por temer nuevas disensiones y guerras que resultarían de aquella liga, y que los males y estragos se aumentarían con ser ya tres las parcialidades, dado que al principio dió muestra de estar aplacado y favorecer los intentos de los conjurados, tanto, que no solo ofrecía de ayudarlos, sino ser tambien su capitán y cabeza; pero duró poco esta máscara.

El Pontífice, como al principio por favorecer á estos señores hubiese condenado al de Vandoma, poco despues como arrepentido de lo hecho dió muestra de aborrecer los intentos de aquellos señores y de no estar tan indignado con el de Vandoma, tanto, que comunmente se decía que pretendía emparentar con él, lo que sin duda tengo por falso; lo cierto es que al embajador de Vandoma daba mas grata audiencia de lo que los cardenales quisieran y el estado de las cosas parece podía; pero las cosas y intentos de los papas pocos los entienden.

AÑO 1587.

María Stuarda, reina de Escocia, en el castillo de Fodringhay, donde estaba presa, fué justificada; cortáronle en una sala de aquel castillo la cabeza á 17 de hebrero. Pronunció la sentencia en Lóndres contra ella la reina Isabel de Inglaterra, su tía, prima hermana de su padre. Habíase esta señora por las revueltas de Escocia, á persuasion de la Inglesa, debajo de su palabra,

retirado á Inglaterra el año vigésimo antes deste, y sin embargo, la hizo entonces prender, y al presente la privó de la vida; ¡cruel carnicería! ¡En una maldad cuántos delitos se encierran! Achacábanle que habia conjurado contra la Reina y tratado de huir de la prision; á la muerte confesó esto segundo, pero negó lo de la muerte de la Reina. Lo que parece mas verisimil es que los herejes tenían por entendido que su secta no podría pasar adelante, si ella vivía, por ser la mas cercana en deudo y que mas derecho tenía á la sucesion de aquel reino, y estaban persuadidos que defendería con todas sus fuerzas la religion católica y castigaría la herejía.

Para vengar esta muerte parecia era justo que los príncipes tomasen las armas, y que lo habian de hacer, lo cual no ignoraba aquella hembra desahogada y cruel; pero el Francés estaba embarazado con los alborotos de su reino para no poder acudir á esta venganza, dado que la injuria tocaba principalmente á su corona á causa que la Reina muerta fué mujer del rey Francisco, su hermano. El rey don Filipe se aprestaba al mismo tiempo que Francisco Draques, cosario inglés, el cual los años pasados habia acometido y trabajado las marinas de las Indias de la parte del mar del Sur y del mar del Norte por tres ó mas veces, y robado y llevado á Inglaterra grande cantidad de oro. Pasó tan adelante, que se atrevió esta primavera de acometer la isla de Cádiz con esperanza cierta que llevaba de apoderarse de aquella ciudad por estar sin guarnicion y los moradores descuidados; y saliera con su intento, si dos galeras que estaban en aquel puerto no le entretuvieran algun tanto y los comarcanos no acudieran al socorro, y entre todos el principal don Alonso de Guzman, duque de Medina Sidonia.

Estaba á la sazón el Rey en Toledo para celebrar la entrada del cuerpo de santa Leocadia, virgen y mártir, que por muchos siglos estuvo en Flándes cerca de Mons de Henao en un monasterio de benitos, llamado San Gisten. Fué grande la fiesta que en aquella ciudad se hizo, y la procesion muy solemne á 26 del mes de abril. Halláronse presentes demás del Rey su hermana la emperatriz doña María y su hijo el príncipe don Filipe, que ayudó á llevar las andas en que venían las reliquias.

La Francia estaba dividida en tres parcialidades por la ocasion que queda dicha, cuando treinta mil alemanes entraron en ella en favor del príncipe de Baerne debajo la conducta del duque de Bullon. Fué grande el espanto y cuidado en que pusieron. Salieron al encuentro, por una parte el rey de Francia, por otra el duque de Guisa; como les fuese siempre á la cola y en todas partes los apretase, demás desto por la aspezeza del invierno que se siguió, muerta una gran parte desta gente, todos los demás se desbarataron. Falleció otrosí poco despues el duque de Bullon; con esto los católicos cobraron algun aliento. La misma España estaba en cuidado no pasase aquella peste, ayudada de tantos socorros, los montes Pirineos y diese que hacer en estas partes.

No solo fué trabajada la Francia por esta gente, sino affligida con hambre y peste muy grave. Hacíanse grandes procesiones para aplacar la ira del cielo. Los pueblos enteros salían vestidos de blanco con cruces y pendones

y vista miserable, y con voces llorosas cantaban himnos en alabanza de Dios.

AÑO 1588.

El rey don Felipe tenía en Lisboa una muy grande y fuerte armada aprestada para vengar la muerte de aquella Reina inocente y castigar los muy ordinarios desacatos y atrevimientos contra su majestad. Era caudillo de la armada el marqués de Santacruz; mas como falleciese en medio destes apercebimientos, el duque de Medina Sidonia, nombrado en su lugar, por el mes de julio se hizo á la vela con medianos temporales, dobló el cabo de Finisterre, y llegado á la Coruña, con una tempestad que de repente sobrevino la armada se desbarató de tal manera, que apenas por el mes de setiembre pudo tornar á la navegacion. Llegó á las marinas de Flándes con la armada inglesa por las espaldas; con cuya artillería y por los muchos bajios que tiene aquella mar, se vieron los nuestros en grande peligro. Algunas naves fueron presas por los enemigos, la mayor parte maltratada con las balas que sobre ellas llovian; por lo cual y porque para dar la vuelta á España rodearon toda aquella isla por la parte de setentrion, fué la navegacion tan larga, que gran número de naves se anegaron y fueron á fondo, y con la fuerza del frio y falta de bastimentos perecieron muchos soldados, tanto, que muy pocas naves y pequeño número de soldados al principio del invierno llegaron y surgieron en diversos puertos de España; desta suerte los intentos de los hombres se desbarataron por fuerza mas alta. Sin duda la flor de la milicia de España pereció en esta empresa, y con este desastre castigó Dios muchos y muy graves pecados de nuestra gente.

No paró en España esto daño, antes llegó á otras provincias, en especial en Francia el rey Enrique pretendia castigar al duque de Guisa, como el principal autor de la liga hecha entre los católicos, y junto con esto reprimir á los de Paris, que estaban mucho de su parte. Con este intento hizo venir á aquella ciudad sobre cuatro mil soldados extrangeros. Vino tambien el de Guisa, llamado por el Rey ó por los ciudadanos, pero sin gente, asegurado de su conciencia; y si algun engaño ó peligro resultase, pensaba que la aficion de los ciudadanos no le podria faltar. Fué así, que con su venida el pueblo tomó las armas y hizo salir de aquella ciudad los soldados extrangeros. El mismo Rey fué forzado á retirarse; poco despues fingió querer tomar mejor camino y juntar los estados del reino para tomar acuerdo sobre lo que se debía hacer. Expidió un edicto en este propósito; donde, entre otras cosas, decia tener muy averiguado que todo lo que el de Guisa y el cardenal de Borbon habian hecho fué con buen ánimo. Poco adelante por otro edicto convocó los estados del reino para la ciudad de Bles. Acudieron gran número de señores; comenzáronse las juntas á 16 de setiembre. Tratóse de nombrar sucesor para la corona; fueron de parecer que el cardenal de Borbon, tío de Vandoma, era el que tenia mejor derecho, y así lo nombraron en caso que el Rey muriese sin hijos, por estar en grado mas cercano que sus sobrinos y por ser gran defensor de la religion católica. El Rey, sin embargo de la segu-

ridad que dió para venir á los estados y de la que semejantes juntas suelen traer consigo, en su casa real mató al de Guisa, 23 de diciembre, día viérnes, y al cardenal de Lorena, su hermano, el día siguiente en la cárcel donde le puso. Prendió juntamente al hijo mayor del duque de Guisa, al duque de Nemurs, al cardenal de Borbon y al arzobispo de Leon por haberle hecho rostro y resistido á sus intentos en los estados.

AÑO 1589.

Pareció esta gran maldad: el odio que se despertó contra el Rey fué grande; la Reina, su madre, por la pena que recibió de aquel caso y por estar cargada de años y trabajos, dentro de pocos dias rindió el alma, doce dias despues de la muerte del duque de Guisa, con pronosticar á su hijo las revueltas y males que por aquella ocasion resultarian. Las mas de las ciudades por aborrecimiento de una cosa tan fea se apartaron del servicio de su Rey. La primera y que mas se señaló fué Paris, ciudad á la cual ninguna otra se iguala en grandeza, muchedumbre de gente, riquezas y estudios de todas las ciencias. Pasados algunos meses y desbaratados los estados de Bles, el Rey pretendia apoderarse de Paris. Puso sitio sobre ella, cuando fray Jaques Clemente, de la orden de Santo Domingo, mozo de veinte y cuatro años, natural de Borgoña, nacido en una aldea llamada Sarbona, salió de la ciudad con color que queria dar aviso de algunos secretos de los ciudadanos. Con esto, alcanzada audiencia, á 1.º de agosto metió al Rey por las tripas sobre la vejiga un cuchillo que traía emponzoñado. Fué este atrevimiento muy grande, dado que sin tardanza fué él muerto y despedazado por la gente de palacio. Estaba presente Enrique de Borbon, príncipe de Bearne, rey que se decia de Navarra; así sin dilacion se llamó rey de Francia, pero las mas de las ciudades no le querian reconocer. Muchas batallas se han dado, ora venciendo los unos, ora venciendo los otros; muchas ciudades han sido tomadas, saqueadas y cercadas. La principal de todas Paris el año siguiente se vió en grande peligro de ser tomada, del cual el duque de Parma con las fuerzas del rey don Felipe II la libró y sacó de la garganta de los contrarios. Juntáronse en aquella ciudad los estados para nombrar rey; el concurso fué grande, muchas ficciones y engaños.

Este año en que vamos de 89 las cosas de Portugal estuvieron en peligro á causa de la armada inglesa que vino sobre aquel reino con voz de restituir y poner en posesion á don Antonio, que muchos dias estuvo desterrado en Inglaterra, en el reino de sus antepasados. Venia en persona, y se adelantó tanto, que con buen número de gente llegó á ponerse sobre la misma ciudad de Lisboa; pero como los de dentro no se rebullesen por la diligencia y valor del príncipe Cardenal y del conde de Fuentes, fué forzado por falta de bastimentos de volver atrás; y poco adelanté toda la armada, habiendo recebido mayor daño que hecho, se hizo á la vela la vuelta de Inglaterra. Con su ida España se libró de gran miedo y cuidado. Descubrióse en Lisboa que ciertos ciudadanos estaban conjurados en favor de don Antonio; fueron algunos pocos justiciados; castigo con que los demás desistieron de desear y intentar cosas

nuevas; principalmente la nobleza se mostró constante y leal, porque á la verdad si el reino se alteraba, corria mayor peligro de perder sus haciendas y estados.

En aquella ciudad cierta monja con muestras falsas de santidad tenia ganado gran renombre y burlándose, no solamente del pueblo, sino de personas de letras y autoridad; mas descubierto por los inquisidores el engaño, fué castigada con pena que le impusieron muy menor que su delito. Dióse la sentencia por el mes de marzo. Siguióse la muerte de fray Luis de Granada, de la órden de Santo Domingo, persona muy señalada en letras y devocion, cuyo contemporáneo fué el maestro Juan Dávila, predicador muy señalado y de los mas celosos de su edad. El uno y el otro dejaron escritos libros muy provechosos en su lenguaje vulgar.

En Barcelona hubo grande peste; de la causa deste mal se dijeron muchas cosas, pero ninguna se averiguó que sepamos.

En el reino de Toledo se concluyó por este tiempo la fábrica de San Lorenzo el Real, al cabo de poco menos de treinta años, que por mandado del rey don Filipe, junto al Escorial, tierra de Segovia, se comenzó con grande majestad y pertrechos. Hay en ella un monasterio de San Jerónimo con un colegio para estudiar y una casa real para pasar los reyes los calores del verano. El gasto ha sido tan grande, que apenas lo creerán los que vinieren, y los que hoy viven con dificultad; obra que se iguala con los antiguos milagros y edificios soberbios por su hermosura, grandeza, ornamentos, fortaleza y por el culto divino que se hace con gran majestad. Las rentas son conforme al edificio. No hay para qué pasar en esto adelante; la traza desta obra y sus partes describimos bastantemente en otro lugar.

AÑO 1590.

Este año fué señalado por la muerte de dos pontífices: de Sixto, que sucedió por el mes de agosto, á los 28, dia mórtes; y de Urbano VII, cuya eleccion fué á 15 de setiembre; llamóse antes de ser papa Juan Bautista Castaño. Fué arzobispo, primero de Rosano y nuncio de España, despues cardenal, y finalmente llegó á ser sumo pontífice, pero vivió solos doce dias; ni aun los pontificados de Gregorio XIV y Inocencio IX, que fueron puestos en la silla de san Pedro, pasaron de pocos meses, hasta tanto que el cardenal Hipólito Aldobrandino fué adelante elegido por pontífice con nombre de Clemente VIII, natural de Roma, aunque su origen de Florencia; sus costumbres sin reprehension, su edad entera, la salud y fuerzas de cuerpo no muy grandes.

El otoño deste año fué muy enfermo; mucha gente pereció en España. El mal cargó mas en las aldeas y en los campos, sea por falta de medicinas y de regalos, sea porque el aire corrupto tenia menos reparos. Entre los demás el doctor Juan Calderon, insigne teólogo, y que por sus letras fué canónigo de Toledo, enfermó en un sitio muy fresco, donde estaba retirado para pasar los calores del verano, que se llama el Piélagos.

AÑO 1591.

Convaleció muy fácilmente desta enfermedad, pero

dentro de pocos meses, de otra que le sobrevino falleció en Toledo; varon sin duda pio y modesto, dechado de la antigua simplicidad y gravedad. En su sepulcro hicimos entallar un letrero muy verdadero para memoria de su mucha bondad y de la amistad que teniamos muy grande.

Antonio Perez, secretario que fué del Rey, y que en algun tiempo tuvo mano y cabida en la casa real, despues que estuvo preso por espacio de mas de doce años, se huyó de la cárcel, donde le tenian en Madrid por el mes de abril del año pasado. Pasó á Aragon para presentarse delante el justicia de Aragon y dar razon de la muerte que hizo dar al secretario Escobedo una noche al salir de palacio, junto con otras cosas que le achacaban. La alegría que con su llegada y huida recibieron algunos inquietos, en breve la trocaron en tristeza y en lágrimas. Tales son las cosas humanas. Fué así, que á 24 de mayo deste año de 91 de la cárcel del justicia de Aragon pasaron el preso á la de los inquisidores. El pueblo tomando las armas y apellidando libertad acometieron las casas donde estaba don Iñigo de Mendoza, marqués de Almenara, ministro por el Rey; teniánle antes desto sobre ojos, y así no pararon hasta que le dieron la muerte. Despues desto, con el mismo furor y rabia acudieron á la Inquisicion con intento de quebrantar aquella cárcel, sin desistir hasta tanto que Antonio Perez fué vuelto á la primera donde estaba. Lo que resultó fué que á 24 de setiembre se levantó otra vez el pueblo porque querian volver el preso á la Inquisicion, y quebrantada la cárcel de la manifestacion, le pusieron en libertad; hubo en esta revuelta algunos muertos y huidos. Antonio Perez poco despues se huyó á Francia, donde murió pasados algunos años. Aquellos ciudadanos revoltosos en breve pagaron el alboroto que levantaron, porque un buen ejército fué á Zaragoza, por general don Alonso de Vargas, soldado viejo y de muy gran valor, muy ejercitado en las guerras de Flándes y de gran renombre, por cuya diligencia el atrevimiento de aquellos ciudadanos fué reprimido; muchos perdieron las vidas; entre otros el mismo justicia de Aragon don Juan de Lanuza fué el primero que pagó con la cabeza por salir, comó salió, con gente contra el estandarte real. Tambien cortaron las cabezas á don Diego de Heredia y don Juan de Luna, que fueron los principales atizadores de aquel alboroto, sin otro buen número de personas justificadas. El duque de Villahermosa y el conde de Aranda fueron presos y enviados á Castilla, donde en breve fallcieron en la prision; mas despues los dieron por libres de traicion. Para asentar las cosas de aquel reino se juntaron Cortes en la ciudad de Tarazona, y por presidente don Andrés de Bovadilla, arzobispo de Zaragoza. El mismo Rey, tomando el camino de Valladolid, de Burgos y de Pamplona, últimamente al fin del año 1592 llegó á la dicha ciudad; iban en su compañía la infanta doña Isabel y su hermano el príncipe don Filipo, al cual en Pamplona y Tarazona juraron por heredero de aquellos estados. Por esta manera, casi pasados dos años despues que las revueltas de Aragon comenzaron, castigados los culpados y puestas guarniciones en Zaragoza y en otros lugares, concluidas las Cortes de Tarazona, los alboro-

tados últimamente se sosegaron, avisados por la experiencia y por su daño, que si los impetus de la muchedumbre son grandes, las fuerzas del Rey son mayores; que el atrevimiento sin fuerzas es vano, y las mas veces el pueblo se alborota para su mal.

AÑO 1593.

El papa Clemente VIII este año entre cuatro cardenales que crió fué uno el doctor Francisco de Toledo, de la compañía de Jesus; fué natural de Córdoba, de grande ingenio y letras, prudente en los negocios, en que sirvió mucho á la Sede Apostólica; murió en Roma tres años adelante; sepultáronle en la iglesia de Santa María la Mayor.

Enrique, que se decia rey de Navarra, por este tiempo daba muestra de católico, y pretendía ser absuelto de las censuras.

El duque de Nevers, enviado por él á Roma para suplicar que el Papa le absolviese, hacia para ello grandes diligencias; mas el Padre Santo se mostraba muy severo, y reprehendia al arzobispo de Bourges, porque sin órden de su Santidad le absolvió de las censuras en Francia, y aun muchos sospechaban que en esta pretension no habia llaneza, mas el tiempo los desengañó.

AÑO 1594.

En Roma, á 17 de abril, canonizó el pontífice á san Jacinto, polaco, de la órden de los Predicadores.

En Madrid, á 22 de noviembre, día mártres, falleció el cardenal y arzobispo de Toledo don Gaspar de Quiroga, en edad de ochenta y tres años. Enterróse en un monasterio de agustinos de la villa de Madrigal, de donde era natural. Tuvo partes aventajadas de prudencia y rectitud; nadie vive sin tachas. Llegó mucho dinero por ser las rentas gruesas y el gasto moderado. No hizo testamento; por mandado del Padre Santo la hacienda se repartió por partes iguales en obras pias y cámaras apostólica y real. Sucedió en el arzobispado el cardenal y archiduque Alberto, que adelante con licencia del Papa y por órden de su tío el rey Católico mudó estado.

Este año en Hungría se perdió Javarino, plaza importante; rindióse á los turcos que la tenian cercada.

AÑO 1595.

Al principio deste año murió en Flándes el archiduque Arnesto, que por el Rey, su tío, gobernaba aquellos estados. El archiduque Alberto, su hermano, á los 3 de abril tomó posesion del arzobispado de Toledo. Nunca vino á su iglesia ni se consagró, á causa que el Rey, su tío, le encargó el gobierno de Flándes, para donde partió de Madrid por fin de agosto. Quedó por gobernador del arzobispado Garcia de Loaisa, que por su renunciacion tres años adelante le sucedió en aquella dignidad. Los estados de Flándes por la muerte de Arnesto quedaron por un tiempo á cargo de don Pedro Enriquez de Toledo, conde de Fuentes, gran soldado.

El duque de Vandoma, que se decia rey de Navarra y pretendia la corona de Francia, acudió como católico y como se dijo al Papa por absolucion. Ventilóse mucho la causa; finalmente, el Padre Santo se resolvió, y

á 17 de setiembre le absolvió y habilitó para aquella corona, con que todo aquel reino se le allanó. Item, á 23 deste mes don Pedro de Toledo, marqués de Villafraanca, en la Morea tomó y saqueó la ciudad de Patras; partió de Mecina con veinte galeras para esta empresa.

A 3 de octubre el conde de Fuentes con un largo cerco ganó á Cambray, que se tenia por Francia; tres veces acudió gente de Francia para hacer alzar el cerco, y otras tantas vencidos volvieron atrás.

A 25 del mes de noviembre el Papa hizo catedral la iglesia de Valladolid, y poco adelante el Rey hizo ciudad aquella villa; su primer obispo fué el doctor Bartolomé de la Plaza. Al fin deste año cargaron mucho las aguas, hincháronse los rios; en Sevilla aquel rio entró en la ciudad y hizo gran daño en la aduana.

AÑO 1596.

Francisco Draques, cosario inglés, echó gente en tierra en el Nombre de Dios con intento, pasado el Estrecho, de saquear á Panamá; apellidáronse los españoles, cargaron sobre él, y le forzaron á volver á sus naves al principio de enero. Otras veces dió pesadumbre por aquellas partes, y al cabo murió en Portovelo, y su armada se retiró destrozada, forzándola á dejar las Indias don Bernardino de Avellaneda.

Por el contrario, el archiduque Alberto, á 17 de abril, se apoderó de Cales y la quitó á los franceses; pero poco despues por concierto se restituyó. Estaba á este mismo tiempo el Rey en Azeca, cerca de Toledo, muy apretado de dolencia, que le tuvieron por muerto; pasó á Toledo, donde vino nueva que la armada inglesa, á 1.º de julio, tomó y saqueó la isla y ciudad de Cádiz, quemó la flota que allí estaba á la cola para ir á Méjico, que fué gran daño, y muchos mercaderes por todo el reino padecieron y quebraron.

AÑO 1597.

Sigismundo Batori, príncipe de Transilvania, por este tiempo con gran valor hacia la guerra contra turcos y herejes. Vino á Viena á verse con el Emperador; ayúdole con dineros, lo mismo hicieron el Papa y rey Católico; mas las esperanzas que dél se tenian se trocaron por cierta enfermedad que le sobrevino, quién dice que fueron hechizos, por la cual dejó las armas y la mujer, hija que era del archiduque Carolo, y renunciados sus estados en el Emperador, pasó la vida en Praga como particular, y allí falleció de apoplejia los años adelante.

AÑO 1598.

Este año, á 6 de mayo, renunció el Rey en favor de su hija mayor la infanta doña Isabel los estados de Flándes con intento de casalla, como se hizo, con su primo el archiduque Alberto, que para esto renunció el capelo y el arzobispado de Toledo, y se dió á Garcia de Loaisa, maestro que era del príncipe don Filipe. Ordenó que aquellos estados fuesen feudo de Castilla, y reservóse la órden del Tuson y nombrar castellanos en algunas fortalezas, como la de Auvers, la de Gante y la de Cambray. Poco adelante concertó paces con Francia, en que el Papa puso grande diligencia; agrá-

vósele finalmente el mal, y finó en el Escorial á 13 de setiembre, y allí se entorró; príncipe muy esclarecido por su grande prudencia y piedad; vivió años setenta y uno, tres meses y algunos días; reinó en Castilla cuarenta y dos años, siete meses y veinte y ocho días. Sucedióle su hijo el príncipe don Filipe, que hoy vive y reina.

AÑO 1599.

A 22 de febrero falleció en Alcalá de Henáres García de Loaisa, arzobispo de Toledo, y con él cayeron las esperanzas que su buen natural y otras buenas partes prometían; enterróse en aquella villa en la capilla de los Mártires, pero sin túmulo. Fué natural de Talavera, de padres nobles, su vida muy reformada en todo tiempo, la condicion muy apacible, de estatura alto, y el rostro agradable. Sucedióle don Bernardo de Rojas y Sandoval, á la sazón obispo de Jaen, y que poco despues le trajeron á Toledo el capelo de cardenal; hallóse el Rey presente á la solemnidad.

El nuevo Rey quedó concertado de casar con doña Margarita, hija del archiduque Carlos; vino por Milan, y en su compañía su madre y el archiduque Alberto. El Papa á la sazón se hallaba en Ferrara, la cual ciudad por muerte del último Duque, que no dejó sucesion, recayó en la Iglesia como feudo suyo. Allí vino la Reina y el Archiduque, y con ceremonias extraordinarias se celebraron por el Papa los dos casamientos, dando que el Rey y la Infanta estaban ausentes. Partieron de allí, y por mar, á los 25 de marzo, llegaron á los alfaques de Tortosa; poco despues en Valencia, á los 18 de abril, domingo de Cuasimodo, se hicieron las velaciones con grandes regocijos y fiestas. Pasó el Rey á Barcelona á acompañar y despedir al archiduque Alberto, que con la Infanta, su mujer, se embarcaron, á los 7 de junio, para pasar á Flándes. Los reyes dieron la vuelta á Valencia, y de allí á Madrid.

AÑO 1600.

Este año fué muy solemne por el jubileo de Roma, al cual acudió mucha gente. Fué este invierno muy lluvioso; el Tibre salió de madre, y tuvo á Roma cubierta de agua tres días; el daño fué extraordinario.

Entre trece cardenales que crió el Papa uno fué Roberto Belarmino, de la compañía de Jesus, sobrino del papa Marcelo, y por sí mismo muy reformado, de muchas letras y erudicion, como lo muestran los libros muy doctos que ha publicado.

El nuevo rey de Francia, por sentencia del Papa, dejó á madama Margarita, su primera mujer, y poco despues casó con Maria de Médices, hija de Francisco, duque que fué de Florencia.

AÑO 1601.

Este año por los meses de marzo y abril, la corte de Castilla, de Madrid se pasó á Valladolid. Pretendían reparar aquella comarca, que se decia estaba pobre; resultaron inconvenientes; así, pasados algunos años, volvió donde antes estaba. Tañóse por muchas veces la famosa campana de Villila en Aragón, mensajera, segun se dice, de cosas grandes; hasta ahora ninguna se ha visto considerable.

En Roma, á 29 de abril, se hizo la canonizacion de san Raimundo Peñafort, de la órden de los Predicadores. A 25 de agosto el príncipe Doria, general de la mar, con gran armada fué sobre Argel, y llegó de noche á vista de aquella ciudad sin ser sentido, y se retiró luego por la contrariedad de los tiempos.

A 22 de setiembre nació en Valladolid la infanta doña Ana, que al presente está concertada de casar con el nuevo rey de Francia Luis, treceno deste nombre, y el cardenal de Toledo, señalado para llevalla á la raya de Francia.

AÑO 1602.

Isabel, reina de Inglaterra, falleció en Lóndres á 23 de marzo; vivió setenta años y seis meses y diez y siete días; reinó como cuarenta y cuatro años. Nunca se casó; tuvo otras buenas partes; todo lo afeó la herejía y la persecucion que levantó contra los católicos, grande y continua. Sucedióle Jaques, rey de Escocia, como bisnieto de Margarita, hermana mayor del rey Enrique VIII; sus padres fueron católicos; su madre santa; su maestro Georgio Bucanano, grande hereje y insigne poeta; su traduccion en verso de los *Salmos* se tiene por muy elegante. Intitulóse rey de la Gran Bretaña, como señor que era de toda aquella grande y rica isla, mas no desiste de perseguir á los católicos.

AÑO 1603.

Don Juan de Tasis, conde de Villamediana y correo mayor, pasó á Inglaterra por embajador, enviado por nuestro Rey á dar el parabien del nuevo reino de Inglaterra á aquel Rey; hizo su oficio con mucha prudencia, y fué el que dió principio y trató de las paces que poco despues se concertaron entre España y Inglaterra, como luego se dirá. Este año falleció en Madrid la emperatriz doña María, hija, nuera, mujer y madre de cinco emperadores, cosa hasta hoy nunca vista, y por sí en todo aventajada; sepultáronla allí en las Descalzas.

AÑO 1604.

El condestable de Castilla Juan Fernandez de Velasco, por mandado de su Rey, fué á Inglaterra; pasó por Paris, donde fué festejado de aquellos reyes; pasó de allí á Flándes y á Lóndres, cabeza de Inglaterra; allí, á los 29 de agosto, asentó las paces que tenia acordadas el conde de Villamediana, embajador del rey Católico, que serán de provecho si se guardaren.

AÑO 1605.

A 3 de marzo finó en Roma el pontífice Clemente VIII; fué persona de mucha bondad y notable celo. Sucedióle, á 2 de abril, el cardenal Alejandro de Médices, que se llamó Leon XI; era muy viejo y enfermó; murió á los 27 del mismo mes. Pusieron en su lugar, á los 16 de mayo, al cardenal Camilo Burgesio, natural de Roma, su origen de Sena; llamóse Paulo V; tuvo diferencias con venecianos, que amenazaban guerra, sobre ciertas leyes que publicaron, una de poder castigar los clérigos, otra que á iglesias ni monasterios no se pudiesen anejar bienes raíces, ley que llaman de *manu-mortuis*. Hubo grandes disputas y libros por una parte y por otra; pero al fin todo se sosegó con el buen órden

del nuevo Pontífice. Demás desto, en cierta diferencia, que duró muchos años entre los padres dominicos y de la Compañía en materia de *gratia et libero arbitrio*, decretó que hasta tanto que se decretase otra cosa, cada cual de las partes sin morderse pudiese seguir su opinion.

A 8 de abril nació en Valladolid el príncipe don Felipe Domingo Victor de la Cruz; nombraron adelante por su maestro á don Galeeran de Albanell, caballero catalan, persona muy compuesta y erudita. Su ayo don Baltasar de Zúñiga, caballero muy aprobado.

AÑO 1606.

En Valladolid, á 18 de agosto, nació la infanta doña María; Dios le dé buena ventura. En Toledo falleció doña Estefanía Manrique, bisnieta del mestre de Santiago don Rodrigo Manrique. Con su renta y la de su hermano don Pedro, que murió el año pasado, y nunca se casaron, dotaron el colegio de la Compañía y la casa profesa de la misma ciudad, do yacen con sus letras; el de la señora pareció poner aquí.

D. STEPHANIA MANRIQUE VIRGO LECTISSIMA GENEVE, FORMA, INGENIO, MORIBUS IPSIS GRATIARUM DIVINIS MANIBUS FACTA. NIL AMPLIUS DICO. HANC AEDEM, ET DOMICILIUM UNA CUM PETRO FRATRE AB IMO EX CONDUCTO ET TESTAMENTO.

M.

VIXIT ANNOS LVIII. PAUCIS MINUS DIEBUS. OBIT VI. IDUS
DECEMBRIS M. DC. VI.

AÑO 1607.

En Madrid, á 14 de setiembre, nació el infante don Cárlos. El reino sirvió á su majestad con veinte y tres millones pagados en ocho años. Sácase este dinero de la octava parte de todo el vino y aceite que se coge; comenzó este tributo en tiempo del rey pasado don Felipe II, pero en menor cantidad; al presente ha llegado á esta.

AÑO 1608.

En San Jerónimo de Madrid, domingo, 13 de enero, juraron al príncipe don Felipe; dijo la misa y hizo la ceremonia el cardenal de Toledo. Su abuela materna doña María de Baviera falleció en Gratz, cabeza de Stiria, en Alemaña, á los 29 de abril; dejó sus hijas casadas muy altamente. Su marido fué el archiduque Carolo; su hijo el archiduque Ferdinando, hermano de nuestra reina doña Margarita y primo hermano del emperador Rodolfo. Por este tiempo el adelantamiento de Cazorla, despues de grandes y largos debates, se restituyó á la Iglesia de Toledo por la diligencia de su prelado el cardenal arzobispo de Toledo don Bernardo de Rojas y Sandoval.

AÑO 1609.

En Flándes, á 14 de abril, se concertaron treguas por término de diez años con Zelandia y Holanda, que poco se guardan; confirmólas el rey en Segovia por el mes de julio.

A 17 de mayo nació en el Escorial el infante don Fernando. A 27 de junio el Papa beatificó á nuestro santo padre Ignacio de Loyola, fundador de la compañía de Jesus, y el papa Gregorio XV le canonizó á 12 de marzo de 1622.

AÑO 1610.

En Paris, á 14 de mayo, un hombre muy particular, y dicen maestro de escuela, por nombre Francisco Ravayllac, con un puñal mató al rey de Francia Enrique IV; grande temeridad y locura! Sucedióle su hijo, por nombre Luis XIII.

A los 25 deste mismo mes nació en Lerma la infanta doña Margarita. Item, á los 20 de noviembre por trato con cierto moro se entregó á los nuestros el castillo de Alarache, fuerza importante en la costa de Africa por la parte del mar Océano; mas adelante hace el mar una cala y estero y un rio que se llama Mamora, y era nido de cosarios; por esto cuatro años adelante la armada real, y por general don Luis Fajardo, se apoderó de aquel puesto; levantaron un castillo, que quedó con buena guarnicion. Acudieron al principio los moros para desbaratar estos intentos, pero no prevalecieron. Volvamos atrás; fué este año muy notable por la expulsion que en él se hizo de los moriscos de toda España, gente obstinada y que tenian inteligencia con los turcos y moros de Berbería. Continuóse la expulsion este y los años siguientes; salió gran número dellos; dicen que algunos otros quedaron desconocidos y disfrazados.

AÑO 1611.

Fué este año desgraciado por la muerte de la reina de España doña Margarita de Austria, que por sus buenas partes era de todos sus vasallos muy amada. Parió en el Escorial, á 22 de setiembre, un niño, que se llamó don Alonso; murió la madre deste parto á los 3 de octubre; enterráronla en el mismo Escorial; el Infante vivió un año menos cuatro dias. Fundó en Madrid un monasterio de monjas de la Encarnacion.

AÑO 1612.

Tratábanse y se concertaron en Paris y en Madrid dos casamientos: el uno de nuestro Príncipe con hermana del rey de Francia madama Isabel; el otro deste mismo Rey con la infanta doña Ana; la ejecucion se dilató por la poca edad de las partes. En Praga, cabeza de Bohemia, estuvo mucho tiempo por su poca salud retirado el emperador Rodolfo; allí, á los 11 de agosto del año pasado, renunció los estados de Hungria, Bohemia y Austria á su hermano Matías con cierta pension que se reservó para el gasto de su casa y corte. Hecho esto, falleció en la misma ciudad á 20 de enero deste año. Juntáronse poco despues los electores en Francordia, y por sus votos nombraron por emperador al mismo Matías, hermano del difunto; déle Dios á él y á nos su santa gracia.

Este año, á los 23 de abril, falleció en Valencia Francisco Jerónimo Simon, beneficiado de San Andrés en aquella ciudad, en edad de treinta y tres años. El pueblo le tiene por santo, en qué ha hecho muchas demostraciones. El Arzobispo pretendió que en esto se ha pasado mas adelante de lo que fuera razon. Sobre el caso han resultado alborotos y escándalos. El negocio está pendiente en Roma. Todos seguirán lo que el Padre Santo determinare. Con ninguna cosa el pueblo mas se mueve y altera que con color de religion, sea á tuerto ó con razon.

AÑO 1613.

Vino por este tiempo ó poco antes á España la historia latina del presidente Tuano, gran favorecedor de herejes, y de los católicos muy contrario, en especial de los que llama jesuitas. No perdona á los papas ni á los reyes de Francia. Enemigo declarado de la casa de Guisa, que en un tiempo fué el apoyo en Francia de la religión católica. Tiene mentiras asaz. Vedóse esta obra en Roma año 1610; en España poco despues se mandó repurgar. Augiaestabulum escribió contra ella doctamente un francés, que se llama Juan Bautista Gallo, y parece nombre fingido, creo por no atreverse el autor á manifestarse contra persona tan poderosa, que era presidente en el parlamento de Paris. Mas daño hace el falso católico que el hereje declarado, como lo dice san Bernardo en el sermon sesenta y cinco sobre los Cantares.

AÑO 1614.

Sábado, 24 de mayo, en la isla Tercera tembló la tierra; el daño fué muy grande; en la villa de la Playa fué mayor, donde iglesias, monasterios y casas particulares cayeron por tierra. En la ciudad de Angla once iglesias de sacramento y diez y nueve ermitas sin las casas particulares se abatieron.

Por el mes de agosto nuestra armada, y por general don Luis Fojardo, se apoderó de la Mamora, como poco antes queda dicho. Está puesta sobre el mar Océano, cinco leguas distante de Tánger, y de Arcilla veinte y cinco.

AÑO 1615.

De algun tiempo atrás se movió guerra en Italia entre los duques de Saboya y de Mantua. La ocasion que el duque de Mantua Alfonso, pasado en hija del de Saboya, á su muerte dejó una hija y ningun hijo varon. Sucedió en aquel estado su hermano Alejandro, renunciado el capelo, que era cardenal. El de Saboya pretendia que su nieta y hija del difunto, bien que por ser hembra no sucedia en el ducado de Mantua, pero sí en el estado de Monferrat, que de años atrás andaba junto con el ducado de Mantua. Vinieron á las manos, y el de Saboya se apoderó por fuerza de gran parte de aquel estado. El rey Católico don Filipe III quisiera que no se revolviere con esta ocasion Italia, y que esta diferencia se tratara por via de justicia; y porque el de Saboya no venia en esto, tomó contra él las armas. Hubo diversos encuentros; finalmente, á los 21 de julio deste año se concertó que las partes desarmasen, y la diferencia se remitiese al Emperador como á juez competente por ser aquellos estados feudos del imperio. Estas paces no aprobó el Rey por razones que para ello tuvo; á la verdad las palabras y estilo no venian bien con la grandeza de España. Volvióse á las armas, y don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, con un largo cerco se apoderó de la ciudad de Verceli; mas poco despues asentadas las cosas, la restituyó don Gomez de Figueroa, duque de Feria, que sucedió al Marqués en el gobierno de Milan y en el cargo de general. De venecianos se dijo asistieran de secreto al de Saboya durante la guerra; armó contra ellos el duque de Osuna, virey á la sazón de Nápoles, y en el golfo de Venecia les tomó algunas naves y les hizo otros daños.

Poco adelante el mismo duque de Feria en tierra de grisonos se apoderó de la Valtolina, y la fortificó con soldados y otros pertrechos, plaza importante por estar en los confines de Italia y de Alemania y ser el paso corriente entre aquellas dos naciones y provincias.

En Búrgos, domingo, 18 de octubre, por procuradores se concertaron de todo punto y se celebraron los desposorios de nuestro príncipe don Filipe con madama Isabel, hermana del rey de Francia; otrosí el casamiento del mismo rey Luis XIII con doña Ana, infanta de Castilla, se celebró en la misma forma; la cual Infanta dos dias antes renunció en forma el derecho que podia pretender á falta de sus hermanos á la sucesion destes reinos y de los estados de Flándes. Hizose la entrega de las doncellas en el río Vedaso, término de España y Francia, á los 9 de noviembre. Hallóse presente á todo el Rey, y junto con el Príncipe, su hijo, en Búrgos recibió la Princesa, su nuera; dende fin del año dió vuelta á Madrid. El rey de Francia en Burdeos, donde estaba con su madre, recibió su esposa la Infanta.

AÑO 1616.

Una nave que por mayo del año pasado partió de Holanda, despues de una larga navegacion y dificultosa por el mes de enero deste año, mas adelante del estrecho de Magallanes descubrió en cincuenta y siete grados de altura hácia el otro polo otro paso para el mar del Sur y para las Malucas. Los principales en este viaje fueron Jacobo Maire y Guillermo Schotem. Dió esta nave una vuelta al mundo. Llegaron los que hicieron este viaje á Holanda, pasados dos años y diez y ocho dias despues que de allí partieron. Perdieron en la cuenta del tiempo un dia, ca contaban por lúnes el dia que en la verdadera cuenta era mártes, y así de los demás dias.

AÑO 1617.

Sábado, á 15 de abril, en las islas Filipinas se ganó una notable victoria contra los holandeses; el general por los nuestros don Juan Ronquillo. De diez galeones contrarios, unos quemaron, otros echaron á fondo, los demás huyeron. Esta gente, como rebeldes á Dios por la herejía, y á su Príncipe, á quien debian obedecer, por tener gran número de bajelos y ser diestros por la mar, los años pasados con sus flotas han navegado á las Indias, á veces por la carrera ordinaria de los portugueses, lo mas ordinario por el estrecho de Magallanes, y en el mar del Sur han hecho daños y corrido las costas del Perú y de la Nueva-España sin parar hasta las Filipinas y las islas Malucas, de que en gran parte están apoderados; y en ellas y en otras islas de aquel paraje están fortificados mas de lo que fuera razon. Hase deseado que juntas las fuerzas del Perú, de Méjico y de las Filipinas con las de la India de Portugal los echen de aquellos puestos y de todos aquellos mares; algun dia se hará, que de otra suerte no hay cosa segura en aquellas partes.

AÑO 1618.

A los 4 de octubre, dia de San Francisco, el duque de Lerma partió de la corte y del Escorial, y dejó el gobierno del reino, en que tuvo los años antes mucha mano. Poco antes le trajeron el capelo de Roma. No

mucho despues prendieron á don Rodrigo Calderon, gran privado suyo, contra el cual á cabo de dos años y medio de prision salió sentencia de muerte y privacion de bienes. La prosperidad es caballo desbocado; pocos la gobiernan y se gobiernan en ella bien. El cardenal y arzobispo de Toledo don Bernardo de Rojas y Sandoval falleció de repente en Madrid á los 7 de diciembre. Fuera de otras partes, tuvo siempre muy buenas y nobles entrañas. Sepultáronle en su iglesia en la capilla de nuestra Señora, que él mismo edificó y adornó, muy lucida y magnífica. Aquella iglesia pretendió el Rey para su hijo el infante don Fernando; gastáronse muchos meses en demandas y respuestas, causadas de la poca edad del sugeto, que era de nueve años y pocos meses.

AÑO 1619.

El emperador Matías renunció los meses pasados en su primo el archiduque Ferdinando los reinos de Hungría y de Bohemia. Alteráronse los bohemos, de que resultaron guerras. Siguióse la muerte del Emperador en Praga á los 12 de marzo. No dejó sucesion. Juntáronse los electores como suelen. Salió por emperador á los 23 de agosto el mismo archiduque Ferdinando, rey de Bohemia y de Hungría.

A los 22 de abril partió el Rey de Madrid para Portugal. Hizo su entrada en Lisboa día de San Pedro, 29 de junio. A los 14 de julio, que fué domingo, juraron al Príncipe, que presente estaba. El día siguiente se abrieron las Cortes para asentar las cosas de aquel reino.

A los 25 de octubre el Papa beatificó al padre Francisco Javier, uno de los primeros compañeros del santo padre Ignacio, y gran apóstol de la India. Canonizóle el papa Gregorio XV á 12 de marzo de 1622 junto con el santo padre Ignacio.

AÑO 1620.

A los 5 de mayo en Toledo se tomó posesion del arzobispado de Toledo por el infante don Fernando, que ya era cardenal; déle Dios su santa gracia.

En Alemaña la guerra y los desgustos de los bohemos pasaron tan adelante, que nombraron por su rey al conde Palatino, elector del imperio. Favorécenlo los herejes de Alemaña, no todos; el rey de Inglaterra, su suegro, los holandeses y el rey de Dinamarca. Al Emperador acuden los electores del imperio, Flándes, el rey Católico, el de Polonia, el Papa y las demás potencias de Italia. El mundo está suspenso en lo que para esta guerra, si bien á los 8 de noviembre junto á Praga, cabeza de Bohemia, de poder á poder vinieron á las manos. La victoria quedó por el Emperador con muerte de ocho mil de los rebeldes, y el día siguiente se ganó la dicha ciudad de Praga y se entró por fuerza. Mal les va á los herejes de ordinario en estas contiendas, fuera de otras razones, porque son gente muelle, enemigos de asperezas, muy dados al regalo como su secta les enseña.

AÑO 1621.

El pontífice Paulo V finó á los 28 del mes de enero. Sucedióle el cardenal Ludovico, boloñés, con nombre de Gregorio XV. Poco despues, es á saber, postrero de marzo, falleció el rey de España don Filipe III en la villa de Madrid, en edad de cuarenta y tres años. Dellos reinó veinte y dos y medio; téngale nuestro Señor en su santa gloria; su cuerpo fué llevado al convento de San Lorenzo el Real del Escorial, sepultura de sus abuelos y padres. Sucedióle su hijo don Filipe, cuarto deste nombre, en edad de diez y seis años; déle Dios su santa gracia. Suplicamos y esperamos serán tales los medios y los remates como los principios han sido agradables.